

COMEDIA ROMÁNTICA: LIBRO QUINTO

RAYO *de* CORAZÓN

QUIEN DIJO QUE EL AMOR
ERA FÁCIL MIENTE.

E. L. TODD

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

RAYO DE CORAZÓN

Rayo #5

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Rayo de corazón

Copyright © 2018 por E. L. Todd Todos los derechos reservados

UNO

—Llévalo tú. —Le tendí la correa a Zeke, harta de intentar que Safari se comportara. Era un pastor alemán adulto y pesado. Aunque yo tenía fuerza, me arrastraba como a una muñeca de trapo—. Les hace mucho más caso a otras personas que a mí...

Zeke tomó la correa y dejó escapar una risita.

—Sólo hay que sujetarla fuerte. Así. —Cuando Safari intentó perseguir a una ardilla, Zeke tiró del arnés y lo mantuvo alejado del otro animal. Llevaba la correa enganchada en torno al pecho, no al cuello, así que no le hacía daño—. ¿Ves?

—No está siendo un paseo muy relajado que digamos.

Zeke sonrió y siguió caminando a mi lado por el parque. Era un día soleado en Seattle, pues ya había pasado la lluvia. Nuestra pelea de la otra noche parecía olvidada, y no había nada que perturbara nuestra felicidad.

A veces pensaba en Ryker. Y, al hacerlo, me sentía fatal, pero sabía que había tomado la decisión adecuada. Zeke era el hombre con el que debía estar. Sería un marido, padre y paseador de perros maravilloso.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Zeke al cruzarnos con otra pareja que caminaba a paso ligero.

Le hablé sobre la nueva bacteria con la que estaba trabajando y le conté mi intención de promover un vertedero que podría disminuir los desperdicios de forma natural. Lo bueno de salir con un médico era que entendía de ciencia tanto como yo, y

mostraba interés real en mis palabras.

—Es genial.

—Sí. Jenny me ha ayudado mucho. Tenemos muy buena relación.

—¿Te imaginas trabajar en un laboratorio sola todo el día?

—Volvió a tirar de la correa de Safari al ver que intentaba olisquear a un corredor que pasaba—. Sólo con la radio... Te volverías loca. Yo no podría. Me gusta trabajar con otras personas, la jornada es mucho más interesante.

—Claro que sí.

—Estoy pensando en buscar un socio —dijo—. Alguien con quien compartir la consulta.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Ahora que me hago mayor, no quiero trabajar tanto.

Lo miré exasperada.

—Zeke, tienes treinta años, no cincuenta.

Soltó una carcajada.

—Mi padre pasaba tanto tiempo en casa como mi madre.

Siempre disfruté de los dos, no sólo de uno de ellos. Y eso mismo pienso hacer yo. Quiero estar presente como marido y como padre.

Sonreí porque me agradaba su honestidad. Durante los últimos tres meses, no habíamos hablado de nuestro futuro, pero era algo en lo que pensaba. Ahora que nuestros sentimientos eran evidentes, podíamos hablar de la vida que nos aguardaba.

—Pues yo jamás seré ama de casa, así que me vendrá bien la ayuda.

—Lo suponía —dijo riendo—. No te pega nada serlo, me parece perfecto.

—Quizás Rex pueda hacer de niñera —bromeé.

—No, por Dios —dijo Zeke enseguida—. Nuestros hijos desarrollarían adicción al porno y a los caramelos.

—Tienes razón —asentí—. Pero, con suerte, Kayden se asegurará de que eso no ocurra.

—Rex lo ocultaría todo. Lo conozco.

Terminamos nuestro paseo por el parque y nos montamos en el Jeep de Zeke. Safari se sentó en el asiento trasero y asomó la cabeza entre nosotros para poder ver el camino. Llevaba la lengua colgando y me lamió la mejilla un par de veces.

Al llegar a casa, nos duchamos y cogí mi bolsa.

—Tengo que irme. Hace mucho que no hago la colada en mi apartamento.

Zeke me quitó la bolsa de la mano y lo arrojó al sofá.

—Quédate conmigo. —Me agarró de la cintura y apoyó su frente contra la mía, abrumándome con tanto afecto que conseguía manipularme para que hiciera lo que él quería.

Me derretía bajo sus manos.

—De acuerdo. —No tenía voluntad para luchar porque perdía las fuerzas cuando me agarraba con sus fuertes brazos—.

Supongo que puedo darle la vuelta a la ropa interior...

—Mejor aún, puedes llevar la mía. —Me besó, respirando profundamente al rozar mis labios con los suyos—. O no llevar nada...

—Me quedo con tus calzoncillos. Pero no voy a ir al trabajo sin nada debajo de los vaqueros.

—Perfecto. —Volvió a besarme y me llevó al sofá. Cuando rocé el cojín con la parte de atrás de las rodillas, me tumbó y me quitó los pantalones cortos, dejándome las zapatillas de deporte. Mis bragas desaparecieron al instante y se colocó encima de mí, sujetándome con su potente torso.

Le quité los pantalones y los bóxers al mismo tiempo. Su larga polla quedó a la vista, dura y lista para mí.

Me penetró rápidamente, deseando estar en mi interior cuanto antes. Aún con los zapatos y las camisetas, hicimos el amor en el sofá, meciéndonos juntos lentamente, agarrados el uno al otro. No dejó de mirarme a los ojos en todo momento, con una expresión llena de amor y devoción en el rostro.

—Te amo.

Le acaricié el pelo, sujetándolo por la nuca.

—Yo también te amo...

EL VIERNES POR LA NOCHE, salimos a nuestra zona favorita del centro de Seattle. Llegué primero con las chicas y encontré una buena mesa en la esquina para no tener que pasar toda la noche de pie con los tacones.

—¿Entonces Ryker se sinceró por fin? —preguntó Jessie con la copa en la mano.

—Sí —dije—, y fue uno de los momentos más tristes de mi vida.

—Debió ser muy duro —dijo Kayden, que llevaba un precioso recogido—. Me pregunto por qué esperó tanto para decirte la verdad.

—No lo sé con certeza —respondí—, pero cuando se tienen problemas emocionales, se hacen muchas tonterías.

—Comprendía a Ryker porque yo había pasado por un momento difícil tras el suicidio de mi madre. Había hecho muchas estupideces que desearía poder borrar. Aunque mi comportamiento había sido destructivo en esa época, no había podido detenerme. Si Ryker se hubiera sincerado conmigo antes, podría haberlo ayudado.

—La verdad es que me da lástima —dijo Jessie—. Lo he odiado durante mucho tiempo, pero ya no puedo seguir haciéndolo.

—Sí —dijo Kayden—. A mí me pasa igual. Cuando lo vi con esa cualquiera, me entraron ganas de arrancarle los ojos. Lo detestaba por haberte hecho daño, pero ahora quiero que se recupere... Es extraño.

—Creo que ya ha pasado tiempo suficiente para perdonarle a Ryker lo que hizo. —Había tardado tres meses en superar el desamor, pero cuando lo logré, me sentí mejor, tanto física como anímicamente—. Y debemos hacerlo. El rencor no sirve de nada.

—Sí —dijo Jessie—. Es verdad.

—¿Se enfadó mucho Zeke? —preguntó Kayden—. Según Rex, parecía que hubiera estallado la Tercera Guerra Mundial.

—Sí, nunca lo había visto tan enfadado —expliqué—. En

cuanto entró por la puerta, comenzó a comportarse como un imbécil. Pero lo hablamos, y se calmó. La verdad es que lo entiendo. Ha tenido que lidiar mucho con Ryker durante nuestra relación. Tiene derecho a frustrarse.

—Sí —dijo Kayden—. Yo me pondría muy celosa si Rex siguiera hablando con una ex.

—Al menos ahora os van las cosas bien —dijo Jessie—. Y Ryker ha perdido su oportunidad para siempre. Supongo que eso ya es bastante castigo para él. —Dio un trago a su copa hasta vaciarla, y echo un vistazo hacia la barra—. Mirad, ahí están esos idiotas.

Vi a Zeke y Rex en la barra, hablando mientras esperaban sus bebidas.

—Iré a saludar. —No había visto a Zeke desde que fui a trabajar esa mañana. Caminé por el local con mi escueto vestido plateado y tacones a juego, deseando ver la expresión en su rostro al verme.

Rex hablaba con voz enojada, mirando a Zeke con los hombros tensos.

—No lo hagas. Te lo digo en serio.

—Ya lo he decidido, ¿vale? —replicó Zeke—. Y la relación es mía, no tuya.

—Eres un idiota, joder. —respondió Rex.

¿De qué estaban hablando?

—¿Todo bien?

Zeke se dio la vuelta, y sus ojos se dirigieron inmediatamente a mi escote.

Rex sonrió, pero era obvio que el gesto era forzado.

—Sólo le estaba diciendo a Zeke que dejara de incordiar. Ya sabes, lo de siempre.

Sabía que era mentira, pero, a juzgar por lo nerviosos que estaban ambos, no era asunto mío.

—Vi ese culo prieto luciendo vaqueros y no pude evitar acercarme. —Me aproximé a Zeke y lo besé con pasión.

Sonrió mientras me devolvía el beso, agarrándome por detrás.

—¿Me estabas mirando el trasero, nena?

—Eso y muchas cosas más.

—Disculpad —dijo Rex antes de alejarse—. Tengo que ir a vomitar. —Desapareció con sus copas, dirigiéndose a la mesa donde esperaban Jessie y Kayden.

—Qué fácil es deshacerse de Rex —dije—. Siempre funciona.

—No falla. —Zeke tomó su cerveza y la bebida que me había pedido—. ¿Vodka con zumo de arándanos?

—Nunca se te olvida. —Tomé la copa por el fuste y di un trago.

Zeke volvió a mirarme el escote, sin molestarse en disimularlo. Recorrió lentamente mi cuerpo con su mirada, observando el vestido corto y los tacones ridículamente altos.

—¿Intentas torturarme?

—¿Por qué?

—No te hagas la tonta. —Dio un trago a la cerveza, mirándome a la cara—. Eres demasiado lista.

—No, no tenía en mente torturarte. Hay baño, ¿sabes?

—Por muchas ganas que tenga de follarte, no lo haré en un retrete. Puede que en un callejón o en la parte de atrás de mi Jeep, pero no en un sitio donde otros tíos pueden oír cómo te corres.

Sólo de pensarlo sentí ganas de dejar a todos plantados e irme a casa. Crucé los tobillos automáticamente.

Zeke miró hacia abajo al darse cuenta.

—Parece que ahora soy yo el que te tortura.

—Sólo un poco. —Bebí el vodka con zumo de arándanos para ocultar el rubor de mis mejillas.

Continuó observándome con una mirada ardiente, desvistiéndome sin quitarme una sola prenda. Lo imaginé bajándome la cremallera y quitándome las bragas. Me dejaría los tacones porque le gustaba verlos junto a su cabeza cuando me follaba sobre el colchón.

Zeke se frotó la nuca, cada vez más incómodo. Quería que nos fuéramos en su coche.

Yo también.

Pero no podíamos.

—Este es uno de esos momentos en los que desearía no tener amigos... —Eché un vistazo a la mesa donde estaban todos

sentados.

—Tienes razón.

—O podríamos desaparecer durante unos minutos para follar.

—Sí... —Sonaba muy bien.

Dio un buen trago a su cerveza y me cogió de la mano.

—Vale, pensemos una alternativa o te follaré en el baño.

—Por mí no hay problema.

Me dirigió una tórrida mirada mientras me conducía de regreso a la mesa.

—No me tientes, nena. —Dejó que me sentara primero.

Durante nuestra ausencia, Tobias había hecho acto de presencia.

Agarró a Jessie por el hombro y le susurró algo al oído. Ella sonrió y se acercó a él, disfrutando de sus palabras. Rex abrazaba a Kayden, y ya no parecía asqueado por nuestra muestra de afecto.

Me daba la sensación de que todos estábamos pensando lo mismo.

DOS

En cuanto llegamos a casa, Zeke me cogió en brazos y me llevó al dormitorio. Me arrojó al colchón mientras se quitaba la camisa y los vaqueros a la velocidad del rayo. Mostró su físico cincelado, poderoso y bello. Sus músculos fuertes y sudorosos siempre me atraían, aunque no me tocara. Se quitó los bóxers a continuación, revelando la mejor parte.

Me mordí el labio.

—¿Te gusta, nena? —Se inclinó sobre la cama y se colocó encima de mí, con una mirada peligrosa en sus ojos azules.

Deslicé las manos por sus brazos hasta los bíceps, sintiendo la fuerza de su cuerpo sensual.

—Sí.

—¿Te gusta mi polla? —insistió.

—Me encanta.

Zeke presionó su boca contra la mía, besándome con tanta fuerza que estuvo a punto de lastimarme. Nuestras lenguas se enzarzaron en una danza y comenzó a manosearme, agarrándome la teta a través del vestido mientras me presionaba la polla contra el estómago.

Le rodeé la cintura con las piernas al instante, tirando de él hacia mí para sentirlo aún más cerca.

Zeke no se molestó en quitarme el vestido. Buscó las bragas a tientas y me las bajó un poco para poder penetrarme. Jugeteó con mi clítoris mientras me besaba y, en cuanto me tocó, vio que

estaba húmeda.

—Siempre estás tan mojada.

—Lo estoy para ti.

Emitió un gruñido quedo contra mi boca, y aumentó su excitación. Deslizó dos dedos en mi interior resbaladizo sin dejar de besarme, complaciéndome como si le fuera la vida en ello.

Los preliminares estaban bien, pero con Zeke eran una tortura. Siempre quería que me penetrara en cuanto las cosas subían de tono entre nosotros. Seguramente la mayoría de las mujeres necesitarían varias rondas de preliminares para excitarse, pero con Zeke, no me hacía falta.

—Fóllame, Zeke.

Gruñó en mi boca, atrapando mi labio con los dientes. Lentamente me sacó los dedos antes de chuparlos, sin dejar de mirarme a los ojos.

Le clavé las uñas en la muñeca.

Agarró la parte trasera de mi tanga y tiró de él hasta que cayó al suelo. Entonces me arrastró hasta el borde de la cama. Se situó a mi lado en el colchón, listo para penetrarme.

Volvió a meterme los dedos, aumentando aún más la humedad entre mis piernas. Luego frotó la polla, lubricándose con mi propia excitación.

—No me hagas esperar más. —Le suplicaba sin sentir ya vergüenza por mi propia desesperación.

—Puedes poseerme cuando quieras. —Se inclinó y me besó. Sus labios sabían a gloria—. Lo sabes. —Noté su polla presionar mi abertura, tan empapada como yo. Cuando rozó sus labios con los míos, sentí el vello de su rostro en mi piel. Me había acostumbrado de tal forma a aquella sensación áspera que la esperaba con ansia a cada beso.

Me separó las piernas todo lo que pudo, pero no me penetró.

Entonces lo agarré de las caderas y lo atraje hacia mi interior, sintiendo cada centímetro de su polla dentro de mí hasta que gemí de forma incontrolable. Siempre dolía un poco, pero aquella incomodidad no era nada comparada con el placer desenfrenado que me provocaba.

—Oh, Dios... Zeke. —Levanté la cabeza y miré hacia el techo, sintiendo toda su longitud en mi interior. Habíamos echado un polvo esa mañana, pero parecía que había pasado una eternidad.

—ERES la mujer más sexy del mundo, ¿lo sabías? —Se enderezó al pie de la cama y me atrajo más hacia sí, penetrándome en profundidad. Se detuvo durante un instante, disfrutando al sentir lo estrecha que estaba en torno a su miembro palpitante.

—Sólo lo soy porque quiero que me follen.

—Pero sólo quieres que te folle yo. —Me agarró las tetas y me las masajeó con brusquedad, pellizcando los pezones con el pulgar en una mezcla simultánea de dolor y placer.

Lentamente, comenzó a moverse y sentí su polla dura como el cemento. Estaba tan tensa que mis músculos se contraían con cada embestida. Me agarró por la parte de atrás de las rodillas, aprovechando el ángulo para dármelo todo.

Estaba en el paraíso.

Me moví en colchón mientras me embestía, y le aferré las muñecas sólo por tener dónde agarrarme. Me recosté y observé a aquel hombre magnífico follarme despacio y bien, tomándose su tiempo.

—Zeke...

Se movió con más fuerza, y los músculos de sus nalgas se tensaron con cada embestida. Pude ver su reflejo en los espejos del armario. Su cuerpo era tan atractivo por detrás como por delante.

Le corría el sudor por el pecho mientras golpeaba mi punto G con cada embestida.

—Me voy a correr... —Podía sentirlo desde los dedos de las manos a los de los pies. El clímax se acercaba inexorable, aumentando su intensidad a medida que alcanzaba su punto álgido. Cerré los ojos, arrastrada hacia una experiencia sobrenatural mientras mi cuerpo se retorció.

Me besó justo antes de sucumbir.

—Te amo, nena.

Aquellas palabras provocaron un fuego explosivo en mí. Sentía placer en todo mi cuerpo, no sólo entre las piernas. Se me saltaron las lágrimas y mi corazón se rindió de dicha. Zeke me completaba como nadie más podría, y fui consciente de ello en ese instante, como si me hubiera atropellado un automóvil a toda velocidad en la oscuridad de la noche. Zeke era mi mundo entero, el hombre con el que debía estar. La pérdida de mis padres ya no me pesaba. Fueran cuales fueran mis heridas pasadas, él las había sanado.

—Yo también te amo... —Abrí los ojos cuando la sensación se desvaneció, y el placer desapareció lentamente. No aparté los ojos de él, agarrando con fuerza sus brazos—. Dios, te amo.

La expresión de sus ojos se suavizó y se inclinó hacia mí, enterrado aún en mi interior. Con un gemido quedo, se corrió mientras me besaba. Jadeó de placer y me miró con una expresión evidente de amor y devoción en sus ojos.

—Lo sé. —Me besó en la frente antes de reclamar de nuevo mis labios. Perdió rigidez en mi interior, pero no se apartó mientras nos besábamos con creciente intensidad. Me agarró del cabello y profundizó el beso a modo de nuevos preliminares. En cuestión de minutos, volvía a tenerla dura dentro de mi cuerpo y comenzó a moverse de nuevo, tan desesperado por mí como yo por él.

CUATRO DÍAS DESPUÉS, volví a mi apartamento. Toda la comida estaba en mal estado y tenía que sacar la basura. Ahora que pasaba todo el tiempo en casa de Zeke, no tenía sentido mantener el apartamento. Era una pérdida de dinero.

Pero, ¿qué haría con él?

Abrí la nevera y me di cuenta de que la mayoría de la comida que había comprado la semana anterior había desaparecido.

Vista y no vista.

Era muy extraño...

La puerta de entrada se abrió y entró Rex.

—Hola, ¿qué tal?

—No puedes entrar así como así.

—¿Por qué? —preguntó totalmente en serio—. He visto que habías llegado a casa y venía a saludarte.

—Y me parece estupendo, pero podrías llamar antes a la puerta.

—¿Sueles quitarte toda la ropa nada más llegar a casa?

—preguntó—. Ni siquiera yo, con lo cochino que soy, lo hago.

Cerré el frigorífico.

—¿Te estás llevando comida?

—¿Eh?

—Los alimentos que compré han desaparecido. ¿Te los has estado llevando? —Me crucé de brazos, fulminándolo con la mirada.

Rex trató de ocultar su sonrisa, pero fue incapaz.

—¿Qué problema hay? Iban a caducar. Sólo intentaba ayudarte.

—No me importa que te lleves comida, pero sí que entres en mi apartamento sin que yo lo sepa. ¿Cómo lo haces?

Se encogió de hombros.

—Sabes que se me da bien abrir cerraduras.

—¿Entras por la fuerza? —pregunté incrédula.

—Dame una llave y no volveré a hacerlo.

—Rex, tienes dinero. Puedes comprar tu propia comida.

—Y tengo novia —replicó—. Me sale caro mantenerla.

Lo miré exasperada y me acerqué a la mesa de la cocina.

—¿A qué viene tanto jaleo? —Me siguió y tomó asiento.

—Supongo que hoy estoy de mal humor...

—¿Tienes la regla? —Hizo una mueca—. No me extraña que no te quedes esta noche en casa de Zeke...

—No, gilipollas. Sólo he venido a comprobar el estado del apartamento. No sé por qué sigo pagándolo, es una pérdida de dinero.

Rex me miró fijamente con una expresión ilegible.

—¿Qué quieres decir?

Desde que Zeke y yo tuvimos aquella charla, la idea se me había pasado varias veces por la cabeza.

—¿Piensa Zeke pedirme matrimonio?

Rex no pudo ocultar la sorpresa en su rostro.

—Sólo lo pregunto porque no quiero que lo haga. Lo amo y quiero estar con él, pero me gustan las cosas como están. No hay necesidad de precipitarse, es algo muy serio.

Rex suspiró aliviado.

—Ahora mismo no es algo que tenga en mente, Rae.

—Bien. Después de la pelea con Ryker, estuvimos hablando de nuestra relación y no estaba segura de su postura.

Rex miró por la ventana, cruzado de brazos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Estoy pensando en pedirle que nos vayamos a vivir juntos, pero no quiero hacerlo si planea dar un paso más. Es obvio que, si me lo pidiera, le diría que sí, pero preferiría esperar un poco.

Rex asintió.

—¿Todo bien?

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Perfecto. Maravilloso. ¿Por qué?

¿Maravilloso?

—Te has quedado muy callado de repente.

—Puede que tu vida amorosa no sea tan interesante. ¿No lo habías pensado?

Ignoré la pulla.

—Entonces creo que se lo pediré. Siempre estoy en su casa de todas formas. Safari ya no quiere volver conmigo al apartamento. Cuando le digo que es hora de irse, se tira al suelo y se niega a moverse.

—Debe ser porque allí tiene un patio grande.

—Sí, le encanta. Y sé que lo mío con Zeke durará para siempre.

—¿Sí? —Rex se volvió a mirarme.

—Sí... ¿qué clase de pregunta es esa?

—Quería decir que... lo amas de verdad, ¿no?

—Por supuesto. —¿Por qué me hacía Rex esas preguntas tan extrañas?—. ¿A dónde quieres llegar?

—Era sólo curiosidad. Mudarse con alguien es algo muy serio. Si rompéis, será una catástrofe sentimental.

—No vamos a romper. —No tenía ninguna duda al respecto.

—¿Cómo lo sabes?

No me hacía falta una razón. Lo sabía por instinto. No podía explicárselo a Rex de forma que lo entendiera. Nadie lo entendería, a excepción de Zeke.

—Lo sé.

TRES

Rex

Tengo que hablar contigo.

Le envié un mensaje de texto a Zeke a pesar de que estaba en el trabajo, probablemente sentado en su oficina haciendo papeleo.

No. Ya sé lo que me vas a decir y no quiero escucharte. Ya lo he decidido.

Cállate y queda conmigo, ¿vale?

No.

Zeke, escúchame.

No hubo respuesta. No aparecieron los puntos.

—Qué gilipollas. —Llamé a su consulta y contestó la secretaria—. ¿Puedo hablar con Zeke?

—Eh, ¿se refiere al doctor Hartwick?

—Sí, como sea. —A veces olvidaba que era médico. —Dígale que lo llama Rex.

—Espere, por favor. —Clic.

Escuché aquella música molesta en la línea hasta que Zeke contestó por fin.

—Acabas de pasarte de la raya. —Su voz sonaba amenazante—. No recibo llamadas en el trabajo. No me llames.

—Rae va a pedirte que te mudes con ella.

Permaneció en silencio.

—¿Quedamos para una cerveza?

Zeke suspiró al teléfono.

—De acuerdo. Te veré después del trabajo.

—Gracias. —Colgué el teléfono.

NOS SENTAMOS en una mesa con nuestras cervezas frente a nosotros, intactas y espumosas.

Zeke habló primero.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Ayer. Vino a casa a hacer algunas cosas en el apartamento, y estuvimos hablando...

Zeke dio un trago a la cerveza, aún con la bata azul puesta.

—¿Qué más?

—Dijo que mantener el apartamento era tirar el dinero. Y me preguntó si le ibas a pedir matrimonio.

Zeke abrió los ojos como platos.

—¿Sí? ¿Qué le respondiste?

—La verdad. Le dije que no me habías mencionado nada por el estilo.

—Entonces... ¿quiere que se lo pida? —La esperanza era patente en su voz.

—No. De hecho, dijo que era demasiado pronto y quería asegurarse de que no tenías en mente hacerlo. De ser así, no te pediría que os fuerais a vivir juntos.

Vi la decepción reflejada en su rostro.

—Pero te lo va a pedir. No sé cuándo, puede que hoy.

Zeke miró su bebida y suspiró.

—Todo va de maravilla ahora. No se lo digas. Que se mude contigo. —Era la mejor solución posible. ¿Por qué no quería escucharme?

—Rex, sabes que no puedo hacerlo.

—Pero...

—Si te hubiera pasado a ti con Kayden, ¿qué harías? —Me miró a los ojos con confianza.

Me callé porque no tenía respuesta. Jamás engañaría a

Kayden. Y si lo hiciera, no podría ser un cobarde y fingir que no había sucedido. Pero nunca lo sabría a menos que me encontrara en la misma situación.

—Lo que yo haría no importa.

—Se lo dirías. —Dio otro trago a la cerveza—. Sé que lo harías.

—Para empezar, yo no me habría acostado con otra. —Fue un golpe bajo, pero era cierto. Cuando estuvimos separados, Kayden se acostó con quien quiso mientras que yo no me la saqué de los pantalones.

Zeke cerró los ojos al recibir el insulto. No replicó porque no había forma de justificar lo que había hecho.

—Ojalá pudiera borrarlo... No tienes ni idea de cuánto me arrepiento. No lo disfruté y ni siquiera lo recuerdo.

—¿Te pusiste condón?

—Venga, Rex. Pues claro que sí.

—Pero dijiste que no te acordabas, así que...

—De esa parte me acuerdo. —Se cruzó de brazos y los apoyó en la mesa.

—Si vas a contárselo de verdad, debes hacerlo antes de irte a vivir con ella. Serías un malnacido si esperaras.

—Lo sé...

—Así que tienes que tomar una decisión.

—Ya lo he hecho, Rex.

—Pues aún no se lo has dicho, así que no se te ve muy seguro. —Había pasado una semana y Zeke no había confesado. Una parte de mí esperaba que entrara en razón y se diera cuenta de que era una mala idea.

—Lo estoy. Es sólo que... —Se pasó los dedos por el pelo—. Soy tan feliz ahora, joder, que no quiero renunciar a todo... si me deja.

—Zeke, va a dejarte. —Era la cruda verdad, y debía oírla—. Estoy seguro de ello. Se irá y jamás volverá contigo. La has traicionado, y te tiene en tanta estima que la caída será aún más dura. Si fuera Ryker, tal vez podría perdonarlo, pero te tiene en un pedestal. No podrá olvidar la traición ni verte con los mismos ojos. Tienes que hacerme caso.

Agachó la cabeza, presa de la angustia.

—Y cuando llegue el día de nuestra boda, ¿se supone que debo mirarla a los ojos y jurarle amor eterno... cuando le he mentado? ¿Qué clase de hombre sería?

—Entonces debes decidir qué es más importante. Conservar a la mujer a la que amas o tu reputación. No puedes tener las dos cosas, tío.

—No es cuestión de elegir —replicó—. Puede que, si fuera otra mujer, no dijera nada. Pero es el amor de mi vida. ¿Cómo voy a merecerla si no soy sincero con ella?

Entorné los ojos.

—Tío, perderás la opción de merecerla cuando se lo digas.

—Me ama —dijo sin el menor atisbo de duda—. Sabe que jamás haría algo así en otra situación. Lo sabe.

—Eso da igual. —Di un puñetazo en la mesa—. Da igual el tiempo que llevéis saliendo. Siempre la conoceré mejor que tú. Siempre la entenderé de una forma que ni siquiera tú podrías comprender. Prácticamente la he criado. Tienes que creerme. En cuanto se lo digas, la perderás para siempre. Punto final.

Zeke suspiró en respuesta.

—No hay otra alternativa, ¿me entiendes?

—Sí, entiendo lo que dices, Rex. Pero creo en nosotros y en los valores que defiende. Lo que hice fue una estupidez, y lo reconozco. Pero era una situación difícil. Ella tomó una serie de malas decisiones que provocaron todo esto. Es una persona razonable.

—No cuando el amor de su vida le diga que se ha follado a otra. —Me bebí el resto de la cerveza y solté el vaso con tanta fuerza que estuve a punto de romperlo—. Metiste la polla en el coño de otra. No es lo mismo que besar a alguien o meterle mano en el baño. Rae podría perdonar esas cosas, pero ¿follarte a otra? Ni hablar.

Zeke tenía una expresión muerta en los ojos, como si su mundo se hubiera derrumbado.

Agité la cabeza porque sabía lo que estaba pensando.

—Vas a hacerlo de todas formas, ¿verdad?

Me miró a los ojos, con expresión vacía.
—Tengo que hacerlo.

CUATRO

Rae

Zeke entró en casa justo cuando acababa de preparar la cena.

—Joder, qué bien huele.

—Hablas de mí, ¿verdad? —Le guiñó un ojo mientras terminaba de cocinar las verduras en la sartén. Llevaba sus bóxers y una de sus camisetas para impregnarme de su olor cuando no estaba en casa.

—Por supuesto. —Se me acercó por detrás y me abrazó por la cintura, besándome el cuello—. Y estás perfecta cocinando así.

—Gracias. —Le rocé la parte delantera de la bata con el trasero.

Me besó el lóbulo de la oreja antes de apartarse.

—Me voy a dar una ducha rápida. Vuelvo en diez minutos.

—Vale. No hace falta que te vistas si no quieres.

Sonrió de forma sexy, muy atractivo sin ni siquiera intentarlo.

—Hace un poco de frío, así que me pondré los bóxers si no te importa.

—Me conformaré.

Saludó a Safari acariciándole la cabeza antes de meterse en la ducha.

Safari se acercó a mí, esperando que cayera comida de la encimera al suelo.

—Creo que no, Safari.

Emitió un gemido lastimero.

Sabía que cuando tuviera hijos sería una madre horrible

porque siempre terminaba cediendo. Corté un trozo de pollo y lo dejé caer en su boca.

Lo engulló de un bocado.

—Pero ya está. —Terminé el salteado y puse los platos en la mesa.

Zeke no cumplió del todo su promesa y entró en la cocina con pantalones de chándal grises. No llevaba camiseta, así que me conformé. Seguía un poco húmedo de la ducha y el torso le brillaba con el agua.

—Qué buena pinta tiene todo. —Se sentó frente a mí en la mesa. Su fuerte pecho y sus hombros esculpidos tenían un aspecto delicioso.

—Gracias. Mis habilidades culinarias están mejorando. —Serví el vino y di un sorbo.

—Siempre me ha gustado cómo cocinas, nena. —Daba cinco bocados en el tiempo que yo daba uno.

—Gracias. ¿Cómo te ha ido el día?

—Vino un paciente con un caso grave de... —Se detuvo en mitad de la frase como si hubiera dicho algo malo—. Da igual, estamos cenando.

—Trabajo con bacterias a diario. Nada de lo que cuentes me molestará.

Se rio.

—Sí, es cierto. Tenía un eccema por todo el cuerpo. Le picaba mucho, y se le había extendido a la cara... pobrecillo. Tuve que darle una buena dosis de esteroides para quitárselo.

—¿Cómo es que nunca pillas nada? —Que yo supiera, Zeke nunca había tenido problemas de piel. Ni siquiera acné.

Se encogió de hombros.

—Me hidrato.

Entorné los ojos.

—Eres una nenaza.

—Oye, hidratarse es importante. No me avergüenza admitir que me he hecho varios tratamientos faciales masculinos.

Dejé de comer, impactada.

—¿Hablas en serio?

Se señaló la cara.

—Soy un tío atractivo, ¿no? Tengo que mantenerme.

—No me he hecho un tratamiento facial en la vida, y tengo la piel bien.

—Pues tienes más suerte que el resto de los mortales. —Dio un sorbo al vino intentando no sonreír.

—Querrás decir que no soy muy femenina.

—Lo eres.

—Soy un marimacho y ambos lo sabemos.

—Cuando estamos juntos en la cama, eres la mujer más sexy y femenina con la que he estado jamás. Sólo llevas bragas y sujetadores de encaje, siempre tienes el cabello suave y llevas los tacones más altos que cualquier otra mujer.

—La mayoría le pertenecen a Jessie.

—Pues a ti te quedan mejor.

Era una gran mentira, pero no dije nada.

Zeke miró su plato y siguió comiendo.

Coquetear con él me hizo pensar en el problema de mi apartamento. Siempre estaba en su casa y había espacio suficiente tanto para Safari como para mí. Además, si pagaba la mitad de su hipoteca, le haría la vida más fácil.

—Hay algo que quiero pedirte.

Dejó de comer y me prestó toda su atención. Pero parecía reticente, como si estuviera a punto de darle malas noticias.

—Si no estás preparado aún, no supondrá un problema. Lo he estado pensando últimamente cada vez que regreso a mi apartamento... —Removí el salteado sin probar bocado, sintiéndome nerviosa de repente. Nunca le había pedido a nadie que viviera conmigo—. ¿Quieres que vivamos juntos?

Zeke me miró con profunda tristeza. Suspiró en silencio y se pasó los dedos por el cabello.

No era la reacción que esperaba.

—Lo había pensado porque paso aquí la mayor parte del tiempo... pero si no te ves preparado para dar ese paso, no importa. No tiene por qué volverse incómodo ni...

—Pues claro que quiero vivir contigo. —En lugar de estar feliz,

parecía derrotado.

—Entonces, ¿por qué tienes esa mala cara?

Apartó el plato sin mirarme, con la cabeza agachada. Se pasó las manos por la cara, suspirando mientras lo hacía.

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—Nena, tenemos que hablar. Lo he estado retrasando esta semana porque... no quería sacar el tema. Pero sé que no puedo esperar más.

Me latía con tanta fuerza el corazón que me dolía. Sentí entumecidas las yemas de los dedos y me envolvió un frío repentino que me hizo estremecer. Me tragué el nudo que notaba en la garganta y traté de aparentar serenidad, pero estaba aterrorizada por dentro. Había creído que todo era perfecto entre nosotros, pero era obvio que me equivocaba.

—De acuerdo...

—Todo el asunto con Ryker me sacó de mis casillas. Sabía que él quería que volvieras con él, te lo dije y no me creíste. Mantuve la calma, traté de no ponerme celoso, e intenté ser positivo...

¿Por qué mencionaba eso ahora? Había terminado con Ryker para siempre. No tenía sentido hablar de él.

—Pero cuando no me dijiste que ibas a cenar con él...

—Te dije que se me cayó el móvil al váter.

Levantó la mano.

—Nena, deja que termine. No es fácil para mí, déjame hablar.

—Vale... —Asentí.

—No me llamaste y, cuando te llamaba yo, el móvil estaba apagado. Rex me dijo que estabas cenando con Ryker, y me entró el pánico. Entré al restaurante y os vi cogidos de la mano a la luz de las velas. Vi que te besaba los nudillos como si le pertenecieras. Algo dentro de mí murió en ese instante. Pensé de verdad que habíamos terminado. Creí que ibas a volver con él y era sólo cuestión de tiempo que me dejaras.

¿Por qué me echaba todo eso en cara justo ahora?

—Te cuento todo esto para explicarte cómo me sentía esa noche.

Seguía sin comprenderlo.

—Así que salí a emborracharme. Y cuando digo emborracharme, lo digo de verdad. Empecé en un bar, y ni siquiera sé dónde acabé. Estaba tan deprimido y enfadado que sólo quería dejar de sentirme como una mierda...

Permanecí en silencio, paciente, sin saber cómo terminaría todo aquello.

—Y... —Su voz se quebró y cerró los ojos, como si no fuera capaz de terminar la historia. Volvió a pasarse las manos por la cara, tomando aire y presa de un dolor insoportable.

Estaba muy asustada.

Me aterrorizaba lo que fuera a decirme.

Tenía tanto miedo que deseé que dejara de hablar.

—Y... me acosté con alguien.

Oí lo que dijo, pero no era capaz de asimilar el significado de sus palabras. Era tan absurdo, tan ridículo, que no lograba comprenderlo. El tiempo pareció ralentizarse y dejó de latirme el corazón. No sentía ningún tipo de dolor. Era incapaz de sentir nada.

—No recuerdo su nombre. Ni siquiera recuerdo su rostro.

Joder, era real.

«Está pronunciando esas palabras de verdad».

Había ocurrido.

Era cierto.

Volvió a cerrar los ojos y agitó la cabeza.

—Al volver a casa y verte, creí que habías ido sólo para dejarme. Pensé que habíamos terminado, Rae. Después de verte con Ryker, asumí que habías pasado página conmigo.

Respiré con dificultad, lastimándome el diafragma. De repente, sentí ganas de vomitar al imaginarlo besando a otra. Intenté tomar aire, pero no recordaba cómo hacerlo. ¡Dolía tanto! Me agarré al borde de la mesa porque sentí que me fallaban las fuerzas. Mi mundo se estaba rompiendo en pedazos.

Abrió los ojos y noté la humedad de las lágrimas.

—Rae, no significó nada para mí. Apenas lo recuerdo. Si pudiera volver atrás, lo haría. Estaba en un estado lamentable y cometí un tremendo error.

Ya no podía mirarlo, así que contemplé fijamente la mesa. Me ardían los ojos porque quería llorar, pero no iba a permitirlo. Si cedía, todo mi mundo se derrumbaría. Me recordaba a la sensación que tuve al ver a Ryker con otra mujer, pero era mucho peor. Nunca pensé que sufriría así por culpa de Zeke. Confiaba en él por completo, más que en mi propio hermano.

Fue un golpe mortal para mi corazón.

—Rae —susurró—. Sé que es difícil de asimilar. Me odio por lo que hice y por herirte. Es detestable...

Seguí agarrada a la mesa como si fuera un bote salvavidas.

—Pero sabes que jamás haría algo así. Sabes que no te engañaría y que me he entregado a ti. Fue un tremendo error.

No podía mirarlo.

—Rae, dime algo.

No había dicho nada hasta este momento porque ni siquiera era capaz de respirar. Los muros se derrumbaban a mi alrededor, y la tierra temblaba bajo mis pies.

—Yo... —No era capaz de articular palabras coherentes.

—Rae, lo siento con toda mi alma.

Aunque la verdad era innegable, no podía sentir rabia, sólo mi corazón roto.

—Supongo que estoy en estado de shock...

—Lo sé...

Tras varios minutos de silencio, recuperé el aliento y me enderecé en la silla. Por mucho que intentara convencerme a mí misma, no podía cambiar la verdad. Había sucedido así, Zeke se había acostado con otra persona y nuestra relación ya nunca sería la misma.

Todo había cambiado.

—¿Por qué has esperado tanto para decírmelo? —Mi voz se quebró y mis palabras fueron sólo un susurro.

—Tenía mucho miedo. Iba a decírtelo en cuanto entré por la puerta ese terrible día. Entonces dijiste que me amabas, que querías casarte conmigo y que no querías estar con Ryker. Era todo lo que había soñado, y no tuve valor para confesarlo.

Lo miré al fin, sintiendo que mi corazón se desinflaba como

un globo.

—¿Cómo pudiste desconfiar de mí? —Las lágrimas inundaban mis ojos y no pude contenerlas. Estaba perdiendo la batalla y me derrumbaba poco a poco—. ¿Cómo pudiste pensar que te haría algo así? Después de todo lo que hemos pasado...

—Confío en ti, Rae. Pero sé lo que sentías por él. Sé que él fue...

—Y sabes lo que siento por ti. —Mi voz escapó de mis labios en un grito, pues la rabia se había apoderado repentinamente de mí cuando menos lo esperaba—. Duermo contigo todas las noches, Zeke. Puede que no te hubiera dicho que te amaba, pero era obvio en cada uno de mis actos. ¿Cómo pudiste pensar que te traicionaría así? No sólo como amante, sino como mi mejor amigo. Jamás le haría eso a alguien que me importa.

La expresión en sus ojos comenzaba a reflejar la de los míos.

—Cuando os vi cogidos de la mano...

— Eso no significaba nada, Zeke. Me había dicho que su padre murió pensando que lo odiaba. Se derrumbó y lloró delante de mí. Le agarré la mano para consolarlo, como hubiera hecho cualquier persona compasiva. Sí, me besó los nudillos y probablemente no debería haberlo hecho. Pero deberías haber confiado en mí. —Me señalé el pecho con rabia—. Deberías haber confiado en mis sentimientos por ti. Así que no te atrevas a echarme la culpa.

—Rae, os vi hablando muy cerca en el pasillo del bar. Os vi bailando lento en esa gala benéfica. Y luego os vi cogidos de la mano durante la cena. Lo siento, pero tenía muy mala pinta. Y si la situación hubiera sido al revés, no lo habrías aguantado. Ambos lo sabemos.

Negué con la cabeza, apretando con fuerza los labios.

—Confiaba en ti.

Cerró los ojos y suspiró.

—Si hubiera hecho todas esas cosas con Rochelle y ella hubiera intentado recuperarme, te habría molestado.

—Zeke, nunca dije que no tuvieras derecho a enfadarte con Ryker ni a sentirte frustrado por la situación. Pero no tenías

derecho a follar con otra persona. —Al decir esas palabras, un sollozo escapó de mis labios—. No tenías derecho a darme la espalda ni a dejar de confiar en mí... —Me tapé la boca con la mano, tratando de recuperar la calma.

Zeke me observaba con los ojos llenos de lágrimas.

—No estoy inventándome excusas para justificar lo que hice. Sólo quiero que entiendas por qué ocurrió. Sabemos que nunca habría sucedido bajo ninguna otra circunstancia. Jamás te engañaría. Y estoy tan locamente enamorado de ti que no quiero estar con nadie más. Rae, ella no significaba nada para mí. Nada en absoluto.

—Pero te mereció la pena romperme el corazón por ella.

Agachó la cabeza al oír mi respuesta.

—Pensaba que habíamos terminado, Rae.

—Y si así hubiera sido, ¿te habrías acostado tan pronto con otra?

—Pensaba que ibas a hacer lo mismo con Ryker —replicó.

Me cubrí la cara con las manos y tomé aliento, tratando de aliviar el dolor de mis pulmones. Mi cuerpo se debilitaba por segundos. Me costaba creer que esa misma mañana me hubiera despertado feliz en los brazos del hombre al que adoraba.

—No puedo creer que esto esté pasando...

—Lo sé.

Al pensar en todas las veces que habíamos hecho el amor durante esa semana, sentí repulsión.

—La besaste y luego me besaste a mí... La follaste a ella primero y luego a mí. Dios mío.

—No fue así, Rae.

—Sí que lo fue, joder. Ahora me siento sucia, qué asco.

—Me puse condón.

Tiré el plato de la mesa y se hizo añicos al impactar contra el suelo.

—Esa no es la cuestión, Zeke.

Safari no se lanzó a por el plato porque sentía que algo iba mal. Se quedó en la sala de estar y no apareció.

Zeke me miró con ojos llorosos.

—Iba a decírtelo, pero necesitaba tiempo para...

—Pensar si confesarlo o no.

—No —dijo con frialdad—. De hecho, Rex intentó convencerme cientos de veces para que no te dijera nada.

—¿Qué? —susurré. ¿Mi propio hermano?

—No te habrías enterado, Rae. Nunca volveré a ver a esa mujer, y Rex se habría llevado el secreto a la tumba. La única razón por la que te lo he contado es porque te amo, y siempre seré sincero contigo, aunque duela.

—Qué romántico...

Respiró hondo, intentando sobreponerse al dolor.

—Eso cuenta, Rae. No podía seguir adelante sin decirte nada. Eres la persona más importante del mundo para mí. Siempre te diré la verdad. Puedes confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —repliqué—. ¿Confiarías en mí si me hubiera acostado con Ryker? ¿Aunque fuera un accidente?

Cerró la boca, pues se había quedado sin argumentos.

—Si esperas que aprecie tu honestidad, nunca lo haré.

—Negué con la cabeza—. No puedo creer que esté sucediendo... y que te acostaras con otra.

—Lo sé. Ojalá pudiera dar marcha atrás, Rae.

—Pero no puedes.

Suspiró.

—Si te hubieras acostado con Ryker pero te hubieras dado cuenta de que fue un error y volvieras conmigo, te perdonaría.

—Mentira...

—Sí, lo haría. Por muy patético que parezca, estoy tan enamorado de ti que haría lo que fuera para estar contigo. Eres el amor de mi vida, la mujer con la que siempre he soñado. Haré lo que sea para salvar nuestra relación.

—Y ¿cómo encaja en todo eso acostarte con otra? —No podía controlar el sarcasmo, pues la ira me dominaba.

—Rae, sabes que me siento fatal.

—¿Y cómo crees que me siento yo? —repliqué.

Agachó la cabeza avergonzado.

Miré por la ventana, incapaz de seguir mirándole a los ojos. Su

casa solía ser un refugio, pero ahora se asemejaba más a una prisión. Todos los bellos recuerdos que teníamos allí quedaron empañados por su traición. Esa misma mañana había querido mudarme allí para comenzar una vida con él. Ahora todo eso había desaparecido, como si nunca hubiera ocurrido.

—Sé cómo te sientes, Rae.

Me volví hacia él, incapaz de creer su audacia.

—Esa noche, pensé que me habías dejado por él. Y nunca había estado tan mal en mi vida. Nunca había enloquecido de esa forma ni me había emborrachado tanto. Era como un veneno en el estómago que no dejaba de propagarse. Es obvio que me equivoqué.

Desvié la mirada de nuevo.

—Lo siento. Ojalá pudiera borrarlo.

—Pero no puedes —dije en voz queda—. Jamás podrás.

Zeke me miró desde el otro lado de la mesa, aún sin camiseta. Apoyó los brazos en la superficie y se inclinó hacia delante.

—Te amo. Sabes que sí.

Seguí con la vista fija en el patio.

—Pese a lo que hice, lo sabes. Sabes que lo nuestro es real y durará para siempre. Sabes que tenemos algo especial. Tardamos mucho en estar juntos, así que no destruyas nuestra relación, por favor.

—La has destruido tú, Zeke.

No reaccionó a mi respuesta.

—Sé que es difícil. Estás enfadada y tienes todo el derecho a estarlo. Sé que quieres espacio, y es natural. Pero... sé que podemos superarlo.

—¿Y si yo no quiero superarlo? —Me volví hacia él, y brotaron más lágrimas.

Sus ojos eran un reflejo de los míos.

—Sé que quieres, Rae. Estamos demasiado bien juntos para dejarlo.

Miré la mesa y sentí las lágrimas resbalar por mis mejillas.

Zeke sollozó.

—No puedo estar contigo. No después de esto.

Se levantó de la silla y se acercó, arrodillándose ante mí. Tomó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarle.

—Rae, podemos superarlo.

—No. —Lo aparté y me dirigí a la sala de estar para poder tomar aire—. Ya no te veo con los mismos ojos. Hiciste el amor conmigo después de haberte acostado con ella... Has manchado lo nuestro.

—Nuestro amor jamás se mancillará. —Se acercó a mí, dispuesto a agarrarme de nuevo.

—Detente. —Levanté la mano y retrocedí hacia el sofá—. No me toques. No te acerques a mí. Por favor...

Zeke me obedeció.

Me crucé de brazos, temblando. Parecía el fin del mundo, el fin de mi alegría. Había creído que todo el dolor de mi vida había terminado para siempre. Había encontrado por fin a la persona con la que quería compartir mi vida, la única persona que ahuyentaba a mis demonios. Pero terminó haciéndome más daño que ninguna otra cosa.

—Ya no siento lo mismo, Zeke. Sé que te arrepientes y que lo borrarías si pudieras, pero ya no puedo soportar tus caricias. Te quiero mucho. Y duele más que cualquier otra cosa que haya tenido que soportar, pero nunca podré hacer el amor contigo sin pensar en lo ocurrido. Jamás podré volver a confiar en ti. Jamás... —Las lágrimas caían por mi rostro en cascada.

Zeke tomó aire intentando mantener la compostura, y en sus ojos húmedos se reflejaba la lámpara de la sala de estar.

—No digas eso. Tómate un tiempo.

—No... —No importaba cuánto tiempo pasara. Aquel dolor jamás cesaría.

—Sé que estás molesta. Lo entiendo.

—Zeke, hemos terminado. —No mentía a causa del enfado. Lo decía de verdad. Podría perdonar cualquier otra cosa, pero no aquello. No podía estar con un hombre que me había roto así el corazón. No sabía si lograría superarlo—. No puedo pasar página después de esto ni reconstruir la relación. No puedo confiar en ti.

—Rae...

—Lo siento. —Me alejé de él, sin saber con certeza a dónde iba—. Safari...

Safari se acercó por el pasillo, manteniéndose cerca de mí porque sabía que algo no iba bien.

—Rae. —Zeke me siguió hasta la puerta—. No te vayas así. —Me agarró del brazo y me atrajo a su pecho.

—No me toques. —Me solté y le dirigí una mirada cargada de inquina—. No hagas que te lo vuelva a repetir.

Safari se puso a la defensiva, gruñéndole a Zeke. Lo adoraba, pero en cuanto me vio amenazada, se volvió contra él para protegerme.

Zeke dio un paso atrás y levantó las manos.

—Rae, deja que te lleve a casa. O al menos deja que llame a un taxi. Quédate aquí y me iré yo. —Se le escaparon unas lágrimas que resbalaron por sus mejillas—. No te marches así.

—Créeme, no hay nada que pueda hacerme más daño que lo que acabas de hacer.

CINCO

Rae

No estoy segura de cómo llegué a mi apartamento.

Creo que fui a pie.

Tal vez tomé un taxi.

No lo sé.

Cuando entré, fui inmediatamente al sofá, el mueble más cercano al que tenía acceso. Me derrumbé sobre los cojines, cogí la manta que colgaba sobre el respaldo y noté que Safari se tumbaba a mi lado.

Entonces comenzaron los sollozos.

Lloré.

Lloré más de lo que había llorado en mi vida.

Y, tristemente, deseé que Zeke estuviera allí para consolarme. Era la persona a quien acudía para todo, el hombre al que consideraba mi mejor amigo. Pero ya no estaba allí... y nunca más lo estaría.

Safari gimió y me lamió la cara, sintiendo mi tristeza como si se tratara de una persona.

—LO SIENTO... Estoy bien. —Le rasqué detrás de la oreja. Sollocé e intenté contener las lágrimas, pero sólo conseguí llorar con más fuerza.

Safari se acercó a mí y volvió a gemir, compartiendo mi dolor.

Se abrió la puerta de entrada.

—¿Rae? —La voz aterrorizada de Rex resonó en el apartamento—. ¿Estás ahí? —Caminó por el pasillo y comprobó las habitaciones porque no me vio sentada en la oscuridad.

No tenía fuerzas para decirle que estaba allí.

Regresó, con el teléfono pegado a la oreja.

—Joder, no está. —Echó un vistazo al sofá y siguió caminando. Luego dio media vuelta—. No, está aquí, en el sofá. No la había visto. —Suspiró aliviado, sujetándose la cabeza—. Te llamaré después. —Colgó.

Sabía con quién estaba hablando.

Rex se acercó corriendo al sofá como si se tratara de una emergencia. Se sentó a mi lado, cerca de Safari.

—Rae...

Me obligué a dejar de llorar delante de él. Vería mi cara roja e hinchada y se burlaría de mí por ello, como siempre. Vería mi dolor y lo sentiría también, porque teníamos un vínculo más profundo que la mayoría de los hermanos.

—Estoy bien. Ya puedes irte.

—No me iré. —Se sentó a mi lado, pero no me tocó—. Lo siento...

—No me extraña. —Me volví hacia él, sintiendo rabia contra el mundo—. ¿Lo sabías e intentaste convencerlo para que no me lo dijera? ¿Qué clase de hermano eres?

No reaccionó a mi enfado ni pareció remotamente afectado por mis palabras.

—Porque no quería presenciar esto. —Hizo un gesto con la mano, señalando mis lágrimas—. No quería que te disgustaras...

Aparté la vista, avergonzada por enfadarme con él.

—Sé que lo que hizo Zeke estuvo mal, pero sabes que te ama. Eres consciente de la situación...

—No, por favor. He discutido con Zeke hace una hora... No quiero pasar otra vez por lo mismo. —Me recosté en el sofá, acercando la cabeza al lomo de Safari. Estaba inmensamente agradecida de haberlo encontrado en la calle esa tarde. Lo había llevado a casa y se había convertido en parte de mi familia. Desde

entonces, siempre había sido mi hombro sobre el que llorar—. Vete, por favor.

Rex me acarició la espalda con delicadeza.

—No.

—Lo digo en serio, Rex. Ahora mismo quiero estar sola. Sólo quiero... —No sabía lo que quería. Me sabía la boca a sal por las lágrimas constantes, y al mismo tiempo, tenía secos los labios. Parecía que se me iba a romper el corazón en mil pedazos.

—Voy a estar a tu lado, como siempre.

—No quiero que lo hagas. —Actuaba como una malcriada, pero no podía evitarlo. Me habían arrebatado la felicidad y odiaba a todo el mundo—. Sólo quiero estar sola. Quiero quedarme sentada en la oscuridad y... desaparecer.

AL DÍA siguiente no fui al trabajo. Rex llamó para decir que tenía la gripe.

Debió llevarme a la cama en algún momento porque allí fue donde me desperté. Normalmente, en cuanto abría los ojos me levantaba y empezaba a hacer algo. Pero ese día me quedé mirando el pelaje de Safari mientras su pecho subía y bajaba con sus ronquidos.

No sé cuánto tiempo estuve allí tumbada.

Puede que minutos.

Quizás horas.

El tiempo ya no significaba nada para mí.

Rex llamó con los nudillos en la puerta abierta.

—Rae, ha venido alguien a verte.

—Dile a Zeke que se vaya —susurré—. No quiero verlo.

—No es Zeke. —Oí la voz de Jessie aproximándose hacia mí.

—Somos nosotras —aclaró Kayden.

Me di la vuelta y las miré, sintiendo felicidad y tristeza en cuanto vi sus rostros. Jessie tenía lágrimas en los ojos, y era obvio que Kayden había llorado antes de entrar.

—Hemos venido a verte. —Jessie me rodeó los hombros con el brazo y me atrajo hacia sí.

Kayden se sentó al otro lado y me acarició el cabello.

—Te pondrás bien, Rae. Sé que ahora no te lo parece, pero lo harás.

Rex permaneció en la puerta, observándonos.

Cerré los ojos y sentí cierto consuelo ante sus muestras de afecto.

—No. No sólo he perdido a mi novio, sino a mi mejor amigo.

—Había perdido a la persona más íntegra de mi vida. A un miembro de la familia. Era el golpe más devastador que había recibido jamás.

—Eso no es cierto —dijo Jessie—. Puede que hayas perdido a un novio, pero Zeke siempre será tu amigo.

Kayden me acarició la espalda tratando de consolarme.

—Vamos a llevarte a la ducha —dijo Jessie—. Y luego desayunaremos.

—¿No tenéis que trabajar? —susurré.

—No, hoy no. —Jessie se levantó y me ayudó a ponerme de pie.

—Yo tampoco —dijo Kayden.

—¿No es miércoles? —murmuré.

—No importa qué día es —dijo Jessie—. Estamos aquí porque eres parte de nuestra familia.

ME DIJE a mí misma que debía reaccionar y salir de aquella depresión. Llorar por las esquinas no era propio de mí. Había quedado destrozada tras perder a Ryker, pero no dejé que su ausencia arruinara mi vida.

Pero sabía que esta vez sería mil veces más difícil.

Tenía que ser fuerte y seguir adelante, avanzar. No podía pasarme la vida compadeciéndome. Tenía que ir a trabajar y llevar una vida normal.

Pero parecía imposible.
No podía hacerlo.
Zeke me había destruido.
¿Cómo podría vivir sin él?

Me obligué a salir de la cama, a prepararme para el trabajo e incluso a tragarme un cuenco de mis cereales favoritos, pero era incapaz de probar bocado.

Rex vino a verme, como de costumbre.

—¿Estás segura de que quieres ir a trabajar?

—Sí. —Apenas podía hablar sin sentir ganas de llorar. Me dolía todo el cuerpo por lesiones físicas que en realidad nunca había recibido. Me fatigaba incluso al andar. Trataba de no pensar en Zeke, pero mi concentración sólo aguantaba dos segundos antes de que volviera a mi mente.

—No pasa nada porque estés otro día de baja, Rae.

—No... Estoy bien. —Cogí el bolso, sintiendo que me ardían los ojos a causa de las lágrimas—. Puedes dejar de preocuparte por mí.

—Sabes que nunca dejaré de preocuparme por ti. —Hizo algo inesperado, me abrazó. Me envolvió entre sus brazos y me sostuvo contra su pecho. Apoyó mi cabeza en su hombro para que pudiera relajarme.

Dejé que mi hermano me abrazara, pero su afecto no mitigó la agonía que sentía en lo más profundo de mi pecho. Sus muestras de cariño no borrarían lo que había perdido. Me aparté de él y caminé hacia la puerta.

—Te veré luego...

—Rae, no tienes que demostrar nada.

—No lo intento. —Logré abrir la puerta, pero me resultó más pesada que antes—. Cuando Ryker me dejó, fui a trabajar. Y no voy a permitir... —No pude acabar la frase—. Así que no te preocupes. —Cerré de un portazo a mis espaldas, aunque no estaba enfadada.

Sólo estaba... perdida.

LO BUENO DEL trabajo era que podía mantener las manos y la mente ocupadas. Trabajar con bacterias, aislar colonias y cultivarlas en incubadoras hasta que obtuviera exactamente lo que necesitaba me mantenía distraída. No le conté nada a Jenny, y fue agradable que me hablaran como si no fuera una bomba a punto de explotar.

Cuando pasaron las ocho horas, deseé poder quedarme allí. Siempre me había gustado mi trabajo, pero nunca antes había querido vivir allí. Ahora, la idea de regresar a mi pequeño apartamento, al que había estado a punto de renunciar para poder mudarme con Zeke, hacía que quisiera dormir debajo de mi escritorio.

Cerré y me fui, pero no a casa. Caminé por las calles, contando las grietas en la acera. Cuanto mayor era el número, más realizada me sentía. Aquella distracción me mantenía cuerda, pero sabía que no podría continuar así mucho más tiempo. Ya había oscurecido y empezaba a hacer frío.

Pero seguí caminando.

Mi teléfono vibró en el bolsillo por décima vez, así que lo saqué. Al ver el nombre de Rex en la pantalla, respondí la llamada sin saludar. Acerqué el teléfono a mi oído y seguí caminando.

—¿Rae?

—¿Eh?

—¿Dónde demonios estás? Saliste del trabajo hace tres horas.

—He ido a dar un paseo...

—¿A dónde? —dijo con brusquedad.

—Por ahí... —Miré el rótulo de la esquina con el nombre de la calle—. Estoy en Carver.

Suspiró al teléfono.

—Tienes que venir a casa. Tengo la cena en la mesa y se está enfriando.

Rex no había cocinado en la vida, a menos que contara como

cocinar un sándwich de mantequilla de cacahuete y gelatina.

—¿Has cocinado? —pregunté incrédula.

—Sí. Así que ven a casa a insultar mi plato. Seguramente no tenga muy buen sabor.

Sentí ganas de reír. No lo conseguí, pero al menos tuve la sensación.

Al ver que no respondía, volvió a hablar.

—Vienes a casa, ¿no? Por favor, no me hagas ir a buscarte.

—No... Iré a casa.

—Gracias. ¿Quieres que me quede hablando contigo por teléfono?

—No. Estoy bien. —Colgué sin despedirme y caminé a casa, con las manos en los bolsillos de mi chaqueta. Llevaba un moño porque no me apetecía arreglarme. Tenía un aspecto horrible, pero me daba igual.

Al entrar por la puerta, Safari me saludó inmediatamente. Me lamió la mano y luego se alzó sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en mi pecho. Gimió al verme, saludándome como un amigo preocupado.

—Estoy bien, Safari. —Le rasqué detrás de las orejas y abracé a la enorme bestia que me acompañaba en todos los momentos difíciles de mi vida. Era, sin duda, mi mejor amigo.

Rex puso la mesa y trajo un cuenco de espaguetis con pan de ajo.

—Debes estar muerta de hambre. Siéntate.

No quería soltar a Safari, pero dejé que su piel se deslizara entre mis dedos. Caminé hacia la mesa, con Safari detrás de mí. Me dejé caer en la silla con un ruido sordo, lastimándome un poco el trasero, pero no llegué a sentir dolor. Me incliné hacia delante, apoyando la barbilla en la palma de mi mano mientras observaba la comida sin apetito.

Rex se sentó y me sirvió un plato.

—¿Qué tal en el trabajo?

Cogí el tenedor y lo hice girar sobre la pasta, sin mirarlo.

Rex no me presionó para obtener más detalles.

—No quieres hablar, lo entiendo. Te contaré cómo me ha ido

el día a mí. Hice un pedido de bolas de boliche, pero, por alguna razón, pensaron que había hecho dos. Así que ahora tengo exceso de bolas en la bolera. Como empezaron a activar el sistema de giro, tuve que guardarlas en el almacén. —Olió la comida, llenándose de salsa la cara—. No pasaría nada si no fuera por lo mucho que pesan. Llevarlas de un lado a otro es agotador.

Di un bocado al fin y me di cuenta de que no sabía tan mal.

Rex siguió comiendo, como si no estuviera sentado frente a un fantasma.

—Al menos tendré algunas guardadas cuando las otras estén gastadas o se pierdan. —Cogió un trozo de pan de ajo y lo sumergió en la salsa.

Logré murmurar algo.

—Es genial...

—Hoy saqué a Safari a dar un paseo y se meó en la misma boca de incendios de siempre. —Rex entornó los ojos—. ¿Qué les pasa a los perros con las bocas de incendio?

Me encogí de hombros.

Se quedó callado mientras masticaba la comida.

—Jessie me ha cortado el pelo hoy.

Sabía que decía lo primero que se le ocurría para llenar el silencio.

—¿Rex?

—¿Eh?

Miré sus ojos verdes, idénticos a los míos.

—Sé que intentas ayudarme, pero no hace falta que sigas hablando para hacerme sentir mejor. No me importa el silencio. Si te digo la verdad, no hay mucha diferencia de todos modos.

—Di otro bocado a los espaguetis, haciendo un esfuerzo por seguir comiendo.

Rex dio otro mordisco al pan de ajo, con expresión triste.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarte?

No tenía respuesta para esa pregunta.

—No lo sé... Estar conmigo es suficiente.

SEIS

Rex

Rae estaba fatal.

Cuando Ryker salió con esa supermodelo, Rae se quedó destrozada. Trató de ser fuerte y mantenerse ocupada, yendo todos los días a trabajar y al gimnasio. Pero todos sabíamos lo mucho que le estaba costando. No fue hasta pasados tres meses cuando pudo volver a ser la de siempre.

Pero esto era mil veces peor.

Pasaba los días sin verle sentido a nada. Se obligaba a arreglarse para ir a trabajar todas las mañanas, pero era doloroso verla así. Cuando estaba en casa, se acurrucaba con Safari como si fuera un peluche.

Estaba totalmente desolada.

Pero Zeke estaba peor.

Entré en su casa sin llamar y lo encontré sentado en el sofá de la sala de estar, con el televisor y todas las luces apagadas. Era apenas visible en la oscuridad si no sabías que estaba allí.

Encendí algunas luces para que la habitación no pareciera una cueva.

Zeke no reaccionó en absoluto. Podría haber sido un ladrón y no le habría importado.

Me senté en el otro sofá y lo observé, viendo la pálida desolación en su rostro. Estaba así desde que Rae se había ido... No muerto, pero tampoco vivo. No tenía valor para decirle «Te lo dije», así que no lo hice.

—¿Cómo está? —La voz quebrada de Zeke rompió el silencio. Había estado más preocupado por ella que yo, y me preguntaba constantemente si estaba bien.

—Igual. Hoy ha ido a trabajar.

Observó la pantalla del televisor apagada.

—Eso es bueno...

—No habla mucho.

—¿Come?

—Cuando la obligo.

Zeke se cruzó de brazos y suspiró.

—¿Habla de mí?

—No te menciona.

Cerró los ojos como si mi respuesta le doliera.

—Quiero hablar con ella, pero sé que debo darle tiempo.

No importaba cuánto tiempo le diera Zeke. Rae jamás le daría otra oportunidad. Aunque fuera un cadáver viviente, no cambiaría de opinión.

—Creo que ahora necesita estar sola.

—Sí...— Cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando los abrió, una fina capa de humedad los cubría.

No lo juzgué por mostrar sus emociones. Si me hubiera sucedido lo mismo con Kayden, estaría igual.

—¿Cómo te va?

—Un amigo mío ha estado pasando consulta a mis pacientes. No estoy en condiciones de trabajar con personas...

Al ser médico, seguramente era lo mejor.

—¿Qué has estado haciendo?

—Esto. —Miró al televisor sin parpadear, con lágrimas aún en los ojos. —No puedo dormir en mi cama. Las sábanas huelen a ella...

—¿Quieres que las lave?

—No —dijo enseguida—. No...

—¿Hay algo más que pueda hacer? —Me sentía muy mal. Tenía que cuidar de Rae porque era mi hermana y la víctima de aquella catástrofe. Pero quería apoyar también a mi mejor amigo. Pese a lo que había hecho, no dudaba ni por un instante de que

amaba a Rae con todo su corazón. Nadie la trataría jamás mejor que él.

—Asegúrate de que esté bien. No te preocupes por mí.

Yo sabía que él estaba peor. Rae al menos iba al trabajo todos los días.

—¿Quieres que vaya a la tienda y te traiga comida?

—No tengo hambre.

Entré en la cocina y miré en la nevera. Sólo había embutidos caducados y dos botellas de cerveza. Tampoco había nada en los armarios.

—Voy a ir al supermercado. ¿Necesitas algo más?

¿Detergente? —Volví a la sala de estar y lo vi exactamente en el mismo lugar que antes, mirando al televisor.

—No.

—¿Puedo llevarme el Jeep?

—Me da igual —susurró.

Se me rompía el corazón al ver a mi amigo débil y destrozado en el sofá. Me acerqué a él y le puse una mano en el hombro, sabiendo que un abrazo sería demasiado para nosotros. Dejé la mano allí para que pudiera sentir algún tipo de contacto. Debía saber que podía contar conmigo, aunque no se lo dijera con palabras.

Zeke no se movió.

—Voy a recuperarla. Puede que lleve un tiempo... pero lo haré.

No era tan malnacido como para decirle lo contrario. Acabaría entendiendo que la relación se había terminado de verdad. Pero si esa esperanza lo mantenía en pie, no iba a arrebatarla.

—Sí...

—¿CÓMO está Zeke? —Jessie estaba sentada frente a mí, con Kayden al lado. Habían estado apoyando a Rae, pero insistí en pasar tiempo a solas con mi hermana, pues sabía que era la persona con quien estaba más cómoda a excepción de Zeke.

—Está... fatal. —No iba a ocultarlo—. Peor que Rae. Ni siquiera va a trabajar.

—Vaya —susurró Kayden—. ¿Y Rae?

Había pasado una semana, pero seguía pareciendo un zombi.

—Sigue igual, destrozada. Intenta seguir adelante con su vida, pero no lo consigue. Lo tuvo más fácil cuando Ryker la dejó, pero esta vez... Le está costando mucho superarlo.

—Pobrecilla —dijo Jessie.

—¿Por qué tuvo que hacerle Zeke algo así? —preguntó Kayden—. ¿En qué demonios estaba pensando?

Sacudí la cabeza.

—Fue un error fatal. Todos nos equivocamos.

—Estamos hablando de Zeke —intervino Jessie—. Todos sabemos que no la engañaría. Tiene un corazón de oro. No le haría daño a nadie a propósito, y menos a Rae. Estaba enfadado por lo de Ryker, y creo que tenía todo el derecho a estarlo. Rae seguía tratando con él más de lo debido. Creo que debería perdonar a Zeke.

—Yo pienso igual —dije—, pero no lo hará.

—Se acostó con otra —dijo Kayden—. Si Zeke estaba tan enfadado, debería haberle dado una paliza a Ryker. Habría sido más apropiado que follarse a una extraña.

—No podemos quedarnos sentados y enumerar todas las cosas que podría haber hecho Zeke. —No me gustaba contradecir a mi novia, pero lo hice de todas formas—. Porque no entendemos lo que sentía él. Además, lo pasado, pasado está. Hay que seguir adelante.

—¿Van a volver a estar juntos en la misma habitación? —preguntó Jessie.

—¿El grupo ha quedado dividido? —preguntó Kayden—. ¿Tendremos que repartir nuestro tiempo entre Rae y Zeke?

Sabía que nunca volverían a estar juntos, pero esperaba que lo resolvieran como amigos.

—Se quieren demasiado para dejar de verse. Puede que lleve un tiempo, pero volverán a ser amigos. Eso no me preocupa.

—¿Incluso si empiezan a salir con otras personas? —preguntó

Jessie.

—Para eso queda mucho —dije—, pero creo que también lo superarán.

—Vaya... —Kayden se pasó los dedos por el cabello, un gesto que solía hacer cuando estaba nerviosa—. No puedo creer que esté sucediendo.

—Yo tampoco —dijo Jessie—. Pensaba que estarían juntos para siempre.

—Yo también —susurré—. Le dije a Zeke que no se lo dijera, pero no me hizo caso.

—¿Qué? —exclamó Kayden—. ¿Le dijiste que le mintiera?

—No mentirle —corregí—. Sino no contárselo por propia iniciativa.

—No puedes hablar en serio. —Kayden me dirigió una mirada hostil que rozaba lo adorable.

—En cualquier otra situación, diría que hay que sincerarse.

—Cada persona debía reconocer sus crímenes y aceptar su castigo—. Pero en su caso, es diferente. Zeke creía que había elegido a Ryker. Pensó que habían roto.

—No deja de ser una suposición estúpida— replicó Kayden.

—No los viste en el restaurante —respondí—. La verdad es que en esta ocasión le doy la razón a Zeke. Ryker estaba cogiéndole las manos y besándole los nudillos. Parecían una pareja muy enamorada compartiendo una cena romántica. Además, Ryker le había enviado rosas y pagó dos de los grandes para bailar con ella en la gala, y encima fue a buscarla al bar. Zeke tuvo que aguantar demasiado. Creo que fue la gota que colmó el vaso.

Kayden se quedó callada porque no tenía argumentos contra mis palabras.

—Estoy de acuerdo —dijo Jessie—. Rae lo propició. Todos sabemos que Zeke jamás habría hecho algo así en circunstancias normales.

—¿De qué rosas hablas? —preguntó Kayden.

—Eh... —No se lo había contado a nadie, pero no vi qué daño podría hacer decirlo ahora—. Le envió rosas por su cumpleaños el año pasado.

—Rae nunca lo mencionó —dijo Jessie.

Como había pasado mucho tiempo antes, lo confesé.

—Porque las tiré...

Kayden se quedó boquiabierta.

—Rex...

Jessie me miró impactada.

—¿Nunca se lo dijiste?

—Mira. —Levanté las manos a la defensiva—. Fue antes de que empezara a salir con Zeke, y sabía que Ryker la convencería con sus artimañas. Ninguno de nosotros quería que volvieran y, si hubiera visto las flores, habría sido lo bastante estúpida como para darle otra oportunidad.

Jessie agitó la cabeza.

—Rex... No puedo creer que lo hicieras.

—Que no salga de aquí, ¿vale?

—Pues claro que no le voy a decir nada —dijo Kayden—. Ahora mismo cualquier cosa podría llevarla al límite. Pero lo que hiciste estuvo mal, Rex.

—Lo sé. —No iba a negarlo—. Es que no quería que volviera con él. Fue un sinvergüenza. Le habría roto el corazón otra vez.

—Pues es muy probable que eso suceda de todas formas —susurró Jessie.

Kayden se volvió hacia ella.

—¿A qué te refieres?

—¿Sí? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

Suspiró antes de hablar.

—Chicos, es sólo cuestión de tiempo. Rae estará deprimida una temporada, pero luego se sentirá sola e irá en busca de Ryker. Empezarán a follar otra vez para hacer que se sienta mejor, y volverán a la situación de antes.

—No —dije—. Rae no se acostará con Ryker. No si tiene el corazón roto por Zeke.

—Ahora mismo no —dijo Jessie—. Tal vez dentro de unos meses, cuando haya pasado un tiempo. Venga, estaba enamorada de Ryker, y ahora él la quiere. No va a registrarse en Tinder y salir con cualquiera. Irá a por el otro tío del que ha estado enamorada.

Me llevé las manos a la cabeza porque sabía que tenía razón.

—Mierda.

—Oh, no —susurró Kayden.

—Tendré que evitar que se acuesten. —Cada vez que Ryker quisiera ver a Rae, me metería en medio. Cada vez que estuvieran juntos a solas, les arruinaría el plan. Cualquier tío era mejor que ese maldito capullo.

Y Zeke acabaría con su vida.

SIETE

Rae

Habían pasado dos semanas.

Y no me sentía mejor.

Mantuve mi rutina diaria y fui a trabajar todos los días.

Cuando llegaba a casa, llevaba a Safari a pasear por el parque. No levantaba cabeza, y contaba las grietas en la acera.

Safari no olfateaba a la gente ni perseguía a las ardillas.

Siempre se mantenía a mi lado y me miraba, comprobando si estaba bien.

Ahora que la conmoción había desaparecido, sólo me quedaba la verdad.

Zeke se había acostado con otra mujer.

Habíamos roto.

Y ahora tenía que seguir... o al menos intentarlo.

No me había llamado ni se había pasado por mi apartamento.

Una parte de mí quería hablar con él porque lo echaba de menos, pero otra esperaba que no habláramos durante mucho tiempo.

Tenía el corazón roto y tardaría una eternidad en curarse, si es que alguna vez lo hacía.

Zeke era el amor de mi vida, y me había convencido de que estaríamos juntos para siempre. La idea de una vida con él no me asustaba lo más mínimo. Era mi mejor amigo, y nunca me haría daño.

Pero me había dado de bruces con la realidad.

No sabía cómo continuar. Ni siquiera estaba segura de poder

superarlo. ¿Cómo olvidar al hombre con el que te imaginabas casándote? ¿Cómo te enamoras de tu mejor amigo y luego te desenamoras? No me imaginaba saliendo con nadie más, ni acostándome con otra persona que no fuera Zeke. No veía posible ningún otro futuro, excepto estar sola.

Al menos tenía a Safari.

Cuando llegué a casa, Rex tenía la cena en la mesa como todas las noches. Sospechaba que Kayden lo ayudaba porque Rex jamás había cocinado cuando vivía conmigo.

—Tengo pizza casera en el horno —dijo Rex—. Espero que tengas hambre.

—¿Dónde aprendiste a preparar todo esto? —pregunté mientras me quitaba el jersey.

—Kayden y Jessie me han enseñado un par de cosas. —Sacó la bandeja del horno y el queso derretido de la pizza desprendía un olor exquisito.

Jessie y Kayden venían a menudo, pero nunca cuando estaba Rex. Sospechaba que se turnaban. Cuando Jessie y Kayden me visitaban, Rex pasaba tiempo con Zeke. Y cuando Rex estaba aquí, ellas estaban con Zeke.

Sabía lo afortunada que era por tener amigos como ellos.

Me senté a la mesa y vi a Rex servir la pizza en los platos. Puso dos porciones en el mío y me lo acercó.

—Te agradezco lo que estás haciendo, pero no tienes que servirme. No soy una inválida, Rex. —No quería parecer ingrata, pero si no empezaba a tratarme con normalidad, jamás me sentiría bien.

En circunstancias normales replicaría con un comentario arrogante, pero esta vez no lo hizo.

—Vale. —Dio un bocado a la pizza, y el borde crujió entre sus dientes—. Parece que Jessie y Tobias van en serio.

—Sí, Jessie me ha dicho que le gusta mucho. —Recordé cuando Zeke y yo empezamos. Fue algo nuevo y emocionante. Pero incluso antes de que nuestra relación acabara, seguía teniendo esa sensación.

—Creo que Tobias es un buen tipo. —Se quedó en silencio al

oír que llamaban a la puerta. Dejó la porción de pizza en el plato, se limpió los dedos en la servilleta y se acercó. Al asomarse por la mirilla, dejó escapar un suspiro.

Me dio un vuelco el corazón porque sabía de quién se trataba.

Rex hizo una pausa antes de abrir la puerta.

—Hola, tío. No creo que...

—Déjame hablar con ella. —La voz profunda de Zeke, rota y herida, llegó a mis oídos—. Han pasado dos semanas. Ya le he dado bastante tiempo.

Rex se quedó en la puerta bloqueando el paso, sin saber qué hacer.

—No pasa nada. —Mi corazón tomó la decisión antes de que mi cerebro pudiera percatarse de que era una mala idea. Por mucho daño que me hubiera hecho Zeke, aún lo amaba con locura. Quería olvidar lo que había hecho y seguir adelante.

Rex me miró, inseguro.

—No podemos ignorarnos para siempre —susurré.

Rex salió, regresando a su apartamento al otro lado del rellano.

Zeke entró. Parecía más delgado que la última vez que lo había visto. Cerró la puerta detrás de él y caminó lentamente hacia la mesa. Tomó el asiento que Rex había dejado vacío, empujando su plato a un lado. Me miró con una expresión sombría, tan desconsolada como la mía. Una fina capa de humedad cubría sus ojos, y parecía destrozado. Me miró con desesperación, como si hubiera dado cualquier cosa por abrazarme.

Sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos y resbalaban enseguida por mis mejillas. A pesar de que me había traicionado, me dolía mucho verlo así. Había estado a su lado en los momentos difíciles desde que teníamos quince años. Y nunca lo había visto tan destrozado.

—Nena... —Me agarró la mano sobre la mesa.

Tomé aliento y dejé de llorar, sabiendo que le haría más daño a Zeke.

—Estas dos semanas han sido las peores de mi vida. —Me acarició los nudillos con el pulgar, sin dejar de mirarme—. Los

primeros tres días no fui a trabajar y le pedí a alguien que me sustituyera. Pero cuando volví al trabajo, apenas era capaz de concentrarme. He pasado los días y las noches en mi casa, sentado en el sofá mirando al televisor apagado. No sé qué hacer sin ti.

—Lo sé...

—¡Duele tanto!

—Sí.

—Nena, puedo disculparme todas las veces que necesites oírlo. Puedo hacer lo que me pidas para mejorar las cosas. Te daré lo que quieras. Pero por favor, dame otra oportunidad. —Me apretó la mano—. No volveré a hacerte daño. Te lo prometo.

Mi mano buscó la suya, aferrándome a su roce para estabilizar mi corazón que latía frenético. Su tacto era como una adicción de la que no podía escapar. Quería más, quería sus manos sobre mí y sus besos en mis labios.

—Háblame. —Volvió a apretarme las manos—. Sé que necesitabas espacio, y te he dado todo el que he podido. Pero por favor, haz que esta tortura acabe para los dos. Termina con este sufrimiento. Sabes que lo siento, y sabes por qué hice lo que hice. Perdóname, por favor.

Quería caer en sus brazos y olvidarme de todo. Quería volver a dormir en su cama con Safari a nuestros pies. Quería hacer el amor apasionadamente cada noche antes de dormir y cada mañana antes de ir al trabajo.

Lo deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

Pero entonces recordé lo que había hecho. Me lo imaginé follándose a la mujer sin rostro. En mi mente era rubia, lo contrario a mí. Lo imaginé eyaculando en el condón, pensando en otra que no era yo.

Y le solté las manos.

—No puedo dejar de imaginarte con ella...

Abrió la mano, como si quisiera volver a sentir mis dedos en los suyos.

—No puedo olvidar lo que hiciste. A veces creo que podré, pero sé que no...

—Nena...

—Sé que lo sientes. Sé que me amas y fue un terrible error. Pero... no cambia nada.

—No digas eso, Rae.

Me llevé las manos al pecho para no caer en la tentación.

—No tienes ni idea de lo mucho que te echo de menos.

—Sí. Porque yo te extraño aún más.

Continué.

—No tienes ni idea de lo desgraciada que me siento.

—Sí —susurró.

—Quiero darle a la nuestro otra oportunidad, pero sé que no puedo.

—Sí que puedes —insistió—. Se trata de nosotros. Podemos hacer que funcione. Sé que podemos.

—No...

—Tómate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí, esperando.

—No necesito más tiempo...

—Tómatelo de todas formas. —Su voz autoritaria había regresado—. Hemos pasado por muchas cosas. Ahora mismo estamos destrozados. Vayamos... despacio. Te daré todo el tiempo que necesites.

—No me estás escuchando... —Quería cambiar de opinión, pero sabía que jamás lo haría. No quería darle a Zeke falsas esperanzas ni tentarme a mí misma—. Zeke, ojalá las cosas fueran diferentes, pero no lo son. No volveré a verte con los mismos ojos.

Se quedó callado, sin argumentos. Apartó las manos y se pasó los dedos por la barbilla, con una expresión atormentada en su rostro.

—No puedo...

No dijo nada más.

—Te estoy escuchando. Veo la expresión en tu rostro mientras me dices estas cosas. Veo la misma mirada de amor que siempre me has dirigido, aunque nublada por las lágrimas. Veo la contradicción, el deseo de perdonarme y el dolor de seguir

adelante. Estás en una encrucijada en este momento, te debates entre dos sentimientos.

Las lágrimas me ardían en los ojos una vez más.

—Pero no me rendiré. Jamás me rendiré.

Rompí a llorar.

—Tómate tu tiempo. Haz lo que sea mejor para ti. Pero quiero que sepas que estoy aquí. Estaré aquí cuando estés lista. —Se levantó de la mesa y se acercó a mi silla, arrodillándose para que estuviéramos cara a cara.

—No, por favor...

Me secó las lágrimas con sus besos.

Sentí que me daba un vuelco el estómago.

Me miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas.

—Te amo, Rae. —Me acarició el cabello, masajeándolo con suavidad. En silencio, esperó a que le respondiera, sabiendo que cedería.

—Yo también te amo...

Presionó sus labios a los míos y me besó con suavidad, insuflándome nueva vida. Resultaba agradable volver a tocarlo y compartir el afecto que tanto deseaba. Por un instante, me sentí mejor.

Y, cuando se apartó, me sentí peor que antes.

PASÓ OTRA SEMANA, y me sentía aún peor que el primer día de la separación.

¿Llegaría a remontar alguna vez?

El beso de Zeke me hizo retroceder, provocándome un dolor nuevo.

Ahora lo echaba aún más de menos.

Pero luego pensaba en la mujer que se había follado y en el hecho de que se hubiera ido con otra. Pensaba en que todo lo había provocado su falta de confianza en mí. Si hubiera sabido cuánto lo amaba, nada de esto habría sucedido.

Rex venía a cenar todas las noches y las chicas también se pasaban por mi casa. No hablaban de Zeke, siempre mencionaban otras cosas que no tenían relación con él. A veces jugábamos a juegos de mesa o veíamos un partido.

Pero yo no mejoraba.

Zeke no me llamó ni volvió a mi apartamento, dándome espacio como me había prometido que haría.

Esperaba no verlo en mucho tiempo. Cuando estábamos cara a cara, me volvía débil. No podía resistirme a él. Pude haber impedido que me besara, pero ni siquiera lo intenté.

No tuve valor.

Rex se fue a casa después de ver el partido conmigo, y me quedé sola en el apartamento con Safari. Que estuviera sola o rodeada de amigos no suponía una diferencia muy grande. El dolor constante en el pecho me acompañaba siempre.

Esa noche estaba especialmente deprimida, cansada de estar sentada en la oscuridad pensando en Zeke. Sólo quería acabar con el dolor, pero no sabía cómo. Dormir era el único mecanismo de defensa que tenía, pero no podía obligar a mi cuerpo a hacerlo más de nueve horas al día.

Así que me fui a la cocina.

Había una cerveza en el frigorífico, pero nada de alcohol más fuerte en los armarios. Rex debió habérselo llevado todo cuando se mudó, o lo había escondido a propósito para que yo no recurriera a medidas tan cobardes.

Pero eso no significaba que no pudiera salir y obtenerlo.

ESTABA SENTADA EN LA BARRA, bebiendo mi quinto té helado Long Island. La gente y las luces comenzaron a difuminarse a mi alrededor, y los sonidos se distorsionaron, amplificándose en mis oídos. Un tipo me tiró los tejos durante casi media hora y todo lo que pude decir fue que era lesbiana.

El barman se acercó a mí, preocupado por la cantidad de

alcohol que había consumido.

—Creo que voy a cortarte el grifo ya.

—No, estoy bien. —Di otro trago—. No te preocupes por mí.
—Dejé un billete de veinte en la barra—. Tráeme otra ronda y lo doblaré.

Se alejó para atender a otros clientes.

Debía regresar a casa de todos modos, ya que tenía trabajo por la mañana, pero no era capaz de bajarme del taburete. Apoyé la cabeza en la mano y bajé la vista, sintiendo náuseas. Estaba más borracha que nunca, y sabía que lo pagaría por la mañana.

Un hombre se acercó a la barra, vestido con una camiseta negra y vaqueros oscuros.

Lo miré, curiosa por saber quién era.

Se parecía a Ryker.

Debía estar muy borracha si me imaginaba a personas a las que no quería ver. Si la próxima persona que se acercara se parecía a Zeke, me echaría a llorar.

Aquel calco de Ryker se me quedó mirando fijamente durante algunos segundos.

—Deja...de... mirarme. —Tardé una eternidad en decir una sola frase porque no era capaz de pensar con claridad.

Se acercó a mí.

—Rae, ¿qué estás haciendo? —También hablaba igual que Ryker. Se volvió hacia el barman—. Ya es suficiente. Pagaré su cuenta.

Intenté apartarlo, pero fallé a causa de mis malos reflejos.

—Han Solo, estoy bien. —Me reí de mi propia broma, aunque no tenía ningún sentido. Entonces las náuseas hicieron que me tuviera que sujetar el estómago.

—Rae, te voy a llevar a casa.

—¿Quién eres tú, y cómo sabes mi nombre?

—Soy Ryker. Y lo sabes. —Sacó la cartera y dejó varios cientos de dólares en la barra.

—Eres un pez gordo...

—Venga. —Me agarró del brazo.

Esta vez tuve fuerzas para soltarme.

—No. No me vas a engañar...

—¿Engañar? —Su voz profunda estaba llena de impaciencia.

—Vas a llevarme a tu casa y a intentar acostarte conmigo... porque eso es lo que hace Ryker. Ya he pasado por eso. No, gracias. —Le hice un gesto de despedida con la mano—. Lárgate.

—Rae, sólo voy a llevarte a casa. No voy a dejarte sola en el bar en este estado.

—Y yo no voy a ir a ninguna parte contigo. Probablemente estoy más segura aquí.

Gruñó como si quisiera gritarme.

—Entonces llamaré a Rex. Esperaré hasta que venga a recogerte. —Sacó su teléfono.

Intenté quitárselo, pero fallé y le di en la muñeca.

—No te atrevas a llamarlo.

—Entonces, ¿a quién? —preguntó—. ¿A Jessie? Dame tu teléfono, la llamaré.

—No. —Le hice señas al barman—. Otra, ¿vale?

El barman me ignoró.

—O llamo a Rex o vienes conmigo —dijo Ryker—. ¿Qué prefieres?

—Ahora vivo aquí. —Intenté llamar de nuevo la atención del barman.

Se acercó y recogió el dinero.

—No voy a servirte nada más. Deberías irte a casa.

—No... —Apoyé la cabeza en la barra, aunque estaba en un estado deplorable. Pero no me importaba en absoluto.

Ryker me levantó del taburete y me cogió en brazos.

Quise resistirme, pero no tenía fuerzas. Me sentía débil y mareada, y las piernas no me respondían. Le rodeé el cuello con los brazos y su olor penetró en mi nariz. Olía exactamente igual que antes, a jabón fresco y colonia.

Me llevó a su coche y me sentó en el asiento del copiloto, sosteniéndome mientras me abrochaba el cinturón.

—Podría vomitar en el coche...

Me apartó el pelo de la cara.

—No pasa nada, cariño. —Se sentó en el asiento del conductor

y puso el coche en marcha.

—No quiero ir a tu casa. Llévame a la mía.

—De acuerdo, Rae. Allí es donde vamos.

Apoyé la frente contra el frío cristal.

—Porque no quiero ir.

—Vale. —Mantuvo la vista fija en la carretera, pero me miraba de reojo de vez en cuando.

Tras lo que parecieron sólo treinta segundos, aparcó el coche y me llevó a mi apartamento. Hubiera insistido en caminar, pero era incapaz de moverme. Mi cuerpo se había rendido y mi cerebro se desconectó.

Sacó las llaves de mi bolso y me llevó adentro. Se dirigió directamente a mi habitación y me sentó en el colchón.

Safari nos siguió, y al reconocer a Ryker, gruñó.

Ryker no se movió, observándolo atentamente.

Extendí la mano y acaricié a Safari.

—No pasa nada, chico. Sólo me ha traído en su coche.

Safari se calmó, y sus gruñidos se acallaron.

Ryker se arrodilló en la cama y me quitó los tacones. Luego me cubrió con las sábanas y me arropó.

—Voy a por agua. ¿Necesitas algo más?

—Ibuprofeno... —Me froté la frente, sintiendo arder la piel.

—Vale. —Desapareció un momento y regresó con el agua y las pastillas, colocándolas en la mesita de noche—. Aquí las tienes, Rae.

—Vale. —No podía moverme porque me dolía todo—. Ya puedes irte...

Ryker no se movió.

—No creo que debas estar sola ahora.

—Estoy en mi casa. Estaré bien. —Acerqué las rodillas al pecho para paliar el dolor de estómago.

—Cuando se está tan borracho, no es seguro quedarse solo —susurró—. Podrían pasar muchas cosas. Aún no sé si llevarte o no al hospital.

—Al hospital no...

—Entonces, podemos hacer una de estas dos cosas... Puedo

llamar a Rex o a otra persona y hacer que vengan aquí. O puedo quedarme yo. ¿Cuál prefieres?

No quería involucrar a nadie más en esto. Si Rex me veía así, se preocuparía. Y cuando estuviera mejor, se enfadaría conmigo. Jessie y Kayden harían lo mismo.

—Puedo apañármelas sola. Tengo a Safari.

—Elige, Rae.

—Supongo que... a ti. —Ryker era el mal menor, sin duda.

—De acuerdo. —Se quitó los zapatos y se sentó en el borde de la cama, preparándose para acostarse a mi lado.

Safari saltó a la cama y ladró, enseñando los dientes y emitiendo un gruñido aterrador desde lo más profundo de su garganta.

Ryker lentamente se bajó de la cama, tomando una almohada y colocándola en el suelo.

Safari se tumbó a mi lado, mirando hacia el suelo para poder vigilarlo en todo momento.

Ryker cogió una manta que había en mi tocador y se puso lo más cómodo que pudo en la alfombra. Permaneció en silencio mientras miraba al techo, probablemente incómodo ya que estaba acostumbrado a su lujosa cama de sábanas caras. No se atrevía a moverse ni un centímetro por miedo a Safari.

—Yo también me alegro de verte, Safari.

Safari emitió un gruñido.

—No tienes que quedarte. —Sentí pesadez en los párpados y se me empezaron a cerrar los ojos.

—Lo sé, Rae. Quiero quedarme.

TUVE que levantarme a toda prisa en cuanto me desperté. Rodé sobre Safari y aterricé en el suelo con un golpe sordo.

—Mierda, Rae. —Ryker se movió al rozarle la pierna—. ¿Qué demonios...

Me levanté tan rápido como pude y fui corriendo al cuarto de

baño, llegando al váter justo a tiempo. Vacié el estómago, sintiendo que se me iba el alma junto al alcohol y los restos de comida.

Ryker se me acercó por detrás y me agarró una pierna.

—Levanta la rodilla.

Me agarré a la taza del váter e hice lo que me decía.

Metió una toalla doblada debajo de mis rodillas para que no tuviera que arrodillarme sobre las duras baldosas.

—Gracias... —Sentí otra oleada de náuseas, así que tomé aire, dolorida, y esperé.

Ryker se acercó al mueble del lavabo y buscó en los cajones hasta encontrar un coiletero. Se arrodilló y me recogió el cabello, haciéndome un moño perfecto que me apartaba los pelos del cuello y de la cara.

—¿Ya lo habías hecho antes?

Se rio.

—La verdad es que no. —Me frotó la espalda con su mano grande.

Safari gruñó desde la puerta, enseñando de nuevo los dientes.

—¿Qué te pasa? —dijo Ryker con brusquedad—. La estoy ayudando.

Safari ladró.

—Safari. —Mi voz fue un suspiro, pero se calmó y empezó a gemir—. Sólo intenta protegerme...

—Pues no he venido a hacerte daño.

Iba a responder, pero opté por cerrar la boca. Me tensé al sentir de nuevo las náuseas, y vomité, agarrándome a la taza con todas mis fuerzas.

—Oh, Dios...

—No te preocupes —susurró—. Te sentirás mucho mejor cuando acabes. —Fue a por una toalla y la mojó en agua templada.

Volví a vomitar y supe que había terminado.

—Toma. —Me tendió la toalla mojada.

Me limpié el rostro y luego la boca, eliminando los restos de bilis antes de darme la vuelta.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí. —Tiré de la cadena y cerré la tapa para que no olierá. Me apoyé contra la bañera y noté que tenía la frente y el cuello bañados en sudor. —¿Me dejas un segundo?

—Claro. —Ryker salió y cerró la puerta tras él. En cuanto se fue, Safari volvió a ladrar.

Me froté las sienes al sentir la migraña que se avecinaba.

—Safari. —La voz potente de Ryker resonó en el pasillo—. A callar.

Cuando reuní las fuerzas suficientes, me puse de pie en el lavabo, me lavé la cara y me cepillé los dientes. Me enjuagué la boca varias veces hasta estar segura de que el mal sabor había desaparecido. Aún sentía calor en el rostro, así que me eché agua fría, tratando de bajar la temperatura. Aunque había terminado de vomitar, seguía sintiéndome muy mal. Al menos el dolor me distraía de mi corazón roto.

Abrí la puerta y caminé por el pasillo. Ryker estaba sentado en el sofá, y Safari estaba en el suelo frente a él, mirándolo como un perro guardián con sus ojos negros y perspicaces.

—Safari, tranquilo.

Safari bajó la cabeza y la apoyó en las patas, con las orejas gachas.

Ryker no había encendido el televisor.

—¿Quieres que te prepare algo de comer?

—No tengo hambre. —Después de lo ocurrido, lo último que quería era comer y volver a vomitar.

—Debes beber mucha agua. Ahora estarás aún más deshidratada.

Miré el reloj de la pared y vi que eran las dos de la tarde.

—Oh, mierda. Has faltado al trabajo.

Se encogió de hombros.

—Soy el jefe. Puedo hacer lo que quiera.

—Pues yo no —repliqué—. Ni siquiera he llamado para avisar de que estoy enferma.

—Ya me he encargado yo. —Dio unas palmaditas en el asiento a su lado—. Siéntate.

Fui terca y no lo hice. Me crucé de brazos y seguí de pie, aunque estaba agotada.

—¿Después de cuidar de ti durante toda la noche, ni siquiera quieres sentarte conmigo? —Su sonrisa arrogante y su mirada ardiente eran las mismas de siempre. Volvió a darle palmaditas al sofá—. Venga, cariño.

Me senté, pero en el lado opuesto del sofá para mantener las distancias. Seguía cruzada de brazos y con la misma camiseta y vaqueros de la noche anterior. Tenía un aspecto horrible.

Su chulería desapareció al mirarme. Su expresión se suavizó, como cuando me dijo que me amaba en el restaurante.

—Entonces... ¿Habéis roto Zeke y tú?

—¿Cómo lo sabes? —No se lo había mencionado.

—Si yo estuviera saliendo contigo, no dormirías sola. —Apoyó la mano en el cojín que había entre nosotros, pero no intentó agarrar la mía—. No ha llamado. Y es la primera vez desde que te conozco que te veo tan borracha... así que sólo puede haber una explicación.

—Que estoy completamente destrozada... —Aparté la vista de su rostro porque no podía soportar su expresión de lástima.

—Sí... supongo.

Sentí lágrimas en los ojos, pero evité derramarlas.

—Habla conmigo, cariño.

—No quieres oírlo...

—Oye. —Dio unas palmadas al cojín hasta que lo miré—. Si no quisiera saberlo, no te habría preguntado, créeme. Pero lo he hecho... porque me importa. Cuéntame lo que ha pasado.

Tomé aire para no llorar, aunque sabía que en cuanto empezara a hablar, sería inevitable.

—Aquella noche que tú y yo estuvimos hablando...

—¿Sí? —susurró.

—Zeke vino al restaurante y nos vio cogidos de la mano. Asumió lo peor y se acostó con otra.

Ryker cerró los ojos e hizo una mueca.

—Creyó que te había elegido a ti e hizo una estupidez... pero no puedo perdonarlo. Lo amo, pero no puedo dejar pasar algo así.

Ya no lo veo con los mismos ojos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Dos semanas... —Las dos semanas más largas de mi vida.

—Rae, no sé qué decir. Lo siento. —Parecía que lo decía de verdad. Pero después de haberme confesado lo que sentía por mí, no tenía motivos para entristecerse por mi ruptura.

—No lo sientes —susurré—. Y es comprensible.

Suspiró como si le hubiera herido con mis palabras.

—Cuando te dije que te amaba, lo decía de verdad.

Vi sinceridad en sus ojos y supe que no mentía.

—Quiero que seas feliz. Detesto verte así, tan distinta a la mujer que conozco.

Apreté los brazos en torno a mi pecho.

—Lo sé...

Se volvió hacia el televisor apagado, acercándose las yemas de los dedos a los labios mientras su pecho subía y bajaba al respirar.

No podía creer que estuviera sentado en mi sala de estar. Había salido la noche anterior para emborracharme al máximo y no sentir dolor. Pero me había encontrado con la última persona a la que quería ver, a excepción de Zeke.

—Sé que no me corresponde a mí decirlo, pero lo haré de todas formas.

Mi única respuesta fue observarlo.

Se volvió hacia mí, con el brillo habitual en sus ojos azules.

—Zeke es un buen tipo. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Cometió un error, pero creo que deberías perdonarlo. Sabes que jamás lo habría hecho en otras circunstancias.

No podía creer que Ryker defendiera a Zeke.

—Y todo esto es culpa mía. Te pedí salir a cenar y te dije que te amaba. Tenía derecho a estar molesto.

—Pero no a follarse a otra —repliqué—. Si me hubiera acostado contigo, jamás me lo habría perdonado.

Bajó la vista derrotado.

—Sólo digo que...

—Pudo haberme gritado todo lo que hubiera querido. Pudo

haber ignorado mis llamadas durante dos semanas. Incluso pudo haberme dicho que necesitaba tiempo. Pero acostarse con otra... —Agité la cabeza—. Eso no lo perdono.

Ryker suspiró.

—Antes lo veía con otros ojos... pero ahora es diferente. —Las lágrimas corrieron por mis mejillas—. Lo amo, pero no puedo retomar la relación. Ya no confío en él como antes.

—Quizás deberías darle tiempo...

—Hemos terminado. —No importaba cuántas veces dijera esas palabras, siempre dolían.

Ryker agachó la cabeza y dejó de insistir.

Ahora que todo había salido a la luz, no se me ocurría nada más que añadir. Agradecía que Ryker me hubiera encontrado en el bar y me hubiera llevado a salvo a casa, pero no me parecía bien que siguiera allí. Si Rex entraba y lo veía, asumiría lo peor. Y se lo diría a Zeke, que creería que había algo donde no lo había.

—Gracias por cuidar de mí...

—Siempre me tendrás, Rae. —Apoyó los codos en las rodillas—. Será mejor que me vaya. —Se levantó y me miró con lástima—. Sabes que puedes llamarme cuando quieras, aunque sea sólo para hablar.

Asentí.

Se quedó allí de pie como si estuviera esperando que sucediera algo. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

No lo toqué, pues sólo tener a Ryker en mi apartamento ya me parecía traicionar a Zeke.

—Nos vemos...

Sabía que debía marcharse ya.

—Hasta luego, Rae. —Se acercó a la puerta y se volvió—. Y me alegro de verte a ti también, Safari.

Safari gruñó en respuesta.

Ryker cerró la puerta detrás de él y se marchó.

Solté un suspiro de alivio cuando salió de mi apartamento. Había sido agradable que durmiera en mi habitación, y pude descansar mejor que en las últimas dos semanas. Tenerlo allí me hacía perderme en sueños banales. Pero también me sentía

culpable, como si estuviera haciendo algo que no debía.

Había sido un buen gesto por parte de Ryker ocuparse de mí cuando podía haberse aprovechado. Había defendido a Zeke cuando bien podría haberse quedado callado, pero optó por ser honesto. Había madurado mucho desde que lo dejamos.

Me alegraba por él.

OCHO

Rex

Cuando Rae entró por la puerta, tenía tacos preparados en la mesa del comedor. Kayden realizaba todo el trabajo de preparación de las comidas. Yo me limitaba a seguir las instrucciones que me daba y tenía la cena lista cuando Rae regresaba a casa.

Echaba de menos pasar tiempo con Kayden porque estaba ocupado cuidando a Rae, pero al menos podía pasar las noches con mi chica. A Kayden no parecía importarle, y quería que estuviera con Rae todo el tiempo posible.

A pesar de que habían pasado tres semanas, estaba tan mal como el primer día de la separación. Siempre llevaba el pelo recogido en un moño, nunca usaba maquillaje, y la ropa le quedaba cada vez más holgada.

—¡Ahora toca fiesta! —Empecé a bailar La Macarena.

—Rex, no hace falta que cocines para mí a diario. Puedo hacerlo yo.

Dejé caer los brazos a los costados y me senté a la mesa.

—Ambos sabemos que no probarías bocado si no estuviera obligándote a comer. Así que calla y come.

Suspiró pero no me contestó de malos modos. Se sentó y se sirvió un taco. Tenía el rostro más delgado, pues perdía peso a cada día que pasaba.

—Tengo que pedirte un favor.

—Te hago un favor a diario. —Señalé el plato de tacos, arroz y

frijoles.

—Pero yo no te he pedido que lo hagas, así que no cuenta.

Terminé uno de los tacos y me puse serio.

—Sabes que haré cualquier cosa que me pidas. Déjalo en mis manos.

Se mostraba reacia, como si su petición fuera a ponerme en una situación incómoda.

—Necesito que vayas a casa de Zeke a por mis cosas...

Dejé de masticar y mi apetito se desvaneció.

—Muchas de mis pertenencias están allí, y no creo que pueda volver a entrar en esa casa... al menos por ahora.

Apoyé ambos codos en la mesa y miré hacia mi plato, sabiendo que Zeke se quedaría destrozado cuando apareciera en su puerta. Apenas se mantenía a flote y aquello le rompería por completo el corazón.

—Además, si voy yo, Zeke lo pasará mucho peor.

Me aclaré la garganta, interviniendo en la conversación.

—Sí, yo me encargaré.

—Él sabe dónde está todo. Seguramente podrá preparar las cosas antes de que vayas a recogerlas.

Asentí.

—Yo me ocuparé. —Cogí otro taco, aunque no me había vuelto el apetito. Sabía que era una ruptura permanente, pero costaba asumirlo. Habían pasado tres semanas desde el día en que Zeke me llamó. Ya había pasado suficiente tiempo para acostumbrarme al cambio, pero nunca volvería a ver igual a ninguno de los dos si no estaban juntos.

—Gracias. —Terminó un taco, pero no cogió otro. Era evidente que no tenía hambre.

No le insistí, pues tenía otros problemas en mente.

—¿Cómo está?

—Igual, Rae. Completamente destrozado. —Si fuera una competición para ver quién estaba más triste, habría empate—. Nunca lo he visto tan decaído, y lo conozco de toda la vida.

—Pude ver la expresión afligida en sus ojos.

—Detesto que sufra... Me rompe el corazón.

—Y yo que lo estéis pasando tan mal los dos. —Eran mis dos mejores amigos—. Rae, creo que deberías reconsiderarlo...

—¿Por qué me insistís todos en lo mismo? —susurró—. Me engañó, se acostó con otra mujer. ¿Podrías ver a Kayden con los mismos ojos si se hubiera acostado con otro?

Entorné los ojos porque Kayden lo había hecho.

—Cuando rompimos, se acostó con medio Seattle. ¿O es que se te ha olvidado?

—No es lo mismo, Rex. Lo hizo porque la habías dejado. Si después de engañarte volviera a casa todas las noches y te dijera que te ama, no pensarías lo mismo.

Kayden y yo ya no éramos sólo novios. Era una parte tan integral de mi vida que, si desapareciera, mi mundo entero se derrumbaría.

—Yo la perdonaría.

—Es muy fácil decir eso cuando no estás en la situación...

—Pues sí que lo es —dije con frialdad—. Porque al final todo se reduce a lo siguiente: o perdonas a Zeke y pasas el resto de tu vida con el hombre al que amas de verdad o lo pierdes para siempre y terminas con alguien a quien probablemente no querrás tanto. Esa es la verdad sin medias tintas.

La expresión de Rae no se alteró.

—Ya no lo veo igual que antes.

—Porque estás dolida. Pero no lo amas menos.

—No —respondió—. Pero ya nada es lo mismo. No puedo volver a lo que teníamos porque ya no existe.

Agaché la cabeza derrotado, deseando poder cambiar el presente o el pasado. Si hubiera sabido cómo iba a terminar todo aquello, habría arrastrado a Zeke por los pelos y lo habría encerrado en mi apartamento hasta la mañana siguiente. Nunca pensé que se emborracharía tanto y cometería semejante estupidez.

—No quiero volver a hablar del tema... —Se levantó de la mesa y se fue a su cuarto, con Safari detrás. Su collar tintineaba al caminar, por lo que se le podía escuchar en cualquier lugar de la casa. Rae cerró la puerta un momento después, pidiéndome en

silencio que me fuera.

Normalmente, me llevaba las sobras a mi casa y Kayden y yo las devorábamos. Pero se me habían quitado las ganas. Haría todo lo posible para que nuestras vidas fueran como antes, como debían ser.

ZEKE y yo estábamos viendo un partido en la sala de estar, pero no parecía estar prestando atención. Hubo una falta ridícula y no le gritó al televisor como de costumbre. Desde la ruptura, se había vuelto un alma en pena.

Siempre preguntaba por Rae, quería asegurarse de que comía lo suficiente, hacía ejercicio e iba a trabajar todos los días. Seguía cuidándola sin que ella lo supiera, y era su prioridad.

Aún no había recogido las cosas de Rae porque no era capaz de decírselo a Zeke. Pero cuando Rae volvió a pedírmelo, supe que debía hacerlo de una vez. De lo contrario, vendría ella misma y sería peor para los dos.

—Hay algo de lo que quiero hablarte. —Solté la cerveza porque se me estaban enfriando las manos.

—¿Eh? —No apartó los ojos del televisor, aunque en realidad no estaba viendo el partido.

—Rae me ha pedido que recoja sus cosas. —Cerré los ojos al terminar la frase para no tener que verle la cara. Pero probablemente, la imagen en mi mente era peor que cualquier reacción por su parte. Cuando volví a abrir los ojos, vi la desesperación que esperaba encontrar.

Pero eso no lo hizo más fácil.

—¿Te ha pedido que recojas sus cosas? —Habló con voz débil. Parecía estar a punto de echarse a llorar, aunque no había lágrimas en sus ojos. Sus emociones cambiaban a gran velocidad, como si sintiera angustia e indiferencia al mismo tiempo.

—Sí. Lo siento, tío.

Agitó la cabeza.

—¿Te ha pedido que recojas sus cosas? —Repitió la pregunta, así que asumí que era retórica—. No. —Dio un golpe en la mesa con la cerveza—. Si quiere sus cosas, que venga en persona a por ellas.

Nunca había visto a Zeke enfadado por la ruptura, pero había alcanzado un nuevo nivel de dolor.

—No seas así, hombre. No lo hace para herirte.

—No me hiere. Me clava un cuchillo en el pecho y me atraviesa el corazón. —Se pasó las manos por la nuca, con la cabeza agachada—. Hablo en serio, si tanto quiere sus cosas, que venga ella a recogerlas.

—Zeke, así no vas a conseguir lo que quieres.

—Sí. Tendrá que venir aquí y ver el lugar donde vamos a envejecer juntos. Y al hacerlo, no tendrá fuerzas para volver a rechazarme.

Eso sólo empeoraría las cosas.

—No va a cambiar de opinión, y tenderle una trampa no hará que la situación mejore.

—No es una trampa. La conozco. Será demasiado duro para ella.

—Exacto —dije—. Y por eso me ha pedido que venga yo en su lugar. Lo está pasando muy mal, tú no tienes que verla a diario.

—Ojalá pudiera.

Nunca había visto a Zeke tan vengativo.

—Sé que estás molesto, y lo entiendo. Pero no hagas una estupidez y la alejes aún más. No te servirá de nada a largo plazo.

Se apoyó en el respaldo del sofá y me miró con ojos inexpresivos.

—No puedo dejar que se lleve sus cosas porque... —No terminó la frase porque no hacían falta las palabras.

Sabía lo que iba a decir.

—Porque entonces todo habrá terminado de verdad.

—Sí...

—Pero estén o no sus cosas aquí, se ha terminado. Detesto decírtelo, pero es la verdad.

Agitó la cabeza.

—Ella y yo jamás terminaremos. No sé cómo, pero lo arreglaré. Haré que volvamos juntos. Voy a casarme con ella... Te lo prometo.

Admiraba su perseverancia, pero sentía lástima por él.

—Deja que me lleve sus cosas. Puedes seguir ideando un plan para arreglar lo vuestro, pero no devolverle sus pertenencias no te ayudará en nada. Sólo hará que se aleje aún más.

Suspiró.

—No creo que pueda alejarla más de lo que ya la he alejado.

Clavé los ojos en la cerveza porque no podía mirarlo a la cara. Aquel no era mi mejor amigo de siempre. No recordaba la última vez que lo había visto reír. Llevaba tanto tiempo así que no era capaz de recordar los buenos momentos.

—Recogeré sus cosas, pero no voy a hacerlo ahora. Necesito tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé... Una semana al menos.

—¿Tantos trastos tiene mi hermana? —pregunté.

—No... pero me va a costar mucho hacerlo. No lo entenderías. Tenía razón. No lo entendería. Y daba las gracias por ello.

CUANDO RAE ME OYÓ ENTRAR, se levantó del sofá y fue a la puerta. Vio que llevaba las manos vacías, y la decepción invadió su rostro.

—¿Qué ha pasado? —Se cruzó de brazos, con el pelo recogido en un moño despeinado.

—Necesita más tiempo.

—¿Más tiempo para qué? —susurró—. La mayor parte de mi ropa está en su casa. Tiene mi maquillaje, mi ropa, mis zapatos, todo. Llevo esperando tres semanas, pero no puedo seguir lavando todos los días las pocas cosas que dejé aquí.

—Te entiendo.

—Entonces... ¿por qué no lo hace?

—Dijo que necesita una semana para recoger tus cosas.

—No va a tardar una semana. —Cambió el peso de una pierna a otra y noté lo ancha que le quedaba la camisa. —Puede meterlo todo en una caja.

No lo entendía.

—Es duro para él desprenderse de tus cosas, Rae. No está preparado para dar ese paso.

Su expresión se suavizó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dale un poco de tiempo.

—Lo siento, pero necesito mis cosas. Sé que es difícil, pero tenemos que seguir adelante. Puede quedarse con algunas cosas hasta que esté preparado, pero no puedo seguir viviendo así. Necesito vaqueros y jerséis. No quiero tener que comprar ropa nueva.

No sabía qué hacer. Comprendía lo que me había pedido Zeke, pero también la entendía a ella.

—Estoy seguro de que Kayden y Jessie pueden prestarte cosas hasta que esté preparado.

—Si fue él quien arruinó nuestra relación, ¿por qué tengo que ser yo la que pida ropa prestada? —En sus ojos ardía fuego, además de un dolor insoportable—. No me parece justo.

—Lo sé, pero...

—Pues iré yo misma a por mis cosas. —Cogió de la puerta el único jersey que le quedaba y el bolso.

—No creo que sea buena idea. —Bloqueé la puerta para que no pudiera salir.

—Te he dado una semana para que recojas mis cosas, Rex, pero no lo has conseguido. Soy adulta y puedo ocuparme yo misma. Así que apártate de mi camino antes de que lo haga yo.

—Estaba mostrando todo su carácter, pero seguía deprimida. Las emociones en conflicto la volvían inestable y difícil.

Me aparté de su camino, sin querer poner a prueba sus nervios. Era una bomba de relojería a punto de estallar, y no quería darle otra razón para enfadarse.

Salió y cerró la puerta detrás de ella, dejándome solo con Safari. No se molestó en cerrar con llave.

Saqué el teléfono y llamé a Zeke.
No habló al descolgar.
—Rae va de camino, quiere sus cosas.
Su única respuesta fue colgar.

NUEVE

Rae

Me quedé en su puerta durante casi diez minutos porque no era capaz de llamar. Me resultaba muy difícil volver al lugar que consideraba mi hogar. Estaba nublado, pero no había ni rastro de lluvia. El jardín delantero estaba bien cuidado y olía a pino.

No tenía valor para llamar al timbre. Pensé en dar media vuelta y regresar a mi casa, porque me sentía incapaz de ver la expresión de su rostro cuando recogiera mis cosas y saliera.

Pero abrió la puerta, con todas las emociones que sentía en lo más profundo de su ser al descubierto. Se apoyó en la puerta y me miró con aspecto débil. Siempre lo había visto fuerte, un hombre potente con un cuerpo compuesto de puro músculo y nada de grasa. Pero ahora parecía vacío.

Me quedé dónde estaba, no porque no me invitara a entrar, sino porque no tenía fuerzas para hacerlo.

Me miró, desesperado por abrazarme y pedirme que me quedara con él. No le hacía falta hablar, pues era obvio lo que estaba pensando. Agachó la cabeza y miró al suelo.

Me armé de valor y entré, escuchando mis pisadas contra el suelo de madera maciza. El sonido me resultaba familiar porque estaba acostumbrada a escucharlo siempre que me quedaba con él.

Cerró la puerta detrás de mí y se apoyó contra la pared, metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Llevaba una camiseta gris, pero no la llenaba tan bien como antes. Era obvio

que había dejado de comer y de ir al gimnasio. Sus ojos azules habían perdido la magia y mostraban tristeza.

Cuando traté de hablar, no me salieron las palabras. Mi voz se quebró, así que me aclaré la garganta.

—Necesito mis cosas. Me estoy quedando sin ropa. —No lo miré a los ojos porque me resultaba muy difícil hacerlo—. Puedes irte si eso facilita las cosas.

Alzó la vista y me miró a los ojos con expresión desolada.

—Nena, nada puede hacer más fácil este momento.

Sentí ganas de llorar cuando me llamó nena. Echaba de menos oírlo cada día, sobre todo cuando hacíamos el amor en su enorme cama. Extrañaba la forma en que me miraba cuando me llamaba así.

—Bueno, tengo que empezar. ¿Dónde está todo?

No tenía lágrimas en los ojos, pero era evidente que se le rompía el corazón.

—Justo donde lo dejaste.

Caminé por el pasillo y le di la espalda, sin querer ver su expresión. Su habitación estaba exactamente como la recordaba, y olía igual. La cama estaba hecha. Tenía costumbre de hacerla siempre. No podía irse a trabajar a menos que las sábanas estuvieran perfectas y las almohadas en su sitio. Su madre le había obligado a hacerlo todos los días desde que tenía cinco años.

Cogí una bolsa y abrí el cajón de su cómoda donde estaban las bragas y calcetines que me ponía todas las mañanas para ir a trabajar.

Zeke me siguió y se quedó en la puerta, con las manos en los bolsillos.

—¿Vas a observarme? —susurré.

—Duele. Pero prefiero estar contigo a no estarlo.

Cerré los ojos, obligándome a no llorar. Contuve los sollozos, cogí un puñado de ropa y la arrojé a la bolsa. No doblé ni ordené nada porque no tenía sentido. Las prendas se amontonaban en el interior de la bolsa de plástico, cada vez más pesada.

Zeke siguió allí de pie.

Puse la bolsa encima de la cama y entré en su vestidor. Mis vaqueros y camisas aún colgaban en mi lado del armario, donde los había dejado. Sus uniformes de trabajo y otra ropa que olía a él colgaban del lado opuesto.

Estaba siendo más difícil de lo que había pensado.

Cogí algunas camisas de las perchas y volví a la cama. Las metí dentro de la bolsa, dejando que se arrugaran junto a mis calcetines.

Fue entonces cuando me abrazó por detrás. Acercó los labios a mi oreja y respiró despacio, agarrándose con fuerza.

Sabía lo que iba a pasar.

—Zeke, no.

Sentí un beso húmedo y suave en el cuello. Recorrió mis hombros con sus labios y empezó a quitarme al mismo tiempo el jersey.

—No... —No debí haber entrado sola en aquella habitación en la que habíamos hecho el amor por primera vez.

Me quitó el jersey y me volvió hacia él para que estuviéramos frente a frente.

—Sí. —Sostuvo mi rostro entre las manos y me besó con más pasión que antes. Devoró mis labios como si volvieran a pertenecerle.

No pensé en la otra mujer.

Ni en lo que había hecho.

Volvíamos a estar juntos, solos él y yo.

Mi cuerpo tomó el control de mi mente y le devolví el beso, sintiendo los labios que tanto había anhelado. Su lengua bailaba con la mía, familiar y apasionada. Le recorrí el torso con las manos hasta llegar a sus fuertes hombros. Me dejaba seducir por el olvido, sintiéndome bien por primera vez en semanas.

Zeke se quitó la camiseta, revelando su cuerpo cincelado. Era fuerte como antes, aunque unos centímetros más delgado. Me besó de nuevo, quitándose los vaqueros y dejándolos caer.

Era una mala idea, pero me sentía tan bien que no me importaba. Lo agarré de los cabellos y lo besé con más intensidad, deseando que aquel momento de felicidad no

acabara. Quería que el dolor desapareciera y sentir algo más que aquella agonía.

Me quitó la camisa y me desabrochó el sujetador y los pantalones, acostándome en la cama y besándome mientras se movía sobre mí. Me desató los zapatos y me bajó los vaqueros, logrando desnudarme en tiempo récord.

Nos abrazamos, desnudos y desesperados. Noté su polla contra mi estómago, y me besó con más fuerza que antes. Su pasión era más intensa de lo que nunca había sido.

Sentí la punta de su miembro en mi abertura y se hundió en mi interior, mientras rozaba mi lengua con la suya.

Sabía que no sentiría nada más que placer durante los próximos veinte minutos. Sabía que dejaría de dolerme el corazón y me sentiría bien. Zeke y yo estaríamos juntos, haciendo lo que mejor sabíamos hacer. Sería como volver al pasado o revivir un hermoso recuerdo.

Pero sabía que me sentiría mucho peor cuando terminara.

Tendría que empezar de nuevo.

Tendría que distanciarme una vez más.

Cada vez que tratara de dormir, pensaría en esta noche.

Nos haría daño a los dos.

—No. —Lo agarré de los hombros y lo empujé hacia atrás.

—Rae. —Acercó su rostro al mío, sin salir de mi interior. —Te amo.

—Yo también te amo. —La respuesta fue automática, como si mis labios tuvieran voluntad propia. Durante un segundo, me rendí una vez más. —Pero detente.

Era evidente que Zeke no quería parar. Deseaba seducirme hasta que estuviera tan sobrecogida de placer que me rindiera a la desesperación que ambos sentíamos. Pero hizo lo que le pedí y la sacó de mi cuerpo. Se sentó al borde de la cama y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Sentí ganas de llorar, pero pude contenerme.

Me vestí sin mirarlo. La bolsa estaba en el suelo donde había caído minutos antes, así que la cogí y volví al armario, sacando toda la ropa de las perchas y metiéndola dentro. Cuando estuvo

llena, volví a su habitación.

Estaba vestido, y parecía más miserable que antes.

Tenía que salir de allí.

Caminé hacia el otro lado de la casa, en dirección a la puerta de entrada. Las paredes parecían cerrarse en torno a mí y mi fuerza de voluntad disminuía. ¡Sería tan fácil quedarme allí para siempre! Pero sabía que me arrepentiría después.

Tenía que continuar adelante.

Zeke me siguió, con los labios enrojecidos de besarme tan fuerte.

No atravesé la puerta a pesar de que no había nada que me retuviera allí.

—Rae, no te vayas así.

—¿Cómo? —Agarré la bolsa con las dos manos, ignorando lo mucho que pesaba.

—Deja al menos que te lleve en coche.

—Puedo pillar un Uber. —No quería que viniera a mi apartamento. Volvería a repetirse lo que acababa de ocurrir.

No intentó agarrarme, aunque se acercó a mí. Sólo nos separaban unos pasos y la falta de distancia entre nosotros era peligrosa.

—Me has besado como si no pudieras vivir sin mí. Me has tocado como si me amaras. Te has rendido a mí al instante...

De nuevo sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos.

—Por favor, tenemos que resolver lo nuestro, Rae. Hay mucho por lo que luchar. No podemos darnos por vencidos.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas.

—Sabes que te amo, Zeke, y más de lo que he amado a nadie en mi vida. Pero... no puedo superarlo. Lo siento. Nunca volvería a confiar en ti...

—Sí que puedes. —Empujó la bolsa al suelo y me agarró las manos, sosteniéndolas contra su pecho—. Sabes que jamás miraría a otra mujer. Lo que pasó entre nosotros fue una situación difícil, y lo sabes.

—Pero, ¿y si volvemos a pelearnos? —susurré entre lágrimas—. ¿Y si vuelves a sentir celos de otro?

—Rae, no volverá a suceder. Ryker ya no está, así que no hay forma de que vuelva a suceder.

Aparté la mano para secarme las lágrimas.

—¿Eres capaz de imaginarte con otra persona?

—No. —No podía imaginarme el día de mi boda ni a mis hijos, ya no—. Al menos no ahora.

—Yo tampoco puedo. Jamás compartiré con otra mujer nada comparable a lo que tengo contigo. Vamos a tirar nuestra felicidad por la borda. No tiene sentido, Rae.

—Lo sé...

—Pues solucionémoslo. Podemos ir a ver a un terapeuta, poco a poco. Lo que necesites. Estoy dispuesto a hacer lo que sea y lo sabes.

—Sí... pero no se trata de ir a un terapeuta ni avanzar poco a poco... Ya no siento lo mismo. —Lo amaba tanto como antes, pero la conexión que había entre nosotros había desaparecido. Ya no lo tenía en un pedestal. Se hallaba en un nivel muy inferior, en una zona peligrosa a la que no podía acercarme sin salir herida. Aparté la mano y volví a coger la bolsa—. Zeke, lo siento. Todo ha cambiado y no puede volver a ser como antes.

Me soltó la mano con un gesto de dolor.

—Ojalá las cosas fueran diferentes...

Se había quedado sin palabras.

—Creo que deberíamos pasar un tiempo separados antes de volver a vernos porque te necesito en mi vida, Zeke. Prometimos que siempre seríamos amigos ante todo. No rompas la promesa que me hiciste. —Si Zeke amenazara con eliminarme de su vida de forma permanente, es posible que me rindiera y diera una segunda oportunidad a nuestra relación. Ya era bastante desolador perderlo como amante. Si perdía su amistad, algo que había tenido siempre, no podría seguir adelante.

—Rae... pues claro que seremos siempre amigos. —Me miró con ojos vacíos—. Pero nunca seremos amigos como antes. Nunca te veré igual. Siempre serás mi chica. Aunque te cases y tengas hijos, seguirás siendo mi chica. Podemos intentarlo, pero... siempre estaré enamorado de ti.

Y yo sabía que siempre estaría enamorada de él.

LLORE MUCHO ESA SEMANA, tanto como la primera.

Pero seguía yendo a trabajar todos los días, hacía la colada y llevaba a Safari a pasear por el parque.

En lugar de pensar en el futuro, traté de ir poco a poco.

Dando pasos pequeños.

En lo único que pensaba era en lo que tenía que hacer en el trabajo, en la cantidad de kilómetros que podía caminar con Safari ese día y en lo que iba a cenar.

Eso era todo.

Trataba de no pensar en lo que Zeke estaría haciendo esa tarde. Intentaba no mirar el teléfono esperando que me enviara un mensaje de texto, ni pensar en lo que haría en el trabajo. Debía bloquearlo por completo.

Rex seguía viniendo todos los días con la cena, pese a que no era necesario. Si tuviera hambre, me prepararía algo yo misma. Solía almorzar con Jenny en el trabajo, ya que hacíamos el descanso al mismo tiempo. Ni que hubiera dejado de comer.

Sólo había perdido un poco el apetito.

Estaba en el laboratorio, escuchando la radio por primera vez en un mes. Las canciones de amor me hacían pensar en Zeke, así que me había costado mucho al principio. Pero ahora era más fácil. Podía escuchar música sin pensar en Zeke con cada canción.

Jenny se había ido a hacer el descanso de la tarde, así que estaba sola con mis pensamientos, y eso nunca era bueno. Cada vez que Zeke se me venía a la cabeza, me obligaba a pensar en otra cosa. Solía centrarme en Safari para borrar los pensamientos negativos. Me hacía sentir feliz, con su larga lengua y su pelaje suave.

La puerta de la parte superior de las escaleras se abrió y oí pasos bajando.

Supuse que Jenny habría vuelto de su descanso, pese a que no había transcurrido mucho tiempo.

—¿Interrumpo algo? —Escuché a mis espaldas la voz profunda de Ryker, afable y llena de confianza.

Me pilló por sorpresa y me sobresalté. Acababa de terminar una tinción de Gram, así que me quité los guantes y apagué el quemador. Antes de que olvidara el avance de mi proyecto, etiqueté el portaobjetos del microscopio y me lavé las manos.

Ryker no dejaba de observarme.

—No. Sólo estaba haciendo procedimientos científicos aburridos.

—A mí no me parece aburrido, aunque no lo entienda.

—Caminó hacia la mesa del laboratorio, vistiendo traje gris con corbata a juego. Parecía millonario, con su ropa a medida y su peinado a la moda. En lugar de ser el director de una empresa de reciclaje, debería estar protagonizando un anuncio de la revista GQ.

—¿Qué pasa? —Jenny volvería en cualquier momento y no quería que me interrogara sobre mi relación misteriosa con el atractivo jefe. Prefería que no me vieran con él.

Había preocupación en sus ojos.

—Quería ver cómo estabas.

Aquel hombre me había visto vomitar tres veces. Por suerte, estaba demasiado deprimida para avergonzarme.

—Estoy bien. —No iba a fingir que me había recuperado en las dos semanas que habían transcurrido desde aquello.

—¿Quieres tomar algo después del trabajo?

No iba a ir por el mismo camino con Ryker de nuevo, ni ahora ni nunca.

—Ryker, ahora mismo no busco una relación romántica ni un rollo. —Mi cuerpo se había entumecido desde que Zeke y yo nos separamos un mes antes. Sólo me había sentido viva cuando Zeke y yo nos besamos y estuvimos a punto de acostarnos en su cama. Pero estaba muerta por dentro.

—Eso no es lo que te he pedido.

No tenía tiempo para juegos.

—Sí. Te conozco.

—Me conocías —corrigió—. Lo cierto es que sólo quiero ayudarte. Estuviste a mi lado cuando no me lo merecía, y ahora hago lo mismo por ti. Estoy aquí para hablar, para que te desahogues o lo que sea.

—Tengo a mucha gente para eso...

Rodeó la mesa y se acercó a mí.

—No me guardo ningún truco bajo la manga. Mi intención no es conquistarte ahora que Zeke está fuera del mapa. Sólo me preocupo por ti y quiero ayudarte. Así que, por favor, cena conmigo.

—No sé...

—Venga, no iremos a un sitio elegante. Podemos cenar en el restaurante de tacos que hay en esta misma calle. Ni siquiera intentaré pagar tu parte. Sólo somos amigos.

Parecía sincero, así que cedí.

—De acuerdo, iré.

LE ENVIÉ un mensaje de texto a Rex cuando llegamos al restaurante de tacos.

Estoy cenando con un amigo, así que no me esperes.

No quería mentirle, así que no lo hice. Pero tampoco fui honesta. Si hubiera mencionado el nombre de Ryker, Rex habría estado allí en un santiamén.

Pedimos la comida y nos sentamos en un reservado en la esquina. Había mucha gente y el ambiente era informal. Las luces fluorescentes del techo eran demasiado fuertes, y era evidente que no limpiaban bien las mesas.

No era nada romántico.

Y eso me encantó.

Cogí mi taco y le exprimí un limón por encima. Aunque la comida olía bien, no parecía apetecible. Mi necesidad de comida fluctuaba con el paso del tiempo. A veces me moría de hambre,

pero la mayoría de las veces no quería probar bocado.

Ryker estaba frente a mí, pero no me miraba mientras comía. Lo cual agradecí.

Si alguien que yo conocía entrara en ese momento, Ryker y yo pareceríamos sólo dos amigos cenando y nada más.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Ryker antes de dar otro bocado.

—Nada. —Era la triste verdad—. Saco a Safari de paseo a diario. Pero eso es todo.

—Bien. Es importante que salgas a que te dé el aire. Cuando mi padre falleció, empecé a correr por la noche. Me ayudaba a desfogar el enfado que sentía.

Nunca me lo había contado.

—Fui a recoger mis cosas a casa de Zeke. Fue muy duro.

—Me lo imagino. —Se limpió la boca con la servilleta y note que no se había afeitado en varios días.

—Me besó y subió la temperatura, pero logré detenerlo. —No sabía por qué se lo contaba. No se lo había mencionado a nadie, ni siquiera a Rex. Las palabras salían de mi boca sin control—. Sabía que, si seguíamos, solo haría más difícil la situación.

—Sí... tienes razón. —Si se sintió incómodo por mis palabras, no lo demostró. Parecía que me veía como a una amiga, y si estaba celoso, no se le notó—. Ya ha pasado un mes, ¿no?

Asentí.

—¿Y no te sientes mejor?

Agité la cabeza.

—No creo que vaya a mejorar...

—Pues quizás deberías replantearte las cosas. —Ryker volvía a defender a Zeke, lo cual me asombraba—. Lo amas y él te ama a ti. Cometió un error, y sabes que está arrepentido. Tal vez deberías perdonarlo.

—Pues claro que lo perdono. —susurré—. Lo amo y no puedo seguir enfadada para siempre. Pero... ya no puedo estar con él.

—Sólo podían entender lo que sentía aquellas personas a las que el amor de su vida los hubiera engañado.

Ryker pareció decepcionado con mi respuesta.

—Deja que te pregunte algo. Ten en cuenta que no tiene nada que ver conmigo ni con mis sentimientos. Es sólo para demostrar mi teoría.

Lo observé, ignorando la comida.

—Fui un completo idiota contigo y te acabé rompiendo el corazón. Si hubiera vuelto al mes siguiente y te hubiera pedido volver conmigo, ¿lo habrías hecho?

—N-no lo sé.

—Lo habrías hecho. —Había confianza en sus ojos, como si no tuviera la más mínima duda—. Me habrías perdonado y lo habríamos vuelto a intentar.

Al recordar lo que sentía entonces, supe que tenía razón.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que te hice yo es peor que lo que te ha hecho Zeke.

—No me engañaste, Ryker.

—Pero fue peor desde mi punto de vista. —Dejó la servilleta en la bandeja—. Te aparté de mi vida sin ninguna explicación, te dejé, y en una semana, me estaba acostando con otras. Zeke jamás haría algo así porque no es tan idiota como lo fui yo.

—Es diferente...

Agitó la cabeza, molesto.

—Lo ves todo blanco o negro, y hay muchos matices de gris.

Mi enfado iba en aumento, pero logré controlarlo.

—Ryker, sé que intentas ayudarme, pero deja de decirme lo que debo hacer o cómo debería sentirme. No intentes simplificar las cosas porque no tienes ni idea de cómo me siento.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Tienes razón.

—Gracias. —Di un sorbo al refresco para evitar el momento de tensión, mirando a la mesa para evadir sus ojos fijos en mí. Parecía que todos menos Kayden querían que volviera con Zeke y olvidara lo que había pasado, como quien oculta el polvo al barrer bajo una alfombra.

—Tengo algo que confesar.

Lo mire a la cara.

—He estado haciendo rondas por los bares todas las noches

para asegurarme de que no estás allí. ¿Me prometes que no se repetirá lo de la última vez?

Era un gesto dulce, tanto que me hacía sentir culpable por haberlo asustado.

—No. Fue sólo esa vez.

—Y no se repetirá, ¿verdad? —insistió, regañándome como un maestro de primaria a su alumna.

Asentí.

—No quería sentir dolor, y no sabía qué otra cosa hacer.

—Hay otros mecanismos para afrontarlo.

—¿Como cuáles? —Llevaba mucho tiempo deprimida y no había encontrado solución.

—Siente el dolor. Deja que te mate. Y cuando pase, se habrá ido para siempre.

—Pues vaya consejo.

Se rio.

—Es la forma más rápida de sentirse mejor. Asume el golpe y sigue adelante. Cuanto más esperes a sentir de lleno el dolor, más durará. Me aferré a la ira durante demasiado tiempo, negándome a sentir dolor. Y acabé perdiendo más de lo que podía soportar. —Aún había tristeza en sus ojos, pero no parecía tan destrozado como antes.

Aunque yo me sentía fatal, me daba aún más pena él.

—Lo siento, Ryker.

—No te preocupes. —Se aclaró la garganta—. No hablo de mí ahora. Sólo te recuerdo que no estás sola. Todos nos sentimos fatal a veces.

—Sí... —Y sabía que Zeke estaba igual.

Ryker dio un sorbo a su refresco y dejó el último taco en el plato, pues había perdido el apetito con la discusión.

—Entonces Safari me odia, ¿no?

—No sé qué le ocurre. Nunca lo había visto así. Es bastante amistoso.

—Debe saber que te hice daño.

—Safari es inteligente, pero no hasta ese extremo.

—No se me ocurre otra explicación —dijo—. Está claro que se

acuerda de mí. Es bastante protector contigo, me resulta muy dulce.

—Lo es. —Suspiré al pensar en mi perro, que seguramente estaría sentado en el suelo de la cocina mirando a la puerta en ese preciso instante—. Me ha ayudado mucho. Está siempre a mi lado. No sabría qué hacer sin él.

—Es un buen perro. Me dan ganas de tener uno.

—Deberías.

—Antes tendré que cambiar de apartamento. No es lugar para un perro.

—A Safari no parecía importarle. —Le encantaba acostarse en los cómodos sofás de Ryker, y sobre todo en la enorme cama del dormitorio.

—Puede que compre una casa en la playa. Siempre me ha gustado el mar.

—Si tuviera dinero, lo haría. —El agua estaba helada, pero las vistas eran preciosas. Cuando Safari metía las patas en el agua congelada, se sobresaltaba. No era tan fuerte como pretendía.

—Mi padre tenía un velero. Me lo dejó en herencia.

—No sabía que le gustaba navegar. —Su padre había sido un poco barrigón y no me había parecido tan activo como Ryker.

—No iba a menudo. Fue una compra impulsiva y nunca lo usaba. —Ryker rio para sí—. Mi madre se enfadó mucho cuando lo compró. Le puso su nombre, pero no sirvió de mucho.

—Qué bonito gesto. —Era la primera vez que sonreía en cuatro semanas.

—¿Queréis Safari y tú dar una vuelta el sábado?

Mi sonrisa se desvaneció al instante.

—Eh...

Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Te lo pregunto como amigo. Y sólo como amigo.

Ryker me había parecido sincero hasta entonces, animándome a volver con Zeke en dos ocasiones. No parecía tener intenciones ocultas. No era una estratagema para volver conmigo.

—Trae a tus amigos. No me importa. Hasta puede venir Zeke

si quieres.

Sólo de pensarlo me daba ansiedad. Los tres saldríamos a la mar, pero sólo volveríamos dos.

—No creo que sea buena idea que venga Zeke. De hecho, no me parece bien que venga nadie.

—¿Por qué no?

Dije la verdad porque no veía nada malo en ello.

—Sé que, si le digo a cualquiera de ellos que pasamos tiempo juntos, asumirán lo peor y se desatará el apocalipsis.

Se rio.

—Vaya. Me odian bastante, ¿no?

—Lo siento. —No intenté suavizarlo. Si Ryker se encontraba con Rex, debía preparase para recibir un puñetazo.

—No, no pasa nada. —Su sonrisa se desvaneció—. Me lo merezco. ¿Qué vas a hacer? ¿No venir conmigo porque temes que lo descubran?

—No les tengo miedo, pero no quiero que Zeke se entere y se haga una idea equivocada de lo que hay entre nosotros. Cuando se trata de ti, no razona.

Ryker se cruzó de brazos, pensativo.

—No quiero que salga mal, pero ¿qué importa lo que piense? Habéis roto, y dices que nunca volveréis a estar juntos. Eres libre de hacer lo que quieras. Después de todo, se acostó con otra.

—Pues sí que has cambiado rápido de opinión.

Sus labios esbozaron una atractiva sonrisa.

—Sigo creyendo que deberías darle otra oportunidad. Pero no creo que debas mentir por pasar tiempo conmigo. Sólo somos amigos. Y si le dices eso, debería creerte. No eres la clase de persona que mentiría sobre algo así.

—Sí... —Pero sabía que Zeke se pondría celoso, y no quería hacerle daño.

—Rex ya no vive contigo, ¿no? —preguntó Ryker—. ¿Cómo va a enterarse de lo que haces?

—Viene a mi casa a verme a menudo.

Ryker asintió.

—Pero no tienes por qué decírselo. Nuestra amistad puede ser

un secreto. No diré nada si tú tampoco lo haces. —Hizo bailar sus cejas.

Me reí por fin. Era la primera vez que me relajaba lo suficiente para hacer algo que no fuera llorar. Su expresión ridícula me hizo reír y se me tensaron los músculos del estómago.

—¿Eres mi amigo secreto?

Se encogió de hombros.

—Puedo serlo.

Ryker me hacía sentir mejor de lo que esperaba. Durante los últimos cinco minutos, no había pensado en Zeke en absoluto. Me había sentido muy bien al hablar sobre el mar y Safari, dos cosas que no tenían nada que ver con Zeke. Había sido como un soplo de aire fresco.

Pero esa euforia se desvaneció al darme cuenta de lo que debía decir. No quería ni hablar de ello, pero no tenía más remedio.

—Quiero que sepas que tú y yo nunca volveremos a estar juntos. Te lo digo porque no quiero que te hagas ilusiones. Aunque supere lo de Zeke, no ocurrirá. —Me odiaba por ser tan dura, pero sabía que sería peor si no actuaba así.

La expresión de Ryker no cambió. Seguía con una sonrisa en el rostro.

—Rae, me parece perfecto. ¿Que ojalá las cosas hubieran funcionado entre nosotros? Pues sí. ¿Que aún tengo sentimientos por ti? Mentiría si dijera lo contrario. Pero he aceptado tu decisión, aunque no quiero que desaparezcas de mi vida para siempre. Me conformo con ser tu amigo y quererte a distancia antes que no tenerte en mi vida.

Sus palabras dolían. Me hacían sentir bien y mal al mismo tiempo.

—Mientras sea verdad, me parece bien.

—Genial. Ahora que ya hemos tenido la conversación incómoda... ¿quieres ir a navegar?

—Nunca lo he hecho.

—¿No? —preguntó, alzando las cejas—. ¿Has vivido toda tu vida en Seattle y nunca has salido a navegar?

—Pues no.

—Entonces debemos ir. Llevaré unos sándwiches y pasaremos el día en el mar.

—No sé nada de navegación, ¿podrás encargarte del barco tú solo?

Desvió la mirada como si mis palabras le hubieran parecido adorables.

—Créeme cuando te digo que sí.

DIEZ

Rex

Saqué a Zeke de su casa y lo llevé a un bar, a un sitio con gente. La música sonaba en los altavoces y un grupo de chicas guapas con tacones charlaban entre ellas, mirándolo y esperando que se acercara a su mesa.

Zeke parecía ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué te cuentas? —Intenté no mencionar a Rae porque sólo empeoraría las cosas.

—Le he cambiado el aceite al Jeep.

Se había convertido en la persona más aburrida del planeta.

—¿No viste el partido de los Mariners anoche?

—Últimamente no veo mucho la televisión.

¿Y qué hacía todo el día?

—Kayden y yo estábamos viendo vídeos de humor y...

Una rubia guapísima se acercó a nuestra mesa y le hizo ojitos a Zeke.

—Hola, me suenas de algo.

Zeke la miró, sin importarle lo corto que llevaba el vestido ni lo escotada que iba.

—Soy médico. A lo mejor has venido a mi consulta. —Se concentró en su cerveza y comenzó a despegarle la etiqueta, sin mostrar ningún interés.

Maldita sea, le había dado fuerte.

La mujer no se dio por vencida.

—Puede que sea eso. El otro día fui a revisión.

Zeke asintió, aunque no estaba de acuerdo con nada.

—Eres bastante callado —señaló—. Pero me gusta. ¿Me das tu número? Podríamos ir a tomar una pizza.

Si no tuviera a Kayden y una chica guapa me invitara a ir con ella a tomar pizza, me costaría mucho rechazarla. De hecho, la idea de que Kayden lo hiciera me ponía un poco... ¡Era tan adorable cuando comía! Se me estaba yendo el santo al cielo, debía volver a la conversación.

—Tengo novia —dijo Zeke—, pero gracias de todas formas.

—Vaya, disculpa —dijo—. Debí haberlo sospechado por lo bueno que estás. —Se alejó y volvió a la mesa con sus amigas.

—Um... —Me froté la barbilla, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No tienes novia, Zeke. Puedes salir con ella si quieres.

—No quiero. —Miró fijamente la cerveza, apoyando los codos en la mesa.

—Pero estás soltero...

—No quiero estarlo, Rex. —Cerró los ojos y apretó las manos en puños—. No quiero estar con nadie más. Voy a recuperar a Rae y, mientras tanto, no tocaré a nadie más.

Iban a ser unos meses muy difíciles.

—Te entiendo, tío. Pero... no vais a volver.

Como era su mejor amigo, tenía que ser realista con él. No podía dejar que siguiera viviendo esa fantasía. Le haría más daño a la larga.

—Sí.

—Tío...

—No sé cómo va a suceder ni cuándo. Pero un día terminaremos juntos. Tal vez pienses que es inútil, pero yo no. No me rendiré, ¿vale? Así que deja de recordarme que soy libre de follar con quien quiera. —Cogió la cerveza y la estrelló contra la mesa, a punto de romper el vaso—. Porque no quiero follarme a nadie.

CUANDO ENTRÉ EN MI APARTAMENTO, Kayden ya estaba allí, con una de mis camisetas y mis bóxers. Le quedaba mejor mi ropa que a mí. Estaba sentada en el sofá leyendo, y su largo cabello formaba una cortina alrededor de su rostro.

—¿Cómo ha ido?

Me encogí de hombros y me senté a su lado.

Frunció el ceño al ver mi expresión triste.

—Lo siento.

—Esta situación es una mierda.

—Lo sé. —Se sentó a horcajadas sobre mis caderas. En cuanto la tuve encima, se me despertó la polla a pesar del dolor que sentía. Me recorrió el pecho con las manos y se le marcaron los pezones a través de la tela de mi camiseta.

—Le dije que no le contara nada. Pero, ¿me hizo caso? No.

—Lo superarán.

—Conozco a Rae tan bien como tú. Nunca volverán a estar juntos.

—Me refiero a que volverán a ser amigos. —Se acercó más a mí, presionando su pecho contra el mío.

La agarré de los muslos.

—Sí... es posible.

—Ya verás como sí.

Miré los ojos verdes de la mujer más sexy que había visto jamás.

—Prométeme una cosa.

—Vale.

—Prométeme que jamás me dejarás. —Nunca le había dicho que la amaba. Era un sentimiento desconocido para mí. Pero jamás querría que se apartara de mi lado. Sabía que nunca le haría daño fijándome en otra mujer. Era un sentimiento sólido, aunque no le pusiera nombre.

Tomó mi rostro entre sus manos, su expresión se suavizó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo prometo.

La besé, atrayéndola hacia mi pecho, agradecido de tener lo que Zeke había perdido. Sabía el dolor que estaba sufriendo sólo

con imaginar que Kayden se alejaba de mi lado. Era fundamental en mi vida, y se había convertido en una parte de mí.

—¿Quieres mudarte conmigo? —La idea no se me había pasado por la cabeza hasta ese preciso momento, pero supe que era lo correcto. Siempre estaba allí, durmiendo en mi cama y cocinando para mí. Detestaba que se fuera a su apartamento.

—¿Lo dices en serio? —susurró.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida.

Kayden estaba a punto de llorar.

—Oh, Dios mío, me encantaría vivir contigo. —Me echó los brazos al cuello y me abrazó con fuerza. Su alegría era contagiosa.

—Bien. No iba a dejarte decir que no.

Se rio.

—¿Me habrías secuestrado y atado?

—Sí. Y ahora que lo pienso... Creo que voy a hacerlo de todas formas.

—Ah, ¿sí? —Se echó hacia atrás y me miró con una sonrisa.

Le apreté los muslos antes de incorporarme, levantándola en el aire.

—Claro que sí.

KAYDEN ESTABA PREPARANDO mi desayuno favorito, gofres y guarnición de patatas, así que crucé el pasillo para ver si Rae quería acompañarnos. Era como si hubiera vuelto atrás en el tiempo y fuera de nuevo su tutor, con la obligación de controlarla. Era sábado por la mañana, así que supuse que se pasaría todo el día frente al televisor.

—Hola, ¿quieres un poco de... —Dejé de hablar al verla con vaqueros oscuros y un jersey beige ancho. La mayor sorpresa fue ver que llevaba el pelo suelto y maquillaje. Se había puesto base y delineador en los ojos. Cargaba una pequeña mochila al hombro como si fuera a ir a alguna parte—. Vaya, estás muy guapa.

Rae alzó las cejas, desconcertada.

—Nunca te había oído decir eso, ni una vez.

—Supongo que me he quedado impresionado al verte.

Llevabas tanto tiempo con un aspecto de mierda que... —Cerré la boca al darme cuenta de que mi comentario era desafortunado—. No estoy acostumbrado.

—Bueno, me empezaba a doler la cabeza de llevar siempre el pelo recogido, así que he decidido dejármelo suelto un rato.

—Cogió la correa de Safari. El perro llevaba un jersey azul que no había visto antes.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—A navegar.

—¿Qué? —Oí la palabra, pero no sabía con certeza si la había imaginado—. ¿Navegar?

—Sí. Ya sabes, en un barco.

¿Y volvía a emplear el sarcasmo?

—Estás de mucho mejor humor...

—Bueno... —Se encogió de hombros—. Supongo que me siento mejor. Aunque anoche dormí fatal porque no hacía más que soñar con Zeke. Así que no sé. —Le colocó bien el jersey a Safari y se levantó—. ¿Querías algo?

—Kayden está haciendo el desayuno, y quería invitarte a casa.

—Oh, no tengo hambre, pero gracias de todas formas.

Eso no había cambiado.

—¿Con quién vas a navegar? —Sabía que Jessie era demasiado consentida y evitaría pasar el día sentada en un bote pasando frío. Y estaba claro que no era Zeke.

—Safari es mi principal compañero. —Se arrodilló para acariciarlo y besarlo.

Entorné los ojos.

—Sé que ninguno de los dos sabéis nada de navegación, así que debe haber alguien más...

Llamaron a la puerta.

Rae se levantó sin mirarme.

—Está abierta.

La puerta se abrió y apareció mi peor pesadilla.

Ryker.

Ese maldito imbécil.

Me volví hacia él, apretando las manos para poder darle un puñetazo. La última vez que lo había visto estaba sentado frente a Rae en ese restaurante, cogiéndole las manos y besándoselas como un imbécil. Era la razón por la que Zeke había cometido el peor error de su vida. Además, se había portado como un malnacido con Rae.

—Ni de coña, joder. —Me volví hacia Rae, totalmente enfurecido—. ¿Qué demonios haces, Rae? Tiene que ser una broma. ¿Zeke y tú os separasteis hace solo un mes y ya has vuelto con él? Es un hijo de puta.

Ryker se metió las manos en los bolsillos y suspiró.

—Supongo que me lo merezco.

—Cállate, guaperas de medio pelo. —Me volví hacia él, cuadrando los hombros.

Ryker no parecía entender que su vida corría peligro porque seguía relajado.

—Ryker, ¿nos das un minuto? —pidió Rae.

—Claro. —Ryker salió del apartamento y esperó en el rellano. La atacó de inmediato.

—Tienes que estar de coña. Esto está mal, muy mal. Zeke está en casa llorando por ti, ¿y tú vuelves a acostarte con Ryker? Te creía mejor persona, Rae. No trates así a Zeke. Y no confíes en Ryker.

—Para empezar, Zeke se acostó con otra horas después de nuestra supuesta ruptura. Así que no me vengas con esas.

Técnicamente, era cierto. Pero la situación era diferente.

—Estaba destrozado, ¿vale? No seas tan dura con él.

—Además, Ryker y yo sólo somos amigos...

—Que follan.

—No. —Me miró con expresión vacía—. No va a pasar nada con Ryker. Sigo con el corazón roto. Nada ha cambiado. Pero Ryker me hace sentir mejor. Hablamos de otras cosas y así no estoy todo el día llorando deprimida por Zeke. Y no me recuerda a él como el resto de vosotros.

—Rae, sé cómo va acabar todo esto. Dices que sólo sois amigos...

—Y así es. Le dije que entre nosotros no habrá nada, y no sólo por Zeke. No voy a volver a acostarme con él. No puedo imaginarme con otra persona que no sea Zeke. Así que relájate de una vez.

—Pero sabes que...

—Si Zeke y yo podemos volver a ser amigos, no veo por qué no puedo hacer lo mismo con Ryker.

—Porque es un puto imbécil. ¿Se te ha olvidado ya lo que te hizo?

—No —dijo con calma—. Pero lo he perdonado. Puedes enfadarte todo lo que quieras, pero nada cambiará. Así que, por favor, mantente al margen y deja de decirme lo que debo hacer. Soy adulta y puedo tomar mis propias decisiones.

No podía dejar de preocuparme.

—¿Cómo crees que se sentirá Zeke cuando se entere?

—Te he dicho que no pasará nada con Ryker. Puede creerme o no. La decisión es suya. —Cogió a Safari y se dirigió a la puerta—. O puedes no decírselo, Rex.

ONCE

El puerto quedó atrás, y el viento nos llevaba sobre las olas conforme nos adentrábamos en el mar. Ryker llevaba una camiseta blanca de manga larga con una chaqueta negra. Manejaba el barco como si estuviera acostumbrado a ello, atando las cuerdas y moviendo las velas para que pudiéramos navegar sobre el agua.

Safari iba y venía de un lado a otro, prácticamente saltando de la emoción. Observó el agua como si pudiera ver algo interesante. Luego corrió hacia el otro lado de la proa y volvió a mirar al agua. Estaba adorable con aquel pequeño jersey.

Ryker echó el ancla en medio del océano. Teníamos una maravillosa vista del mar abierto ante nosotros y la tierra a nuestras espaldas. Dejó el timón y se sentó conmigo en el velero de cuatro metros y medio de eslora.

—Safari es un marinero nato.

Seguía corriendo de un lado a otro, explorando el agua.

—Sólo le falta la gorra de capitán —dije mientras veía moverse a mi perro.

Ryker cogió la nevera y la dejó entre nosotros. Hacía las veces de barrera para evitar tocarnos.

—Hace unas horas que no me gruñe. Es un nuevo récord.

—Es porque está distraído. Cuando volvamos a tierra, volverá a ser el de siempre.

Ryker se rio mientras levantaba la tapa.

—Es bueno saberlo. —Sacó dos cervezas y un par de sándwiches guardados en bolsas con cremallera—. Espero que te guste el pavo.

—Me muero de hambre. Me da igual lo que lleve. —Cogí un sándwich y lo saqué del envoltorio—. Gracias.

—De nada. También traigo un aperitivo para Safari.

Abrí mi bolsa de patatas fritas y observé a Safari sentado en uno de los extremos del barco, mirando fascinado el mar.

—Ya comerá después. —El barco se balanceaba con suavidad sobre las olas mientras observábamos el paisaje que teníamos ante nosotros. Era un día soleado, sin una sola nube en el cielo, pero corría un viento helado. Le di un mordisco al sándwich—. Está bueno.

—Gracias. Lo he hecho yo.

—Vaya. Quizás deberías dejar COLLECT y buscar trabajo en Subway.

Se rio.

—Podría ser el empleado del mes.

—Además tienen unas galletas riquísimas. Son todo ventajas. Buscó en la nevera y sacó otra bolsa.

—Sé que te gusta tomar algo dulce después de cada comida.

Vi las galletas con pepitas de chocolate en la bolsa de plástico.

—Serías una madre excelente, ¿sabes?

—Gracias. —Sonrió atractivo antes de dar un bocado a su sándwich—. Esa ha sido siempre mi segunda opción si COLLECT no funciona.

No me di cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que tuve la comida delante. Engullí la mitad en un minuto, sintiendo apetito de verdad por primera vez en cinco semanas. El sol y el aire fresco me hacían sentir mejor. La fuerte presión del pecho había desaparecido. Pero cuando me acostara esa noche, sola, sabía que aquella sensación regresaría.

—Rex parecía muy enfadado.

—Ignóralo. Es lo que hago yo.

—No —dijo Ryker antes de dar otro mordisco—. Sólo se preocupa por ti. No puedes enfadarte con él por eso.

—Sí, pero a veces debe mantenerse al margen. Sé que nunca lo hará, así que tendré que renunciar a ese sueño.

Ryker terminó el sándwich antes que yo, como siempre ocurría cuando salíamos.

—¿Cómo van las cosas entre Kayden y él?

—Bien. Al fin admite que tiene novia. Ya es todo un avance tratándose de él.

—Me alegro. —Ryker metió la mano en el bolsillo y sacó unas gafas de aviador que se puso al instante. Parecía sacado de un anuncio de colonia, sentado en un velero en el Pacífico—. Kayden le va bien.

—Sí, aguanta sus locuras porque lo quiere... Aunque a veces no entiendo por qué.

—Rex es un buen tipo. Tiene buen corazón.

Despotricaba mucho de mi hermano, pero lo quería con toda mi alma. Cuando alguien decía algo malo de él, me volvía una hermana psicópata. Y cuando lo elogiaban, significaba mucho para mí.

—Sí....

Ryker apoyó los brazos en los muslos y contempló el agua.

—¿Has visto a Zeke últimamente?

Sabía que Zeke saldría en la conversación, aunque no quería hablar de él.

—Ha pasado más de una semana desde la última vez.

Ryker se volvió hacia mí y vio que sujetaba el sándwich sin probar bocado.

—Sé que no quieres hablar de él, pero creo que te ayudará a la larga si lo haces.

—Nada me ayudará a la larga. —Guardé el resto del sándwich en una servilleta y lo metí en la bolsa de plástico—. Fui a su casa a por mis cosas, pero la situación se descontroló. Me besó y nos quitamos la ropa... pero logré detenerlo. Sabía que me arrepentiría después si dejaba que sucediera.

—¿Arrepentirte? —lo preguntó como si el tema no le incomodara.

—Me habría resultado más difícil pasar página. Habría tenido

que empezar de cero otra vez.

Agitó la cabeza.

—Vaya, eres muy fuerte.

—No tienes ni idea...

Me miró con lástima, aunque no podía ver sus ojos.

—Pude salir de allí. En la puerta, le recordé que habíamos prometido ser amigos para siempre y debíamos cumplirlo. Estuvo de acuerdo.

—¿Cómo crees que irá?

Suspiré porque parecía algo imposible.

—Va a ser muy difícil. Me llevará mucho tiempo verlo sólo como amigo. Terminará saliendo con otras y no sé si podré soportarlo.

—Podrías volver con él...

Ignoré el consejo, harta de que todos me dijeran lo mismo.

—Pero sé que lo conseguiremos. Puedo perderlo como novio, pero jamás como amigo. Es demasiado importante para mí.

Ryker se quedó callado, como si no supiera qué más decir.

—Las rupturas son una mierda. —Había pasado por dos en menos de un año, y ya no podía soportarlo más. Me preguntaba si sería mejor terminar soltera con un puñado de gatos. Al menos no sufriría tanto.

—Sí... pero lo superarás, Rae. Eres la chica más fuerte que conozco.

—La fuerza no tiene nada que ver. No se puede luchar contra un enemigo invisible... —El sufrimiento era una emoción intangible. Vivía en tu pecho, como una losa.

—Sé que te he hice mucho daño, pero lo superaste, Rae. Podrás también con esto.

Sabía que yo también le había hecho daño a Ryker, así que nos comprendíamos mutuamente.

—¿Cómo está tu madre?

—Está... bien. —Se encogió de hombros y contempló el agua—. Mi hermano pasa mucho tiempo con ella y yo voy cuando puedo. Tardará mucho en superar la muerte de mi padre. No puedo imaginar lo que debe ser perder a tu esposo.

—Sí...

—Va paso a paso. —Se frotó el nudillo izquierdo como si pensara en una vieja cicatriz—. He empezado a ver a un terapeuta.

Traté de ocultar mi sorpresa para que mi reacción no le incomodara.

—Ah... Es genial.

—No me convencía la idea, pero mi madre me animó a hacerlo. Ha sido de gran ayuda.

—Bien.

—Hablamos de mi padre la mayor parte del tiempo. Intento lidiar con la culpa y el arrepentimiento.

—Siempre es bueno hablar con alguien.

—Sí. Ya me conoces, soy muy terco. Le dije a mi madre que no necesitaba apoyo psicológico. Pero entonces recordé la última vez que me había negado a aceptar ayuda... y había cometido un error que desearía poder borrar.

Sabía que hablaba de mí.

—Me ha servido de mucho. Quizás deberías planteártelo.

—Es posible... —No quería sentarme a hablar de Zeke con nadie. Ya pensaba en él a todas horas.

—Siempre puedes hablar conmigo.

—No hay mucho que decir. Lo echo muchísimo de menos, y estoy muy enfadada por lo que ha hecho... pero eso es todo.

Asintió.

—Pasar página tras una ruptura lleva tiempo. Por desgracia, no se puede acelerar el proceso.

Sonreí, aunque el gesto no era muy apropiado dada la situación.

—¿Cuándo te volviste tan inteligente?

Se rio.

—Es por una mujer. Llegó a mi vida, se negó a aguantar tonterías y me convirtió en un hombre honesto. Me cambió la vida, y ya no puedo volver a ser el de antes... al menos no quiero.

Mi expresión se suavizó y miré al mar para evitar su atractivo rostro.

—Gracias por ser mi amigo en estos momentos tan difíciles. Me siento mejor cuando estoy contigo.

—Qué coincidencia —susurró—. A mí me pasa lo mismo. —Se volvió hacia mí con una sonrisa en los labios. No podía verle los ojos con las gafas, pero sabía que me miraba con cariño. Se había afeitado esa mañana y parecía el hombre más inofensivo del mundo. Ya no actuaba de forma tan arrogante y parecía imbuido de una gran humildad.

A veces, me parecía no estar hablando con Ryker, sino con otra persona.

DOCE

Rex

No sabía qué hacer.

¿Debería contárselo a Zeke o no?

Si se lo decía, quedaría destrozado. Pero si callaba y él lo descubría por otros medios, sería aún peor. ¿Y si se encontraban en el parque o en el bar?

Sí, tenía que decírselo.

Detestaba a Ryker. Aunque fueran sólo amigos, no quería que estuviera cerca de mi hermana. Le había roto el corazón como si no valiera nada. Empezó a salir con una zorra tan sólo una semana después de dejarlo con ella.

Nunca lo olvidaría.

Zeke y yo fuimos a comer alitas después del trabajo. Aún llevaba la bata azul oscuro, pero parecía que acababa de levantarse de la cama. El agotamiento era evidente en sus ojos debido a la falta de sueño.

Nunca lo había compadecido tanto.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. —Dio un trago a la cerveza mientras miraba el televisor de la esquina—. La misma mierda de siempre.

Nunca hablaba así de su trabajo. Estaba en horas bajas y proyectaba su ira en todo lo demás.

—¿Cómo está Rae?

—Igual...

—¿Está comiendo? —Siempre se interesaba por su bienestar,

cuidándola a través de mí.

—Sí. Está bien. Sigue yendo a trabajar y esas cosas...

—Bien —dijo con un suspiro—. Me alegro de que se mantenga activa.

—Le puso un jersey ridículo a Safari el otro día. Safari no está hecho para llevar ropa.

Zeke se rio un poco.

—Ojalá hubiera podido verlo.

—Estoy seguro de que ya lo habrá hecho pedazos.

—Sí... Lo echo de menos. —Se quedó mirando su cesto de alitas y patatas—. Echo de menos a Rae con locura, pero a él también. Aún duermo con las piernas encogidas porque estoy acostumbrado a que se tumbe a los pies de la cama. Su cuenco sigue en la cocina, lleno de comida para perros rancia.

Aquella confesión me hizo sentir peor.

—Seguro que Rae te lo presta...

—No. Son inseparables.

Unté una patata frita en el ketchup y me la llevé a la boca. Ya no tenía hambre, pero comía por hacer algo. Notaba el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. Zeke tenía que saber lo de Ryker, pero yo no quería ser el mensajero.

—Zeke... Hay algo que tengo que decirte. Y no te va a gustar.

Zeke me miró, entornando sus ojos azules en respuesta.

—Joder... Por favor, no me digas que Rae está saliendo con alguien. No podría asimilarlo. No puedo, ¿vale? Cualquier cosa menos eso.

Hice una mueca porque había dado en el clavo.

Vio la dolorosa verdad escrita en mi cara.

—Joder. —Se pasó los dedos por el pelo, lleno de rabia.

—Fui a su casa el sábado y me dijo que iba a navegar con...

—Por favor, no me digas que con Ryker.

Suspiré en respuesta.

—Mierda. Mierda. Mierda. —Se tapó la cara con las manos y soltó un gruñido que podría haber emitido un oso—. Me cago en la puta. Debería matarlo. Cortarlo en trozos y tirar sus miembros al mar.

«Nota mental: no hacer enfadar a Zeke».

—Le dije que no debería repetir su error y...

—¿Qué respondió?

No le hablé del comentario que hizo acusándolo de acostarse con otra nada más romper.

—Dijo que sólo son amigos y que nunca volverán a estar juntos. Me contó que se lo había dejado muy claro a Ryker. Y no ve por qué no pueden ser amigos... ya que ella y tú también lo sois.

La hostilidad de Zeke disminuyó cuando terminé de hablar.

—¿Dijo que eran sólo amigos?

Asentí.

—¿Y que nunca van a volver?

Asentí de nuevo.

—Temo que empiecen así y acaben liados...

Zeke miró al otro lado del restaurante, observando la pared con expresión impasible. Ni siquiera parpadeó porque estaba absorto en sus pensamientos.

Esperé pacientemente a que dijera algo más, o reaccionara y volcara la mesa.

—Si dice que son sólo amigos, no hay más que hablar.

Alcé las cejas porque no podía ocultar mi sorpresa.

—No confié en ella cuando debería haberlo hecho. Pero ahora sí. Si dice que sólo son amigos, yo la creo.

Aquella aceptación sosegada era la última reacción que había esperado. Sabía que Rae no mentía al decir que Ryker y ella eran sólo amigos. Pero sería cuestión de tiempo que Ryker volviera a las andadas, aunque no iba a decirle eso a Zeke y arruinar su momento zen.

—Al final, puede que Ryker intente algo —dijo Zeke casi para sí mismo—. Pero por ahora, no está todo perdido. Tengo tiempo para recuperar a Rae y hacer que lo nuestro funcione.

No repliqué, pues sabía que se aferraba a la esperanza como último recurso. Y, como amigo suyo, jamás se la arrebataría.

Al menos no por ahora.

TRECE

Rae

Rex se había acostumbrado a entrar en mi apartamento sin llamar a la puerta.

—Hola, ¿qué tal?

—Yo no entro como si tal cosa en tu casa —le recordé.

Señaló la puerta.

—¿No funciona bien? —Si se las estaba intentando dar de listillo tenía que saber a quién se enfrentaba.

—¿Y a ti no te funciona el cerebro? —contraataqué.

Desvió la mirada e ignoró mi pulla final.

—Vamos a salir todos esta noche. Espero que te apuntes.

Sabía lo que significaba la palabra todos. La última vez que había visto a Zeke había sido hacía dos semanas. Habíamos roto seis semanas antes, y parecía una eternidad. No estaba segura de cómo iba a poder soportar estar cerca de él y no recorrer su cuerpo con mis manos. No sabía si iba a poder afrontar ver cómo otras mujeres lo miraban sin sucumbir a los celos.

—¿Rae? —Entornó los ojos al ver que yo no decía nada.

Prometí que seguiríamos siendo amigos, y debía cumplirlo. Quería ver a Zeke, por supuesto. Pero no quería estar sufriendo todo el rato.

—Sí, allí estaré.

—Bien. Esa era la única respuesta que iba a dar por buena.

—Cogió una cerveza de mi frigorífico y se sentó conmigo en la mesa—. Bueno.... ¿qué tal el día de navegación? —Apenas podía

disimular la rabia en su voz.

—Bien. Un grupo de orcas pasó nadando a nuestro lado.
Se bebió la cerveza, aún molesto.

—Eso no tiene nada de bueno...

—Y vimos también algunas focas. Safari se puso como loco.
Tuve que agarrarlo para que no saltara al agua.

—Oh... —Apoyó los codos en la mesa sin mirarme.

—Y no pasó nada, como dije. Ryker y yo almorzamos en el
barco y estuvimos charlando. Eso fue todo.

—Sigue sin gustarme esto, Rae. Ryker te trató fatal.

—Lo sé. Pero lo he perdonado.

—¿Y no vas a perdonar a Zeke? —contestó Rex de malos
modos.

—He perdonado a Zeke. Pero no puedo volver con él. Lo sabes.

—¿Y no tienes problema en quedar con ese gilipollas?

—Como amigos, ninguno. No pienso volver con Ryker
tampoco. No hay ninguna ley que diga que no podamos ser
amigos.

—Ojalá la hubiera... —Rex le dio otro sorbo a su bebida, de mal
humor.

—Rex, olvídalo.

—Ni de coña. Si Kayden hiciera eso, ¿tú lo olvidarías?

No podía negar que sería igual de protectora con él.

—Nada de lo que digas va a cambiar las cosas, así que te
sugiero que lo aceptes.

—No quiero verle la cara a ese miserable.

—Pues deja de venir a mi apartamento a meter las narices
donde no te importa. Ya hemos hablado de esto, Rex.

—No. —Levantó el dedo como si fuera a puntualizar algo—.
Dije que me mantendría al margen de tu vida amorosa. No estás
saliendo con Ryker, así que técnicamente no estoy haciendo nada
malo. Ahí tienes, ¡ja! —Bajó la mano, con una expresión
victoriosa.

Desvié la mirada. La conversación era tan estúpida, que
resultaba penosa.

—¿A dónde vamos esta noche?

—Acaban de abrir un bar deportivo en el centro. Tobias no para de hablar de él.

—Bien. Creo que esta noche juegan los Wizards contra los Thunder. Va a ser un buen partido.

—¿Quieres que apostemos esta noche? —preguntó.

—Si apuestas contra los Wizards.

—Sabes que no valen nada, Rae.

—Oye, soy leal. Nunca apostado contra ellos.

Extendió la mano.

—¿Cien dólares?

Le estreché la mano sin pestañear.

—Cien dólares, hecho.

Sonrió.

—Venga. Llevaré a Kayden a algún sitio bonito con ese dinero. Así me ganaré una buena sesión de sexo.

Me tragué la bilis que me subió a la garganta.

—Gracias por la información.

ESTABA SENTADA en el sofá cuando entraron sin llamar Kayden y Jessie, igual que había hecho Rex.

—Han llegado las Damas Rosas. —Jessie llevaba un vestido negro en una percha y tacones plateados en la otra mano.

Kayden traía una bolsa grande sobre el hombro, probablemente llena de accesorios para el pelo y maquillaje.

—Hemos venido a ponerte guapa.

Yo estaba sentada en el sofá como siempre, sin moverme. Estaba horrible.

—Adelante, por favor...

—La puerta siempre está abierta para nosotras. —Jessie giró la percha y mostró el vestido—. ¿Qué te parece?

—Es ceñido y bastante provocativo. —Solté el libro que estaba leyendo. Safari tenía la cabeza apoyada en mi muslo.

—Exacto —dijo Kayden—. Es perfecto para ti.

—¿Perdona? —pregunté—. ¿Desde cuándo soy una buscona?
—No lo eres —dijo Jessie—. Y por eso debes arreglarte un poco. Vamos a hacer que vuelvas al mercado.
Me levanté con las manos en las caderas.
—Estoy dispuesta a que me hagáis un cambio de imagen. Estoy hecha un asco y todos lo sabemos. Pero no voy a volver a ningún mercado, ¿entendido? No voy a salir con nadie en una buena temporada, así que ni se os pase por la cabeza esa idea.
—Está bien, lo entendemos. —Jessie estiró la muñeca y me enseñó los tacones—. Pero ha llegado la hora de volver a ponerte guapa. Muéstrale al mundo tus encantos.
Sonreí, agradeciendo el gesto.
—Bueno... Gracias.
—Venga, mueve el culo —dijo Kayden—. Tenemos mucho que hacer. ¿Cuándo fue la última vez que te depilaste?
Me quedé callada porque ya ni me acordaba.
Jessie soltó un gemido.
—Hay que empezar ya.

CUANDO ME MIRÉ AL ESPEJO, casi no me reconocí. Jessie había hecho un trabajo excelente, y con aquella sombra de ojos ahumada parecía estar a punto de desfilarse por la pasarela. El vestido era de una talla más pequeña de los que solía llevar porque había perdido mucho peso en las últimas seis semanas. Me habían puesto tacones de diez centímetros, y había perdido la costumbre de caminar con ellos. Me habían depilado y perfumado. Parecía una Barbie de pelo castaño.

—Estás genial. —Jessie admiró con orgullo su trabajo—. Volverás a resurgir de tus cenizas.

—Estás que lo rompes, Rae —dijo Jessie—. A Zeke se le va a caer la baba contigo.

Yo no quería eso.

—¿No creéis que es demasiado?

—Qué va —dijo Jessie—. Antes solías vestir así cada dos por tres. Parece que lo has olvidado.

Me había acostumbrado a llevar los mismos vaqueros y el mismo jersey a todos lados, sin preocuparme lo más mínimo por mi aspecto.

—En serio, chicas, ¿no lo veis exagerado? —Ellas llevaban vestidos y tacones, pero se las veía más naturales.

—¿Alguna vez te hemos llevado por el mal camino? —preguntó Jessie.

—Nunca —dijo Kayden—. Así que venga, a salir y pasar un buen rato.

YA HABÍA BASTANTE gente en el bar cuando entramos. La popularidad del nuevo local había aumentado, y en la enorme pantalla que ocupaba toda la pared trasera estaban retransmitiendo el partido de baloncesto.

Localicé inmediatamente a Zeke en la barra con Rex. Llevaba vaqueros oscuros de talle bajo y una camiseta verde que marcaba sus estupendos brazos. Iba afeitado, y tenía el pelo un poco más corto que antes.

—Uf...

—¿Qué? —preguntó Jessie—. Sabías que iba a estar aquí.

—¡Pero está tan bueno! —Intenté controlar mi libido.

—Zeke siempre está bueno —dijo Kayden—. Ignóralo.

—¿Cómo se supone que voy a lograrlo? —pregunté.

—Él también pensará que estás muy buena, así que no te preocupes. —Jessie me dio un empujoncito y nos dirigimos a la barra.

Mi corazón iba a mil por hora.

Apenas podía respirar.

Lo echaba de menos.

Lo echaba muchísimo de menos.

Me temblaban las manos.

Cuando me di cuenta, ya habíamos llegado. Rex se giró hacia mí primero, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Vaya, pareces una chica —soltó—. No estoy acostumbrado a verte así.

—Ya, gracias —dije con sarcasmo. Me giré hacia Zeke, y lo vi mirarme con la misma desesperación que yo sentía en todo mi cuerpo. Quería rodearlo con mis brazos y quedarme así para siempre.

Todo el mundo se quedó callado mientras nos mirábamos el uno al otro.

Zeke era sexy y fuerte, y yo no podía evitar pensar en nuestras noches juntos. Echaba de menos sentir su amplio pecho bajo el mío, cálido durante la noche. Extrañaba sus besos y sentirlo en mi interior.

Era evidente que Zeke estaba pensando lo mismo, se le notaba en los ojos.

—¿Qué os pido, chicas? —nos preguntó a todas, pero sólo me miró a mí.

Había dejado de beber alcohol desde aquella fatídica noche en la que Ryker me había llevado a casa.

—Yo quiero agua.

Zeke no me hizo preguntas al respecto.

—¿Jess? ¿Un cosmopolitan?

—Sí, por favor —dijo—. Que sea doble.

—Ahora mismo. —Zeke se volvió hacia el camarero.

Rex me miró con tristeza, como si supiera lo difícil que era para mí.

—Vamos a buscar una mesa. —Kayden me cogió del brazo y encontramos un reservado desde donde se veía genial el televisor. Nos sentamos a un lado, y para mi desgracia, Zeke se sentó justo enfrente de mí.

—¿Sólo vas a beber agua? —preguntó Jessie incrédula.

—De momento sí. —No podía prescindir del alcohol para siempre.

—Te voy a traer un gin-tonic cuando acabes con eso —dijo Jessie—. Para que te relajes.

—Déjala. —Rex mantuvo los ojos fijos en la pantalla de televisión mientras hablaba, dirigiéndose claramente a Jessie, aunque no la estuviera mirando. Rex nunca le decía a Jessie lo que tenía que hacer, pero había hecho una excepción esta vez.

Jessie no discutió con él.

—Y Tobias, ¿dónde está? —Intenté no mirar a Zeke sentado frente a mí, sintiendo su mirada abrasadora sobre mi rostro.

—Llegará después del partido —explicó Jessie—. Está trabajando ahora mismo. Ya sabes, es representante de deportistas.

—Tiene el mejor trabajo que existe —dijo Rex—. En serio.

Zeke se bebió la cerveza mirando a la pantalla situada en su campo de visión, apartando por fin la vista de mí.

Kayden hizo un pequeño redoble de tambor en la mesa.

—Bueno, Rex y yo tenemos grandes noticias...

—Oh, Dios mío. —Jessie se tapó la boca—. Estás embarazada.

—¿Qué? —Rex estuvo a punto de tirar la cerveza—.

¿Embarazada? Espera... no. —Se volvió hacia Kayden—. No, ¿verdad? Por Dios, dime que no.

Kayden desvió la mirada.

—No, no estoy embarazada. Pero Rex y yo vamos a vivir juntos.

—¿En serio? —Eran las mejores noticias que escuchaba en seis semanas. No estaba segura de cómo les estaba yendo, y me alegraba que Rex diera un paso más serio en la relación. Era un inútil en lo que a mujeres se refería, y me temía que hiciera alguna estupidez que alejara a Kayden de su lado—. Me alegro mucho por vosotros...

—Enhorabuena, tío. —Zeke chocó su cerveza contra la de Rex, con una sonrisa auténtica en el rostro—. Es genial.

—Gracias —dijo Rex—. Es como tener una criada sexy con la que puedes acostarte.

Kayden lo fulminó con la mirada.

—Pero más romántico —añadió Rex rápidamente.

—¿En qué apartamento os vais a quedar? —preguntó Jessie.

—En el mío —dijo Rex—. Ya sabes, como Rae está... —Se calló,

ocultando su incomodidad con un trago de cerveza.

Miré el vaso de agua y conté los cubitos de hielo. Volver a ser amiga de Zeke era mucho más complicado de lo que había pensado. ¿Lo desearía siempre así? ¿Lo necesitaría tanto?

JESSIE SALIÓ para encontrarse con Tobias, Kayden fue al baño y Rex se fue a la barra a pedir otra cerveza, todos al mismo tiempo, con lo que Zeke y yo nos quedamos a solas en la mesa.

¿Incómodo? Para nada.

Contempló el vaso de cerveza que tenía delante antes de mirarme, clavando sus ojos en los míos.

—Estás preciosa esta noche, Rae.

Eso era lo que me temía. Tener esa clase de conversación.

—Gracias. Jessie y Kayden querían hacerme un cambio de imagen. No discutí con ellas porque al final siempre ganan.

Su risa sonó forzada.

—Me alegro de verte mejor. Pareces más contenta.

—Supongo que un poco... pero no mucho. ¿Qué hay de ti?

Zeke miró su vaso y no respondió mi pregunta.

—Rex me ha dicho que has quedado con Ryker. —No había matices en su tono. Ni siquiera parecía enfadado.

Debí haberme imaginado que Rex se lo contaría.

—No es lo que piensas...

—Me contó que le habías dicho que erais sólo amigos. Si dices que no hay nada más entre vosotros, yo te creo. —Lo dijo del tirón y me volvió a mirar, con sus ojos azules desprovistos de su brillo de costumbre, lo que los hacía parecer prácticamente grises y opacos.

Era lo último que esperaba que me dijera.

—Así que no hay nada entre vosotros, ¿verdad? —Había escuchado lo que le había dicho Rex, pero quería oírme decírselo en persona.

—Pues claro que no, Zeke.

Vi su expresión de alivio, aunque intentó disimularlo lo mejor que pudo.

—No tengo ganas de nada semejante ahora mismo. Ni las tendré en una buena temporada.

Asintió.

—¿Os fuisteis a navegar?

—Sí. Su padre le dejó un barco y pasamos el día en el mar. Safari vino también, aunque odia a Ryker.

—¿Odia a Ryker? —preguntó Zeke.

—Cada vez que están juntos en la misma habitación, le gruñe. Zeke sonrió de verdad.

—Eso sí que es un perro fiel.

—Se nota que te echa de menos... —Algunas veces se ponía a lloriquear en la puerta, no porque quisiera salir a pasear, sino porque quería ir a casa de Zeke. Safari era como nuestro hijo, aunque yo había logrado la custodia completa.

—Hace un rato le estaba diciendo a Rex cuánto lo echo de menos.

—Te puedes pasar a verlo cuando quieras. Y sacarlo a pasear o algo...

—Sí, podría hacerlo si te parece bien.

—Claro que sí. —Nunca me molestaría que alguien quisiera estar con Safari. A él le encantaba que le prestaran atención.

Dio un trago a la cerveza, y vi cómo se le movía la nuez. Me resultaban irresistibles su mandíbula marcada y sus bellos rasgos. Me daban ganas de besar aquellos labios y era fácil perderse en sus ojos. A veces prefería cuando se dejaba un poco de barba, y otras un aspecto más aseado, como el que llevaba ahora.

—¿Puedo decir algo? —susurró—. Sólo lo diré una vez, y no tienes que contestar nada. Pero quiero hacerlo de todos modos.

—Está bien... —Sabía por dónde iban los tiros, pero no debería sorprenderme. Yo estaba allí sentada pensando en lo mucho que lo extrañaba.

—Te echo muchísimo de menos... —Suspiró al mirarme, con ojos llenos de pena.

Era agradable oírlo porque yo me sentía exactamente igual.

—Yo también te echo de menos.

Movió la mano sobre la mesa, pero se detuvo al darse cuenta de que no era buena idea. La retiró y la ocultó en su regazo, controlando la tentación de tocarme.

Rex volvió con otra cerveza.

—¿A dónde han ido las otras dos?

Dejé de mirar a Zeke para responder la pregunta de mi hermano.

—Kayden está en el baño, y Jessie ha salido a buscar a Tobias.

—Ah, vale. —Sin saber lo que acababa de interrumpir, Rex bebió de su cerveza y miró al televisor—. Oh, venga. ¿Va a pitar falta por eso? Zeke, ¿has visto esa mierda?

Zeke apartó a regañadientes la vista de mí.

—Sí...Qué disparate.

—GRACIAS POR TRAERNOS A CASA, tío. —Rex llevaba a Kayden en brazos, tapándole las piernas con el jersey para que no se le viera nada. Sacó las llaves del bolsillo con una mano y abrió la puerta.

—No hay de qué. —Zeke abrió la puerta para que Rex pudiera entrar más fácilmente.

Rex llevó a Kayden al dormitorio y volvió.

—¿Quieres jugar el golf mañana? Uno del trabajo me ha dado dos pases para el club de campo.

—Genial —dijo Zeke—. Allí estaré.

—Bien. —Rex nos echó una mirada a los dos, dándose cuenta de que en cuanto cerrara la puerta nos quedaríamos a solas—. Eh... Buenas noches.

La puerta se cerró y el sonido de sus pisadas desapareció mientras se dirigía por el pasillo hacia el dormitorio donde estaba Kayden.

Ahora estábamos solos en el rellano, y de repente me sentí vulnerable. Quería invitarlo a que se viniera a la cama conmigo

para poder dormir. La última vez que había dormido la noche entera sin tener pesadillas había sido cuando Ryker se quedó conmigo. Si Zeke estaba a mi lado, sólo pensaría en unicornios y cereales de frutas.

Zeke se metió las manos en los bolsillos y caminó lentamente hacia mi puerta.

—¿Necesitas ayuda para entrar?

Había bebido dos sorbos de vino y agua. Era la que estaba más sobria del grupo.

—No, gracias.

—Está bien. —Continuó de pie a mi lado, aunque no había ninguna razón para seguir ahí. Observó mi puerta antes de volver a mirarme, con una mirada llena de anhelo. No dio muestras de ello, pero se le notaba la necesidad de afecto.

Estaba segura de que notaba lo mismo en mí.

—Lo he estado pasando bastante mal —susurró—. No puedo creerme que hayan pasado seis semanas.

—Lo sé...

—Parece que ha pasado un siglo.

—Sí.

Agachó la cabeza y miró al suelo.

—No he dormido mucho últimamente. Estoy pensando cancelar mi suscripción al gimnasio porque nunca voy. La casa me parece una cárcel, poseída por nuestros recuerdos. —No parecía estar hablándome como un amante, sino como un amigo. Cada vez que tenía un problema, me lo contaba, y yo hacía lo mismo con él.

—Yo tampoco he dormido mucho. Safari ayuda, pero.... no es suficiente.

—Y sé que no has estado comiendo todo lo que deberías.

—Alzó la vista y me miró la cintura.

Sabiéndome culpable, me encogí de hombros.

—¿Sería demasiado pedir darte un abrazo? —Se enderezó, sacando las manos de los bolsillos como si quisiera adelantarse antes de que yo accediera.

Sabía que debía decir que no, pero era débil. Lo echaba

muchísimo de menos y seguía tan desconsolada como el primer día que salí de su casa con el corazón roto. Aquellas últimas seis semanas habían sido las peores de mi vida.

—No intentaré hacer nada más —susurró—. Lo prometo.

Me hizo una oferta que no podía rechazar, así que acepté.

—Está bien...

Se acercó a mí, rodeándome la estrecha cintura con las manos. Entonces me atrajo hacia su pecho, acurrucándose contra mí como solía hacer. Movié su rostro hacia el hueco de mi cuello y respiró aliviado cuando estuvimos conectados.

Era una sensación tan agradable...

Moví las manos en torno a su cuello y cerré los ojos, dejando que su aroma me invadiera y me trajera de vuelta hermosos recuerdos que nunca olvidaría. Memorice el tacto de sus manos en mi espalda, fuertes y cálidas. Aunque hacía frío y me dolían los pies, quería que siguiéramos así para siempre.

No quería soltarlo jamás.

Me rozó el cuello con los labios, pero no me besó, como había prometido. Sus manos permanecían en zonas apropiadas, y no me pedía que volviera con él. Parecía aceptar finalmente el hecho de que no íbamos a volver a estar juntos.

De algún modo, eso hacía que me sintiera peor.

Habíamos terminado de verdad.

Después de diez minutos, se apartó a regañadientes.

—Bueno... supongo que es hora de darte las buenas noches...

—¿Quieres quedarte? —dije sin pensar, hablando con el corazón más que con el cerebro.

Zeke no pudo ocultar su sorpresa ni su alegría.

—Sólo para dormir... Hace mucho que no descanso bien.

Pensé que podríamos... No sé.

—Me encantaría.

Probablemente era una idea estúpida, pero no pude evitarlo. Saqué las llaves y abrí la puerta.

Safari nos saludó inmediatamente en la entrada, y cuando vio a Zeke saltó hacia él lleno de felicidad.

—Hola, chico. —Zeke se arrodilló y le rascó detrás de las

orejas, como a él le gustaba—. Yo también te he echado de menos.

Safari ladró de alegría y movió el rabo.

Zeke le dio un golpecito en el trasero antes de levantarse con una sonrisa en los labios mientras miraba a Safari.

Entré en mi dormitorio, el agujero en el que había estado durmiendo cada noche. Cogí algo de ropa sin encender la luz y me fui al cuarto de baño para cambiarme en la intimidad. Me había visto desnuda cientos de veces, pero ahora todo era diferente.

Cuando estuve lista para irme a dormir, volví a mi habitación. Zeke estaba bajo las sábanas, con la camiseta y los calzoncillos. Parecía como en casa en mi cama, como si nunca se hubiera marchado. Safari se sentó a los pies, feliz de ver que las cosas volvían a la normalidad.

Me metí bajo las sábanas y me moví hacia su lado de la cama, sintiendo su calor natural. Le rodeé la cintura con el brazo, y él volvió su cuerpo hacia mí, abrazándome mientras apoyaba los labios en mi frente.

Sabía que la alegría era pasajera, pero estaba tan feliz que sentí ganas de llorar.

Cerré los ojos y se me llenaron de lágrimas.

Zeke me acarició el muslo, sujetándome la rodilla para levantarla hasta su cintura, atrayéndome más cerca de su cuerpo. No la tenía dura como había esperado. Parecía contentarse con estar a mi lado, compartiendo mi cama.

—Te amo, Rae.

Se me saltaron las lágrimas.

—Yo también te amo.

Las enjugó con un beso de sabor salado. Me acarició el pelo, y volvió a apoyar los labios en mi frente.

Tras un momento de silencio, empecé a perder el sentido. Me quedé profundamente dormida y no tuve ninguna pesadilla. No pensé en nada, y ese era el regalo más grande que Zeke podía hacerme.

CUANDO DESPERTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE, me sentía bien. No estaba agotada por haberme despertado cinco veces durante la noche como siempre. Me desperté feliz y lista para pasar una nueva página del calendario, como cuando Zeke y yo estábamos juntos.

Zeke ya estaba despierto. Tenía los ojos abiertos y me estaba contemplando mientras dormía antes de que abriera los ojos.

—Buenos días.

—Buenos días. —Estábamos en la misma posición en la que nos habíamos quedado dormidos. Le rodeaba la cadera con la pierna y el cuello con el brazo. Esta vez sí noté su erección matutina, algo que también echaba mucho de menos.

Durante las últimas seis semanas había vivido en abstinencia, pero estaba demasiado deprimida para sentirme excitada. Ahora que tenía a Zeke en mi cama, no me importaría sentirle dentro de mí, provocándome un orgasmo. Pero sabía que ese era un paso que ninguno de los dos debía dar.

—No he dormido tan bien desde el día en que te marchaste.

—Ya le había empezado a crecer en la barbilla un vello ligero de color castaño.

—Ni yo. —No era del todo cierto, pero si le decía que Ryker se había quedado a dormir, habría sonado mucho peor de lo que había sido en realidad.

Quería quedarme así todo el tiempo que pudiera, pero la vejiga me iba a explotar.

—Lo siento, pero necesito hacer pis.

Sonrió como acostumbraba a hacer cuando yo le resultaba adorable.

—Venga. Yo haré café. —Se levantó de la cama y se puso los vaqueros, de espaldas a mí para que no le viera tratando de subir la cremallera de los pantalones por encima de su erección.

Después de ir al baño a hacer mis necesidades, caminé hacia la cocina. La tele estaba encendida en el canal de deportes, el aire

olía a café y Zeke estaba junto a la encimera dando un sorbo a su taza. Estaba muy sexy recién levantado y con ojos somnolientos.

Me serví una taza, soplando para que no estuviera muy caliente cuando me lo bebiera.

Zeke se acercó a mí con la taza entre las manos.

—Los Wizards perdieron anoche.

—Mierda. Le debo a Rex cien pavos.

Se rio.

—Fuiste leal a tu equipo. Eso es más importante que perder cien pavos.

Mi bolso estaba en la encimera donde lo había dejado la noche anterior, y mi teléfono junto a él porque no había nadie importante con quien necesitara estar en contacto. Mi teléfono vibró con un mensaje de texto a pesar de que eran sólo las diez de la mañana de un domingo.

Era de Ryker.

Esto me recordó a ti.

Era la foto de un pastor alemán con un ridículo jersey de rayas amarillas y azules.

Zeke había visto sin duda el mensaje porque miró hacia abajo cuando vibró el móvil. Como si intentara demostrarme algo, volvió a girarse hacia el televisor, a sabiendas de que el mensaje era de Ryker, pero negándose a leerlo.

Apagué el teléfono e ignoré el mensaje, pues no quería poner celoso a Zeke sabiendo lo mucho que le estaba costando.

—Cuando salimos a navegar, le puse un jersey a Safari...

—No tienes que darme explicaciones, Rae. Si sólo sois amigos, sólo sois amigos. Confío en ti. —No estaba molesto ni amargado, era el mismo Zeke tranquilo que se había levantado por la mañana. Intentaba demostrarme que no iba a volver a repetir los errores del pasado.

Pero ya era demasiado tarde para eso.

La puerta se abrió y Rex entró como cualquier otro día.

—Oye, tienes... —Se quedó parado cuando vio a Zeke junto a la encimera bebiendo café con la ropa que había llevado el día anterior. A Rex se le abrieron los ojos como platos y una sonrisa

ridícula se dibujó en sus labios mientras sacaba conclusiones precipitadas—. Eh... Yo sólo... Me tengo que ir. —Se volvió de puntillas a la puerta. Cuando la cerró tras él, se quedó tan callado como pudo, aunque lo estábamos mirando.

Zeke fingió que no había ocurrido nada.

—¿Quieres sacar a Safari a pasear y que desayunemos?

Yo ya había cruzado la línea al pedirle que se quedara, y parecía que me hundía más y más en el hoyo que yo misma me había cavado. Así que no podía decirle que no. Despertar con él había sido maravilloso. Estaba encantada y no quería que ese momento acabara, aún no.

—Claro.

SACAMOS a Safari a pasear por el parque como si no hubiera pasado nada seis semanas antes. Zeke lo llevaba de la correa, y Safari estaba más contento que de costumbre, emocionado al ver que volvíamos a estar juntos los tres. Quería que fuéramos la misma familia de siempre, como un niño que quiere que sus padres divorciados vuelvan a juntarse.

—Necesito parar en un cajero a sacar dinero.

—¿Para dárselo a Rex? —me preguntó, sujetando la correa y caminando a mi lado.

—Por desgracia sí.

—No le des un céntimo.

—Una apuesta es una apuesta. Yo cumplo con mi palabra.

—Dejaste que ese desastre andante viviera contigo durante casi un año —me recordó—. Sin pagar alquiler y comiéndose todo lo que tenías en la cocina. Por no mencionar que te llenó el apartamento de basura. Así que, técnicamente, es él quien debería pagarte a ti.

Cualquiera estaría de acuerdo con ese razonamiento.

—No me debe nada. Me ha estado devolviendo el pago estas últimas seis semanas. Me hace la cena todas las noches y

comprueba que estoy bien. —De hecho, ha sido muy dulce conmigo a pesar de que él estaba en mitad de la ruptura.

Zeke asintió comprensivo.

—Supongo que tienes razón.

—Así que le daré los cien pavos. Los recuperaré tras el próximo partido.

—Te admiro por apostar siempre por los Wizards. Pero quizás deberías apostar menos dinero la próxima vez.

—Sí... ya lo voy pillando. —Después de dar un paseo con Safari fuimos a una cafetería con patio. Nos sentamos uno frente al otro, como una pareja que saca a pasear a su perro, y pedimos la comida.

Deseaba tanto que así fuera.

Zeke pidió una tortilla con un panecillo y salsa y yo unas tortitas con azúcar glas y canela. En el preciso instante en que pusieron la comida sobre la mesa delante de mí, me tiré en plancha. Lo devoré todo, con verdadero apetito.

Sus labios se curvaron en una sonrisa antes de dar un sorbo al café.

—¿Qué?

—Nada. —Siguió comiendo—. ¿Puedo darle algo a Safari por debajo de la mesa?

—¿Por qué me preguntas? Siempre lo haces cuando no miro. —Cuando Zeke hacía la cena en la cocina, siempre echaba sobras al suelo a propósito. Él era el poli bueno, y yo el poli malo.

Sonrió culpable y dejó caer unos cuantos trozos. Safari abrió sus enormes fauces y se lo comió todo de un bocado. Zeke le dio unos golpecitos cariñosos bajo la mesa, rascándole detrás de las orejas.

—Lo he visto un poco más delgado...

—Sí. Ha perdido algo de peso al comer sólo comida para perros. —Le eché una mirada cargada de acusaciones.

Zeke no lo negó.

—Supongo que soy el poli bueno.

—En mi opinión eres el malo. No quiero que Safari engorde.

—Nunca ha estado gordo... sólo fuerte. —Miró debajo de la

mesa—. ¿Verdad, chico?

Me bebí el café y sentí que mi corazón se liberaba del dolor. Era un día tranquilo en el que no me estaba pasando la mañana llorando. Zeke y yo estábamos juntos de nuevo, y me sentí transportada al pasado, viviendo un hermoso recuerdo.

—¿Te ha gustado la comida? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué?

—Bueno, no has dejado nada. —Miró mi plato completamente vacío—. En vez de meterte con Safari, quizás deberías cuidarte más.

—¿Me acabas de llamar gorda? —pregunté con incredulidad. Sonrió.

—Supongo. Pero es una gordura sexy, con curvas donde debe haberlas.

Sentí una calidez que recorría mi cuerpo. Echaba de menos el modo en que coqueteábamos, que siempre desembocaba en sexo maravilloso, con nuestros cuerpos cubiertos de sudor. Por suerte, llegó la cuenta y el momento mágico terminó. Zeke dejó el dinero en la mesa. Como yo sólo llevaba los cien dólares de Rex, le dejé pagar.

Caminamos de vuelta al apartamento y, con cada paso que dábamos hacia la puerta, sentía el temor de la despedida. No quería que aquel hermoso día terminara. Aunque me dolía mucho lo que me había hecho, estar con Zeke era reconfortante.

Abrí la puerta y dejé que Safari entrara, pero la volví a cerrar a propósito para quedarnos en el rellano. Esa era mi señal para Zeke de que el día había terminado, que mi debilidad había durado ya demasiado tiempo.

Zeke no parecía desilusionado.

—Debo irme. Se supone que voy a jugar al golf con Rex dentro de una hora.

La agradecí que me pusiera las cosas fáciles. Podía haber empezado una conversación que no deseaba mantener, pero no lo hizo. Parecía entender que ese día no significaba realmente nada. Sólo era un respiro del dolor.

—Dale una buena paliza.

—Siempre lo hago. —Me sonrió, con deseo en la mirada. No se movió para tocarme, pero sus ojos lo decían todo—. Supongo que nos veremos en otro momento.

—Sí...

Se quedó frente a mí como había hecho la noche anterior, esperando alguna clase de invitación al contacto físico.

Me limité a asentir.

Zeke se acercó a mí y me abrazó con fuerza, llenándome el estómago de mariposas. Su olor me abrumaba, haciéndome sentir viva y muerta a la vez.

Podría quedarme así todo el día.

Tras unos minutos, me soltó reacio.

—Hasta la próxima.

CATORCE

Rex

No disminuí la velocidad a tiempo y se me cayó la bolsa que contenía todos sus costosos palos de golf. Se volcaron y cayeron sobre la hierba. Su preciado driver fue el que voló más lejos.

—¿Qué ha pasado?

Zeke suspiró, recogiendo los palos.

—Que me has tirado el equipo, eso es lo que ha pasado.

—No. —Puse la bolsa derecha y le ayudé a introducir los palos—. Con Rae. ¿Habéis...? —Me costaba decir las palabras porque era mi hermana. La sola idea me asqueaba.

—No. —Sacó el driver y una pelota de golf blanca de la bolsa—. Aún mejor.

—¿Mejor que el sexo? —No había nada mejor que el sexo. Lo sabría, lo había hecho muchas veces—. ¿Habéis vuelto?

—No tanto. —Colocó la bola en el tee y sujetó el palo por el mango—. Me pidió que me quedara a dormir. Así que nos acurrucamos en su cama y fuimos a desayunar a la mañana siguiente.

¿Me estaba perdiendo algo?

—¿Y eso es mejor que el sexo?

—Para mí, sí. —Calculó el disparo y golpeó con fuerza la pelota, haciendo que volara en dirección al lejano agujero.

—¿Por qué?

—No hemos vuelto, pero ocurrirá. Necesita más tiempo para superar lo que sucedió.

—¿Te dijo eso?

—No, pero es evidente. Al principio no estaba seguro. No habíamos hablado ni nos habíamos visto mucho. Pero cuando me pidió que me quedara a dormir, supe que todo iría bien. Si no pudiera perdonarme, no querría que estuviéramos a solas en su apartamento. No querría que la tocara ni que la abrazara toda la noche. Pero me suplicó que lo hiciera.

—Creo que estás sacando conclusiones precipitadas.

—¿Sí? Pues yo no lo creo. —Se apartó del tee para que pudiera preparar el tiro—. La conozco, Rex. Sé lo que piensa, aunque no me lo diga. Vamos a volver juntos. Tengo que mantener la distancia y darle espacio, pero cuando esté lista, volverá conmigo.

—Pues espero que tengas razón. —Coloqué la pelota y cogí el palo perfecto—. Quiero que las cosas vuelvan a la normalidad. Desde que rompisteis, nada es como antes. La dinámica del grupo ha desaparecido. No puedo quedar contigo y con Rae al mismo tiempo, así que no hago más que ir de un lado a otro.

—Sí, lo sé. Pero todo volverá a la normalidad enseguida.

METÍ la caja en el apartamento y la dejé en el mueble de la entrada.

—Joder, cómo pesa. ¿Qué demonios hay dentro?

—Zapatos. —Kayden entró detrás de mí, llevando parte de su ropa en perchas.

—Pues tienes muchos. —Me dolían los hombros y la espalda de llevar todos sus chismes—. Te has traído una tienda entera, nos va a hacer falta un piso más grande.

—Tal vez deberíamos casarnos y comprar una casa. —Me miró como si su comentario no fuera aterrador.

El matrimonio no estaba entre mis planes en absoluto. Ni tampoco invertir en una casa con una mujer.

—Eh... No esperes que te pida matrimonio. La verdad es que

es lo último que tengo en mente ahora mismo. —Sólo sabía que quería tenerla a mi lado cada noche, pero no lo que nos depararía el futuro.

Sonrió como si mi respuesta no la hubiera ofendido en absoluto.

—No pasa nada, Rex. Sólo quería tantear el terreno para ver qué te parecía la idea.

—Espero que lo hayas descubierto.

—Sí. Y vivir juntos está bien... por ahora. Ya veremos cómo nos va. —Llevó la ropa al dormitorio que estaba al final del pasillo, moviendo el trasero y sus magníficas caderas al caminar.

El ritmo de mi corazón se fue ralentizando.

Rae cruzó la puerta abierta.

—He oído el alboroto y he decidido entrar.

—¿Es que no sabes llamar? —repliqué.

Entornó los ojos y abrió la caja que había sobre el mueble.

—Mira quién fue a hablar. —Rebuscó hasta sacar un par de zapatos negros—. Espera, estos son míos. Los he estado buscando por todas partes. —Los dejó en el mueble, examinándolos en busca de rozaduras.

—Pues a Kayden le quedan mejor.

Rae me golpeó el brazo.

Quería preguntarle por Zeke, pero sabía que no debía mencionarlo. Zeke había dicho que aún necesitaba más tiempo. Si la bombardeaba a preguntas, se echaría atrás.

—¿Qué haces esta noche?

—No tengo planes. Pensaba ayudarlos.

—Eres penosa.

Se llevó una mano a la cadera, mostrando su carácter.

—O podría quedarme sentada en el pasillo sin mover un dedo para ayudarlos.

—Vale. No eres penosa.

—Gracias.

Kayden regresó a la cocina.

—Hola, Rae.

Rae levantó los zapatos.

—Gracias por devolvérmelos, por cierto.

Kayden contraatacó.

—Gracias por devolverme el vestido de Louis Vuitton que te presté la semana pasada.

Vi una expresión de culpa en el rostro de Rae.

—Iré ahora mismo a por él... —Cuando se volvió para salir por la puerta, casi se dio de bruces con Zeke. Llevaba pantalones cortos y una camiseta, y había venido a ayudarnos con la mudanza de Kayden. Observó a Rae, que le devolvió la mirada.

Podía sentir la química entre ellos, lo cual ya era mucho decir, pues yo era bastante despistado.

Rae se aclaró la voz. Era evidente que la había pillado por sorpresa.

—Hola.

La voz de Zeke era profunda, como siempre.

—Hola. ¿Has venido a ayudar?

—Sí —respondió Rae—. Y a echar un vistazo a las cosas de Kayden para ver qué puedo llevarme prestado.

Se rio, y su rostro se iluminó en cuanto estuvo en su presencia, como siempre.

—Vaya, así que tienes intenciones ocultas...

—Voy a buscar una cosa que me dejó Kayden. Ahora vuelvo.

—Rae hizo lo posible por no rozarlo al pasar por su lado. Pero lo tocó con el brazo, tensándose al instante.

Zeke no dejaba de mirarla, sintiendo que se le escapaba. Cuando se fue, entró en la cocina, mirando pensativo por la ventana. Un suspiro silencioso escapó de sus labios, y vi que sus ojos azules aún brillaban por haber hablado con Rae.

Kayden estaba de pie junto a la encimera de la cocina, mirando a Zeke un poco incómoda.

—¿Cómo van las cosas entre vosotros?

—No la he visto desde que me quedé a dormir en su casa el sábado. —Zeke hablaba en voz baja para que Rae no se enterara.

—Creo que se está recuperando —dijo Kayden—. Cuando fuimos al bar, no dejaba de hablar de lo bueno que estabas.

Zeke sonrió, halagado por el comentario.

—Es bueno saberlo.

Rae entró en la habitación con el vestido negro colgado de una percha.

—Iba a devolvértelo...

Kayden se lo arrebató.

—No mientas, Rae. Reconócelo.

—Pues tú no pensabas devolverme los tacones —replicó Rae.

—Tienes razón —dijo Kayden con descaro—. Pero son tan monos que no podía renunciar a ellos.

Rae suspiró.

—Vale, quédatelos. Pero puede que te los pida más adelante.

Kayden sonrió victoriosa.

—¡Me alegro tanto de que seamos amigas para siempre!

No me imaginaba pidiéndole a Zeke prestada otra cosa que no fuera su Jeep.

—No intentes pedirme nada, tío. No comparto la ropa.

—Como si fuera a entrarme esa ropa tan estrecha —respondió Zeke.

Rae rio.

—Buena respuesta.

La miré frunciendo el ceño.

—Acaba de insultar a tu hermano.

—Lo sé —respondió—. Y me parece perfecto. —Salió del apartamento, dirigiéndose al camión de alquiler aparcado en la calle. Al igual que hacía yo cuando Kayden caminaba por el pasillo, Zeke no apartó la mirada de su trasero hasta que se perdió de vista.

—Tío —exclamé—. ¿Podrías no hacer eso delante de mis narices?

—Asúmelo, es mi futura esposa. Le miraré el culo cuando me apetezca. Ahora mismo estoy de seco, tengo que aprovechar lo que pueda. —Salió del apartamento y bajó a la calle para reunirse con Rae.

Kayden sonrió cuando nos quedamos a solas.

—Van a volver, lo sé.

—¿Sí?

—Sí. ¿Has visto la forma en que lo miraba Rae? Sigue locamente enamorada.

Quizás no debía preocuparme por Ryker después de todo.

—La verdad es que no estaba prestando mucha atención.

—Y Zeke sigue colado por ella. Puede que lleve un tiempo, pero pronto volverán a ser pareja. Y las cosas volverán a la normalidad.

Me gustaba cómo sonaba.

—Espero que tengas razón. Echo de menos cuando salíamos todos juntos. Parece que fue hace una eternidad.

Me frotó el brazo.

—No te preocupes. Debemos ser pacientes.

—Supongo que tienes razón.

Rae entró con una caja y la colocó en la encimera. Leyó la etiqueta en tinta negra que tenía en uno de los costados.

—¿Guardas todas las revistas que compras? —Ladeó la cabeza para poder leer mejor el letrero.

—Sólo las de bodas. —dijo Kayden despreocupadamente, como si aquellas palabras no fueran a provocarme un ataque al corazón.

—Ah, vale. —Al parecer, Rae lo entendía como mujer.

Zeke entró detrás de ella, con una caja grande. Se quedó mirando el trasero de Rae justo antes de dejar la caja en el suelo.

—No quedan muchas cosas en el camión. ¿Vamos a cenar después? Me muero de hambre.

—Os invitaremos a Mega Shake como agradecimiento.

—Qué tacaño —bromeó Zeke.

—No sabía que eras tan avaro —dijo Rae—. Pobre Kayden...

—Vale —respondí—. Os quedáis los dos sin Mega Shake.

—Oh, no —dijo Zeke con sarcasmo—. ¿De dónde voy a sacar cinco dólares para pagarme la comida?

Rae se sonrojó al reírse. Hacía más de seis semanas que no reía así.

No supe qué responder, así que entorné los ojos y salí de la habitación.

—Seguro que encontramos cinco pavos por la calle —dijo

Rae—. Ya que tío Gilito no quiere aflojar la cartera.
Agité la cabeza y gruñí por lo bajo.
—Imbéciles...

SENTADO FRENTE A KAYDEN, me metí unas patatas fritas en la boca.

Rae se había sentado frente a Zeke y llevaba el cabello recogido en un moño y una camiseta sin mangas blanca con manchas de suciedad de las cajas viejas. Cada vez que Zeke miraba hacia abajo, ella lo observaba.

Y en cuanto apartaba la vista, él aprovechaba la oportunidad para mirarla.

Deberían dejarse de tonterías y volver. Su coqueteo silencioso comenzaba a ser molesto.

—¿Viste el partido de anoche? —le preguntó Zeke.

—No —reconoció Rae—. Estoy haciendo un parón con los deportes por ahora.

—¿Por qué? —preguntó Zeke.

—Porque tengo problemas con el juego. —Me fulminó con la mirada—. He perdido cien pavos por culpa de este imbécil.

—Oye —repliqué—. Yo no te obligué a apostar nada.

Zeke rio sin dejar de mirar a Rae.

—Tal vez deberías dejar de apostar.

—Es muy difícil —dijo—. Cuando empiezan los insultos, ya no hay vuelta atrás.

—Pues apuesta cinco pavos —dijo Zeke—. Para Rex, es como si fueran cien.

Cogí un puñado de patatas fritas y se las arrojé a la cara.

Tenía buenos reflejos, porque abrió la boca y atrapó algunas.

—Gracias. —Las masticó antes de tragárselas.

Mierda, ahora tenía menos patatas y seguía hambriento.

Parecía que Kayden me había leído la mente, porque cogió su cesta de patatas fritas y dejó caer algunas en mi plato. Luego

tomó su hamburguesa y siguió comiendo.

Era algo que me encantaba de nuestra relación. Yo era el hombre, y se suponía que debía cuidar de ella, pero Kayden siempre pensaba en mí. Sabía que tenía un gran apetito y nunca me dejaba con hambre. Siempre había comida en la mesa, café por la mañana y toallas limpias en el baño, además de ropa interior en los cajones.

Rae abrió la boca y se echó hacia atrás.

—A ver si encestas.

Zeke cogió una patata frita y se la arrojó a la boca.

—¡Canasta!

—Sí. —La masticó y volvió a abrir la boca—. Vuelve a encestar.

Zeke se percató de su truco mucho antes que yo.

—Intentas comerte todas mis patatas.

—Mierda. —Cerró la boca y se inclinó hacia delante—.

Esperaba que nadie se diera cuenta.

—Te conozco demasiado bien. —Zeke volvió su atención a la comida, rompiendo el contacto visual.

Me volví hacia las personas que estaban sentadas cerca de nosotros. Parecían tener nuestra misma edad. Eran una mujer y tres hombres, y ella comía patatas fritas mientras hablaba en voz baja con el hombre sentado frente a ella, que le miraba las tetas con tantas ganas que parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Cuando fue a coger su refresco, tiró sin querer su cesta de patatas fritas.

—Qué torpe eres —dijo el tipo sentado a su derecha.

—¿Quieres que te pida otra, nena? —preguntó el que acaba de mirarle las tetas.

—No. No pasa nada. —Se agachó a recoger la cesta y las patatas fritas y siguió comiendo como si no hubiera pasado nada.

Hice una mueca y me volví hacia Rae.

—Qué asco.

—¿Qué tiene de asqueroso? —preguntó Rae—. ¿Crees que la cocina de atrás está como los chorros del oro? Es una cafetería.

—Sé que no estamos en el Ritz —repliqué—. Pero espero que la cocina esté más limpia que este suelo de baldosas de hace

treinta años.

—La comida es comida —dijo Rae—, me da exactamente igual.

—Pues eres asquerosa. —Yo no comía las cosas del suelo, y pensaría mal de Kayden si lo hiciera. Pero sabía que mi hermana no era muy normal.

Zeke cogió su hamburguesa y fijó sus ojos en ella.

—A mí me parece sexy.

—¿Que coma comida del suelo? —preguntó incrédula.

—Supongo que sí —dijo—, pero todo lo que haces me parece sexy.

QUINCE

Rae

Estaba en casa, en el sofá con Safari cuando Ryker llamó.

Me quedé mirando su nombre en la pantalla durante unos segundos antes de contestar.

—Hola.

—Hola. —Su voz sonaba profunda y sexy al teléfono, mostrando su arrogancia innata como siempre—. ¿Qué hacéis los dos esta noche?

—Yo estoy tirada en el sofá con mi pijama sexy. Safari está hecho todo un semental, como siempre.

—Vaya, suena tentador —dijo totalmente en serio—. Espero que te vistas así cuando vengas conmigo al partido de los Wizards esta noche.

Escuché lo que dijo, pero no pude controlarme. Me puse de pie lentamente, dejando que Safari bajara del sofá.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Pues que tengo asientos preferentes para el partido de esta noche, y quiero que vengas conmigo.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—No puede ser.

Se rio al teléfono.

—Sí. Es cierto.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Ya sabes, la historia de siempre. Conozco a un tipo que

conoce a otro...

—¿Y quieres llevarme contigo?

—Pues claro —dijo completamente en serio—. Prefiero ir contigo que con cualquier otra persona. Pero nada de apuestas. No acepto dinero de una señorita.

—Bien, porque estoy sin blanca por culpa de todas las apuestas que he hecho con Rex.

—En ese caso, te compraré un perrito picante.

Recordé cuando tomamos perritos picantes en nuestra primera cita. Había simulado una mamada, torturándolo hasta que me dejó en casa esa noche. A veces volvían los recuerdos de cuando estaba enamorada de Ryker y ni siquiera me daba cuenta.

—¿Seguro que no quieres ir con otra persona? Podrías follar gracias a esos asientos.

—Yo follo con o sin ellos —dijo, tan engreído como siempre—. Pero quiero ir contigo. Así que te recogeré en una hora. Lo siento, pero Safari no puede venir.

—No pasa nada. Rex se ocupará de él. —Colgué el teléfono y me arreglé tan rápido como pude. Aunque vivía cerca del estadio, nunca iba a los partidos porque solían ser muy caros, así que ese gesto de Ryker significaba mucho para mí.

Me puse unos vaqueros y mi jersey favorito, crucé el rellano y llamé a la puerta.

Abrió Rex, que parecía enfadado en cuanto me vio.

—¿Sí?

—Voy a salir esta noche, ¿puedes echarle un ojo a Safari?

—No soy tu criada —replicó.

—Pues lo pareces.

Entornó los ojos.

—¿Quieres que vigile a tu perro?

—No hace falta que lo vigiles, sólo que lo saques a hacer sus necesidades dentro de unas horas.

—No. —Cruzó el rellano y abrió mi puerta—. Vamos, chico.

Safari entró al apartamento de Rex, pasando a mi lado.

Rex cruzó la puerta tras él.

—Nos gusta tenerlo con nosotros. Es mejor compañía que tú.

Por cierto, ¿a dónde vas?

—A un partido de los Wizards. —Me crucé de brazos, sabiendo lo celoso que se pondría—. En asientos preferentes, chaval.

—¿Qué? —Se quedó con la boca abierta de par en par—. ¿Justo enfrente de las animadoras?

Para mí no era ningún incentivo, pero quería darle envidia.

—Sí.

—¿Cómo? ¿Zeke va a llevarte al partido en vez de llevarme a mí? Vaya imbécil.

—Eh... No voy con Zeke.

Rex frunció el ceño al comprender mis palabras.

—Ah.

—Ryker llegará en cualquier momento. —Intenté agilizar las cosas para que fuera menos incómodo—. Nos vemos luego. Búscame en la televisión. —Me di la vuelta para no tener que mirarlo.

En ese momento, Ryker apareció por el rellano, vestido con una camiseta negra y pantalones vaqueros, como de costumbre.

—¿Estás lista? —Aún no había visto a Rex junto a la puerta, y tenía los ojos fijos en mi jersey—. ¿Te hace falta chaqueta?

—No, estoy bien así. Hará calor en la pista con los jugadores. —Cerré con llave mi apartamento, consciente de que Rex seguía observándonos.

Ryker se percató al fin de su presencia. Lo miró con una expresión impasible e ilegible, y no pareció importarle la presencia de mi hermano.

—Cuánto tiempo, ¿eh? —Se metió las manos en los bolsillos, mostrando una atractiva sonrisa.

Rex se limitó a mirarlo con rabia.

Era una situación muy incómoda. Intenté aligerar la situación.

—Gracias por cuidar de Safari. —Eché las llaves al bolso y me alejé por el corredor con Ryker.

Rex no dejó de mirarnos ni un segundo, con ojos llenos de odio.

Cuando estuvimos lo bastante lejos para que no nos escuchara, Ryker suspiró.

—Vaya. Aún me odia, ¿verdad?
—Creo que siempre te odiará.
Ryker le quitó importancia.
—No pasa nada, terminaré engatusándolo.

—NO PUEDO CREERLO. —Si estiraba el pie, podía tocar el interior de la cancha. El sudor brillaba en los cuerpos de los jugadores, e incluso podía olerse. Estaban jugando contra Cleveland, y LeBron parecía aún más grande en la realidad—. Es asombroso.

Ryker dio un sorbo a la cerveza y sonrió.

—Yo tampoco me lo creo. Es mucho mejor que verlo en casa.

—Espero que pierdan el control del balón y caiga por aquí.

Ryker alzó las cejas.

—Pues esperemos que no suceda. Si LeBron saltara sobre ti, te partiría por la mitad.

—Valdría la pena.

Rio y cogió su paquete de nachos de debajo del asiento. Se metió uno en la boca mientras observaba a los jugadores correr de un lado a otro.

—¿Qué te cuentas?

Ryker y yo no nos habíamos visto desde hacía más de una semana, y en ese período de tiempo, habían sucedido muchas cosas. Nos enviábamos mensajes de texto todos los días con imágenes de perros con chalecos feos, pero no hablábamos de nada importante.

—No mucho.

—¿Qué tal con Zeke?

No sabía lo que estaba haciendo con Zeke. Seguía muy enfadada con él, pero no podía mantener la distancia.

—Pues... hice algo muy estúpido.

—Oh, oh —dijo sonriendo—. Eso suena mal...

—Habíamos salido todos y le pedí que se quedara a dormir en mi casa.

Ryker se echó otro nacho a la boca, sin mostrar lo que pensaba.

—Desayunamos a la mañana siguiente y llevamos a Safari de paseo. Después, volvimos a ser amigos de nuevo.

—¿Os acostasteis, pero no habéis vuelto?

—No —dije enseguida—. Sólo dormimos juntos. Ni siquiera nos besamos. Estaba tan cansada por no dormir lo bastante y lo echaba tanto de menos que... tuve un momento de debilidad.

Los hombros de Ryker se relajaron de inmediato.

—Ah, ya veo.

—Y ahora somos amigos otra vez, pero sigo echándolo de menos... Estoy muy confusa. No quiero volver, pero no puedo dejar de pensar en él. —Hablaban con Ryker de mis problemas sentimentales más que con mis propias amigas. Se había convertido en un confidente al que le contaba todo.

—¿Quieres saber lo que pienso?

Seguía con la mirada al balón en la cancha, sin dejar de escucharlo.

—Supongo que sí.

—Creo que estás retrasando lo inevitable. Lo amas, así que vuelve con él. Nadie va a juzgarte por ello.

—Pero no puedo olvidar lo que hizo. Lo amo y lo echo de menos, pero cuando pienso en él y en esa mujer, vuelvo a apartarlo. Es un círculo vicioso que nunca desaparecerá.

—Tal vez necesites más tiempo para perdonarlo. Pero no veo por qué no puedes estar con él durante ese tiempo.

Quizás estaba siendo irracional, pero parecía que nadie entendía mis sentimientos.

—Se acostó con otra mujer. No creo que podamos superarlo.

—Pero es obvio que no eres capaz de pasar página —señaló Ryker—. ¿Cuál es el menor de los males?

—No quiero pensar así de mi relación.

—Pues no te va a quedar otra. —Se echó varios nachos más a la boca, con la vista puesta en el partido. Terminó el segundo tiempo.

—¿Y tú? ¿Has estado saliendo con alguien?

Volvió a dejar los nachos bajo el asiento.

—No.

—¿Ni una cita?

Agitó la cabeza.

—No.

Me preguntaba si aún tenía esperanzas de volver a estar conmigo. Le había dicho que nunca sucedería, pero tal vez no me había creído. Me había animado a volver con Zeke, así que no me cuadraba.

—¿Ni siquiera te has acostado con nadie?

—No. —Miró a los jugadores mientras se retiraban al banquillo—. Estuve una temporada acostándome con mujeres y me hizo sentir peor. No me apetece tirarle los tejos a nadie para follar. La verdad es que echo de menos cuando nos acostábamos.

Miré en dirección a la cancha, tratando de ignorar su confesión inapropiada.

—Siento incomodarte, pero soy sincero.

—No pasa nada. El sexo entre nosotros era genial. —No podíamos negar que ambos lo disfrutábamos a nivel espiritual.

—Cualquier otra cosa me resulta... mediocre.

—Quizás es porque teníamos una conexión.

—Sí —asintió—. Creo que es porque nos amábamos, aunque fui demasiado estúpido para admitirlo.

Crucé las piernas y me moví en el asiento, tratando de mantenerme ocupada con algo.

Se volvió hacia mí, examinándose el rostro.

—Tú eres la que ha preguntado.

Asentí.

—Tienes razón. ¿Has intentado al menos salir con alguien?

—He perdido el interés. No salgo de la rutina diaria. Voy al trabajo, al gimnasio y de vuelta a casa. A veces salgo con amigos, pero no le tiro a nadie los tejos.

Ryker era una persona activa sexualmente, así que no era propio de él.

—Entonces, ¿sólo usas la mano? —Era una pregunta inapropiada, pero la hice de todas formas.

—Sí, todas las tardes en la ducha. Me costó al principio, pero ya me he acostumbrado. —Sus ojos se oscurecieron como si hubiera pensado en algo excitante—. ¿Y tú?

—Mi vida sexual es inexistente desde que Zeke y yo rompimos. Ni siquiera me masturbo.

—¿No usas el vibrador? —preguntó con una sonrisa.

—Creo que se ha quedado sin pilas. No estoy segura.

—Llevas mucho tiempo sin desahogarte —dijo—. No es propio de ti.

Había sido muy activa en el plano sexual cuando estábamos juntos. Tras la ruptura, estuve demasiado tiempo de seco. Pero cuando me recuperé y empecé a salir con Zeke, volví a retomar la actividad. Ahora ya no tenía apetito sexual.

—Lo he pasado muy mal.

—Pues ya se te ve mejor. Creo que has evolucionado bastante desde que te encontré en el bar.

Agradecía muchísimo que Ryker fuera la única persona que conocía el incidente.

—Me siento mejor. Pero aún sigo bastante perdida.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si vuelves con Zeke?

—preguntó—. ¿Que lo apartes de tu lado de vez en cuando al recordar lo que hizo? No cometerá el mismo error dos veces.

—No quiero tener una relación si no me siento bien con la otra persona. Y ahora mismo, no puede ser.

Dio un trago a la cerveza y vio que en ese momento la cámara de televisión enfocaba a parejas del público y esperaba a que se besaran en directo.

—Hmm... Nunca había visto que hicieran eso en un partido de baloncesto.

—Yo tampoco.

La cámara se movió entre las diferentes parejas y, con mi mala suerte, nos enfocó a nosotros.

Ryker sonrió y se volvió hacia mí, moviendo las cejas.

Me reí, pero no me acerqué a él, pues no tenía intención de besarlo en directo.

La multitud aplaudió, tratando de que nos besáramos, y la

cámara siguió enfocándonos.

Ryker se encogió de hombros, sugiriendo que nos besáramos para que la cámara siguiera avanzando.

Seguramente Zeke estaría en casa viendo el partido y era muy probable que nos viera en ese momento. Aunque no fuera así, no podía besar a Ryker. No quería darle una idea equivocada.

Ryker notó mi incomodidad y levantó la mano.

—¿Y si chocamos los cinco? Será un beso con nuestras manos. Sonreí al oír su sugerencia y choqué la mano con la suya.

—Eso sí puedo hacerlo.

La cámara continuó al fin y dejamos de ser el centro de atención.

—Crisis evitada. —Bebió su cerveza mientras las mujeres no le quitaban la vista de encima ahora que sabían que estaba disponible.

—Si Rex nos viera besarnos, jamás me dejaría en paz.

—Nunca te va a dejar en paz de todas formas —dijo—. Estuvo a punto de echarme la bronca a la puerta de tu casa.

—Ignóralo. Lo superará.

—No sólo tengo que lidiar con Safari, sino que ahora también está tu hermano. Pero supongo que me lo merezco. Fui un completo imbécil.

No creía que Ryker debiera fustigarse por lo ocurrido para siempre.

—Te he perdonado, así que no te preocupes.

—¿Sí? —preguntó—. Entonces, si Zeke no estuviera, ¿tendría una oportunidad? —Me observó con sus hermosos ojos azules, atento a mi reacción.

Ya me había hecho antes esa pregunta cuando cenamos juntos.

—No lo sé.

—Sí lo sabes —dijo en voz queda—. Y quiero una respuesta.

Pasar tiempo con Ryker me parecía extrañamente normal, como si estuviera con un buen amigo. Aún me sentía atraída por él, y notaba un nudo en el estómago. Había cambiado mucho en el transcurso de ocho meses, convirtiéndose en lo que había

deseado que fuera cuando estábamos juntos.

—Creo que sí.

Asintió, y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Me alegra saberlo.

—Pero eso no significa que vaya a ocurrir nada.

—No pasa nada —dijo—. Quería saber la respuesta por mí mismo.

—NO HACÍA falta que me acompañaras a la puerta.

—¿Estás de broma? —preguntó, con las manos en los bolsillos—. Es la una de la mañana y Safari no está para protegerte, así que me toca a mí esa tarea.

—Rex me enseñó a romperle la nariz a un hombre, así que puedo defenderme sola.

—Y yo sé matar a un hombre de un solo puñetazo. —Se acercó a la puerta y se apoyó en el marco.

Al otro lado del rellano, la puerta de Rex se movió un poco y pude ver la sombra de pisadas por la rendija inferior.

Sabía que Rex nos estaba espiando.

—Rex, sabemos que estás ahí —dije en voz alta.

Hubo movimiento y la puerta se abrió. Salió Rex con una bolsa de basura medio vacía.

—Sólo he salido a tirar la basura... —Safari salió detrás de él y empezó a gruñir en cuanto vio a Ryker. Rex sonrió y le dio unas palmaditas en la cabeza—. Buen chico.

Abrí la puerta de mi apartamento y chasqueé los dedos.

—Entra.

Safari caminó entre Ryker y yo, gruñéndole todo el rato.

—Qué melodramático... —Cerré la puerta para que no se oyeran sus gruñidos—. Lo siento.

—Debería traerle premios —dijo Ryker—. Un hueso o algo.

—O volver atrás en el tiempo y no ser un imbécil —replicó Rex—. Así Safari no tendría ningún problema contigo.

Ryker no era el tipo de hombre que aguanta tonterías de nadie, pero se mordió la lengua. Le lanzó a Rex una mirada amenazante, pero eso fue todo.

—¿Por qué no te vas a tirar esa bolsa de basura vacía y dejas de espiar a tu hermana?

—No la espío —dijo Rex a la defensiva—. Sólo me aseguro de que no entre gentuza al edificio. —Se dirigió al fondo del corredor, donde estaba el conducto de la basura.

Ryker se volvió hacia mí, aún molesto.

—Gracias por venir conmigo al partido.

—No, gracias a ti. Nunca me había sentado tan cerca de la cancha.

—Si consigo más entradas, serás la primera en saberlo.

—Genial.

Ryker miró a Rex, que volvía por el corredor.

—Más vale que me marche antes de que le dé un puñetazo a tu hermano. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ryker dio media vuelta y se alejó con las manos en los bolsillos. Contemplé sus hombros poderosos y los músculos que se le marcaban bajo la camiseta. Despareció de mi vista tras girar en dirección a la escalera.

—Deja de quedar con él. —ordenó Rex en tono mandón—. Zeke actúa como si no le molestara, pero sé que está muy cabreado.

—Qué irónico —dije con sarcasmo—. Pues a mí me cabreó mucho que se follara a otra. Parece que tenemos algo en común.

—Miré enfadada a Rex, sin dar mi brazo a torcer e ignorando su desagradable insulto.

El argumento de Rex murió en su garganta. No sabía qué contestar a mis palabras, pero me observó con odio, frustrado porque la situación no tomaba el rumbo que él quería. Siempre tendría prejuicios contra Ryker, por mucho tiempo que pasara.

—Él es la razón por la que Zeke y tú ya no estáis juntos, así que no deberías quedar con él.

—No, la culpa es de Zeke. —Zeke tenía derecho a enfadarse

por verme con Ryker, pero no a sacar la polla de los pantalones.

—Estoy del lado de Zeke esta vez, Rae. Si no hubieras pasado tanto tiempo con Ryker, nada de esto habría pasado. Hiciste mal. Deberías haber respetado más a Zeke.

Me llevé las manos a las caderas, presa del enfado.

—Cierra la boca, Rex.

—No. Te digo la verdad, aunque no quieras escucharla. Tienes suerte de que Zeke aún quiera volver contigo. Si fuera yo, pasaría página. No me gustaría estar con alguien que no admite sus faltas, pero señala las mías como si fuera un criminal. —Entró en su apartamento y cerró de un portazo.

Yo hice lo mismo.

ESTABA a punto de hacer la pausa del almuerzo cuando mi teléfono se iluminó con un mensaje de Zeke.

¿Almorzamos?

No debería pasar más tiempo del necesario con él, pero ver su nombre en la pantalla me hizo estremecer. Sentí un cosquilleo en el estómago y sólo quería estar con él.

Vale.

¿Pizza?

De acuerdo.

Salí del laboratorio y caminé hacia la pizzería a la que siempre íbamos. Zeke ya estaba en una mesa cuando entré, con el número de pedido listo para recogerlo. Había dos bebidas sobre la mesa. Zeke sabía que me gustaba la coca cola de cereza.

Estaba muy sexy incluso con la bata. Los músculos de su pecho resaltaban bajo la camisa y tenía barba de varios días. Sus ojos parecían brillar más de lo habitual.

Me senté, ocultando mi decepción al ver que no me saludaba con un abrazo.

—Hola.

—He pedido un combo. Estará listo enseguida.

—Genial, me muero de hambre. —Di un sorbo al refresco para relajar los nervios.

Me contempló con su expresión habitual, como si me echara de menos pero no lo dijera en voz alta.

—¿Qué tal el trabajo? —Sacó un tema genérico para que no nos sintiéramos incómodos.

—Bastante aburrido. He estado haciendo papeleo todo el día.

—Suenas tedioso —dijo con una sonrisa—. Pero cuando termines, volverás a hacer cosas interesantes.

—¿Qué tal la consulta?

—Hoy ha sido el último día de Jessica. Ha pedido la baja por maternidad y todos están muy emocionados.

—Qué bien. —La había visto en una fiesta cuando estaba de pocos meses.

—Así que he contratado a otra persona para cubrir su puesto estos tres meses. Jessica es muy buena administrativa, así que la echaré de menos hasta que vuelva.

—Seguro.

—Tengo la sensación de que estaré más tiempo del habitual en la consulta.

—Esperemos que no mucho. —Sabía que a Zeke le encantaba su trabajo, pero su vida no giraba en torno a él. Llevaba una existencia equilibrada que no se basaba en un único aspecto.

—En el peor de los casos, puedo ver el partido en el televisor mientras termino de trabajar en la consulta. Así que no será tan malo.

—Es verdad. —Yo no tenía televisor en el laboratorio, sólo dos ordenadores.

—¿Te divertiste anoche en el partido?

Rex se lo había dicho, estaba claro.

—Sí. Nunca me había sentado tan cerca.

—No podía creérmelo cuando te vi por la televisión. Al ver a Ryker a tu lado, me di cuenta de que eras tú de verdad.

Entonces, a lo mejor Rex no le había dicho nada. Zeke nos había visto, aunque por suerte Ryker y yo sólo habíamos chocado los cinco. De lo contrario, lo habría sacado de sus casillas.

—Ryker consiguió las entradas de un tipo que conoce y me pidió que fuera con él.

Zeke asintió, pero no dijo nada.

No parecía enfadado por la situación, no de la forma que Rex me había dado a entender. Puede que confiara en mí. Quizás intentaba demostrármelo.

Llegó la pizza y Zeke cogió tres porciones enormes. Comía cuanto quería, pero aun así, se mantenía en forma. A veces me molestaba, pero como yo era la que lo disfrutaba, mis celos desaparecían.

Al darme cuenta de que ya no era mío, me sentí fatal.

Lo echaba mucho de menos.

Era muy difícil.

¿Podría seguir manteniendo las distancias?

¿Podría ser sólo su amiga?

—¿Cómo está Safari? —preguntó al terminarse la primera porción.

—Adorable como de costumbre. Lo he sacado de paseo esta mañana y ha intentado perseguir a una ardilla. Por suerte, lo tenía bien sujeto de la correa. Pero mi café salió volando por todas partes.

Hizo una mueca.

—Menos mal que no ha habido víctimas.

—Estuvo a punto de salpicar a un corredor, pero se apartó a tiempo, aunque a Safari le cayó un poco, así que ahora huele a café.

Zeke soltó una carcajada.

—Hay olores peores.

—Le daré un baño cuando llegue a casa. En tu casa era más fácil porque podía usar la manguera.

—Aún puedes usarla si quieres.

Saltaron las alarmas en mi mente. La casa de Zeke me hacía pensar en nuestras noches durmiendo abrazados. Ir allí haría me haría más vulnerable y dispuesta a cometer cualquier estupidez.

—Tengo que llevarlo a que le corten el pelo de todas formas...

Zeke cogió otra porción de pizza y no insistió.

—¿Has dejado de apostar?

—Ryker no aceptaba mi dinero, así que con él no hubo problema.

—Yo tampoco lo haría, pero ten cuidado con Rex. Te desplumará si tiene ocasión.

—Lo sé. Ya lo ha hecho. —Estuvo viviendo en mi apartamento durante casi un año sin pagar alquiler. Y luego tuve que hacerle un préstamo enorme para salvar su negocio en quiebra.

Zeke se rio.

—Tienes que hacer una buena apuesta para recuperar todo tu dinero. Y luego, no vuelvas a apostar.

—Es mucho más difícil de lo que parece. —Aunque un equipo fuera el favorito, eso no significaba nada.

—A lo mejor Tobias puede ayudarte.

—Es posible.

—Parece que la relación entre Jess y él va en serio —dijo—. Al menos eso es lo que me ha dicho él.

—No sé si serio es la palabra adecuada. Jess disfruta del sexo. Ya la conoces, no mira más allá.

—Pues creo que él se ha enamorado. Espero que no le rompa el corazón.

—Es muy posible que acabe sucediendo. —Jessie era una rompecorazones consumada. Todos los hombres la deseaban, pero ninguno lograba hacerse con ella. Y, si lo hacían, rompía con ellos muy rápido. Era tan impredecible y libre que era imposible saber qué quería.

Terminamos la pizza juntos, como en los viejos tiempos, y antes de darme cuenta, era hora de volver al trabajo.

—Debo marcharme.

—Sí, yo también. —Zeke se levantó de la mesa y tiró los desperdicios antes de salir conmigo. Aunque hacía fresco, no llevaba chaqueta. Pero con esos brazos, no le hacía falta—. Ya nos veremos. Quizás podríamos quedar todos este fin de semana para hacer algo divertido.

—Sí... —Quería que me abrazara, pero al mismo tiempo esperaba que no lo hiciera. Maldita sea, no sabía lo que quería—.

Veré qué plan tienen las chicas.

—Genial. —Me dirigió una atractiva sonrisa antes de dar media vuelta y alejarse, pues su consulta estaba en la dirección opuesta a COLLECT.

Lo vi marcharse, sin poder dejar de mirarle el trasero. Tuve la sensación de que sabía que lo observaba.

NO SABÍA si fue a raíz de mi conversación con Ryker, pero mi sexualidad había despertado. No podía dormir porque seguía soñando con que Zeke le hacía cosas increíbles a mi cuerpo, que se retorció bajo sus embestidas. Me aferré a las sábanas y me desperté sudando.

Cuando el sueño se desvaneció, intenté volver a dormir, pero me ardía la entrepierna. Tenía tan duros los pezones que el roce de la camiseta me hacía daño. Me di la vuelta, tratando de ignorar lo que sentía mi cuerpo.

Pensé en masturbarme. Antes lo hacía a menudo, pero cuando Ryker entró en mi vida, rara vez usaba el vibrador. Y, cuando empecé con Zeke, dejé de hacerlo por completo.

No podía volver a eso.

Si pensaba en Zeke, me deprimiría porque mi imaginación no era comparable a la realidad. Me recordaría que estaba sola, echando de menos al hombre al que amaba. No podía pensar en nadie más porque me parecería una traición, aunque no fuera a volver con Zeke. Ryker siempre me excitaba, pero me sentiría peor. No podía pensar en un antiguo ex para evitar pensar en mi ex actual.

Entonces, ¿qué podía hacer?

Intenté ponerme cómoda y dormir, pero no funcionó.

Mi mente seguía imaginando a Zeke sin camisa.

Mi corazón latía desbocado.

¿Podría ir a su casa y echar un polvo con él?

De ser así, ¿me pasaría de la raya?

¿Sería un simple juego?

Uf, no sabía qué hacer.

Como no podía dormir, me puse unos pantalones de chándal y una sudadera con capucha, dejé a Safari dormido en la cama y salí del apartamento. Eran las tres de la madrugada, por lo que era improbable que Zeke siguiera despierto. Era una mala idea, pero seguí caminando.

Tomé un taxi hasta su casa y me quedé en la acera, observando las luces apagadas desde la ventana. Caminé hasta la hermosa verja blanca que conducía a la entrada de su casa.

Había sido una mala idea.

¿A dónde conduciría?

¿Podríamos tener una única noche juntos? ¿Sería posible?

¿Tan insensible era por mi parte?

Sin darme cuenta, golpeé la madera con los nudillos. Llamé tres veces, sabiendo que lo oiría, ya que siempre dejaba la puerta de su habitación abierta para poder escuchar el resto de la casa.

Siempre me sentía segura con él.

Un momento después, sus pasos sonaron en el suelo de madera al acercarse. Me bajé la capucha para que me viera la cara cuando se asomara por la mirilla. La puerta se abrió y Zeke me observó, en calzoncillos. Estaba despeinado, con los ojos entornados y somnolientos, y un aspecto muy sexy.

Ya no podía echarme atrás.

Me miró con ojos preocupados, sin saber qué hacía en su puerta a las tres de la mañana.

—No puedo dormir y no dejo de pensar en ti... —Al tratar de explicar por qué estaba allí, me sentí cohibida. Había ido a suplicar un polvo, y no me sentía nada sexy con una sudadera holgada, pantalones de chándal y sin maquillaje—. Sólo quiero una noche contigo. Estoy muy cachonda y no sé qué hacer.

Me agarró de la mano y tiró de mí hacia dentro de la casa, cerrando la puerta detrás de mí. Me tomó el rostro entre las manos y me besó, como solía hacerlo cuando llevábamos más de un día sin vernos. Devoró mis labios con desesperación y añoranza, guiándome lentamente por el pasillo hasta su

habitación.

En cuanto sentí sus labios, fue como rozar el cielo. Me derretí en sus brazos, perdiendo la fuerza en las piernas, y los latidos de mi corazón se aceleraron a un nivel demencial. Recorrí con las manos su pecho poderoso, reconociendo el latido de su corazón que se había convertido en mi canción de cuna en los últimos ocho meses. Mis labios palpitaban a consecuencia de nuestros besos salvajes, pero yo quería más.

Me llevó hasta los pies de la cama y me quitó la sudadera. Debajo llevaba el camisón sin sujetador, y las prendas volaron al instante. Me abrazó, besándome el cuello y los hombros, y mordimiéndome la piel de vez en cuando. Me bajó los pantalones de chándal, dejándolos caer por las rodillas.

No pensé dos veces lo que hacía. Lo deseaba sin importarme las consecuencias. Al día siguiente por la mañana me sentiría fatal después de lo ocurrido, pero no me importaba. Ya me preocuparía de eso más tarde.

Me quitó las bragas y me dejó en la cama, tumbándose a mi lado con la polla dura y lista para mí. Me besó con fuerza, como si no hubiera pasado el tiempo. Me separó los muslos con las rodillas, inmovilizándome bajo su cuerpo, poseyéndome de forma agresiva como nunca antes lo había hecho.

Le arañé la espalda, recordando la sensación de cada músculo y cada surco. Su olor se apoderó de mí, y me perdí en nuestros recuerdos, en el momento en el que estaba a punto de mudarme a esa misma casa.

Presionó la polla contra mi abertura, y de un solo movimiento, me penetró.

Sentí tanto placer que quería llorar.

Hacía demasiado tiempo que no lo sentía en mi interior. Mi cuerpo se tensó en torno a su miembro, disfrutando al sentirlo entre mis piernas. Le clavé las uñas con más fuerza, presa del éxtasis.

—Oh, Dios...

Dejó de besarme mientras saboreaba la sensación de nuestros cuerpos unidos, respirando en mi boca en silencio mientras su

polla palpitante se abría camino.

—Nena... —Enredó una mano en mis cabellos y comenzó a mecerse sobre mí, respirando en mi boca.

No quería que terminara jamás.

El cabecero golpeó contra la pared al embestirme, marcando el ritmo. Se deslizaba en mi interior con facilidad, sabiendo lo empapada que estaba en cuanto llegué a su puerta. Me miraba a los ojos mientras se movía, diciéndome que me amaba con ellos.

Y yo le respondía.

En cuestión de minutos, alcancé el clímax. Me estremecí y se me formaron lágrimas en los ojos debido al increíble orgasmo. No estaba segura si fue debido al placer o a nuestra conexión, pero me derrumbé.

La sensación era increíble, pero esperaba algo más. Echaba de menos la manera en que se corría dentro de mí. Me hacía sentir que era suya, y hacía tanto que no ocurría que lo necesitaba.

—Quiero que te corras dentro de mí, Zeke.

Me besó la comisura de los labios mientras seguía embistiéndome.

—Iba a hacerlo de todas formas. —Dio unas embestidas finales antes de eyacular con un gemido, corriéndose con más intensidad que nunca. Noté su semen espeso en mi interior y, cuando terminó, se quedó dentro de mí, besándome con ternura.

Todos los dolores y molestias de mi cuerpo desaparecieron, y me quedé relajada y feliz.

Zeke se apartó lentamente de mí y me abrazó, y yo me acurruqué a su lado bajo las sábanas de su enorme cama. Era igual que siempre, aunque faltaba Safari a los pies. Las sábanas olían a él, olía a casa.

Los dos teníamos que ir a trabajar en unas horas, así que nos quedamos dormidos de inmediato, agotados y satisfechos. Me besó el hombro justo antes de quedarme dormida.

—Te amo, Rae.

Le respondí de forma automática, como si mi boca tuviera voluntad propia.

—Yo también te amo.

DIECISÉIS

Rex

En cuanto salí del trabajo, Zeke me llamó.

—¿Qué pasa, revienta granos?

Zeke ignoró el insulto.

—¿Estás libre ahora mismo? Tenemos que hablar.

—Tío, para ti siempre estoy disponible.

—Bien. ¿Vamos a tomar alitas picantes?

—Como quieras.

—Vale, nos vemos allí a las cinco. —Colgó.

Bajé la calle y me dirigí al restaurante mientras llamaba a Kayden.

—Hola. —Oí su voz sexy y femenina a través del teléfono.

Parecía un ángel sin ni siquiera intentarlo, un ángel de Victoria's Secret—. ¿Vas de camino a casa?

—Voy a cenar temprano con Zeke. Me ha llamado para quedar.

—Ah, vale. Entonces prepararé algo ligero para cenar.

—Gracias, nena. —Me sentía el centro de su universo. Siempre se aseguraba de que hubiera comida caliente en la mesa. Pero en cuanto dejaba los calcetines en el suelo, se ponía como una fiera—. Llegaré a casa después.

—De acuerdo. Nos vemos. —Colgó.

Entré en el restaurante justo cuando la conversación terminó, y encontré a Zeke sentado en una mesa donde había alitas, patatas fritas y cervezas. Pero lo que más llamaba la atención era su enorme sonrisa.

—¿Qué? —Me senté en la silla frente a él—. ¿Te has acostado con alguien? —Era obvio que no, así que debía haber otra razón.

—De hecho...

La rabia se apoderó de mí al instante.

—¿Qué coño has hecho? ¿Y Rae? Dijiste que ibais a volver.

Desvió la mirada y dio un trago a la cerveza.

—Eres un idiota, Rex.

—¿Qué? —pregunté, aún despistado.

—Rae es la mujer con la que me he acostado. Dios, qué torpe eres a veces.

—Ah... —En realidad, tenía más sentido— Espera, ¡es genial! ¿Habéis vuelto?

—Técnicamente no. Pero más o menos. Creo que volverá conmigo en una semana.

—Tío, tienes que contármelo todo desde el principio. ¿Cómo ha ocurrido?

—Almorzamos juntos ayer y todo fue normal... La había visto con Ryker en el partido la noche anterior, y él no había intentado besarla cuando las cámaras los enfocaron. Hablamos de otras cosas y nos despedimos.

—Por ahora es todo muy aburrido.

Zeke ignoró mi comentario.

—Y a las tres de la madrugada se presentó en mi puerta.

—¿En serio? —¿Qué coño hacía allí a las tres de la mañana?

—Me dijo que estaba cachonda y que quería echar un polvo.

Sentí ganas de vomitar. Solía gustarme oír las historias de Zeke porque siempre había chicas sexys, pero todo cambiaba cuando la protagonista era mi hermana.

—Y accedí, como es obvio. Se quedó a dormir, pero se fue cuando estaba duchándome, seguramente para evitar la conversación.

—¿Qué conversación?

—Para saber en qué punto de la relación estamos.

—Oh... ¿Vais a tener esa conversación?

—No necesariamente. Yo ya lo sé.

—¿Y...? —Me resultaba todo muy confuso.

—Necesita algo más de tiempo, pero volverá. —Se echó una patata a la boca y dio un trago a la cerveza.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué iba a venir a echar un polvo conmigo si tuviera intención de pasar página? Cuando vino a por sus cosas, intenté seducirla y me rechazó. Dijo que le costaría más trabajo superar la ruptura. Pero ha venido a mi casa en plena noche para pedirme que hagamos el amor. Créeme, la conozco. Vamos a volver. Aunque no sé cuándo ocurrirá oficialmente.

Esperaba de verdad que tuviera razón.

—Bien. Cuanto antes suceda, antes podremos volver a la normalidad.

—Y Ryker dejará de husmear...—Cuando lo había visto la otra noche, me habían entrado ganas de partirle la cara. No lo soportaba. Era un imbécil arrogante que no merecía la compasión de Rae—. Si se ha acostado contigo, estoy seguro de que no tiene ningún interés en acostarse con él.

—Lo sé —dijo con confianza—. Pero me alegraré cuando desaparezca para siempre.

—Ya somos dos. De hecho, tres. Safari también lo odia.

Zeke sonrió.

—Echo de menos a ese perro tanto como a Rae... o casi.

—He estado intentando entrenarlo para que ataque a Ryker, pero no lo consigo. Sólo le gruñe.

Zeke se rio.

—Sería genial que Safari lo despedazara. Me encantaría.

—Sí, a mí también. —Probé algo de comida al fin y di un trago a la cerveza—. ¿Por qué no le pides a Rae que vuelva contigo en vez de esperar?

—No funciona. Cuando más lo intento, más me aparta de su lado. Debo dejar que vuelva por sí misma.

—Dios... Qué complicadas son las mujeres.

—¿Kayden lo es?

Supongo que al principio lo era. Yo no tenía ni idea de lo que sentía por mí. Rae fue quien me lo dijo.

—La verdad es que no. Ahora que vivimos juntos, es bastante

comunicativa a la hora de expresar sus deseos. Si quiere sexo, me lo dice. Si quiere que limpie lo que ensucio, también. Es bastante mandona, en realidad.

—Me alegro. Recuerdo que antes era muy tímida contigo.

Hacía mucho de eso.

—Ya no tiene problemas para ser ella misma.

—¿Quién le pidió al otro que os mudaraís?

—Yo se lo pedí. —Había sido una decisión espontánea cuando estaba sentada en mi regazo, no me lo había pensado dos veces.

—¿Significa que le has dicho que la amas?

—Pues claro que no. —Esas cosas eran para Zeke y para Rae, no para mí.

—¿Vas a vivir con ella, pero no la amas? —preguntó incrédulo.

—Mira, me gusta. ¿Es que no es suficiente?

—Pero quieres tenerla a todas horas contigo. Eso quiere decir que tus sentimientos van más allá.

—No, tío. —Yo no tenía sentimientos profundos por nada.

Se echó hacia atrás en la silla, observándose con seriedad.

—Entonces, ¿por qué le pediste que se mudara contigo?

Me encogí de hombros.

—Rex —insistió—. Venga, soy yo. Puedes contarme lo que sea.

—No sé... No me gusta que no esté conmigo. Cuando no está en mi cama, me siento solo. Cuando no está conmigo, siempre pienso en ella. Si vivimos juntos, puedo verla a diario. Además, sé que está a salvo conmigo. Nadie entrará en su apartamento a hacerle daño. Mientras yo esté cerca, nadie le pondrá un dedo encima. Es lo más lógico.

La mirada de Zeke se suavizó.

—¿Qué?

—Nada. —Intentó ocultar su sonrisa.

—Deja de mirarme así.

—¿Cómo? —No podía dejar de sonreír.

—¿Qué demonios significa esa mirada? —pregunté.

—Venga, tío. —Se rascó la barbilla antes de agarrar la jarra de cerveza—. Es tan obvio.

—¿El qué?

—Tío, la quieres.

—No.

—¿Te acabas de escuchar? —preguntó—. Has declarado tu amor eterno por ella.

—No.

—Sí. ¿Qué problema hay? ¿Por qué no se lo dices?

—Porque...

—¿Por qué? —insistió.

—Es que... no quiero. —De repente me sentí incómodo, incluso con Zeke. Era algo que no le había mencionado a nadie, ni siquiera a Rae. Me molestaba tanto que me negaba a admitir que había un problema.

Su tono se suavizó.

—¿Es por tu padre?

Alcé una ceja, sorprendido de que lo hubiera descubierto.

—Sé que Rae también tiene algunos problemas de abandono. Creo que la razón por la que está reaccionando de forma exagerada a todo esto es porque, al acostarme con otra, sintió que la abandonaba. Y no ha podido perdonarme porque tiene miedo de que la deje más adelante. No hay nada de lo que avergonzarse. Todos tenemos nuestras cargas emocionales.

Como había acertado, no le quité la razón.

—Temo que Kayden me deje algún día. Así que no quiero... ya sabes.

—Tío, no va a irse a ninguna parte. Esa mujer está locamente enamorada de ti.

Sabía que era cierto. Lo veía a diario.

—Díselo, hombre. Aunque estoy seguro de que ya lo sabe.

—Me lo pensaré.

Cuando Zeke consiguió lo que quería, dejó de insistir.

—De acuerdo. Pero si no lo haces pronto, se lo diré yo por ti.

—Qué romántico...

—Como estás enamorado de ella, lo será.

DIECISIETE

Rae

—¿Lo dices en serio? —Jessie estaba tan absorta en mis palabras que se olvidó de su bebida, al igual que Kayden.

—¿Te has acostado con Zeke?

—Sí... —Lo peor era que no me arrepentía. Había sido muy placentero llegar al orgasmo y disfrutar de sexo increíble con el hombre con quien soñaba cada noche—. Y me escabullí cuando se metió en la ducha a la mañana siguiente.

—¿Huiste? —La voz de Jessie subió una octava.

—¿Sin despedirte? —preguntó Kayden—. Tía, eso no está bien.

—Lo sé, lo sé. —Mi comportamiento no había sido, lo que se dice, elegante—. Le había dicho que solo quería un polvo, así que no quería verlo por la mañana y tener que besarle y que me hiciera café... y tener que hablar sobre nuestra situación.

—¿Y crees que no saldrá el tema más adelante? —preguntó Jessie.

—No hemos hablado en dos días —dije—. Creo que me he librado.

—Vaya —dijo Kayden—. Me sorprende que se lo esté tomando con calma.

—A mí no —dijo Jessie—. Ha echado un polvo, así que está contento.

—Pero vais a tener esa conversación, ¿no? —insistió Kayden, con expresión malvada.

—No lo sé... —Aún no estaba segura de si podríamos volver a

estar juntos y superar lo ocurrido. Después de lo que había hecho, seguía destrozada. La única razón por la que no me había alejado por completo era porque estaba locamente enamorada de él.

—Vuelve con él —dijo Kayden—. Es obvio que quieres hacerlo.

—Sí —dijo Jessie—. Es bastante evidente.

—Pero vosotras lo sabéis igual que yo —les recordé—. Se acostó con otra.

—Y no significó nada para él —dijo Jessie—. Os vio a Ryker y a ti cogidos de la mano en un restaurante caro, liándoos...

—No estábamos liándonos —la interrumpí.

—Lo que tú digas —replicó Jessie—. Le hiciste aguantar mucho con el tema de Ryker. No puedo culparlo por sentir celos y reaccionar así.

Me volví hacia Kayden, que había estado de mi lado al principio.

—Tú no piensas que deba volver con él, ¿verdad?

—Antes no me parecía lo correcto, pero ahora creo que deberías hacerlo —dijo Kayden rizándose un mechón con el dedo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunté, sabiendo que Kayden era terca y no solía bajarse del burro con facilidad.

—Vosotros —dijo en voz baja—. Venga, estáis los dos muy enamorados. Zeke no es un imbécil como Ryker. Cometió un error que jamás repetirá. No es mentiroso ni te engañará con otra.

—Y, ¿sabes qué? —intervino Jessie—. Te lo confesó él mismo. Podría haberse guardado el secreto para siempre y jamás te habrías enterado. Hasta Rex, tu hermano, le dijo que no te contara nada.

—Pero te respetaba demasiado para mentirte —añadió Kayden—. Vamos, esa es la clase de hombre con el que quieres pasar el resto de tu vida. Es leal y sincero.

No tenía nada que hacer contra sus razonamientos y me superaban en número.

—Y te has acostado con él —remató Jessie—. Eso significa que, más que odiarlo, lo amas.

—Es verdad —dijo Kayden—. Así que no vuelves con él sólo por mantener tus principios.

—Os equivocáis —susurré. No era terca porque sí. Me sentía muy confundida.

—Termina con esta pesadilla para que los dos seáis felices —dijo Jessie—. Esa es mi opinión.

—La mía también —dijo Kayden—. Si Rex y yo estuviéramos en esa situación, volvería con él al instante.

De eso yo también estaba segura. Estaba obsesionada con mi hermano, algo que intentaba olvidar cuando quedábamos.

—¿Y? —insistió Jessie—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —dije—. ¿Tengo que decidirlo ahora mismo?

Kayden se volvió hacia la barra.

—Deberías, porque Zeke y Rex acaban de entrar.

Miré en su dirección y vi a Zeke con una camiseta verde oscuro, mostrando sus brazos, tan increíbles como la otra noche. Los vaqueros oscuros que llevaba se ceñían a su trasero, y sus ojos azules llenaban de luz el local. Todas las mujeres miraban en su dirección, reconociendo a un hombre guapo nada más verlo.

—Uf. ¿Quién los ha invitado?

—Yo no he sido —dijo Jessie.

—Yo tampoco —añadió Kayden—. Pero es nuestro bar favorito. No es tanta coincidencia.

—Uf —repetí—. Qué bueno está. Me está matando.

—Ve a por tu hombre, tía. —Jessie me dio unos golpecitos en el brazo—. Todos sabemos que va a pasar, así que hazlo de una vez. No esperes otras dos semanas. La vida es demasiado corta.

Me lo pensé una vez más y me levanté de la mesa.

—De acuerdo, lo haré.

—¡Sí! —dijo Kayden levantando los brazos en el aire.

—Adelante. —Jessie me dio una palmadita en el trasero.

Quería mantenerme alejada de Zeke, pero sabía que no podía. Mi enfado disminuía cuanto más lo echaba de menos, y no podía evitarlo. Tal vez lo que había hecho palidecía en comparación con lo que había entre nosotros. Habían pasado dos meses desde aquella horrible ruptura, y había tenido tiempo suficiente para

aceptar su error. Quizás era hora de seguir adelante.

Caminé por el local, esquivando a los grupos de personas que hablaban mientras bebían. Cuando llegué a donde estaban, acababan de servirles las bebidas y miraban el televisor donde se retransmitía un partido.

Le puse la mano en el hombro a Zeke, y sentí la electricidad que subía por mi brazo.

Cuando Zeke se volvió, tenía la misma expresión que siempre me dirigía cuando me miraba. Era una sonrisa mezclada con algo más, una mirada especial que nunca le había dirigido a nadie más, ni siquiera a Rochelle.

—Hola. —No mencionó el polvo de hacía dos noches, y no parecía que fuera a hacerlo.

—Hola.

Rex parecía incómodo, sabiendo que no debería estar allí en ese momento.

Ahora que iba a decir lo que había ido a decir, sentí que los nervios se apoderaban de mí. Me temblaban las manos y me sentía incómoda con los tacones de repente. No podía recuperar el aliento por más que lo intentara.

—Lo he estado pensando mucho y... Ya no quiero vivir sin ti.

—Fue todo lo que pude decir, y no hizo falta más.

La sonrisa de Zeke se desvaneció y su expresión se suavizó.

—Yo tampoco.

—Entonces... ¿podemos volver a empezar? —Tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque ni siquiera me había dado cuenta.

Tomó mi rostro entre sus manos y me besó con ternura, todo lo contrario a sus besos de dos noches antes. Me acarició el cabello y su tacto me resultó tranquilizador. En cuanto nos tocamos, me sentí en paz.

—No quiero volver a empezar. Quiero que retomemos la relación desde donde la dejamos. —Me abrazó por la cintura, atrayéndome hacia su pecho junto a la barra abarrotada de gente, mientras sonaba la música. Me besó la cabeza, y su olor me envolvió como las olas del océano. Parecía irreal.

—Lo siento, yo...

—No te disculpes, nena. Sigamos adelante y pasemos juntos el resto de nuestras vidas.

—De acuerdo. Suena bien.

Rex seguía allí de pie, y pudo al fin decir algo.

—¡Dios mío! Sí que os ha costado. Me alegro mucho de que podamos volver a la normalidad.

Zeke no apartaba los ojos de mí.

—Yo también.

Rex se alejó por fin, reuniéndose en la mesa con las chicas para darnos un poco de intimidad.

—¿Quieres salir de aquí? —preguntó.

—Tenemos el resto de nuestras vidas —susurré—. Puedo esperar.

Sonrió.

—Tienes razón. Y ya disfrutamos la otra noche.

Me sonrojé al recordar la forma en que prácticamente le había pedido sexo en mitad de la noche.

Me agarró de la cintura, hundiéndome los dedos en el costado de la emoción, y me llevó de regreso a la mesa, sintiéndose el hombre más feliz del mundo. Sentir su poderoso cuerpo junto al mío me reconfortaba.

Tomamos asiento y me echó el brazo por el hombro.

Jessie se llevó la pajita a la boca, pero no tragó nada porque estaba sonriendo.

—Eso está mejor.

—Mucho mejor. —Kayden se acercó a Rex y le puso la mano en el muslo.

Rex agitó la cabeza.

—Nunca pensé que querría con tantas ganas que te liaras con mi hermana.

—Pues prepárate —dijo Zeke—. Te vas a hartar a partir de ahora.

—Perfecto —dije mirando a Zeke y deseando besarlo más tarde.

Rex hizo una mueca.

—Da igual. Ya se me han pasado las ganas.

—No te burles de ellos. —Kayden le golpeó el muslo—. Dales una noche para que hagan lo que quieran.

—Supongo que sí —admitió Rex—. Pero sólo lo hago porque te quiero.

Kayden intentó coger su copa, pero estuvo a punto de tirarla. Tenía los ojos como platos y contuvo la respiración.

Jessie se quedó de piedra al oír las palabras de Rex, y estuvo a punto de escupir la bebida.

Había tenido la esperanza de que Rex madurara y se convirtiera en un hombre hecho y derecho, pero no creí que llegaría a suceder de verdad.

Era evidente que Rex no se había dado cuenta de lo que acababa de decir porque estaba mirando en dirección a la puerta.

—Tobias acaba de entrar. Jess, ¿sigue todo bien entre vosotros?

Kayden seguía en estado de shock por las palabras de Rex, pero parecía confusa por su último comentario sobre Tobias.

—Eh, ¿Rex? —pregunté.

—¿Qué? —dijo, mirándome con cierto fastidio.

—Esto... ¿Eres consciente de lo que acabas de decir? —Mi hermano era tan despistado que ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía.

—Sí —dijo engreído—. He dicho que Tobias ha llegado. ¿Es que ahora lo odiamos o algo?

—No. —Kayden acertó a hablar por fin, y sus ojos volvieron a la normalidad—. Acabas de decir que me quieres.

—¿Qué? —preguntó Rex incrédulo—. No he hecho tal cosa.

—Sí que lo has hecho —dijo Zeke—. Lo hemos escuchado todos, tío.

—Que no —replicó Rex—. De haberlo dicho lo sabría.

—Es obvio que no —dijo Jessie—. Lo has soltado hace dos minutos.

—Tenéis que dejar la bebida —dijo Rex—. Porque yo no he podido decir eso ni muerto.

Zeke entornó los ojos.

—Ten agallas y admítelo. Amas a Kayden.

—Lo que tú digas —dijo Rex.

Descubrí lo que Rex pretendía en realidad. Tardé unos minutos en entenderlo, pero todo cobró sentido.

—Kayden, sabe lo que dijo. Quería decírtelo, pero que fuera de forma casual para no arriesgar sus sentimientos. Tiene miedo de que lo dejes algún día, como nos dejó nuestro padre.

Rex se volvió hacia mí con una expresión ilegible.

Kayden se acercó a él y lo envolvió entre sus brazos.

—Yo también te quiero, Rex. No me iré a ninguna parte.

—Ocultó el rostro en su cuello y lo abrazó, ignorando nuestra presencia.

Rex bajó la mirada y le devolvió el abrazo, rodeando su cuerpo sin esfuerzo. Luego le dio un beso en la cabeza, una muestra de afecto que nunca le había visto dar a nadie en mi vida.

Jessie se volvió hacia mí.

—Oh...

—Hacen una pareja adorable —susurré.

—Hoy ha sido un día genial para todos —dijo Jessie—. Tengo la sensación de que va a haber tema con Tobias. Disculpadme. —Se levantó de su asiento, arreglándose el cabello, ya perfecto. Luego se contoneó por el local hasta llegar a donde estaba Tobias, provocando que todos los hombres del bar se pusieran celosos al ver que tenía pareja.

Zeke acercó su rostro al mío.

—Esta noche también habrá tema entre nosotros.

—Más te vale.

ZEKE Y REX fueron al baño, así que las chicas y yo nos quedamos en una mesa mientras esperábamos.

—Creo que nosotros nos vamos. —No estaba segura de qué me entusiasmaba más, si hacer el amor en la cama de Zeke o dormir allí. Me sentiría como en casa una vez más, pues era el lugar donde debía estar.

—Me sorprende que hayáis durado tanto aquí. —Jessie estaba de pie con Tobias, que la agarraba por la cintura.

—A mí también —dijo Kayden—. Creí que ya os habríais marchado y estaríais follando.

—Oh, lo haremos. —Quería ser la que se pusiera arriba esta vez.

—A por él, tía. —Jessie terminó el resto de su bebida y dejó la copa vacía en la mesa.

Tobias sonrió, impresionado.

—Bebes más que cualquier otra persona que conozco, pero nunca te emborrachas. ¿Cómo lo haces?

—Porque las damas nunca se emborrachan. —Batió las pestañas, dirigiéndole una sonrisa coqueta.

Al mirarla, sus ojos se desviaron un instante a su escote.

—Volvamos a mi casa.

Miré en dirección al baño y vi que volvían Rex y Zeke, riendo por algo.

—Ya vienen, así que podemos irnos todos a casa a follar.

—Excelente —dijo Kayden—. Me alegro tanto de no tener que volver a irme a casa sola.

Zeke se acercó a mí, mirándome con cariño.

—¿Lista para irnos?

—Aunque ellos no lo estén —le dijo Rex a Kayden—, yo sí.

—Yo también —respondió Kayden riendo.

—¿Podemos acercarnos a mi casa a recoger a Safari? —Mi perro debería ser lo último en lo que pensar en ese momento, pero se alegraría muchísimo de volver a casa de Zeke.

Zeke sonrió.

—Por supuesto. —Al dar media vuelta, estuvo a punto de chocar con una rubia que había aparecido de la nada—. Disculpa.

Ella no se apartó.

—Zeke, ¿verdad? —Tenía ojos azules brillantes, como los de Zeke, un bello rostro y un cuerpo que rivalizaba con el de Jessie. Si no estaba segura de su nombre, era obvio que no lo conocía muy bien. Tal vez era una de sus pacientes.

—Sí —dijo—. Perdona, ¿te conozco?

—Sí —Bajó la voz para que los demás no pudiéramos oírla—. Nos acostamos hace dos meses. Estuvimos en el Raging Bull con Denise justo antes de irnos a mi apartamento, ¿no te acuerdas?

Dios, sentí ganas de vomitar.

Era ella.

La otra.

Todos los demás oyeron sus palabras y palidieron. Jessie me miró al momento, y Kayden se tapó la boca con la mano para ahogar un grito.

A Zeke le pilló totalmente desprevenido.

—Eh...

—Te he estado buscando por todas partes —prosiguió—. Me lo pasé muy bien esa noche. Denise también.

¿Quién demonios era Denise?

¿Es que no veía que me estaba agarrando por la cintura?

Me entraron ganas de romperle los dientes de un puñetazo.

Zeke se aclaró la garganta, conmocionado.

—Tengo novia. —Eso fue todo lo que pudo murmurar.

—Ah... —Me miró al fin, dándose cuenta de que estaba al lado—. Bueno, Denise y yo nos los pasamos muy bien contigo, así que cuando quieras volver a hacer un trio, estoy dispuesta.

—Sacó una servilleta con su número ya escrito—. Llámame si quieres. —La dejó en la mesa antes de alejarse. Llevaba un vestido tan corto que prácticamente enseñaba el trasero.

La felicidad que había sentido hasta ese momento se desvaneció.

Tenía ganas de vomitar.

No había sido sólo una mujer.

Sino dos.

Dos zorras.

Ya no quería que me tocara. No quería que volviera a tocarme jamás. Había salido aquella noche y se había follado a dos mujeres al mismo tiempo mientras yo dormía en su cama y esperaba a que volviera a casa. Le había dicho a Ryker que quería casarme con Zeke, y en ese mismo momento él estaba en la cama con dos mujeres.

Qué sinvergüenza.

Le aparté el brazo de mi cintura, sintiéndome sucia.

Zeke se volvió inmediatamente hacia mí.

—Rae, escucha...

—Me mentiste. —Traté de mantener la voz firme, pero salió en un grito—. Me mentiste, joder.

—¿Qué? —preguntó sin comprender lo que decía.

—Dijiste que sólo había una mujer. Y está claro que eran dos.

—Eso parece —dijo—. Pero la verdad es que no lo recuerdo...

—¿Puedes recordar a una mujer, pero no a dos? —grité—. Eres un mentiroso. —Lo aparté de un empujón y me marché, queriendo salir de ese bar lo más rápido posible. No estaba destrozada como la última vez. Esta vez me sentía furiosa. Durante los dos últimos meses, me había sentido desolada sin Zeke y solo quería volver a estar con él. Pero ahora sólo lo veía como un cerdo.

Me alcanzó cuando ya estaba en la calle.

—Rae, espera.

Me solté.

—No me toques.

No me tocó, pero caminó a mi lado.

—No recuerdo nada, es la verdad. No te he mentido.

—Me estás mintiendo ahora mismo.

—Rae, hablo en serio. En primer lugar, ¿por qué iba a decirte que me acosté con otra persona si quisiera mentirte? Cálmate y piensa de forma racional.

—Que te jodan, Zeke. Estoy siendo más que racional.

Seguía caminando a mi lado a un ritmo más lento para que pudiera seguirlo con los tacones.

—El pasado, pasado está. Sí, sucedió. Pero han transcurrido dos meses. Nos amamos y queremos estar juntos. Puedes perdonarme por haberme acostado con una mujer. ¿Por qué el hecho de que sean dos es diferente?

Paré en seco, sin poder creer lo que estaba oyendo de su boca.

—¿Estás hablando en serio? ¿Crees que dos mujeres es lo mismo que una?

—Fue al mismo tiempo, así que cuenta como un solo acto —replicó—. No fueron dos noches diferentes.

Le hice callar con un gesto de la mano.

—Deja de hablar.

—Rae, lo siento. Me disculparé tantas veces como necesites escucharlo. Pero no recuerdo nada, es la verdad.

—¿Te pusiste condón?

—Pues claro que sí.

—Así que, ¿de eso sí te acuerdas, pero no de que había dos mujeres? —Me parecía imposible.

—No tienes ni idea de cuánto bebí esa noche.

—Entonces, ¿puede que no llevaras nada?

—No, me puse condón —dijo convencido—. Y aunque no lo hubiera hecho, me hice las pruebas y estoy limpio. Sabes que jamás te pondría en peligro.

Estaba demasiado enfadada como para que eso me importara.

—Se acabó, Zeke. Esta vez no hay vuelta atrás. No va a funcionar.

—No digas eso. —Se puso delante de mí para que me detuviera—. Entiendo que estés enfadada ahora mismo y es normal. Tienes derecho a estarlo, pero no te mentí. Y esto no cambia nada. Ya te expliqué mi punto de vista y ambos sabemos que jamás volvería a hacer algo así.

Intenté seguir caminando.

—Me da igual, Zeke.

Me agarró, obligándome a parar.

—¿Cómo te sentirías si me hubiera acostado con alguien durante los dos últimos meses?

—No me importaría lo más mínimo. —Estaba soltero y podía hacer lo que quisiera.

—Mentira, Rae. Te habría molestado que hubiera mirado a otra. Y tendrías todo el derecho porque seguimos juntos... aunque no lo estemos. Si dejaras que Ryker te cogiera de la mano, me enfadaría. Te he sido fiel, aunque técnicamente no tuviera por qué, ¿vale? Soy leal. Soy honesto. Y estoy muy enamorado de ti, joder. Eso cuenta.

Sacudí la cabeza, aún furiosa.

—Eres un cerdo, Zeke. Un puto cerdo.

El fuego abandonó sus ojos, y pareció herido.

—Rae, ya sabes cómo era antes de salir con Rochelle. Sí, hice tríos. Sabes que hice hasta cuartetos y que me acostaba con una chica un sábado por la noche y no volvía a quedar con ella. No tenía nada serio porque no podía tener a la mujer que realmente quería. No soy un cerdo, Rae. Soy un hombre como cualquier otro. Pero dejé todo eso atrás gustoso cuando pude estar contigo. Sabes que no soy un cerdo, así que no me llames así. Ya sabes lo que siento por ti. Así que, por favor, dejemos atrás esa noche y sigamos adelante. Olvidemos esta horrible pesadilla y seamos felices juntos.

Me crucé de brazos. Aquella opción no me tentaba lo más mínimo.

—No.

Suspiró sonoramente, mostrando su frustración y su dolor.

—Hace menos de diez minutos eras feliz. Me mirabas como antes. Y hace menos de cuarenta y ocho horas estabas en mi puerta pidiéndome que te hiciera el amor. Volvamos a ese punto.

—No puedo. Sólo siento asco hacia ti. —Me aparté porque necesitaba más espacio.

Se pasó las manos por la cara, mostrando su enfado.

—Rae, yo ya no puedo hacer más. Sabes que te quiero y que lo siento. Para mí, que haya sido una mujer o hayan sido dos no supone ninguna diferencia. Lo que sucedió aquella noche fue porque estabas con Ryker, así de claro. No puedo seguir cargando con toda la culpa de lo que ha pasado.

Agité la cabeza.

—No puedo creer que le estés dando la vuelta a todo para culparme a mí e inventarte excusas.

—No me estoy inventando excusas —replicó—. Sólo te digo que, por mucho que te quiera, no puedo seguir así. O estamos juntos o no lo estamos. Se acabó este tira y afloja, se acabó pedirme que me acueste contigo para luego enfadarte. Ha llegado el momento de la verdad. O me perdonas y empezamos de nuevo,

o terminamos. ¿Qué prefieres?

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Supongo que sí —dijo—. Sé que has pasado por un momento difícil, pero puedo prometerte que lo que has sentido estos últimos dos meses, lo he sentido yo un millón de veces más. No puedo seguir así. Me he disculpado y he hecho todo lo posible para enmendar mi error. Si lo nuestro termina, tengo que seguir adelante en lugar de dejar que me pisoteen el corazón a diario. ¿Qué decides?

Sentía lágrimas de frustración y dolor ardiendo en mis ojos.

—Elige, Rae. —Me miró a los ojos con intensidad, buscando en ellos la respuesta.

—Yo...

—¿Qué? —insistió.

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Hemos terminado.

Zeke respiró hondo, pero ocultó su dolor. Sus ojos no se llenaron de lágrimas como antes y se mantuvo erguido a pesar de la agonía que lo embargaba. Asintió, aceptando con calma mis palabras.

—De acuerdo. Hemos terminado.

DIECIOCHO

Rae

Sin saber muy bien cómo, llegué al edificio de Ryker.

Mis pies me llevaron por las calles de Seattle, y me sentía entumecida. El frío no me molestaba, pese a llevar únicamente un vestido corto y tacones. Sólo sentía rabia y agonía. No podía mirar a Zeke con los mismos ojos, no después de lo que había hecho. Ya era bastante complicado aceptar que se hubiera acostado con una mujer, pero dos... Era impensable.

Subí en el ascensor hasta su piso sin pensármelo dos veces. No podía recordar el código para entrar porque había pasado mucho tiempo, pero, aunque lo hubiera recordado, no tenía derecho a usarlo. Así que llamé al timbre.

Oí su voz profunda a través del intercomunicador.

—¿Quién es?

Abrí la boca, pero no me salían las palabras. Tuve que aclararme la garganta para poder hablar.

—Rae.

Las puertas se abrieron inmediatamente, revelando su lujoso apartamento con las impresionantes vistas de Seattle al fondo. La Space Needle estaba tan cerca que se veía a través de las ventanas.

Ryker salió de la otra sala con una camiseta negra y vaqueros oscuros. Se dirigió hacia mí, y sólo nos separaba la línea entre el apartamento y el ascensor. Examinó mi rostro, sabiendo que acababa de tocar fondo.

—¿Qué ha pasado, cariño?

Crucé el umbral y me acerqué a su pecho, sintiendo la dureza de su cuerpo nada más chocar contra él. Las puertas se cerraron detrás de mí, y aspiré su olor, reconociendo su gel de baño. Lo abracé por la cintura, agradeciendo el contacto físico, pues necesitaba algo a lo que aferrarme.

Me rodeó la cintura con los brazos y presionó su frente contra la mía, con los ojos cerrados.

—Eché a andar... y he terminado aquí.

—Hay sitios peores —susurró.

Apoyé el brazo en el suyo y cerré los ojos.

—¿Puedo quedarme aquí?

Rozó con sus labios mis cabellos, besándolos con suavidad.

—Sabes que puedes quedarte aquí para siempre. —Me cogió en brazos sin esfuerzo y me llevó a su habitación. Me dejó en la cama y se arrodilló ante mí, quitándome los tacones que se habían rayado de tanto caminar. Me dio un rápido masaje en los pies antes de incorporarse, y abrió la cómoda. Sacó unos bóxers y una camiseta y los dejó en la cama—. Dejaré que te cambies.

—Salió y cerró la puerta del dormitorio a sus espaldas.

Palpé la tela de la camiseta con las yemas de los dedos, recordando las noches en que solía usar su ropa a modo de pijama. Había sido entre esas mismas sábanas donde lo había mirado a los ojos y le había dicho que lo amaba. Y esa había sido también la última vez que nos habíamos acostado.

Dejé mi vestido y tacones junto al mueble. Su cama parecía muy cómoda, a pesar de todas las mujeres que habrían pasado por allí desde que me fui. Ocupé mi lado, el derecho, y me tapé con las sábanas.

Ryker llamó a la puerta antes de entrar en la habitación. Al verme debajo de las sábanas, se quitó la camiseta y dejó caer los vaqueros al suelo. Se puso unos pantalones de chándal antes de apagar la lámpara de la mesita de noche y meterse en la cama a mi lado.

Se quedó en su lado, sin querer ocupar mi espacio.

Hacía mucho que no dormía en esa cama, pero la sensación

era la misma de siempre. Las sábanas olían al gel y al champú que usaba.

Colocó los brazos detrás de la cabeza y miró hacia el techo, mientras las luces de la ciudad brillaban a través de los amplios ventanales.

—¿Qué ha sucedido, cariño?

—Zeke y yo hemos terminado. —Decir las palabras en voz alta dolía más que nunca, porque sabía que eran ciertas. Jamás volveríamos a estar juntos. No nos mudaríamos para empezar una nueva vida.

Se volvió hacia mí y vi brillar sus ojos azules a pesar de la oscuridad.

—¿Por qué?

—Decidí volver con él porque lo echaba de menos. Y, diez minutos después, la zorra con la que se había acostado comenzó a hablar con él... y resulta que había otra mujer más. Hizo un trío esa noche.

No vi una expresión de triunfo en su rostro. Parecía tan triste como yo.

—Dice que no lo recuerda, pero no me lo creo. Y, aunque dijera la verdad, no puedo perdonarlo. Ya me costó bastante asumir que se hubiera acostado con una mujer... ¿pero con dos? —Agité la cabeza y me acerqué las sábanas al pecho—. No importa lo mucho que lo ame. Nunca volveré a verlo igual.

Ryker no dijo nada, permitiéndome hablar sin interrupciones.

—Me dijo que estaba exagerando, que debía olvidarlo y pasar página. Luego dijo que no aguantaba más la situación, así que me obligó a tomar una decisión en ese mismo momento: perdonarlo u olvidarlo. Y... elegí olvidarlo.

Ryker deslizó la mano por debajo de las sábanas hasta encontrar la mía junto a la almohada. Entrelazó nuestros dedos y me acarició los nudillos con el pulgar, consolándome de la única manera que sabía.

—Así que... hemos terminado de verdad.

—Lo siento, Rae.

—Lo sé. —Sabía que le importaban de verdad mi dolor y mi

pena. Aunque la situación le diera otra oportunidad para estar conmigo, le apenaba que las cosas no hubieran funcionado con Zeke. Le preocupaba más mi felicidad que la suya.

Ryker me soltó la mano y se acercó más a mí bajo las sábanas. Me abrazó por la cintura, y apoyó la cabeza en la misma almohada, casi rozándome. Cerró los ojos y me acarició el cabello.

Me tranquilizaba tanto su presencia que empecé a quedarme dormida. Cerré los ojos y, durante un instante, estuve segura de que nada podría hacerme daño. Pero sabía que, cuando me despertara a la mañana siguiente, el dolor regresaría con toda su fuerza.

Y tendría que lidiar con él.

CUANDO ME DESPERTÉ a la mañana siguiente, seguía aún entre los brazos de Ryker, que tenía los ojos abiertos y me contemplaba, con los párpados pesados por el sueño. Tenía el cabello despeinado de haber apoyado la cabeza en la almohada toda la noche.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días.

—¿Cómo has dormido?

—Pues bastante bien. —No me había despertado ni una vez en mitad de la noche con pesadillas.

—Genial. Voy a hacer el desayuno. —Se apartó, llevándose con él su calidez.

Me quedé en la cama porque no tenía fuerzas para levantarme. Sentía el mismo dolor en el pecho, y era como una losa que lastraba todo mi cuerpo. Me costaba respirar porque seguía muy enfadada con Zeke.

Esperaba no seguir enfadada con él para siempre.

Oí sonar un móvil, y momentos después, escuché la voz de Ryker.

—Hola, tío. Sí, aquí está.

¿Con quién estaba hablando?

—Sí, está bien. Adiós.

¿Estaba hablando con Zeke? ¿O con Rex? Salté de la cama y entré en la cocina. Ryker estaba preparando café y había huevos en la sartén. Su móvil estaba en la encimera, con la pantalla aún encendida.

—¿Con quién hablabas?

Sirvió los huevos en dos platos y dejó la sartén sucia en el fregadero.

—Me ha llamado Rex para saber si estabas aquí.

—Ah... —Probablemente me había llamado, pero mi teléfono estaba guardado en el bolso, abandonado en el sofá.

—Y aún me odia —dijo riendo. Sirvió dos tazas de café y puso dos tenedores en la mesa de la cocina—. Siéntate a desayunar.

No tenía apetito, pero como se había tomado la molestia de prepararme algo, me senté e hice un esfuerzo. Había una ventana justo al lado de la mesa, con vistas a la ciudad. Era un día sin nubes, brillante y soleado. No había llovido mucho esa semana, lo cual era un cambio agradable.

Ryker se sentó frente a mí, aún sin camiseta. Parecía estar en mejor forma que antes, y sus músculos marcados parecían tallados en piedra. Su piel era impecable, clara y suave.

Sentí sus ojos sobre mí, así que desvié la mirada enseguida.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con una sonrisa.

—Pareces estar en mejor forma. —Decidí ser honesta en vez de fingir que no lo estaba mirando.

—¿Estaba en baja forma antes?

Reí porque era un comentario absurdo.

—Para nada. Sólo que ahora se te ve... más robusto.

—He estado haciendo ejercicio estos últimos meses. Así me mantengo ocupado.

—Yo no... pero no es ninguna novedad.

—No es cierto. Sales a correr.

—Sólo porque tengo que sacar de paseo a Safari.

Sorbió el café.

—Mejor eso que no hacer nada.

Probé los huevos, aunque seguía sin ganas de comer.

—Gracias por el desayuno.

—Gracias por comer. Sé que no tienes apetito.

Ryker me conocía demasiado bien.

—¿Y ahora qué?

—No sé a qué te refieres. —Me resultaba difícil pensar en el futuro.

—Con Zeke y contigo. Si vuestra relación ha terminado de verdad, ¿ahora qué?

—Siempre seremos amigos. —Podía contar con ello pasara lo que pasara. Zeke y yo nos respetábamos demasiado para darle la espalda a nuestra amistad. Tal vez nuestra relación no había funcionado, pero nuestra amistad duraría para siempre.

—¿Crees que serás capaz?

—Sí. —Tardaría un tiempo en acostumbrarme, pero un día todo volvería a la normalidad.

Terminó los huevos y se bebió el café, mostrando sus hombros amplios y poderosos. Dejó la taza en la mesa y me miró a los ojos.

—¿Cuándo podré pedirte una cita?

Aquella pregunta directa me tomó por sorpresa. Le había dicho a Ryker que no habría nada entre nosotros, pero era obvio que no me había creído.

—Te dije que nunca volveríamos a estar juntos.

—Pero dormiste anoche en mi cama. Y me dijiste que, si no fuera por Zeke, podrías darme otra oportunidad. Está claro que lo vuestro ha terminado. Hice lo correcto e intenté que volvieras con él, pero no funcionó. Fui un buen tipo porque lo merecías. Pero ahora, las cosas son diferentes, Rae. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Cuándo puedo volver a intentarlo contigo?

Ahora que Zeke me había hecho tanto daño, sabía que no podríamos volver a estar juntos. Pero tampoco podía regresar con Ryker. Estaba muy confusa. Podía mentir y afirmar que había superado la ruptura con Zeke, pero hasta yo misma sabía que no era cierto.

—No estoy preparada, Ryker.

—No pasa nada. ¿Cuándo crees que lo estarás? —Tampoco tenía respuesta para eso—. No sé. Puede que nunca...

Sus ojos se llenaron de tristeza.

—¿Qué te parece si hacemos una cosa? Si tus sentimientos empiezan a cambiar, me lo dices. Hasta que llegue ese momento, seremos sólo amigos. ¿Te parece justo?

«Muy justo».

—Sí.

—De acuerdo. —Tomó la taza y dio otro sorbo tranquilamente, como si no acabara de ponerme entre la espada y la pared.

DIECINUEVE

Rex

Zeke estaba sentado frente a mí en la mesa de comedor. Las puertas se abrían al patio trasero donde el sol brillaba sobre la hierba. Se inclinó hacia adelante con los codos apoyados en la superficie y el ceño permanentemente fruncido. Tenía una mirada hostil, y parecía querer golpear a alguien, incluso a mí.

Llevaba diez minutos queriendo intervenir, pero no se me ocurría nada útil que decirle. Mi mejor amigo se hallaba en un agujero aún más profundo que el anterior, y estaba a punto de perder el control por completo en cualquier momento.

—¿Es cierto que le dijiste eso?

—Pues claro que sí, maldita sea. —Apretó la mandíbula—. Entiendo que estuviera enfadada. No tiene nada de malo estarlo, ¿vale? Pero volver a dejarme otra vez no es de recibo. Es hora de que esa princesita malcriada comience a asumir también la responsabilidad de sus acciones. Nada de esto habría sucedido si no hubiera quedado con Ryker.

Nunca había dicho nada malo de Rae, así que era evidente que estaba muy molesto por lo ocurrido.

—No quiere nada con Ryker.

—Oh, vamos. —Sus ojos brillaron de rabia—. A él si lo perdonó después de lo que hizo, pero no tiene la más mínima intención de perdonarme a mí. Ambos sabemos que amaba más a Ryker de lo que ha llegado nunca a amarme a mí. Me rindo, tío.

—No lo amaba más que a ti. —Nunca me lo había dicho, pero

sabía que era cierto—. Y volvió contigo, pero...

—Esa estúpida lo arruinó todo.

Tal vez debería llevarme todos los cuchillos de la cocina.

Estaba a punto de apuñalar a alguien.

—Te eligió a ti antes que a él, ¿recuerdas? No olvidemos lo que pasó.

Zeke miró por la ventana con gesto tenso.

—Y no puede creer lo que le dijiste. —Pedirle que decidiera allí mismo no había sido buena idea. Había pasado la noche en casa de Ryker.

—No voy a consentirla más —replicó—. Hice lo que hice, no voy a inventarme excusas. Pero no voy a seguir besándole el culo. Si me quiere, aquí estoy. Pero si no, seguiré con mi vida.

No me creí sus palabras ni por un segundo.

Debió darse cuenta porque bajó la vista, sin querer mirarme a los ojos.

—Sé cómo es. Si intento recuperarla o convencerla de que vuelva conmigo, solo se alejará más de mí. La fría distancia es lo mejor. Hará que se replantee sus decisiones.

—¿Estás seguro?

—La primera vez volvió a buscarme ella misma, ¿no? —dijo—. No tuve que ir tras ella.

—¿Pero funcionará una segunda vez?

Suspiró, pasándose las manos por la cara.

—Joder, no lo sé. No sé qué hacer. Estoy muy enfadado con ella, pero la amo, maldita sea. La amo más de lo que la amará cualquier otro hombre. Quiero ir a por sus cosas y que se mude conmigo. Quiero casarme con ella, tener hijos y todas esas tonterías. No tengo escapatoria, jamás podré pasar página y los dos los sabemos.

Tenía razón.

—Bueno... Puede que no sea el mejor momento, pero tengo que decirte algo.

Cerró los ojos durante un instante.

—¿Qué?

—Anoche durmió en casa de Ryker.

No hubo reacción por su parte.

—No lograba contactar con ella, así que lo llamé por la mañana. Me dijo que había pasado la noche allí.

Zeke se pasó los dedos por el cabello y suspiró, pero no tiró la mesa de un empujón.

—¿Estás bien?

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Estoy bien.

No sabía cómo podía estarlo. Si Rae había dormido en su casa, era probable que se hubiera acostado con él.

Zeke respondió a mis pensamientos.

—No se ha acostado con él.

—¿Cómo lo sabes?

Volvió a mirar por la ventana.

—Ella jamás lo haría. La conozco.

Después de lo que había pasado, no me sorprendería que se hubiera acostado con Ryker.

—Estaba enfadada, pero no lo bastante para hacer eso.

—Parecía seguro de ello, como si no hubiera ninguna posibilidad de que Rae volviera con Ryker.

Decidí no contradecirle, podría hacerle mucho daño.

—¿Qué vas a hacer ahora? No creo que esta vez vaya a funcionar que la ignores.

—La última vez no lo hice.

—Sabes a lo que me refiero.

Se encogió de hombros al no encontrar las palabras.

—Nunca pensé que diría esto, pero ojalá te hubiera hecho caso.

No fui capaz de sonreír.

—Lo sé.

—Todo esto es una estupidez. Deberíamos estar juntos en estos momentos.

—Soy muy inteligente, está claro.

Zeke se frotó las sienes como si tuviera migraña.

—No sé qué hacer ahora. No tengo ni idea.

—A mí no me importaría matar a Ryker.

Se rio.

—Sí. Pero no creo que eso me ayudara a recuperar a Rae.

—Pero te sentirías mejor.

—Sí... una temporada. —Su humor se desvaneció al volver a la realidad.

Zeke y Rae estaban tan mal que no albergaba ninguna esperanza de que volvieran. Habían tocado fondo y era imposible de arreglar. No me sorprendería que Rae terminara con Ryker, se casaran y tuvieran hijos. Entonces Zeke acabaría con otra... Todo era muy deprimente y no quería pensar en ello. Entonces, se me ocurrió una idea.

—Creo que ya sé lo que deberías hacer... pero no te va a gustar.

—Tenías razón cuando me dijiste que no se lo contara, así que te escucharé con la mente abierta.

—Creo que deberías empezar a salir con alguien.

Zeke me miró con expresión vacía, como si no hubiera entendido mis palabras.

—No de verdad. Sólo fingirlo. Sal con una chica que esté buenísima. Que sea tranquila, atlética e increíble.

—¿De qué servirá?

—Tío, Rae se pondrá tan celosa que volverá arrastrándose.

—O se refugiará en brazos de Ryker.

—Sí, es una posibilidad... —Rae se enfadaría y haría alguna estupidez, como acostarse con Ryker. Pero era un riesgo que había que asumir—. Pero cuando se dé cuenta de lo maravillosa que es la otra chica, sabrá que vas en serio... y que probablemente te cases con ella algún día. Y si no hace algo ahora que aún tiene una oportunidad, te perderá para siempre.

Zeke se mostró reacio a la idea, tal como había esperado.

—Si creyera de verdad que tengo novia, no intentaría recuperarme. Cuando estaba con Rochelle, nunca me dijo lo que sentía.

—Pero era diferente. Ahora te ve como suyo. Siempre serás suyo, ¿sabes?

—Supongo —admitió.

—Te digo que funcionaría.

—No lo sé... —Agitó la cabeza—. No quiero jugar con ella.

—¿Y qué estás haciendo ahora? —repliqué—. Porque a mi entender, ya estás jugando con ella.

—Esto es diferente. Le haré daño.

—Tío, ya le has hecho daño. Hazla entender que no vas a esperarla para siempre. Que se dé cuenta de que debe olvidar el pasado y seguir adelante si quiere estar contigo el resto de su vida. Creo que es un plan bastante sólido.

—Ni siquiera conozco a una chica así.

—Pues yo sí.

Entornó los ojos.

—No digas Kayden.

—No iba a hacerlo. ¿Crees que chulearía a mi novia?

—Pues sí, al menos por mí.

—No, ni siquiera por ti. —La mera idea de que Kayden tocara a otro hacía que me hirviera la sangre—. ¿Y Monica, la amiga de Zoey? Esa chica está buenísima. ¿Te acuerdas de ella?

—Ah, sí... —Zeke asintió al saber de quién hablaba—. Tienes razón. Pero no voy a poder convencerla de que finja ser mi novia. Seguro que tiene cosas más importantes que hacer.

—O podría ser tu novia de verdad.

Agitó la cabeza.

—Paso.

—Acabas de decir que está buena.

—Sí. Pero no es Rae.

Porque era mejor que Rae.

—Seguro que Zoey nos ayudaría. Se puso muy triste cuando rompisteis.

—Toda mi familia se entristeció mucho. Mi madre sigue llamándome a diario y preguntando si la he recuperado.

—¿En serio? ¿Le contaste lo que había pasado? —Zeke asintió—. ¿Le dijiste a tu madre que te habías acostado con otra?

—Yo no podría contarle algo así a Rae, y mucho menos a mi propia madre.

—Rex, sabes que tengo una relación muy estrecha con mi familia. No le cuento a mi madre mi vida personal en detalle,

pero quiso saber por qué habíamos roto... así que se lo conté. Estaba muy mal en esos momentos y necesitaba a alguien con quien hablar.

—Eres un niño de mamá... —Entorné los ojos.

Zeke no pareció ofenderse.

—No creo que funcione.

—Pues yo sí. Podemos darle dinero o algo. Sólo serán un par de semanas.

—¿Crees que podré recuperar tan rápido a Rae? —preguntó incrédulo.

—Con Monica, seguro que sí. Pero tienes que tomártelo en serio. Debes fingir que has superado lo de Rae y que vas a lo tuyo.

Zeke suspiró como si fuera imposible.

—Me lo tomo muy en serio.

—Sí, lo sé.

—Y tienes que estar preparado por si Rae se acuesta con Ryker. Es una posibilidad.

Palideció al oírme.

—¿Podrás aceptarlo?

Tenía mala cara.

—No lo sé...

—Si lo piensas, estaríais empatados.

—Esto no es un juego, Rex.

—Tienes razón. Es la guerra. —Zeke la había recuperado una vez, pero se le había escapado. Y ahora sería aún más difícil—. Si no lo haces, volverá a acostarse con él de todas formas. Al menos así hay una posibilidad de que volváis a estar juntos.

Zeke permaneció en silencio.

—¿Quieres intentarlo entonces?

Zeke seguía sin darme una respuesta.

—Venga, hombre.

Accedió al fin.

—Supongo que vale la pena intentarlo.

—Así se habla —dije—. Pero si viene con Ryker, tienes que permanecer impasible, ¿vale?

—Sí, lo sé.

- Eso molestará a Rae más que cualquier otra cosa.
- O la confundirá.
- No. Hará que recapacite. Dejará a Ryker y te suplicará que vuelvas con ella. Y esta pesadilla terminará de una vez.

VEINTE

Rae

Pasó una semana y Zeke no se había puesto en contacto conmigo.

No es que esperara que lo hiciera.

Vale, tenía alguna esperanza...

Rex y Kayden venían a ver el partido y no sabía si invitar o no a Zeke. Sabía que, de no ser por lo ocurrido, lo invitaría en un abrir y cerrar de ojos, porque era mi amigo. Saqué el móvil y le escribí un mensaje.

Rex y Kayden vienen a ver el partido, por si te quieres pasar.

Antes de pensármelo demasiado, presioné el botón de enviar.

No aparecieron los tres puntos.

Hasta hora y media después.

Entonces respondió al fin.

Allí estaré.

Eso fue todo lo que dijo. Aunque pareciera imposible, sentí su indiferencia a través del teléfono.

Quería escribir algo para romper el hielo, pero no se me ocurría nada bueno que decir. Así que lo dejé, sabiendo que nuestra primera interacción sería incómoda, casi dolorosa. Pero teníamos que superarlo.

Una hora más tarde, alguien llamó a la puerta. Aún faltaban cuarenta y cinco minutos para que comenzara el partido, pero puede que Zeke hubiera decidido llegar antes para poder hablar en privado.

—Está abierto. —Me levanté del sofá y caminé hacia la cocina.

Ryker abrió la puerta con una bolsa del supermercado en la mano.

—Hola. He venido a hacer la cena.

Safari adoptó una postura defensiva y gruñó con fuerza.

—Safari, tranquilo. —Me acerqué a él y le di una palmadita en el hocico—. Deja de gruñirle.

—Creo que tengo la solución... —Ryker sacó un hueso de la bolsa y se lo tendió—. ¿Me das una tregua?

Safari se lo arrebató de la mano y se lo llevó a la sala de estar.

—Creo que lo estoy ablandando. —Dejó la compra en la encimera.

—Es posible, pero yo no me preocuparía. Nunca te ha mordido.

—No sé... —Ryker sacó el pollo y las verduras.

Lo vi sacar la comida e intenté pensar en algo inteligente que decir. Iba a venir gente, y no quería que Zeke viera a Ryker. Habíamos terminado y podía hacer lo que quisiera, pero no quería alardear delante de él.

—La verdad es que he invitado a mis amigos a ver el partido...

—Ah, ¿sí? —Lo metió todo en el frigorífico—. No se habrá estropeado mañana, así que prepararé algo entonces.

Debería haberlo invitado a quedarse porque era de mala educación no hacerlo, pero fui incapaz.

Ryker se apoyó en la encimera, sin intención de marcharse.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Bacterias y hongos, lo de siempre.

Sonrió, aunque no parecía muy interesado.

—Eres una empollona adorable.

—Puede que sea adorable, pero no soy una empollona.

La puerta volvió a abrirse y entró Zeke con una caja de cervezas.

Oh, Dios.

Zeke vio a Ryker, pero no mostró reacción alguna.

—He comprado Blue Moon, por variar un poco. —Abrió el frigorífico y metió la caja antes de sacar un botellín—. ¿Quieres una, tío? —Se la tendió a Ryker.

No podía creer lo que veían mis ojos.

Ryker tampoco. No hacía más que mirarlo como si pensara que le estaba tomando el pelo.

—Eh, claro. —Ryker cogió el botellín y le quitó la chapa.

¿Acababa de llamar tío a Ryker?

—¿Quieres una, Rae? —Tomó otra cerveza del estante de arriba.

—Sí, claro —respondí.

Me la lanzó para evitar tocarme.

En cuanto cogí el botellín, me sentí mal.

—¿Por qué has venido tan pronto? El partido no empieza hasta dentro de una hora.

—No. —Miró su reloj—. Empezó hace cinco minutos.

—¿Estás seguro? —Alcé una ceja.

Ryker sacó su teléfono.

—Sí, los Wizards van ganando.

—Oh... —¿Cómo pude haberme confundido? Esperaba que Rex y Kayden llegaran pronto. Si no, me quedaría a solas con los dos... con mis ex.

—Encenderé el televisor. —Fui a la sala de estar y pulsé el botón del mando a distancia.

—¿Cómo va tu imperio de basura? —preguntó Zeke en la cocina.

¿Estaban hablando?

A Ryker le pilló desprevenido el interés de Zeke.

—Como siempre. La gente no recicla lo bastante.

—En la consulta somos bastante ecológicos. Aunque la gente no se lo toma en serio.

Seguía sin poder creérmelo.

—¿Viste ayer el partido de los Mariners?

—Sí —respondió Ryker—. Me alegro de que ganáramos. No podríamos haber soportado otra derrota.

¿Volvían a ser amigos?

Regresé a la cocina.

—Tenías razón, ya ha empezado el partido.

—Te lo dije. —Zeke dio un trago a la cerveza y pasó de largo,

actuando como un año atrás, cuando Zeke y yo éramos sólo amigos, y salía con Ryker.

Cuando estuvo fuera de nuestra vista, Ryker se volvió hacia mí con expresión inquisitiva.

Me encogí de hombros en respuesta.

—Voy a por Rex. Ahora vuelvo.

—Vale. —Ryker entró en la sala de estar y se sentó en el otro sofá.

Salí corriendo por el pasillo y estuve a punto de echar la puerta abajo con mis puños.

—¿Qué? —preguntó Rex en cuanto abrió la puerta—. ¿A qué vienen esos golpes?

—El partido ya ha empezado, venid.

—Creo que Kayden y yo nos quedaremos aquí. Tenemos tacos que sobraron del otro día...

—Vais a venir. Tengo a Ryker y a Zeke en la misma habitación, y es la situación más incómoda que te puedas imaginar.

Rex no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Qué hace Ryker en tu casa?

—No lo sé. Se ha presentado sin avisar.

—Ya vamos. —Kayden salió a la puerta—. Rex, tenemos que ir. Ya habrá sexo después.

Rex la miró molesto, entornando los ojos.

—Más vale que me hagas una mamada.

—Como si no te las hiciera. —Cruzó el rellano y entró en mi apartamento—. Mueve el culo.

Agradecía mucho que Kayden fuera autoritaria con él. La seguí al apartamento, con Rex detrás de mí. Cuando estuvimos dentro, me sentí un poco menos aterrorizada por la situación. No había habido golpes y todo estaba extrañamente tranquilo, pero eso era lo que más me asustaba.

Rex se sentó en el sofá junto a Zeke, dirigiéndole a Ryker una mirada de puro odio.

Ryker sonrió y levantó su cerveza.

—¿Qué tal?

—Fatal, visto que aún respiras —replicó Rex.

Zeke intentó no reír.

—Rex. —Me llevé las manos a las caderas y le dirigí una mirada similar a la que usaba con nosotros nuestra madre.

No se disculpó, pero al menos se volvió hacia el televisor.

Kayden ocupó el último asiento del sofá, apoyando en silencio a Zeke.

Me senté en el sofá con Ryker, dejando bastante espacio entre nosotros.

Safari agarró su hueso del suelo y caminó hacia Zeke. Se tumbó a sus pies y se puso a masticar.

Su elección era bastante clara.

Ryker dio un trago a la cerveza, fingiendo que no se sentía incómodo en absoluto.

A Zeke no parecía importarle lo más mínimo.

—Ryker, ¿tienes perro?

Ryker estaba tan sorprendido por la pregunta como yo.

—Aún no. Pero estoy pensando en tener uno. Tendré que mudarme primero a una zona residencial en las afueras.

—Mi barrio está muy bien. Es muy tranquilo y está cerca de la costa. —Zeke apoyó la cerveza en su muslo—. Hay una casa muy bonita que han puesto a la venta a la vuelta de la esquina.

Deberías echarle un vistazo.

¿Estaba Zeke dando consejos a Ryker para comprar casa? ¿Y cerca de donde vivía?

—GRACIAS POR EL CONSEJO. —Ryker se volvió sutilmente hacia mí, dirigiéndome una mirada inquisitiva.

Volví a encogerme de hombros en respuesta.

—Oye, Rex —dijo Zeke—. ¿Quieres hacer el partido más interesante?

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Rex.

—Cien dólares a que ganan los Wizards —dijo Zeke—. ¿Te apuntas?

Rex miró a Zeke como si fuera idiota.

—Hice esa apuesta con Rae y la dejé sin blanca.

—Lo sé —dijo Zeke—. Ya no se le permite apostar, así que voy a recuperar su dinero.

—Tío, los Wizards no van a ganar —dijo Rex—. No me importa sacarle dinero a mi hermana, pero sería raro quitártelo a ti.

—Ay —susurré.

—Porque eres mi hermana —me recordó—. Así que te estoy haciendo un cumplido.

—Créeme —dije con sarcasmo—. No lo es.

Ryker se volvió hacia mí, con una atractiva sonrisa en el rostro.

Me alejé más aún de Ryker en el sofá, sin querer que nadie pensara que me estaba acostando con él. Zeke me había hecho enfadar y habíamos roto, pero no podía hacer algo así tan pronto. No estaría bien.

Los Wizards anotaron tres triples seguidos, y Zeke suspiró en señal de triunfo.

—Quiero un solo billete nuevo de cien dólares. —Se agachó para acariciar a Safari en la cabeza—. E incluye también un hueso.

LOS WIZARDS GANARON, y Rex entregó el dinero a regañadientes.

—Vaya mierda.

—Lo sé —dije—. Recuerdo cuando tuve que abrir mi cartera.

—Ahora que mi trabajo aquí ha terminado, me piro. —Zeke tiró sus botellines de cerveza a la basura y caminó hacia mí, levantando la mano en el aire.

Lo miré sin tener idea de lo que estaba haciendo.

—Gracias por invitarme. Choca esos cinco.

¿Qué chocara esos cinco?

Como no respondí, me agarró la muñeca y la chocó contra la palma de su mano.

—Nos vemos. Adiós, Ryker. Avísame si visitas la casa. Mi

agente inmobiliario es increíble. —Salió sin decir nada más, optimista y casi feliz.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Me debe una mamada. —Rex le echó el brazo por encima a Kayden—. Así que nos vamos. —Hizo el signo de la paz con los dedos y se marchó con ella del apartamento.

Cuando estuve a solas con Ryker, pude decir libremente lo que pensaba.

—No entiendo lo que acaba de pasar...

—Yo tampoco. —Ryker tiró su botellín vacío a la basura y se apoyó en la encimera—. Es como si Zeke y yo volviéramos a ser amigos. Es extraño.

—La semana pasada habíamos vuelto. ¿Y ahora le da igual?

Ryker se encogió de hombros.

—Tal vez se ha dado por vencido y lo ha aceptado. En realidad, lleváis dos meses separados, así que no es algo repentino para ninguno de los dos.

—Supongo que tienes razón... —No podía creer lo rápido que había pasado página. Volvía a ser mi amigo como si nunca me hubiera amado. No me miraba como solía hacerlo, con eterno afecto en sus ojos. En el bar, había querido retenerme para siempre y no dejarme marchar jamás. Y ahora... era pura indiferencia.

—¿Te molesta? —Ryker me observó con detenimiento, analizando mis gestos.

—No sé... No estoy acostumbrada.

—Sabes que no es demasiado tarde —dijo—. Seguro que aún puedes hablar con él y solucionar las cosas...

—Se acostó con dos mujeres, Ryker.

Se encogió de hombros.

—Sí, estuvo muy mal, pero tiene claro sus sentimientos y, qué quieres que te diga, eso es más importante.

—¿Vuelves a ponerte de su parte?

Levantó las manos.

—No. Sólo quiero que tengas lo que deseas. Eso es todo. Créeme, ojalá me desearas a mí. —Señaló el sofá—. Aquí y ahora.

Me sonrojé y se me formó una sonrisa en los labios.

—Estoy siendo un buen tipo, pero créeme, estoy deseando volver a ser malo. —Volvió a la sala de estar y vio a Safari jugar con el hueso que le había traído—. ¿Quieres ver algo más o me voy?

No quería estar sola. Ryker era buena compañía. Me hacía sonreír más que cualquier otra persona.

—No. Prefiero que te quedes.

—Genial. ¿Qué vemos?

VEINTIUNO

Rex

—Tío, anoche lo hiciste fenomenal.

Zeke miraba fijamente el televisor, con una expresión de rabia contenida.

—¿Cómo lo hiciste?

—Me tomé un ansiolítico antes de ir.

—¿Un ansiolítico? —¿Era una droga o algo?

—Es un medicamento que te obliga a relajarte.

—¿Y bebiste después de tomártelo? —Yo no era muy inteligente, pero sabía que no debían mezclarse medicamentos con alcohol.

Se encogió de hombros.

—Sí. Me dio igual en ese momento.

—Pues lo llevaste bien. Me di cuenta de que Rae estaba muy confusa. Y Ryker también.

—Sí. —Se pasó las manos por la cara—. Más vale que funcione, Rex. No soporto ver a Ryker sentado con ella. Debería ser mía, todos lo sabemos.

—Ya, tío. Pero hay que tener paciencia.

Las chicas llegaron por fin. Zoey tenía el cabello castaño claro como el de Zeke, y Monica parecía una modelo de Sports Illustrated con su pelo negro azabache, sus ojos verdes y un cuerpo de infarto.

—Aquí están.

Zeke suspiró.

—No puedo creer que esté haciendo esto...

—Valdrá la pena. Créeme.

Zoey entró primero y me abrazó.

—Hola, Rex. Cuánto tiempo.

—Tenemos que quedar más a menudo —dije—. Eres la más mona de los dos hermanos.

Zoey sonrió.

—Tienes buen gusto, Rex.

Monica, curvilínea y perfecta, se acercó a mí.

—Hace mucho que no nos vemos. ¿Qué tal?

No la abracé ni le di la mano. Me sabía mal hacerlo, puesto que la encontraba atractiva. Kayden me daría una paliza si tocaba a esa mujer.

—Eh... Tengo novia. —Supuse que debía ser directo y compartir esa información con las chicas atractivas con las que me cruzara. No estaba totalmente seguro del protocolo a seguir en estos casos, ya que nunca antes había tenido una relación de pareja, pero era mejor dejar las cosas claras.

Se rio.

—Vale. Es bueno saberlo... —Luego abrazó a Zeke, y él apenas la tocó, actuando como si estuviera haciendo algo malo. Cuando se separaron, se relajó y tomó asiento.

—Bueno. —Zoey llevó el peso de la conversación, acostumbrada a estar al mando—. Se lo he contado todo a Monica y se apunta.

—¿En serio? —Zeke no pudo ocultar su sorpresa—. Porque no hace falta que me ayudes. —Miró a Monica, cruzado de brazos—. Estoy seguro de que tienes mejores cosas que hacer...

—Llevas enamorado de Rae desde los dieciséis años —le interrumpió Monica—. Recuerdo la forma en que la mirabas. Deseaba que algún chico me mirara igual que tú a ella.

Seguro que todos los hombres lo hacían.

—Tenemos que hacer que funcione —dijo Zoey—. Tienes treinta años y no estás casado. Yo no voy a tener hijos en una buena temporada, así que tienes que ponerte a ello. Mamá me está volviendo loca.

—Créeme, estaría haciéndole un bebé ahora mismo si pudiera —dijo Zeke con expresión seria.

Hice una mueca.

—Pues haremos lo siguiente —explicó Zoey—: Monica va a poner tan celosa a Rae que perdonará tu pequeño desliz y todo volverá a la normalidad. Necesitamos que Rae vuelva porque es la única novia tuya que me gusta.

—Sólo has conocido a Rochelle —le recordó Zeke.

—Sí —dijo Zoey con frialdad—. Y no hacíais buena pareja.

Aunque hacía tiempo que lo había dejado con Rochelle, me dio lástima.

Zeke no salió en defensa de Rochelle como habría hecho en circunstancias normales. Puede que pensara que no tenía sentido hacerlo después de tanto tiempo.

—¿Cuándo empezamos?

—Creo que no deberías ver a Rae al menos durante dos semanas —dijo Zoey—. Así, cuando vayas con Monica, no parecerá tan repentino. Y tenemos que inundar tu Facebook con fotos de los dos.

—Apenas me conecto a Facebook —dijo Zeke.

—Monica publicará cosas y te etiquetará —dijo Zoey—. Será incluso mejor, porque no parecerá que intentas fardar de pareja. Y a Monica se le da genial el baloncesto. Jugaba en el instituto y un poco en la universidad.

—¿Y? —preguntó Zeke.

—Tío, Rae se pondrá como loca —dije—. El baloncesto es lo suyo. Es perfecto. —El suelo bajo los pies de Rae iba a temblar, y mucho—. Se va a llevar una buena sorpresa. No podemos contarles a las chicas el plan. Tiene que parecer real.

—¿Y Kayden? —preguntó Zeke.

Negué con la cabeza.

—Tampoco se lo podemos decir a ella. Su reacción al veros debe ser auténtica. Sólo le diré a Kayden que has empezado a salir con Monica y no me has dado muchos detalles porque no te veo últimamente, ya que estás ocupado con tu nueva novia.

—No creo que debamos llamarla novia —dijo Zeke—. Suena

demasiado serio.

—Sí, puede que tengas razón —dije—. Lo mejor será no ponerle una etiqueta.

Monica le acarició el brazo.

—Me emociona mucho el plan. Y si tengo oportunidad de besarte, me lanzaré.

Zeke dejó que lo tocara, pero no parecía entusiasmado con su comentario. Normalmente, habría sonreído y habría hecho algún comentario engreído, pero permaneció en silencio.

—Va a funcionar —dijo Zoey—. Acordaos de lo que os digo. Si una mujer responde a algo es a los celos. Que empiece el juego.

VEINTIDÓS

Pasaron dos semanas que se hicieron eternas. Zeke no se puso en contacto conmigo, pero yo seguía soñando con él todas las noches. En los sueños, a veces íbamos a cenar, o salíamos por la noche como acostumbrábamos a hacer. Pero la mayoría de las veces, hacíamos el amor en su cama. Me despertaba presionándome el clítoris con los dedos, masturbándome en sueños.

No tenía remedio.

Ahora que no podía perdonarlo, había esperado pasar página sin problema, pero no lo conseguía. Todo seguía exactamente igual. Salí con Jessie y Kayden a tomar algo después del trabajo, y hablamos sobre mi vida amorosa, como siempre.

—¿Ha pasado algo con Ryker? —preguntó Jessie, con los ojos fijos en mí.

—No. —Ryker no había intentado nada porque no le había dado pie.

—¿En serio? —preguntó Jessie sorprendida—. Lleváis saliendo una temporada. Pensé que ya habría ocurrido algo entre vosotros.

—No estoy preparada —dije—. Aún es demasiado pronto.

—Hace ya más de dos meses que Zeke y tú rompisteis —me recordó Kayden—. La ruptura no es tan reciente.

—Sí, pero aún no he llegado a ese punto. —Me sentía atraída por Ryker y recordaba el sexo increíble entre los dos, pero mi

vínculo con Zeke no se había roto aún. A veces me preocupaba no ser capaz de superarlo.

Kayden se tomó la aceituna que decoraba su bebida.

—¿Seguro que no quieres volver con Zeke...?

—Sí. —Ya me había costado bastante superar que se hubiera acostado con otra mujer... pero, ¿dos? No podía perdonarlo, sobre todo después de haber visto a una de ellas en carne y hueso.

Kayden no insistió porque sabía que no me haría cambiar de opinión.

—Vale, era sólo curiosidad...

—¿Vas a probar a salir con otros hombres? —preguntó Jessie—. ¿O tampoco estás lista para eso?

Volver al mundo de las citas me horrorizaba. Había tenido muchas, y la mayoría había terminado mal. Muy rara vez conocía a un hombre que me gustara de verdad. Había tenido mucha suerte con Ryker y Zeke, dos hombres increíbles uno detrás de otro.

—No me veo saliendo con nadie ahora mismo.

—¿Le darías a Ryker una oportunidad antes de salir con otros tíos? —preguntó Jessie.

—No lo sé —respondí—. Hace unas semanas, Ryker me preguntó cuándo podría pedirme salir...

—¿Qué le respondiste? —dijo Kayden.

—Le dije que no estaba preparada, y que lo avisaría si cambiaba de opinión. —No me perseguía de forma agresiva como antes. Me respetaba y me daba tiempo para descubrir lo que quería por mí misma.

—Es muy paciente —dijo Jessie.

—Muchísimo —añadió Kayden—. No se parece en nada al Ryker que recuerdo.

—Ha cambiado mucho. —De hecho, había cambiado tanto que ya no era el hombre que recordaba. Ahora era más amable, comprensivo y abierto. Antes, apenas me dejaba entrever su verdadero yo. Pero ahora, desnudaba su alma ante mí.

Jessie terminó su bebida y se dispuso a levantarse.

—Voy a por otra. ¿Queréis algo?

—Aún no he terminado la mía. —Mi vodka con zumo de arándanos seguía a la mitad, y era el segundo de la noche.

—Yo no voy a pedir más —dijo Kayden—. Ya no aguanto el alcohol tan bien como antes.

Jessie abandonó la mesa y se dirigió a la barra, pero se detuvo bruscamente y regresó. Volvió a sentarse, con los ojos muy abiertos y los hombros rígidos.

Kayden y yo intercambiamos una mirada de preocupación antes de interpelarla.

—¿Estás bien, Jess?

—Sí —dijo con voz temblorosa—. Hay mucha cola en la barra y no tenía ganas de esperar. —Empezó a morderse las uñas y su rostro palideció, pese al colorete que llevaba en las mejillas.

Al mirar en dirección a la barra, vi que apenas había gente.

—Jess, no hay nadie.

—No mires hacia allí. —Chasqueó los dedos en mi cara—.
Mírame a mí ¿vale?

Supe que algo iba mal.

—Jess, ¿qué te ocurre? —Me volví hacia la barra, sabiendo que ocultaba algo. No había visto antes a Zeke debido a la hermosa mujer pegada a él como un imán. Era bajita y esbelta, pero tenía un físico atlético. Llevaba tacones de doce centímetros y su cabello, largo y liso, parecía sedoso incluso desde tan lejos.

Cuando Kayden los vio, maldijo en voz baja.

—Oh, mierda...

Zeke no le quitaba los ojos de encima, ni siquiera al beber cerveza. Era como si no hubiera nadie más allí, sólo tenía ojos para ella. Era mil veces más guapa que yo, y tenía un cuerpo tan perfecto que parecía mentira.

Jessie suspiró, incapaz de mirarme.

Estaba destrozada.

No había forma de endulzarlo.

Verlo con otra persona fue lo más doloroso que había sentido en la vida. No estaba enfadada porque no tenía derecho a estarlo. Llevaba más de dos meses soltero. Cuando me dio aquel

ultimátum, iba en serio. Había pasado página.

Sentí ganas de llorar.

—Rae... —La suave voz de Kayden rompió el silencio—. Lo siento mucho.

—Sí —susurró Jessie—. Esperaba que no los vieras.

—No pasa nada —murmuré—. Iba a ocurrir más tarde o más temprano, ¿no? —Me levanté en silencio de la mesa y caminé hacia la salida. No podía seguir allí sentada, viéndola babear por él. Cuando pagara la cuenta, la llevaría a su casa y la follaría en la cama en la que solía dormir yo. Mi olor desaparecería de las sábanas, al igual que nuestra relación.

Nunca me había sentido tan mal.

Me las arreglé para parar un taxi y subir al asiento de atrás. Tras murmurar la dirección, apoyé la frente contra el frío cristal y cerré los ojos, sintiendo las lágrimas en lo más profundo de mi pecho. No escaparon de mis ojos porque ya había llorado bastante.

Cuando salí del taxi, tomé el ascensor hasta el último piso y pulsé el timbre.

La voz de Ryker sonó por el intercomunicador.

—¿Sí?

—Soy yo... —Contemplé el punto donde las puertas se cerraban y esperé.

Ryker pulsó el botón y las puertas se abrieron, revelándolo de pie con un pantalón de chándal y sin camiseta. La televisión estaba encendida en la sala de estar, y había una cerveza fría sobre una mesa junto al sofá donde había estado relajándose.

Me miró de arriba abajo, percatándose de mis piernas desnudas bajo el vestido corto y de que me había rizado el cabello. Se acercó a mí, con los brazos a los costados por pura determinación. Ladeó la cabeza como si supiera que algo iba mal, pero no preguntó.

—Quiero sexo vacío. Sin ataduras. Sólo sexo. —Al imaginarme a Zeke con aquella hermosa mujer, me sentí sola de repente, como si hubiera perdido más de lo que podía soportar. El amor de mi vida estaba con otra, y era mucho mejor de lo que yo nunca

había sido.

Ryker se acercó a mí, y vi la expresión ardiente de sus ojos azules.

—Has venido al sitio adecuado, cariño. —Me agarró por el culo, me levantó en el aire, y le rodeé la cintura con las piernas automáticamente. Me acarició el rostro con una mano mientras me sostenía sin esfuerzo con la otra, llevándome a su habitación. Buscó mis labios, dándome un beso lento y tentador, de los que hacían que me derritiera en el acto.

Le rodeé el cuello con los brazos, y le devolví el beso, poniendo toda mi energía en sentirme bien. Con un hombre tan atractivo como Ryker, no era difícil. Me acostó en la cama sin dejar de besarme, y me acarició el muslo hasta llegar al tacón y quitármelo, volviendo a la cintura.

Palpé los músculos potentes de su espalda y brazos, sintiendo la fuerza bajo su piel. Notaba el calor abrasador en las yemas de los dedos mientras le clavaba las uñas en la piel. Le rodeé la cintura con las piernas y me quité el otro zapato con el pie.

Ryker me chupó el labio inferior mientras agarraba la parte trasera de mi tanga. Me lo bajó por las piernas y lo arrojó al suelo, sin separarse de mis labios. Luego me quitó el vestido con facilidad, bajando la cremallera. Cuando estuve desnuda ante él, me miró con adoración en los ojos.

—Tan sexy como recordaba. —Se quitó los pantalones y los bóxers, mostrando su espléndida desnudez sobre mí.

Le rodeé la cintura con las piernas, juntando los tobillos. Le acaricié el cabello, besándolo con más intensidad mientras notaba su polla palpitante sobre mi estómago. Quería sentirme completa, que me estirara por dentro hasta que el dolor se tornara en placer.

—Estoy limpio. —Dejó de besarme, hablando en mi boca mientras movía su cuerpo sobre mí.

—Lo sé. —Lo agarré de las caderas, guiándole hasta mi abertura para que me penetrara.

Al ver mi invitación tácita, se situó más cerca de mí e introdujo su polla en mi interior, deslizando cada centímetro en

mi cuerpo.

—Había olvidado lo mucho que me gustaba tu coño. —Me penetró con toda la longitud de su miembro hasta los testículos.

Estaba sin aliento, empapada en sudor y a punto de correrme.

—Tu polla es aún mejor...

Me besó lentamente, gimiendo al mismo tiempo. Flexionó las caderas, obligándome a acostumbrarme a su tamaño. Se retiró, haciendo que mi cuerpo se tensara para embestirme una vez más.

Seguí apretando los tobillos con fuerza y me agarré a su espalda para sostenerme, mientras disfrutaba de sexo duro y del bueno. Con cada embestida, me llenaba de placer, tensándome de una forma increíble.

Me miró a los ojos, con el torso salpicado de sudor. Su cuerpo resultaba aún más sexy cuando lo usaba a plena potencia, empujándome contra el colchón con su tamaño y fuerza.

El deseo se apoderó de mí, y usé su cuerpo como ancla para moverme hacia él, reclamando su polla con la misma fuerza con que me la daba. No sentía ningún dolor, sólo placer, ni pensaba en otra cosa que no fuera aquel hombre atractivo en mi interior.

—Ryker, me voy a correr...

—Pues claro que te vas a correr.

Deslicé las manos por sus bíceps mientras se sostenía en equilibrio sobre mí. Me embistió cada vez más fuerte, inmovilizándome sobre el colchón al tocar mi punto G.

Y me corrí.

—Oh, Dios... —Fue como volver atrás en el tiempo, cuando lo hacíamos por todo su apartamento. Eché la cabeza hacia atrás y me retorcí bajo su cuerpo, prisionera de aquella maravillosa sensación—. Sí... sí.

Ryker clavó sus ojos en mi rostro, observando mi boca abierta y el rubor de mis mejillas. Su polla se crispó en mi interior, preparándose para eyacular mientras me embestía una y otra vez.

—JODER... —Insertó su miembro en toda su longitud una vez más y se corrió, llenándome con su semen espeso. Presionó su frente contra la mía al terminar, y un gemido escapó de sus labios—. Cariño... Lo echaba de menos.

—Pues no lo echarás de menos de ahora en adelante. —Lo hice rodar sobre su espalda y me senté a horcajadas en sus caderas, queriendo continuar pese a la hora intempestiva. Le acaricié el torso mientras notaba el semen deslizarse hasta mi abertura.

Le besé el pecho y envolví su miembro con mis labios, probando su semen y mi propio sabor con la lengua. Se la chupé hasta que recuperó su rigidez, y luego inserté su miembro de acero en mi interior, lubricándolo con su propio semen.

Ryker me agarró de las caderas y empujó desde abajo.

—Rae...

LA ÚNICA VEZ que fui a casa ese fin de semana fue para cuidar de Safari. El resto del tiempo, me quedé en casa de Ryker. No hablábamos mucho, pero follábamos en todos los muebles del apartamento, dejando mi marca en todas partes.

El sexo era genial, y no hablar aún mejor.

El domingo por la noche, supe que debía volver a casa, aunque lo temía. No quería dormir sola en mi cama, aunque Safari estuviera conmigo. Cuando estaba con Ryker, no pensaba en Zeke y la mujer con la que se había enrollado. La vida era más fácil cuando mi sexy ex me distraía.

—Debo irme... —Me puse las bragas y el vestido, lo mismo que llevaba unos días antes.

—O podrías quedarte aquí. —Se sentó a mi lado en la cama, sin camiseta y con el pelo revuelto.

—Tengo que estar con Safari y prepararme para ir al trabajo por la mañana.

—Siempre puedes traerlo aquí.

—No es por ofenderte, pero no le gustas demasiado. —Safari

era terco. Si alguien no le gustaba, no solía cambiar de opinión.

—Entonces podría quedarme en tu casa... —Ryker me miró fijamente, esperando que lo invitara.

Pensé primero en decirle que no porque Rex lo vería. Pero luego me di cuenta de que no importaba en realidad si Rex lo veía o no. Zeke había hecho exactamente lo mismo que yo ese fin de semana, pero con otra.

—Claro.

—De acuerdo. —Sonrió antes de coger su bolsa y guardar la ropa—. Tengo que comprar más huesos para que Safari no me muerda mientras duermo.

—Es inofensivo. Sólo tiene carácter.

—Como su mamá. —Ryker me dirigió una sonrisa sexy antes de entrar en la otra habitación.

Nuestro acuerdo resultaba tan normal que era extraño. Nos habíamos acostado durante todo el fin de semana, y parecía que no había pasado el tiempo. Sólo habían cambiado mis sentimientos. Sentía lo mismo, pero por otro hombre.

SAFARI REACCIONÓ en cuanto entramos por la puerta. Le gruñó a Ryker e intentó arrebatárle la bolsa de la mano.

—Safari. —Le di un golpe en el hocico—. Sé que no te gusta Ryker, pero vas a tener que empezar a comportarte. Es nuestro invitado, no lo olvides.

Safari agachó las orejas.

—¿Lo entiendes?

Emitió un gemido.

Ryker se rio.

—Creo que te comprende.

—Pues claro. Es más inteligente que yo.

—De eso no estoy tan seguro...

Si yo fuera más inteligente, no habría dejado que me rompieran el corazón dos veces en un año. Se habían acabado las

relaciones de pareja para mí en una buena temporada. Tal vez estaba hecha para rollos de una noche. Hasta ahora, parecía estar funcionando.

Entré en la habitación y me cambié para dormir en mi cama diminuta con un hombre enorme y un perro grande.

Ryker se quedó en bóxers, lo único que llevaba al acostarse. Seguramente se los quitaría antes de quedarnos dormidos.

—Tu habitación está igual.

—No he hecho muchos cambios. —Me metí en la cama y puse el despertador. Safari saltó a los pies, le lanzó a Ryker una mirada amenazadora, y se tumbó.

Ryker se puso cómodo, abrazándome por detrás. Zeke había sido el último hombre con el que me había acostado en esa cama, pero traté de no pensar en eso.

—Tienes que comprarte una cama mejor.

—A Safari y a mí no nos hace falta más espacio.

—Entonces la solución es que duermas encima de mí. —Me tumbó sobre su duro pecho como si no pesara nada, y mis cabellos cayeron en cascada sobre su hombro. Me acarició el pelo mientras me besaba la sien.

Me pareció un gesto demasiado afectuoso para la relación superficial que buscaba.

—Sólo follamos, Ryker. Eso es todo.

—Lo que más me gusta de follarte es besarte —dijo en voz queda—. Así que te besaré cuanto quiera. —Me agarró por la nuca y me besó con fuerza para demostrar sus palabras antes de ponerse cómodo y cerrar los ojos.

Escuché los latidos de su corazón como una canción de cuna y dejé que me arrullaran.

DESPUÉS DE DUCHARNOS y arreglarnos para ir a trabajar, salimos del apartamento al mismo tiempo. Mi mala suerte hizo que nos cruzáramos con Rex en el pasillo.

Nos miró de arriba a abajo, comprendiendo lo que había ocurrido al momento.

—Genial. Tendré que volver a lidiar con este imbécil.

Ryker mantuvo la compostura, sabiendo que no me gustaría que insultara a mi hermano, aunque se lo mereciera.

—Buenos días a ti también.

Rex lo ignoró, mirándome solo a mí.

—Podrías estar con cualquier otro mejor que él, Rae. Ambos lo sabemos.

Ryker apretó la mandíbula.

—Rex, ¿qué hablamos hace un año? —pregunté—. Te dije que mi vida privada no es asunto tuyo.

—No me estoy metiendo en tu vida —replicó—. Sólo te digo que, como hermano tuyo que soy, odio a tu novio después de lo que hizo. Y siempre lo odiaré, así que hazte a la idea.

—No es mi novio.

—Por ahora —dijo Rex con frialdad—. Ya he visto esa película antes. Y sé cómo va a terminar. —Nos fulminó con la mirada antes de alejarse. No había mencionado a Zeke, y eso me molestaba más que cualquier otra cosa.

—Voy a tener que hablar con él. —Ryker caminó a mi lado hacia el ascensor—. Y tomarnos unas cervezas o algo.

—No te molestes. —Sólo nos estábamos acostando. No veía que fuéramos a empezar una relación en un futuro cercano—. Con quien me acueste no es asunto suyo.

—La verdad es que no lo culpo por estar enfadado.

Entramos al ascensor y las puertas se cerraron.

—No estamos saliendo, así que no importa. No es asunto suyo cómo me desfogo. —No quería que Ryker se hiciera una idea equivocada. Puede que acabáramos volviendo, pero, por ahora, nuestra relación se basaba en el sexo.

El ascensor descendió, y Ryker se ajustó el reloj en la muñeca.

—Entiendo, Rae. Sólo soy tu follamigo. Te he oído alto y claro. No estaba tan segura de ello.

VEINTITRÉS

Rex

En cuanto Zeke me miró, se dio cuenta.

Sabía lo que iba a decirle.

—No digas nada... —Cogió su cerveza y dio un largo trago, apurando el vaso antes de dejarlo sobre la mesa con un ruido sordo.

Miré la mesa porque no sabía qué otra cosa hacer. Mi mejor amigo estaba sufriendo mucho. La mujer que amaba acababa de follarle al hombre al que odiaba porque él fingía estar interesado en Monica.

—Míralo por el lado positivo, al menos el plan está funcionando.

—¿El lado positivo? —preguntó con frialdad sin mirarme.

—Kayden me dijo que estaba destrozada cuando te vio con Monica. Se marchó porque no podía soportarlo.

—Ojalá pudiera dar marcha atrás ahora mismo...

—Lo sé, tío.

—Entonces... —Agitó la cabeza como si hubiera cambiado de opinión sobre lo que iba a decir—. Da igual.

Tenía la sensación de saber lo que quería preguntar.

—Kayden me dijo que no hay nada serio entre ellos. Estoy casi seguro de que se ha ido con él de rebote. Sé que duele, pero no es el fin del mundo. Acaba de tocar fondo, pero volverá contigo.

—¿Que no es el fin del mundo? —preguntó en voz baja—. La mujer que amo está follando a su ex. Sí, Rex. Para mí sí es el fin

del mundo, joder.

—No significa nada para ella. Vamos, sigue colada por ti. Estoy seguro de que no dejó de pensar en ti mientras...

—No me estás ayudando.

—Mira, sigue con el plan. Te prometo que funcionará.

—No puedes prometer algo así, Rex.

—En el caso de Rae, sí. —La conocía mejor que nadie, incluso que Kayden—. Sé cómo funciona su mente y cómo lidia con el dolor. Busca una distracción temporal porque está muy dolida. Pero esa distracción tiene los días contados. Se dará cuenta de que debe volver contigo antes de que sea demasiado tarde.

—Pero...

—Confía en mí, tío.

Se inclinó sobre la mesa, con los codos apoyados en la superficie.

—Es una pesadilla. Estos últimos meses han sido un infierno. Sólo quería que esta situación terminara. Quiero que Rae reaccione de una vez. Nunca ha sido la clase de mujer que se deja llevar sólo por sus emociones. Es lógica y razonable. Pero últimamente no ha demostrado ninguna de esas cualidades.

—Porque no deja que le hagan daño. —dije en voz queda—. La pillaste por sorpresa. Siempre fue reservada con todos, excepto contigo. Confiaba en ti por completo, por lo que el daño fue mil veces mayor. No digo que estés equivocado y ella tenga razón, pero ese es el problema.

—No soy perfecto —dijo con frialdad.

—Lo sé. Creo que sólo necesita tiempo para volver a entrar en razón.

—Mientras se folla a Ryker —replicó.

—Oye, estoy seguro de que podrías follarte a Monica si quisieras. No estarías haciendo nada malo.

Desvió la mirada.

—Rex, no lo entiendes. No quiero follármela. Quiero estar con Rae... sólo con Rae.

Sentí aún más lástima por él.

—¿Qué hacemos ahora?

—Tendremos que quedar todos. Y debes llevar a Monica.

—¿Y alardear en su cara? —preguntó incrédulo—. No es elegante.

—No hace falta que alardees, ¿vale? Pero cuando cualquiera de nosotros sale con alguien, lo trae cuando quedamos todos. Ella lo hacía con Ryker. Estaba en su casa la otra noche, ¿no te acuerdas?

—Como si pudiera olvidarlo —dijo con amargura.

—Le diré que vamos a jugar un partido de baloncesto y te traes a Monica. Pero no le voy a decir a Rae que viene.

—¿No será muy obvio?

—No. Cree que soy idiota, ¿no te acuerdas? Déjame a mí.

Agitó la cabeza y suspiró.

—Asegúrate de que Monica lleve ropa provocativa, como pantalones cortos de lycra y un sujetador deportivo o algo así.

Entornó los ojos.

—No le voy a decir cómo tiene que vestirse.

—Parece bastante fácil de convencer, la verdad. Creo que no te pondrá objeciones.

—Pues díselo tú —dijo Zeke—. No quiero llevarme una bofetada.

—Kayden me abofetea cada dos por tres, así que estoy acostumbrado. —Moví las cejas.

Zeke se rio al fin, algo más animado ahora que cuando comenzó nuestra conversación. Pero sólo duraría dos segundos y volvería a sentirse totalmente desolado.

ENTRÉ en el apartamento de Rae con el balón de baloncesto bajo el brazo.

—Oye, ¿quieres jugar con nosotros?

—Rex, no entres como si nada. —Apareció en la sala de estar con una camiseta masculina tres tallas más grande que la suya y pantalones de chándal que obviamente no le pertenecían.

—Pues cierra la puerta con llave —repliqué.

—También podrías llamar. Ya no vives aquí.

Ryker apareció detrás de ella, con pantalones de deporte y una camiseta.

«Lo odio. Lo odio. Joder, lo odio».

—¿Quieres jugar al baloncesto o no?

—¿Quién juega? —preguntó.

—De momento, Zeke y yo —dijo—. Kayden va a venir a vernos. Es mi animadora particular.

Parecía indecisa. Una parte de ella quería ver a Zeke, y la otra evitarlo.

—¿Quieres jugar? —le pregunté a Ryker—. No te invito porque quiera, pero nos falta una persona para jugar. Tobias está ocupado con Jessie. —Desvié la mirada—. Ese tío es un calzonazos.

—Mira quién fue a hablar —replicó Rae.

—Lo mío es diferente —argumenté—. Vivo con ella.

—Eso te hace aún más calzonazos —dijo Ryker.

Agarré con más fuerza el balón para no arrojárselo a la cabeza.

—¿Quieres morir, hijo de puta?

—Oye, Rex. —Rae levantó la mano y se acercó a mí—. Cálmate un poco.

—¿No has oído lo que ese gilipollas me acaba de decir?

—Es obvio que no lo decía en serio —respondió Rae—. Tienes que relajarte.

—Lo haré cuando esté enterrado a dos metros bajo tierra.

—No sólo le había hecho daño a mi hermana, sino que había provocado que Zeke y Rae estuvieran pasándolo tan mal—. ¿Vas a jugar con nosotros, sí o no?

—Eres bipolar —dijo Ryker con una sonrisa engreída en su rostro—. Y sí, jugaré con vosotros.

—Yo también —dijo Rae—. Pero deja de insultar. Ryker no se va a ir a ninguna parte, así que es mejor que te acostumbres a él.

Más le valía largarse pronto. Jamás permitiría que ese tipo fuera mi cuñado.

—Créeme, no se quedará mucho tiempo. Ambos sabemos que Ryker se aburrirá y te dejará, como la última vez.

LOS CUATRO LLEGAMOS primero a la cancha con Safari auestas. Kayden se sentó en el banco cerca de la canasta con Safari a su lado, adorable con vaqueros cortos y una camiseta de color morado. Tenía buenas piernas, así que cada vez que las mostraba se me iban los ojos detrás.

Ryker calentaba con el balón, encestando tantos triples que empezó a incomodarme. Mi hombría no se basaba en el juego, pero no me hacía gracia que a un tipo al que odiaba se le diera mejor el baloncesto que a mí.

Envié un mensaje de texto a Zeke con antelación para indicarle que ya podía acercarse. Quería asegurarme de que llegara el último. De esa forma, Rae no podría escabullirse cuando viera a Monica. Había que sincronizarlo todo a la perfección.

Los vi llegar a lo lejos. Monica llevaba unos pantalones ajustados de lycra y un sujetador deportivo. El piercing del ombligo brillaba a la luz del sol, y llevaba el espeso cabello recogido en una elegante coleta. Tenía figura de guitarra, piernas largas y un trasero que llamaba la atención.

El plan iba a funcionar, no me cabía la menor duda.

Rae vio a Zeke antes que los demás, y palideció al instante. Dejó de intentar atrapar el balón cuando Ryker lanzaba porque sólo era capaz de mirar. Ryker fue el siguiente en verlos y fijó la vista en Monica, no en Zeke.

—Hola, ¿qué tal? —Choqué el puño con Zeke—. No sabía que venía Monica. Es genial. Kayden también puede jugar. —Choqué los cinco con Monica porque Kayden estaba sentada al lado, observándome. Sabía que era celosa y no quería acercarme demasiado a Monica.

Zeke lo estaba haciendo genial al actuar como si todo fuera completamente normal. Se acercó a Ryker y levantó el puño a modo de saludo. Sólo yo conocía su aflicción al descubrir que Rae

se había acostado con Ryker. Era increíble cómo podía guardárselo todo dentro y hacer como si nada. Debía ser su determinación de recuperar a Rae lo que lo mantenía en calma.

Ryker le miró la mano antes de devolverle el saludo.

—Ryker, te presento a Monica.

Monica dio un paso al frente sonriendo y le estrechó la mano.

Ryker la observó como si estuviera en trance. Le sostuvo la mano más tiempo del necesario antes de soltarla, aclarándose la garganta al mismo tiempo.

—Encantado.

—Igualmente. —Ella tampoco dejaba de mirarlo. Todas las chicas pensaban que Ryker estaba bueno, y Monica no era inmune a sus encantos, al igual que las demás.

Zeke se acercó a Rae, ignorando la expresión de dolor en su rostro.

—Hola, ¿qué tal?

Apenas podía hablar porque se había quedado sin voz. Ni siquiera era capaz de ocultar el dolor porque le había pillado desprevenida. Tal vez pensaba que Monica había sido un rollo de fin de semana. Ahora se estaba dando cuenta de que había venido para quedarse, y no era capaz de asimilarlo.

—Bien. ¿Y tú?

—Genial. Te presentaré a Monica. —La agarró de la mano, apartándola a un lado y manteniéndola lejos de Ryker—. Mon, esta es Rae.

Me gustó que usara un apodo, era buena idea.

Alegre y sonriente, Monica dio un paso adelante y abrazó con fuerza a Rae.

—Me alegro mucho de conocerte. Zeke me ha hablado mucho de ti. —Al apartarse, seguía tan alegre como antes.

—¿Sí? —Rae trató de sonreír, pero pareció más bien una mueca.

—Sí. Dice que eres una de sus mejores amigas a pesar de que lo vuestro no funcionó. Creo que eso dice mucho de los dos. Sabéis cuáles son vuestras prioridades. —Se alejó con Zeke para presentarse a Kayden.

No perdí de vista a Rae ni un segundo.

Ryker dejó de mirar a Monica de una vez y dirigió su atención hacia Rae, aproximándose a ella.

No oí lo que dijo, pero pude leerle los labios. Le había preguntado si estaba bien.

Rae se alejó sin responder, dándome la respuesta que buscaba.

El plan iba viento en popa.

MONICA JUGABA GENIAL AL BALONCESTO, casi tan bien como mi hermana. Lo daba todo en la cancha, sacando los codos para evitar que le robaran el balón como cualquier hombre. Me robó el balón una vez y, cuando bloqueó a Ryker, logró arrebatárselo el balón y correr hacia el otro lado de la cancha.

Ryker, Rae y yo formábamos equipo y nos dieron una paliza.

Después del partido, estábamos acalorados y sudando. Zeke se acercó a Monica y la agarró de la cintura.

—Me dijiste que se te daba bien el baloncesto... pero no tenía ni idea de que fueras tan buena.

—Es que quería darte una sorpresa. —Se inclinó hacia él y lo besó.

Era evidente que Zeke no se lo esperaba, porque estuvo a punto de apartarse. Pero le devolvió el beso, fingiendo para evitar que Rae descubriera la farsa.

Cuando se apartó, tenía una sonrisa en los labios, como si se hubiera salido con la suya.

Rae fue a recoger su botella de agua al banco, dándole la espalda a la escena a propósito. Ryker fue tras ella y apoyó una mano en su espalda, consolándola en silencio.

Kayden fulminó a Monica con la mirada, como si quisiera matarla.

—Vamos a tu casa a ducharnos —le dijo Monica a Zeke—. Luego podemos preparar algo de comer. Me muero de hambre.

—Buena idea. —Zeke fue a por sus botellas de agua al banco donde estaba Rae—. Nos vemos. —Se despidió de nosotros y tomó de la mano a Monica, caminando por la acera sin mirar atrás. Monica se rio al oír algo que acababa de decir.

Me alegraba que el plan funcionara.

Pero me sentía fatal por Rae.

Debía estar sufriendo mucho.

Cuando se fueron, Rae dio media vuelta y caminó por la calle sin decirnos una palabra. Ni siquiera se despidió de Ryker. No me hacía falta ver su rostro.

Sabía que estaba llorando.

TRATÉ DE NO HACERLA ENFADAR, así que llamé antes de irrumpir en su apartamento.

—¿Qué? —Oí su voz llena de enfado a través de la puerta.

Lo tomé como una invitación y entré con una tarrina de un litro de helado de chocolate de Ben and Jerry's, su favorito.

—Soy yo.

—Ah...

Entré en la sala de estar y la vi sentada en el sofá, en la oscuridad. El televisor estaba apagado y Safari yacía en su regazo encima de una manta. Ni siquiera se había duchado tras el partido de baloncesto, que había terminado tres horas antes.

Me sentía fatal por ella.

Cogí dos cucharas y me senté a su lado.

—Pensé que podrías tener hambre...

Eché un vistazo a la tarrina de helado, y contra su voluntad, sus labios se curvaron en una sonrisa tímida.

—Gracias... —Tomó el helado y se llevó la cuchara a la boca lentamente.

Comí en silencio junto a ella, dándole la oportunidad de hablar primero. Al ver que el silencio se prolongaba, supe que no iba a decir nada.

—¿Estás bien?

—No... —Se llevó un buen trozo de helado de chocolate a la boca—. Ryker intentó venir a casa conmigo, pero le dije que quería estar sola. Ni siquiera él puede hacer que me sienta mejor en este momento.

—Bueno... ¿Qué esperabas?

—Es sólo que... —Perdió el apetito y dejó la tarrina en la mesa.

—Rae, Zeke es un buen partido. Es un médico atractivo, un imán para las mujeres.

—Sí, lo sé.

—Entonces no sé de qué te sorprendes.

—Lo vi con Monica en el bar el fin de semana pasado. Estaba tan deprimida que fui a casa de Ryker y... sí. —Por suerte no entró en detalles—. Pero pensé que era un rollo de una noche. Por eso, cuando he vuelto a verla hoy... Es guapa, simpática y perfecta... —Rae cerró los ojos durante un momento y, cuando volvió a abrirlos, había lágrimas en ellos—. Es demasiado pronto, ¿sabes?

—Pues la verdad es que no. Rompisteis hace casi tres meses, Rae.

—Pero está saliendo con ella. Ryker y yo... sólo nos acostamos.

—No sé si están saliendo —dije—. Así que, si yo fuera tú, no sacaría conclusiones precipitadas.

—Bueno, ¿qué te ha contado?

Tenía que ir con cuidado.

—No mucho en realidad. Me dijo que Monica era genial y que iban a seguir quedando. Como eres mi hermana, no creo que vaya a darme muchos detalles...

—Es verdad.

—Pero no creo que vayan en serio. Empezaron a tontear hace sólo unas semanas.

Acercó las rodillas al pecho, con ojos húmedos y reflexivos.

—Sé que no tengo derecho a enfadarme... Fui yo la que quiso esta situación. Pero no esperaba tener que afrontarlo tan rápido.

—No ha sido tan rápido.

—Lo sé... pero duele mucho. —Sollozó al notar las lágrimas—. Nunca me había sentido tan mal en toda mi vida. Ni siquiera cuando me dijo que se había acostado con otra mujer, ni cuando me contó que fueron dos mujeres, ni cuando Ryker me dejó, ni cuando papá se fue... Ni siquiera cuando mamá murió. Me siento... completamente muerta por dentro. Lo amo tanto... —Se le quebró la voz, e intentó calmarse para poder seguir hablando.

Odiaba ver a mi hermana llorar. Me daban ganas de llorar a mí también.

—Imaginármelo con otra me rompe el corazón de una forma que ni siquiera puedo explicar. Sé que no entiendes lo que te estoy diciendo...

—Sí. —Cuando Kayden se acostaba con otros, yo estaba tan deprimido que no sabía qué hacer. Sólo sentía un dolor interminable—. Pero aún tienes tiempo para arreglarlo. Si quisieras volver con él, creo que estaría dispuesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —No iba a decirle la verdad, que todo era una trampa. Eso sólo la alejaría de Zeke. Tenía que seguir mintiéndole para que tomara la decisión correcta y terminara con esto de una vez por todas—. Pero tienes que estar segura, nada de idas y venidas como esa noche cuando cenaste con Ryker. Tienes que perdonarlo de verdad y hacer borrón y cuenta nueva.

Se quedó mirando un punto en la distancia en aquella habitación oscura mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Y tienes que decidirte pronto. Si esperas demasiado... nunca sabes lo que podría pasar.

Sollozó y se limpió la nariz.

—¿Te lo vas a pensar?

Su voz sonó baja y débil.

—Supongo que... sigo confusa.

—¿Por qué?

—No sé si podré perdonarlo.

Dios, me daban ganas de estrangularla. Quise golpearle la cabeza contra la pared hasta que entrara en razón.

—Rae, si no lo perdonas, lo perderás para siempre. Monica es

una chica genial, y está muy interesada en él. Le echará el guante y no lo dejará escapar. Tienes que hacer de tripas corazón y perdonarlo. De lo contrario, se acabó.

Las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas. Por suerte, estaba oscuro y no podía ver sus ojos enrojecidos. Se los secó con las yemas de los dedos y asintió.

—Lo sé, Rex. Pero aún tengo que pensármelo.

ZEKE ANDABA de un lado para otro en la sala de estar cuando entré.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado? ¿Ha funcionado?

Me crucé de brazos y vi la desesperación en su rostro. Zeke nunca había estado tan angustiado.

—Aún no —comencé—. Pero creo que está funcionando.

—Rex, ¿qué quieres decir?

—Está destrozada por lo de Monica. Estuvo una hora llorando en el sofá.

Zeke cerró los ojos como si acabaran de apuñalarlo.

—No... No me digas eso. —Se echó las manos a la cabeza, desesperado.

—Nunca la había visto tan deprimida. No tiene consuelo.

—Entonces, ¿por qué demonios lo estoy haciendo? El plan no consistía en hacerle daño, sino en...

—Pero creo que está funcionando. Está empezando a darse cuenta de que, si no se aclara de una vez, va a perder la oportunidad de recuperarte. Dice que te ama y que nunca ha sufrido tanto en su vida. Pero aún no sabe si puede perdonarte.

Entornó los ojos.

—¿Por qué no lo deja pasar?

—Ni idea. Pero creo que lo hará. Así que debemos seguir esperando.

—Monica intentó seducirme anoche.

—¿Sí? —No pude evitar sonreír—. Le gustas mucho.

—Le dije que no y empezó a preguntarme por Ryker.

—Muy pronto estará disponible... —Si las cosas salían como esperaba.

—Creo que Ryker también se fijó en ella. Me molestó bastante.

—¿Te pusiste celoso? —¿No se acostaba con Monica pero sentía celos?

—No —replicó—. Me cabrea que tenga a Rae pero se fije en otra mujer.

—Ah, te entiendo. En su defensa hay que decir que Rae no es suya. Sólo se acuestan.

Zeke se dejó caer en el sofá.

—Por favor, no me lo recuerdes.

—Lo siento. —Me senté en el otro sofá—. Así que debemos tener un poco más de paciencia. Creo que entrará en razón. Tenemos que propiciar otra situación en la que coincidáis los tres. Creo que será el golpe de gracia.

—Dios, me siento como un miserable por hacerle esto.

—No. En el amor y en la guerra, todo vale.

Zeke se masajeó los nudillos como si acabara de darle un puñetazo a la pared.

—Odio estos juegos. Pero tienes razón, está funcionando.

—Así que seguiremos con el plan. Nos encontraremos de casualidad este fin de semana. Rae se pondrá tan celosa que te suplicará que volváis.

—Y de ser así, ¿debo decirle que era todo mentira?

Me daban ganas de darle una colleja.

—Tío, ¿por qué esa obsesión con decir la verdad?

—No es obsesión, es que no me gusta mentir.

—Si no hay más remedio, yo esperaría unas semanas a que todo se hubiera calmado para decírselo.

Asintió.

—Estoy pensando que nos encontremos en Scotty's Bar. Dile a Monica que se arregle mucho, y Rae se encargará del resto. Me aseguraré de que Ryker también esté presente. Quizás se quede con Monica cuando Rae y tú volváis a estar juntos. Así no tendrás

que volver a preocuparte por él.

—Ojalá —dijo Zeke—. Pero nada parece salirme bien...

VEINTICUATRO

Rae

Llamaron a la puerta.

—Vete. —Apenas había hecho nada esa semana. Cuando no estaba en el trabajo, me quedaba sentada en el sofá. Ryker había intentado ponerse en contacto conmigo, pero nunca tenía ganas de hacer nada. No me apetecía recibir a quien hubiera venido a verme.

—Rae, soy yo. —La voz de Ryker se oyó a través de la puerta cerrada—. Abre o echaré abajo la puerta. Tú eliges.

No lo dudé. Caminé hacia la puerta de entrada y la abrí. Llevaba una chaqueta de cuero y vaqueros, y sostenía un jarrón de rosas rojas. Miré las flores, oliendo inmediatamente su aroma que flotaba en mi dirección. Era un gesto precioso, y la expresión de mis ojos se suavizó enseguida.

—Gracias...

—Como no recibiste mis flores la primera vez, me he querido asegurar de que ahora sí. —Entró y las dejó en el mueble más cercano.

Acerqué la nariz a los suaves pétalos e inhalé su fragancia.

—Seguro que Jenny las disfrutó mucho.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Se quedó Jenny en tu casa una temporada?

—No, me refiero a la oficina.

—No las mandé a la oficina, sino a tu apartamento.

—Ah... ¿sí?

—Sí, por tu cumpleaños.

—Qué raro, porque estaba en casa. —No recordaba mucho de aquel día, excepto que Zeke me había hecho el mejor regalo de cumpleaños de mi vida—. Supongo que se equivocaron de dirección.

—Me dijeron en la floristería que las habían entregado.

—Hmm... pues no sé... —Su explicación me dejó desconcertada—. Rex vivía conmigo entonces...

—Sí...

—Ese imbécil debió tirarlas. —No le perdonaría algo así.

Ryker se rio, aunque la situación no era divertida en absoluto.

—Es posible. Me odia.

—Se va a llevar un buen guantazo...

—No se lo tengas en cuenta. Ya tienes las flores y eso es lo que importa. —Me sostuvo el rostro entre las manos y me besó mientras me embargaba el aroma de su colonia. Fue un beso increíble que hizo que me flaquearan las rodillas. Me apoyó contra el mueble y siguió besándome, haciendo que su lengua bailara con la mía.

—Estás siendo muy bueno conmigo después de haberte ignorado toda la semana... —Aparté los labios y comenzó a besarme el cuello.

—Me gusta cuando te haces la difícil. —Me agarró por el trasero y me levantó, bajando la boca hasta mi pecho. Estaba a punto de quitarme la camisa cuando entró Jessie.

—Hola, chica. Oh, vaya. —Iba vestida para salir y al vernos, se detuvo, intentando taparse los ojos con las manos—. Disculpad. No sabía que estabais tan fogosos.

—No pasa nada. —Me bajé la camisa y salté del mueble, sin avergonzarme de que Jessie nos hubiera visto. Había presenciado cosas peores, por desgracia—. ¿Qué pasa?

—Venía a ver si querías salir esta noche. Pero a juzgar por la ropa y el pelo que llevas... no te has movido en todo el día.

—Jessie no solía criticar, pero si tenía mal aspecto, me echaba la bronca.

—¿Qué planes tienes?

—Kayden y yo nos vamos de copas. Rex y Zeke han quedado esta noche. Ryker puede venir también, no vamos a cerrarle las puertas a nuestra noche de chicas.

Ryker sonrió.

—Gracias a ti, se pospone el sexo.

—Ya lo retomaréis después, estoy segura. —Me dirigió una mirada cargada de intención—. ¿Vienes o qué?

—Sí, claro. —Me pasé la mano por el cabello despeinado—. Deja que me vista.

—Y te peines y te maquilles —añadió Jessie—. Puedo ayudarte si hace falta.

—No soy una inválida, pero gracias —dije con sarcasmo.

—De acuerdo, allí nos vemos. —Jessie salió.

Ryker me siguió por el pasillo.

—La gente entra mucho sin avisar en tu apartamento.

—Qué me vas a contar. —Justo antes de que llegara al baño, me agarró y me empujó al dormitorio. Rocé el colchón con la espalda y mis pantalones desaparecieron al instante.

—Llevo pensando toda la semana en tus piernas. —Me besó los muslos y llegó hasta mi ropa interior. Sostuvo el encaje con los dedos y me bajó las bragas por las piernas hasta el suelo.

—¿Sí?

Trazó un sendero de besos en mi estómago, mientras se desabrochaba los vaqueros al mismo tiempo.

—Pensé en ellas la otra noche mientras me masturbaba.

Me estremecí y clavé los dedos en su cabello.

Ya se había quitado los bóxers y me penetró con su polla dura, poseyéndome de forma salvaje, como siempre. Cuando estaba dentro de mí, no pensaba en nada más, sólo en lo increíble que era el sexo con él. Me arrastraba a un lugar lejano, un mundo donde nada podía hacerme daño.

RYKER y yo estábamos de pie junto a una mesa en el centro del

local, y me acarició la espalda.

—Me gusta... —Contempló mi espalda desnuda, rozando la piel con sus dedos cálidos.

—Gracias —dijo Jessie—. Se lo presté yo.

—No, creo que es mío —dijo Kayden—. Lo compré en las rebajas la Navidad pasada.

Jessie entornó los ojos.

—Tienes razón, disculpa. Es que se parece a otro vestido que tengo.

—Estás impresionante. —Acercó los labios a mi oído, rozándome la piel con su cálido aliento.

—Gracias. —Sus besos me tranquilizaban, haciéndome sentir menos miserable por un instante. Necesitaba esa distracción. Ahora entendía por qué alguna gente se acostaba con otras personas para superar la pérdida de la persona a la que amaban.

Jessie se acercó a Kayden en la mesa y le susurró algo al oído.

Kayden miró por encima del hombro hacia la barra.

—Tiene que ser broma...

—¿Qué? —pregunté, queriendo saber sobre qué cuchicheaban.

—Eh... —Jessie hizo una mueca al mirarme—. Acabo de ver a Zeke en la barra... con esa estúpida buscona.

Estúpida buscona. Así la llamábamos las tres. Sentí un fuerte dolor en el corazón al enterarme, pero mantuve una expresión impassible en mi rostro, sin querer venirme abajo como en la cancha de baloncesto. Aquella tarde, me alejé porque me había echado a llorar. Era incapaz de recordar la última vez que me había pasado algo así.

Ryker se acercó a mi lado, agarrándome por la cintura. Hacía todo lo posible para que me sintiera mejor, pero sabía que no había solución. Sólo podía besarme y follarme hasta que dejara de pensar en Zeke.

—Ignóralos.

—No puedo ignorar a Zeke. —Era mi amigo, y los amigos no se ignoran—. Y no es maleducado contigo, así que no puedo serlo con esa estúpida buscona. —Me sentía mal en parte por llamarla así, porque era buena persona. Era agradable, cariñosa, y si no

estuviera saliendo con Zeke, seguramente podría ser su amiga.

Me besó la sien.

—Sí, supongo que tienes razón. Pero esta noche estás estupenda, así que asegúrate de que vea lo que se está perdiendo.

Sonreí al oír sus dulces palabras.

—Gracias...

Rex se acercó con Zeke y Monica detrás de él.

—Hola, no sabía que estabais aquí.

—¿De qué hablas? —preguntó Kayden—. Hace tres horas te dije que vendríamos aquí.

—Ah... —Rex se encogió de hombros—. Pensé que hablabas de otro sitio.

Zeke caminó hacia la mesa agarrando a Monica de la cintura. Ella llevaba un vestido ceñido que se ajustaba perfectamente a su figura. Era la chica más guapa de nuestra mesa, perfectamente peinada y maquillada con sombra de ojos oscura. Hasta Jessie a su lado parecía un troll. Vi que Ryker no dejaba de mirarla, pero ni siquiera me sentí celosa porque no podía culparlo. Además, el hombre cuya atención quería no era Ryker.

Zeke se volvió hacia mí, con una sonrisa en el rostro.

—Hola, ¿qué tal? —No me abrazó, sino que chocó el puño con el mío.

Quise llorar.

No quería chocar el puño con el suyo.

No quería ser su amiga

Me obligué a hacerlo, fingiendo una sonrisa.

—Nada nuevo. ¿Y tú?

—Esta noche iremos de bar en bar. —Zeke se volvió hacia Ryker y le tendió la mano.

Él se la estrechó.

—Te acuerdas de Monica, ¿no? —Zeke la presentaba como el trofeo que era.

—Claro. —Ryker le estrechó la mano a ella más tiempo del necesario.

Ella lo contemplaba con ojos golosos.

Me enfadé un poco. No porque sintiera celos por Ryker, sino

porque ella estaba con Zeke. Tenía al hombre más maravilloso del mundo a su lado, y miraba a otro. No me sentó nada bien.

—Disculpa, tengo que empolvarme la nariz. —Monica se alejó, moviendo las caderas como una supermodelo de pasarela.

Zeke dio un trago a la cerveza y la dejó sobre la mesa. Entonces le preguntó a Jessie por Tobias.

—Yo también voy al servicio. —Ryker me soltó la cintura y se alejó.

Estaba a solas con Zeke. Era la primera vez que nos veíamos cara a cara desde la noche en que rompimos. Nuestra relación había terminado en la acera de esa misma calle. Recordé la expresión de derrota en sus ojos cuando le dije que no iba a funcionar. Había dado media vuelta y se había alejado, dejándome marchar.

Zeke terminó su conversación con Jessie y se volvió hacia mí.

—¿Qué te cuentas?

¿Sería capaz de actuar como si no pasara nada? ¿Como si fuera una noche de viernes normal y corriente?

—No mucho. ¿Y tú?

—He contratado a una secretaria nueva para reemplazar a Jessica, y está haciendo un buen trabajo, así que ahora podré salir más temprano del trabajo.

—Sí... Es de agradecer.

Volvió a dar un trago a su cerveza, sin dirigirme su habitual mirada ardiente.

Lo echaba mucho de menos. Odiaba la distancia entre nosotros, aquella brecha evidente. La conexión por la que una vez viví había desaparecido, y ahora daría cualquier cosa por recuperarla. Ya no parecía importarme el hecho de que se hubiera acostado con dos mujeres. Sólo podía pensar en el horrible vacío que sentía en el pecho.

—Parece que Monica y tú vais en serio. —No sé por qué dije algo así, pero las palabras salieron de mi boca a trompicones.

Me miró a los ojos, tan atractivo como siempre.

—Yo no diría que vamos en serio. Por ahora, nos estamos conociendo.

—Pasas mucho tiempo con ella. —Cada vez que me lo encontraba, estaba agarrada de su brazo. Parecía algo más que una aventura.

Se encogió de hombros.

—Es maravillosa. Te acuerdas de ella, ¿verdad?

—¿Acordarme?

—Es la mejor amiga de Zoey. Creo que coincidisteis en una barbacoa hace unos años.

¿Era la amiga de su hermana? Eso implicaba que, si salían en serio, sería perfecta para su familia. Era peor de lo que pensaba.

—No... No caigo.

—Me gustaba mucho cuando era más joven, y me la encontré la otra noche. Empezamos a hablar... y ya sabes cómo sigue la historia.

Probablemente habían estado todo el fin de semana follando. Se me revolvió el estómago al pensarlo y sentí ganas de vomitar.

—Parece que Ryker y tú habéis vuelto. —No había enfado ni amargura en su voz. De hecho, parecía indiferente.

—No vamos en serio. —No quería que Zeke pensara que ya había iniciado una relación. Estaba muy perdida en ese momento, y no sabía qué dirección tomar. Me sentía desolada, tan triste como el día que nos separamos en la acera. La única felicidad verdadera que había sentido fue durante esos treinta minutos en que volvimos a estar juntos.

—Ryker no es tan malo, ¿sabes? Parece distinto ahora. Intentaré que Rex se tranquilice.

No sabía qué responder a eso, así que asentí.

Monica regresó y fue directa a los brazos de Zeke. Le echó los brazos al cuello y lo besó, justo delante de mí.

—Te he echado de menos...

Él le sonrió, contemplándola.

—Yo también a ti.

Sentí ganas de volcar la mesa y gritar, y al mismo tiempo, agazaparme en una esquina a llorar. Mi peor pesadilla se materializaba justo delante de mis ojos.

Ryker regresó, pero esta vez su brazo en torno a mi cintura no

sirvió de nada. Me miró y vio la desolación escrita en mi rostro.

—Debemos irnos ya si queremos llegar a tiempo a cenar al sitio donde hemos reservado mesa.

¿De qué estaba hablando?

Ryker me agarró de la cintura, atrayéndome hacia sí.

—Nos vemos luego. —Me sacó del bar como si nada hasta que estuvimos en la calle. El aire frío penetró en mis pulmones, pero no sirvió de mucho consuelo.

Ryker paró un taxi con la mano y me metió en el asiento trasero, alejándome de la horrible escena que acababa de presenciar. Me abrazó, acariciándome el cabello y haciendo todo lo posible por hacerme sentir mejor.

—Lo siento, cariño.

No iba a permitirme llorar, pero contener las lágrimas era una batalla constante.

—Lo sé...

VEINTICINCO

Rex

Jessie y Kayden estaban en la pista de baile, levantando las manos en el aire y moviéndose al ritmo de la música. Kayden, tremendamente sexy, meneaba el trasero, sonriendo y pasando un buen rato bajo las luces estroboscópicas. Todos la miraban, demasiado intimidados para acercarse.

—Rex. —Zeke chasqueó los dedos delante de mi cara—. ¿Me estás escuchando?

—¿Eh? —Me volví hacia Zeke y Monica, sin haber escuchado una palabra de la conversación anterior.

Zeke parecía querer darme un puñetazo en la cara.

—El plan no está funcionando. Me estoy comportando como un cabrón delante de Rae. Me dijiste que funcionaría, pero le estoy rompiendo el corazón y alejándola aún más de mi lado.

—Se pasó la mano por el cabello, nervioso.

—Tío, está funcionando —dije—. Relájate.

—Rex, no hemos logrado nada, excepto destrozar a Rae. Apenas se tiene en pie.

—Bien —repliqué—. Que sufra hasta que se dé cuenta de que ya no aguanta más y vuelva arrastrándose.

Zeke se agarró la cabeza y suspiró.

—No sé, tío. La cara que ha puesto...

—Creo que está funcionando —dijo Monica cruzándose de brazos—. No soporta que te toque. Aún te considera suyo. Y tenemos que lograr que esto funcione porque Ryker es el tío más

bueno que he visto en mi vida. —Miraba de uno a otro al hablar—. Además de por vosotros, por supuesto. Y no quiero pedirle salir. Necesito hacerlo.

—Nada me haría más feliz... —Zeke dio un largo trago a su cerveza, pues necesitaba más alcohol del que había en aquel bar para sobrellevar la situación—. Rex, estoy empezando a preocuparme. ¿Y si se aferra a Ryker porque está enfadada?

—No —repliqué—. No lo ha visto ni una vez esta semana porque quería estar sola. Lo está utilizando.

—Y es obvio que a él no le importa —dijo Zeke con amargura.

—Espera un poco más, ¿vale? —dije—. Creo que pronto entrara en razón.

—¿Cuándo va a ser eso? —preguntó Zeke—. Ya he besado dos veces a Monica delante de ella.

—Y fueron dos besos fantásticos, por cierto. —Ella sonrió, dándole un codazo.

Zeke estaba demasiado deprimido para responder.

—Dale una semana más —dije—. Sé paciente.

—¿Y luego qué? —preguntó—. ¿Y si no vuelve conmigo?

—No sé, tío. Supongo que, si llegamos a ese punto, puedes intentar hablar con ella. O... dejarla marchar.

Zeke volvió a dar otro trago a la cerveza, y esta vez la terminó.

—No puedo hacer eso, tío. Ya lo sabes.

VEINTISÉIS

Rae

Estaba sentada en la mesa de la cocina de Ryker contemplando la ciudad a través de los ventanales. Era noche cerrada, y las luces centelleaban con un brillo inusual. No había nubes en el cielo, pero no se podían ver las estrellas.

Ryker salió de la habitación y caminó por el pasillo, vistiendo únicamente unos pantalones de chándal. Esa noche nos habíamos ido a la cama sin hacer nada. No me interesaba el sexo, y a él, al parecer, tampoco. Me vio sentada en la mesa y acercó una silla a mi lado.

Todas las luces del apartamento estaban apagadas, pero lo prefería así. Costaba vislumbrar mi rostro en la oscuridad, por lo que Ryker no sabría que había estado llorando.

—Tienes unas vistas preciosas —susurré.

—Sí. A veces me siento aquí a pensar.

—¿En qué piensas?

Hizo una pausa antes de responder.

—En mi padre. En COLLECT. En ti.

—No sabía que pensabas en el trabajo más tiempo del necesario. —Sabía que no le gustaba lo que hacía. Trabajaba allí por obligación, y la muerte de su padre lo mantendría allí para siempre.

No se rio de mi broma.

—Hay ciertas cosas que siempre ocupan mis pensamientos.

Mantuve la vista fija en la ventana, preguntándome qué

estaría haciendo Zeke. ¿Estaría dormido? ¿Estaría Monica a su lado? ¿Ocuparían la cama en la que yo solía dormir cada noche?

—¿En qué piensas, cariño?

Noté sus ojos en mí.

—Ya lo sabes.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho que decir... —Todo el mundo sabía lo que sentía por Zeke. Mis sentimientos eran evidentes y, a pesar de mi situación con Ryker, sospechaba que incluso Zeke lo sabía. Debía haber visto la angustia en mis ojos esa noche.

—Rae, sé que ya te he dicho esto antes y no debería repetirme, pero lo haré de todos modos. —Cerré los ojos—. Dale otra oportunidad. —Volví a abrirlos, contemplando la torre Space Needle en la distancia—. No puedes vivir sin él, Rae. Puedo verlo escrito en tu cara, incluso en la oscuridad.

—Ahora está con Monica...

—No la ama —susurró—. Lo sé.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—Si le dijeras que quieres darle otra oportunidad, volvería contigo en un abrir y cerrar de ojos.

Yo no estaba tan segura.

—Sé que estás enfadada con él por lo que hizo. Pero perdónalo y pasa página. Lo amas como nunca me amaste a mí, y eso es mucho, porque sé cuánto me querías.

Miré a Ryker al fin, viendo las luces de la ciudad reflejadas en sus ojos azules.

—No todo el mundo tiene la suerte de vivir un amor así, Rae. Lo que tenéis es único y especial. Cometió un error, pero creo que deberías perdonarlo. Sabes que jamás volverá a hacer algo así.

—Pero...

—Perdónalo, Rae. Estás siendo injusta con él.

—¿En serio?

—Sí. —Me sostuvo la mirada mientras hablaba—. Termina con esta pesadilla y vuelve con él. Sé feliz.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas de nuevo, pues

sabía que tenía razón. Mi dolor nunca desaparecería hasta que volviera a estar con Zeke. Lo amaba de una manera especial porque era la persona perfecta para mí, mi alma gemela. Nunca sería feliz con ningún otro hombre mientras viviera. Aquella verdad era dolorosa y emocionante a la vez.

Pero sabía lo que eso significaba para Ryker. Me amaba y quería que tuviéramos una vida juntos. Cometió un error que nunca podría subsanar. Esperó demasiado.

—No seas como yo, Rae. —Podía leer mis pensamientos, como siempre—. Esperé demasiado para decirte que te amaba. Y perdí mi oportunidad para siempre. —Apoyó su mano sobre la mía en la mesa—. Que no te pase lo mismo.

Me eché a llorar, pero ahora por una razón totalmente distinta.

—Ryker...

Me apretó la mano.

—Sé que vas a volver con él, Rae. Lo he sabido todo este tiempo. Sólo quería disfrutar una última vez contigo antes de dejarte marchar.

Puse la otra mano sobre la suya.

—Lo siento tanto...

—No te disculpes, cariño. —Me miró con fuerza en los ojos, no con el dolor de meses atrás—. Daría lo que fuera por volver atrás en el tiempo y cambiar lo que hice. Ojalá te hubiera dicho lo que sentía cuando tuve oportunidad. Ojalá hubiéramos podido casarnos y tener hijos... pero sé que ya es imposible.

Las lágrimas resbalaron por mi barbilla y cayeron sobre la mesa.

—Debes estar con Zeke. No sientas pena por mí.

—Pero es inevitable. Ojalá las cosas fueran diferentes...

Retiró mi silla de la mesa y se dio unas palmaditas en el muslo.

Me senté a horcajadas en su regazo, acercando mi rostro al suyo.

—Espero que podamos ser amigos, Rae. No quiero interponerme entre vosotros, pero espero que este adiós no sea

para siempre.

—Claro que podemos ser amigos. Has sido una parte muy importante de mi vida, Ryker.

Me dirigió una débil sonrisa.

—Sé que algún día encontrarás a la persona adecuada, Ryker. Y será mil veces mejor que yo.

Su sonrisa parecía genuina.

—Espero que tengas razón. No cometeré dos veces el mismo error. Y espero que esté muy buena.

Me reí y noté que me liberaba de la tensión.

Me agarró por la cintura y me besó en la frente.

—Por mucho que odie decirlo, creo que es hora de que te vayas. —Ryker sostuvo mi rostro entre sus manos, acariciando mis mejillas con los pulgares para atrapar mis lágrimas. Su tacto era cálido y lleno de amor.

—Lo sé...

—Pero quiero decirte que te amo una vez más. Y escucharte decírmelo a mí. —Me acarició el cuello con los dedos—. Te amo, cariño.

Le eché los brazos al cuello, acercando mi rostro al suyo.

—Yo también te amo, Ryker. Para siempre. —Por última vez, presioné mis labios contra los suyos, dándole un beso diferente a cualquier otro. Era suave y cálido, lleno de todo el amor que nunca podría darle. No se trataba de atracción o química. Simplemente de amor, en su forma más pura.

ESTABA en el porche de su casa, en mitad de la noche. Eran más de las tres de la mañana, aproximadamente la misma hora a la que había ido unas semanas antes. No había ningún coche en el camino de entrada, pero eso no significaba que Monica no estuviera dentro, durmiendo en su cama.

Una parte de mí quería marcharse porque sentía que estaba haciendo algo mal al tratar de arrebatárselo. Pero otra parte de

mí se negaba a renunciar a él si había alguna posibilidad de recuperarlo. Con mano firme y determinación, llamé a la puerta.

Escuché sus pasos sobre el suelo de madera cuando se acercaba a la entrada, como la última vez. Se detuvo a mirar a través de la mirilla y, tras descorrer los cerrojos, abrió la puerta.

Sólo llevaba puestos los bóxers, y me observó con ojos azules indescifrables. Sus pensamientos eran un misterio para mí, y ocultaba sus emociones, impidiéndome saber lo que estaba pensando. No iba a hablar hasta saber qué quería yo.

—Lo siento... —Había practicado un millón de veces mi discurso mentalmente antes de llegar, pero todo se fue al traste. Notaba la lengua entumecida y me temblaba el cuerpo, pero no a causa del frío—. Siento molestarte y aparecer así en tu puerta. Es que...

—¿Qué? —dijo con frialdad—. No soy tu follamigo, Rae. Si quieres echar un polvo, llama a Ryker.

Me dolió el insulto, pero me lo merecía.

—No he venido aquí para eso.

—Pues dime para qué.

No me invitó a entrar y sospechaba que no lo haría.

—Lo siento si he llegado demasiado tarde y si he tardado demasiado en comprender mis sentimientos. Pero te amo y te echo de menos... y te perdono lo que hiciste. No soporto verte con Monica, ni con nadie. Quiero hacer que lo nuestro funcione porque eres el único hombre con el que quiero estar. —Mantuve mis sentimientos a raya y me negué a llorar. Ya había llorado bastante las últimas semanas—. Por favor, vuelve conmigo, Zeke.

No me recibió con los brazos abiertos como la última vez.

—Rae, no estoy dispuesto a más idas y venidas. No quiero otra rabieta la próxima vez que salga el tema. No puedes volver a enfadarte conmigo y marcharte. Eso se acabó.

—Para mí también.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Sí. —Estaba tan desolada que su error me parecía irrelevante. Sabía que no significaba nada para él, y que nunca

más me volvería a hacer daño. Seguía siendo mi mejor amigo pese a todo.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

Siguió observándome como si no me creyera.

—¿Confías en mí?

Asentí.

—Pues claro. Sé que no volverá a ocurrir porque me amas...

Zeke dejó a un lado su hostilidad y su mirada se suavizó. Ya no había tensión en sus hombros ni apretaba los puños. Me agarró por la muñeca y me atrajo hacia el interior de la casa, a sus brazos, lejos del frío. Cerró la puerta y me abrazó contra su pecho en la entrada con tanta fuerza que estuve a punto de quedarme sin respiración.

Cerré los ojos y saboreé el momento, sintiéndome al fin feliz por primera vez en mucho tiempo.

Se apartó con los brazos aún en torno a mi cintura.

—Quiero que hagas algo por mí.

—Vale.

—Quiero que traigas tus cosas aquí. Y que te deshagas de tu apartamento.

Me derretí al oír lo que me pedía.

—¿Quieres que me mude contigo? —Tras meses separados, pensé que querría tomarse las cosas con calma hasta que volviéramos a la normalidad. Pero me aliviaba saber que no era así.

—Sí. Hay que recuperar el tiempo perdido.

Esta vez lloré porque no pudo evitarlo.

—Será un placer...

Tomó mi rostro entre sus manos, secándome las lágrimas con sus besos.

—¿Y Monica?

—Olvídala. Ahora sólo estás tú.

Era guapa y fantástica, pero no dudaba un segundo en dejarla por mí. No sabía por qué Zeke me amaba tanto, cuando yo no merecía en absoluto su devoción eterna.

—Gracias... —Fue una respuesta extraña, pero en ese momento, no se me ocurrió nada mejor.

—Ya está, Rae —dijo con firmeza—. Hemos llegado al final del camino. Estaremos juntos para siempre. ¿Entendido?

—Sí —susurré.

Me cogió en brazos y enlacé las piernas en torno a su cintura de camino a su habitación. Cuando estuvimos dentro, me acostó y me quitó la ropa.

Me sentí aliviada de que no hubiera una mujer ocupando su cama.

Zeke me desnudó y se quitó los bóxers, mostrando su erección inmediata. Se colocó encima de mí y me penetró enseguida, con más agresividad que nunca. Era su forma de reclamarme y hacerme suya para siempre. Me besó con violencia mientras me embestía, sujetándome las muñecas a la cama.

Sentí su lengua moverse en mi boca, y respondí, mientras presionaba mi cuerpo contra el colchón. No pensé en nadie más en ese momento, ni siquiera en las dos mujeres a las que se había follado aquella terrible noche. Sólo pensé en nosotros, en nuestro nuevo comienzo, y fue entonces cuando supe que todo iría bien.

Que lo había perdonado de verdad.

CUANDO ME DESPERTÉ a la mañana siguiente, me sentí completa, como si hubiera recibido meses de terapia que hubieran funcionado al fin. El dolor constante que sentía en el estómago y el corazón había desaparecido, y sólo quedaba alegría. Zeke me abrazaba en la cama. Noté su pecho contra mi espalda, y supe que podía quedarme allí todo el día.

Me besó el cuello cuando vio que estaba despierta.

—Buenos días.

Era demasiado bueno para ser verdad.

—Buenos días.

Me rozó el lóbulo de la oreja con los labios.

—¿Cómo has dormido?

—Mejor que nunca.

Trazó un sendero con sus labios hasta mi hombro, dándome un beso final.

—Bien. Te va a hacer falta la energía para hoy.

—Oh... Me gusta cómo suena. —Me froté el culo en su regazo, contra su erección matutina.

Se rio.

—Porque vas a mudarte.

—¿Hoy? —pregunté incrédula.

—Sí. Así que, en marcha. —Saltó de la cama y empezó a vestirse.

—Espera... ¿No hay revolcón primero?

Se puso una camiseta y pantalones cortos de deporte.

—Ya habrá tiempo después para eso.

Me levanté de la cama y caminé hacia él, mientras observaba cada uno de mis movimientos. Me puse de rodillas y le quité los pantalones. Aún tenía la polla dura, y cuando se la agarré y la lamí de los testículos hasta la punta, no se quejó.

Cerró los ojos y gimió en silencio, agarrándome del cabello.

—Vale, tenemos algo de tiempo...

ZEKE LLAMÓ con fuerza a la puerta de Rex antes de entrar en mi apartamento. Traíamos cajas y bolsas de plástico para guardarlo todo. Los muebles se quedarían porque pensaba venderlos, ya que no había sitio en casa de Zeke.

—¿Qué? —Rex se frotó los ojos somnolientos, vestido sólo con pantalones de chándal—¿Por qué llamáis a mi puerta un domingo? Seguro que es ilegal.

—Porque voy a mudarme. —Le tendí una caja—. Y me vas ayudar.

Me miró sin entender lo que estaba pasando porque seguía

adormilado. Entonces miró a Zeke, aún en la inopia.

—Venga, Rex —dijo Zeke—. Sigue pensando...

Por fin se dio cuenta.

—Espera... ¿Vosotros dos...?

—Sí —respondí.

Hizo un gesto de victoria.

—Sí, joder. Me alegro tanto de que este culebrón termine de una vez. —Me quitó la caja de las manos—. Te sacaré de aquí lo antes posible, no vaya a ser que cambies de opinión otra vez.

—No lo haré. —Ya sabía lo que era la vida sin Zeke, y no quería volver a experimentarlo jamás.

Kayden entró en mi casa un momento después, llevando ropa de Rex que le quedaba enorme.

—¿Qué está pasando aquí?

—Me mudo con Zeke. —Era maravilloso decirlo en voz alta, saber que era verdad.

—¿En serio? —Se tapó la boca con la mano—. Oh, es genial.

—Me dio un abrazo—. Me alegro tanto por ti...

—Gracias. Aunque ya no seremos vecinas.

—Pues perfecto —dijo Rex mientras metía en una caja mi álbum de fotos—. Ya te veo demasiado con lo fea que eres.

Entorné los ojos.

—Lo mismo digo.

Safari se le echó encima a Zeke en cuanto cruzó la puerta. Como si supiera que sucedía algo emocionante, giró en círculos a su alrededor y le lamió la cara.

—Hola, chico. —Zeke lo abrazó para detenerlo—. Sí, te vienes a vivir conmigo, y a mí también me entusiasma la idea.

Safari gimió de nuevo y le apoyó las patas en el pecho.

Zeke rio y le rascó detrás de las orejas.

—Puedes hacer toda la caca que quieras en el patio. Es todo tuyo, colega.

Kayden bajó la voz a mi lado.

—A veces creo que Safari quiere a Zeke más que a ti.

—¿A veces? —pregunté—. Dirás siempre.

Kayden se rio.

—Al menos Safari será feliz.

—Odiaba a Ryker, así que lo nuestro nunca habría funcionado —dije con risa forzada.

—¿Sí? —preguntó—. Pues entonces, mejor así. Los perros tienen una intuición increíble, hay que hacerles caso. —Se volvió hacia la puerta—. Voy a vestirme y ahora vuelvo.

—De acuerdo. Llama a Jessie y a Tobias, ¿vale?

—¿Estás de coña? —preguntó—. Son sólo las nueve. Apuesto a que Jessie aún no se ha acostado.

Reí porque era muy probable que tuviera razón.

DESCARGAMOS todo en casa de Zeke, colocando mi ropa en el armario de la habitación de invitados, junto con mis numerosos zapatos. Por suerte, su casa era grande, así que no tendría que desprenderme de las cosas innecesarias.

No puse ningún reparo a marcharme de mi apartamento tan rápido. Me pareció bien llevar mis cosas a su casa, como si al fin regresara a mi hogar. Safari se sintió en la gloria en cuanto llegamos, sentado en la hierba persiguiendo a las ardillas en los árboles. La decoración de la casa de Zeke era un poco masculina, pero la dejaría así por ahora e iría introduciendo cambios cuando no se diera cuenta.

—¿Queréis salir esta noche? —preguntó Rex—. Para celebrarlo.

—Claro —dijo Zeke.

Yo no. Quería quedarme en casa y hacer el amor toda la noche.

—Pero necesitaremos unas horas —añadió Zeke—. Para situarnos, ya sabéis.

Sabía lo que eso significaba y se me pusieron los dientes largos.

—Vale, genial —dijo Rex—. Nos vemos luego. —Todos se marcharon de la casa, dejándonos a solas con varias cajas que aún no había abierto.

—Parece que somos oficialmente compañeros de piso. —Tenía un aspecto sexy incluso con una camiseta vieja y pantalones cortos. Poseía brazos fuertes y musculosos, y un torso potente. Me agarró por las caderas, mirándome con adoración.

—¿Compañeros de piso? —pregunté—. Diría que somos más que eso. Tal vez, follamigos que viven juntos.

Soltó una carcajada.

—A mí me vale.

—O compañeros de piso que se quieren mucho...

—Aún mejor. —Sonrió antes de besarme, y se me entumecieron los labios ante aquella sensación increíble.

Llevábamos casi veinticuatro horas juntos y aún no se había puesto en contacto con Monica. Intentaba no pensar en ello, pero quería asegurarme de que se había ido para siempre, que no aparecería en la puerta con lencería y un impermeable encima.

—¿Zeke?

—¿Hmm?

—¿Has roto ya con Monica?

—Sí. No te preocupes. —Me estrechó entre sus brazos antes de conducirme al sofá.

—Pero has estado todo el día conmigo. ¿No crees que deberías decírselo?

Me tumbó en el sofá y se quitó la camiseta.

—No recuerdo que fueras tan habladora durante el sexo.

—Necesito asegurarme de que no volveré a verla. —Aquella mujer me provocaba unos celos enormes. Era perfecta, y me sentía intimidada por ella—. Tengo que saber que no se presentará en la casa ni nada parecido...

—Créeme, no lo hará. —Se desabrochó los vaqueros y se los quitó.

—¿Por qué no la llamas?

Me quitó las bragas y se puso encima de mí, mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas.

—Te diré por qué. —Acercó su frente a la mía—. Nunca salí con ella de verdad, Rae. Era todo una farsa.

—¿Una farsa?

—Rex pensó que podrías ponerte celosa y te darías cuenta de que no querías estar sin mí. Y funcionó.

—Entonces... ¿no te acostaste con ella?

—No. —Me miró a los ojos, observando mi reacción—. Lo siento si te has enfadado, pero no me arrepiento de haberlo hecho. Estás ahora mismo en este sofá gracias a eso.

—No estoy enfadada...

—Entonces, ¿qué sientes? —preguntó.

—Es que... —Me invadió la culpa, y me sentí fatal por lo que había hecho—. Me... acosté con Ryker porque...

—Lo sé. Y no pasa nada. Cometiste un error igual que yo. Dejémoslo en el pasado.

No merecía su compasión.

—Rae, sin ti me sentía desolado. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que regresaras. No podía imaginarme con otra persona, no después de encontrar a la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida.

—Es muy bonito lo que dices...

—Nunca he perdido la esperanza en lo nuestro, Rae. Y nunca lo haré. —Me dio un beso lento y seductor en el sofá, y me penetró despacio, abriéndose camino en mi interior.

Deslicé las uñas por su espalda.

—Te amo...

Murmuró la respuesta contra mis labios mientras se movía sobre mí.

—Yo también te amo.

ZEKE TERMINÓ la llamada y guardó el móvil en el bolsillo de sus vaqueros.

—¿Qué te ha dicho?

—Que se alegra por mí. —Se puso una chaqueta negra—. Dice que ojalá hubiera podido ser antes.

Ya éramos dos.

—Ya no la odio tanto...

Se rio.

—Supongo que yo tampoco odio tanto a Ryker.

—¿En serio? —Me había acostado muchas veces con él.

—Te dejó ir. ¿Cómo voy a odiar a un tío que se apartó para que volviéramos a estar juntos?

Le había contado que Ryker intentó convencerme para que volviera con él varias veces. Anteponer mi felicidad a la suya había sido un gesto muy caballeroso.

—Entonces, ¿ahora sois buenos amigos? —bromeé.

—No —dijo riendo—. Pero ya no lo desprecio. Monica cree que es el tío más bueno que ha visto jamás. —Entornó los ojos—. No entiendo qué ven las mujeres en ese tío. Se ve de lejos que trae problemas.

Lo entendía demasiado bien.

—¿Le gusta?

—Eso fue lo que dijo.

Se me ocurrió una idea. Era disparatada y puede que no funcionara, pero valía la pena intentarlo.

—Hmm...

—¿Qué?

—Lo voy a llamar. —Busqué mi teléfono en el bolso y llamé a Ryker.

Respondió casi de inmediato.

—Cuánto tiempo. —Su voz estaba llena de confianza—. Creí que no tendría noticias tuyas en una temporada.

—Zeke acaba de decirme algo interesante y quería darte la información.

—¿Qué? —preguntó—. Espero que no sea un discurso de victoria.

—No. Me ha dicho que Monica dijo que eras el tío más bueno que había visto jamás.

Aunque no estuviera allí, sabía que estaba sonriendo.

—¿En serio?

—Sí. ¿Qué te parece?

—¿A qué te refieres?

—Vamos a salir esta noche, y podemos decirle que se venga.
¿Quieres verla?

Se rio al teléfono.

—¿Me estás organizando una cita?

—En realidad, no —dije—. Pero he visto una oportunidad y me he lanzado. ¿Te apuntas?

—Pues... está bastante buena.

Pensé que me pondría celosa al oír sus palabras, pero no lo estaba en absoluto.

—Zeke dice que es genial. Sensata y divertida. También es inteligente.

—Sabes que no me importan esas cualidades, cariño.

—Conmigo sí.

—La situación era diferente.

—Creo que deberías probar. —No quería presionarlo, pero deseaba que se recuperara—. Y ver qué pasa.

—Supongo que tienes razón. ¿Por qué no?

—Genial. ¿Quedamos dentro de una hora?

—Vale. Hasta ahora. —Colgó.

Zeke me observaba con una sonrisa en el rostro.

—¿Acabamos de liar a nuestros ex?

—Eso parece. Lo vi mirando a Monica la última vez que estuvimos juntos, y pensé que podría estar interesado...

—Tendría que ser gay para no estarlo.

Lo fulminé con la mirada.

—No es que haya estado interesado en ella, a mí sólo me interesas tú. —Me abrazó por la cintura, atrayéndome hacia sí para besarme—. Así que no te preocupes.

—Bien. La verdad es que me despierta curiosidad... Es preciosa.

—No tanto como tú. —Volvió a besarme—. Tú eres mucho mejor que ella.

Sonreí.

—Me gustan tus cumplidos.

—Bien. Porque vas a recibir muchos de ahora en adelante.

—¡OH! —Monica abrazó a Zeke en cuanto lo vio—. Me alegro tanto por ti.

Ya no sentía celos cuando lo tocaba, pues sabía que era mío y nunca fue suyo en realidad.

Monica se dirigió a mí después.

—Espero que no me guardes rencor.

—Para nada. —Le di un abrazo—. Me dolió, pero gracias a eso hemos vuelto, así que no pasa nada.

—Bien —dijo—. Zeke no tenía consuelo sin ti. Es como si fuera parte de mi familia, y quería hacer todo lo posible por ayudarlo. Me alegro mucho porque hacéis una pareja adorable.

—Gracias. —Zeke me acercó a su lado—. Imagina cómo serán nuestros hijos.

—Adorables si se parecen a ti. —Era bonito hablar del futuro con certeza, sabiendo que nos casaríamos y viviríamos en esa casa durante el resto de nuestras vidas.

—Bueno. —Monica se frotó las manos—. Zeke me ha dicho que habéis traído algo para mí...

Ryker apareció en ese momento, con una camiseta negra y vaqueros oscuros. Estaba tan sexy como siempre. Sus brazos llenaban la camiseta, que ponía en relieve su fuerte torso. Se había afeitado antes de venir al bar, y mostraba su mandíbula cincelada.

—Me alegro de volver a verte. —Ryker se acercó a ella, empleando su gran atractivo sexual para ponerla nerviosa—. Me ha dicho un pajarito que te parezco sexy.

Monica sabía torearlo mucho mejor que yo.

—El tío más sexy que he visto nunca, de hecho.

Ryker sonrió, con ojos ardientes.

—Mejor aún. ¿Puedo invitarte a una copa?

—Puedes invitarme a todas las que quieras.

Se rio.

—En ese caso, no nos iremos de aquí hasta que estés borracha

como una cuba.

—Puedes llevarme a la cama sin necesidad de emborracharme.

Pasó junto a ella mientras se dirigía a la barra, mirándole las piernas sin ningún pudor. Luego se abrió paso entre la multitud hacia el otro lado del local.

Monica se volvió enseguida y lo vio alejarse, con la vista fija en su trasero.

—Dios mío, está cañón. Le voy a echar el guante.

—Ten cuidado —le advirtió Zeke—. Es un mujeriego.

—Ah, no importa —dijo Monica—. Yo soy igual.

Rex y Kayden se acercaron, cogidos de la mano.

—Oh, qué bien —dijo Rex—. Todo vuelve a la normalidad. Zeke no deja de mirar a mi hermana y Rae ya no parece anoréxica. Más os vale no estropearlo o tendré que daros una paliza.

—Nada de tonterías —advirtió Kayden, señalándonos con el dedo.

Zeke me besó la sien.

—Creo que esta vez lo tenemos claro.

—No sacaremos los trapos sucios —dije—. A menos que estemos los dos solos. —Ahora que volvía a ser feliz, podía bromear sobre el pasado. Ya había quedado atrás y no había que tomárselo en serio.

—No volveré a ponerme celoso —dijo Zeke.

—Y yo no te daré motivos para estarlo —añadí.

—Bien —dijo Rex—. Tal vez algún día podáis tener una relación tan sólida como la que tenemos Kayden y yo. Pero lleva tiempo. Sed pacientes.

Desvié la mirada.

—Cállate, Rex.

—¿Qué pasa? —preguntó Rex—. Soy el gurú de las relaciones de pareja. Escogí a la chica más sexy del mundo, la convencí para mudarse conmigo y la amo. —Flexionó ambos brazos, mostrando los bíceps—. Soy el puto amo.

A Kayden no parecía importarle lo que decía. Se limitaba a

contemplantarlo extasiada, como siempre.

—Gurú, ¿eh? —pregunté—. ¿No tiraste las flores que me envió Ryker?

Rex bajó los brazos y su rostro palideció.

Zeke tenía una expresión culpable en su rostro, como si supiera exactamente de lo que hablaba.

Kayden parecía confusa.

Ladeé la cabeza, taladrándolo con la mirada.

—¿Te ha comido la lengua el gato, gurú?

—Eh... —Miró a Kayden antes de volverse hacia mí—. Tengo que traerle una copa a mi nena. Nos vemos luego... —Abandonó el grupo y se dirigió a la barra, reuniéndose con Ryker en la esquina.

Kayden se cruzó de brazos, entornando los ojos.

—¿De qué hablas?

—Ryker me envió flores por mi cumpleaños, pero nunca las recibí porque Rex las tiró. Lo descubrí hace unas semanas.

—Podía imaginarme la escena en mi mente. Seguramente Rex le había abierto la puerta al repartidor y las había arrojado al cubo de la basura. Lo más probable es que ni siquiera hubiera leído la tarjeta—. Y a juzgar por tu cara, tú también lo sabías. —Me volví hacia Zeke.

Se encogió de hombros.

—Me lo dijo cuando ya habíamos roto.

—Vale, no eres culpable. —No había razón para que me lo confesara si ni siquiera estábamos juntos en ese momento. No estaba obligado a nada.

—No puedo creer que Rex haya hecho eso— dijo Kayden—. Voy a tener que darle una bofetada.

—No —dijo Zeke—. Me dijo que le gusta cuando le pegas.

—Aun así, le echaré una buena bronca... Disculpadme.

—Kayden se fue a la barra justo cuando Jessie y Tobias se acercaban a nuestra mesa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jessie—. ¿Es que ya no saluda?

—Ha ido a gritarle a Rex —expliqué.

—Ah, vale. —No se molestó en pedir más información—.

Kayden me lo ha contado todo. Enhorabuena.

—Gracias —dije—. Más os vale acostumbraros.

—Nos encantará —dijo Jessie—. Ahora podremos salir en pareja las tres.

Tobias tenía una cerveza en la mano, pero Jessie no estaba bebiendo, y eso era muy extraño en ella.

Entorné los ojos e inmediatamente llegué a una conclusión que me parecía improbable. Jessie siempre era muy cuidadosa en ese aspecto. Usaba dos métodos anticonceptivos: la píldora y la marcha atrás.

—Jess... ¿por qué no bebes?

Su expresión se llenó de terror al momento.

—Es que no tengo sed.

—Mentira. ¿Estás embarazada?

Su terror aumentó aún más.

Seguramente no debería haberla puesto en el punto de mira, pero mis emociones se habían adueñado de mí.

Tobias le rodeó los hombros con el brazo.

—Sí, vamos a tener un bebé.

—Oh, Dios mío. —Me tapé la boca con la mano y grité—. ¿En serio?

Ahora que había saltado la liebre, Jessie se relajó.

—No queríamos decir nada porque acababais de volver juntos...

—Qué más da eso. —Rodeé la mesa para abrazarla—. Enhorabuena.

—Ay, Dios, Rae. —Me devolvió el abrazo con fuerza—. Necesito ayuda. No sé nada de bebés.

—¿Y crees que yo sí? —pregunté incrédula.

—Seguramente sabes más que yo —replicó.

—Pediremos libros de bebé por Amazon —dije—. Seré la mejor tía del mundo.

—Gracias —dijo Jessie—. Porque sabemos que este bebé va a odiarme.

Zeke se acercó a Tobias y le estrechó la mano.

—Enhorabuena, tío. ¿Cómo lo llevas?

—Al principio estaba aterrorizado —dijo Tobias—. Pero, ¿sabes qué? Si Jessie y yo tenemos un bebé será precioso, sin duda. Sólo hay que verla a ella. —Señaló en su dirección—. Podría ser peor.

Zeke sonrió.

—Bien dicho, amigo mío.

—No vamos a casarnos, pero seguiremos saliendo —prosiguió Tobias—. Ya veremos cómo van las cosas. Me estoy haciendo mayor de todas formas, así que ya es hora de sentar la cabeza y ser padre.

—Es verdad —dijo Zeke—. No sé cuándo empezaremos Rae y yo, pero espero que sea pronto. Y si no, siempre está bien practicar.

Ryker se acercó con las bebidas y habló en voz baja con Monica. Estaban en su propio mundo. Ella dijo algo que hizo reír a Ryker, y él no podía dejar de sonreír, absorto en la conversación.

Rex y Kayden regresaron con sus copas.

—¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó Rex—. Por favor, no me digas que habéis vuelto a romper.

Me entraron ganas de arrojarle la bebida a la cara.

—¿Y mis flores?

Rex entornó los ojos.

Jessie se tocó la barriga con ambas manos, aunque estaba plana como una tabla de planchar.

—Tobias y yo vamos a tener un bebé.

—¿Qué? —Rex tiró la bebida al suelo. Por suerte el vaso era de plástico y no se rompió—. No me jodas. ¿Vais a tener un bebé? ¿Un bebé humano?

—¿Qué otra clase de bebé quieres que tengan? —replicó Zeke—. ¿Un extraterrestre?

Kayden la abrazó.

—Oh, Dios mío. Vaya noticia.

—Lo sé —dijo Jessie—. Necesitaré ayuda porque solo sé peinar.

—Te echaremos una mano —dijo Kayden frotándole la espalda a Jessie—. Seremos las mejores tías del mundo.

—Bien —dijo Jessie—. Y tengo que hablar con Zeke del parto.
—Lo miró a los ojos—. ¿Duele tanto como dicen?

—Soy dermatólogo —respondió—. Yo no...

—¿Duele tanto como dicen? —repitió Jessie contundente.

Zeke se encogió de hombros e hizo una mueca.

—No va a ser fácil...

—Ay, Dios. —Jessie me agarró la mano—. Estoy aterrorizada.

—Todo irá bien, nena. —Tobias le echó el brazo por los hombros—. Yo estaré allí contigo en todo momento. Podrás romperme la mano si quieres.

—Vale. —Me solté—. Porque ha estado a punto de romperme la mía.

—¡Es tan emocionante! —exclamó Kayden—. Vosotros habéis vuelto, Ryker y Monica son perfectos el uno para el otro, y Jessie va a tener un bebé. Qué suerte, chicos. Lo tenemos todo.

Zeke me dirigió una mirada cargada de afecto, la misma expresión con la que me había mirado toda la vida. Sólo hasta hacía muy poco había entendido su verdadero significado. Ahora no podía vivir sin ella, y necesitaba verla cada día.

—Sé que tengo todo lo que deseo.

La expresión de mis ojos se suavizó, al igual que mi corazón.

—Yo también.

Epílogo

RAE

Jessie estaba sentada en un banco junto a la canasta de baloncesto, embarazada de ocho meses y bastante incómoda.

—¿Me juzgaríais si os dijera que ahora mismo odio a mi bebé?

—Se pasó la mano por el estómago, molesta por la presión en la vejiga.

—No —respondió Kayden—. Porque sabemos que adoras a ese niño.

—Aguanta un mes más, nena —dijo Tobias levantando un dedo—. Y podrás volver a dormir.

—Uf. —Jessie sostenía una sombrilla sobre su cabeza para protegerse del sol. Llevaba un vestido blanco holgado, y se le marcaba la barriga—. Echo de menos dormir...

—¿Cómo van los equipos? —Zeke sostenía el balón debajo del brazo—. No quiero estar en el de Rae.

—¿Cómo te atreves? —repliqué—. Soy la que mejor juega.

—Pero quiero ponértelo difícil. —Hizo bailar sus cejas.

—¿Y si formamos equipo Rae, Kayden y yo? —sugirió Rex—. Kayden no cuenta porque juega fatal.

—Oye. —Kayden le dio un guantazo en el brazo—. Hago lo que puedo.

—Lo sé, nena —dijo—. Pero soy sincero. Rae es quien mejor juega y a mí no se me da mal. Así que creo que estamos igualados.

—De acuerdo. —Zeke dribló el balón—. Que empiece el

partido.

Zeke se hizo con el balón al saltar, pero lo perseguí como alma que lleva al diablo por la cancha. Era más fuerte y más grande, pero yo era delgada, así que podía moverme con mayor velocidad. Lanzó el balón para encestar, pero rebotó en el aro.

Me hice con el balón con fiereza, lanzándoselo con fuerza a Rex.

Rex lo atrapó y encestó.

—Sí, joder. Vamos ganando por dos puntos, capullos. —Chocó los cinco conmigo.

—Por ahora —dijo Tobias amenazadoramente.

Le saqué la lengua a Zeke.

Entornó los ojos, como si quisiera chuparme la lengua y hacer cosas desagradables con ella.

Era saque para el equipo que iba ganando, así que me situé detrás del aro junto a Jessie y Safari. Era casi imposible que Rex tuviera vía libre, pero fingió correr a la derecha y lo logró.

Corrimos por la cancha y Rex me la pasó.

Pero Zeke apareció de la nada y me robó el balón.

—Lo siento, nena. —Corrió hacia el lado opuesto de la cancha, mucho más rápido de lo que yo era capaz de correr. Y anotó un tanto.

Zeke chocó los cinco con Tobias.

—Vas a tener que echarle más ganas, nena. No te lo voy a poner fácil.

Desvié la mirada.

—Yo seré quien no te lo ponga fácil esta noche cuando volvamos a casa.

—Oh... —Tobias soltó una carcajada—. Parece una amenaza sutil.

Zeke sonrió.

—Te tomo la palabra.

—Y yo no voy a poder contener las ganas de vomitar —replicó Rex.

Comenzamos de nuevo el partido, yendo de un lado a otro de la cancha y tratando de encestar. Estábamos muy igualados,

empatando la mayor parte del tiempo. Zeke y Tobias eran excelentes jugadores, y Rex y yo formábamos un buen equipo. Kayden se limitaba a correr de un lado a otro e intentar hacerse con la pelota cuando rebotaba con fuerza fuera del aro.

Zeke recuperó el balón y corrió por la cancha.

No iba a dejarlo escapar esta vez y lo perseguí de cerca.

—¡AHORA! —Zeke se detuvo y soltó el balón.

Todos los demás se detuvieron y formaron un semicírculo.

¿Qué demonios estaba sucediendo?

Jessie se acercó corriendo con una cámara, permaneciendo a un metro y medio de distancia.

Zeke sacó algo del bolsillo e hincó una rodilla en el suelo. Era una caja negra, y abrió la tapa para revelar un brillante anillo de diamantes.

—Rae, ¿quieres casarte conmigo?

Me cubrí la cara, en estado de shock, sin importarme que Jessie me estuviera haciendo fotos o que todos mis amigos estuvieran allí de pie sonriendo. Kayden estaba llorando, secándose las lágrimas entre sollozos. Rex sonreía ampliamente, mostrando todos sus dientes sin apartar los ojos de mí. Zeke me contemplaba con alegría en la mirada, sabiendo cuál sería mi respuesta cuando se me pasara la impresión.

—Oh, Dios mío... —Aparté las manos de mi rostro, con lágrimas en los ojos. No me lo había esperado en absoluto, y que fuera una sorpresa lo hacía mil veces mejor. Había comenzado de forma normal, un sábado como cualquier otro jugando al baloncesto en el parque, y se había convertido en algo maravilloso—. Oh, Dios mío... —El anillo era precioso, de corte princesa en oro blanco. Nunca le había dicho cómo lo quería porque no me importaba. Cualquier anillo que eligiera para mí sería perfecto—. Zeke...

Caí de rodillas frente a él, sin importarme el duro cemento. Lo miré a los ojos, a punto de romper a llorar.

—Sí. Sabes que mi respuesta es sí.

Sonrió y me puso el anillo, colocándolo perfectamente en mi dedo anular izquierdo. Los preciosos diamantes brillaban a la luz.

En cuanto sentí el material frío sobre mi piel sudorosa, supe que no me lo quitaría jamás.

Zeke me estrechó con fuerza entre sus brazos. Ocultó la cara en mi cuello mientras todos aplaudían a nuestro alrededor, silbando y vitoreándonos.

—Te amo, Rae.

—Yo también te amo. —Me aparté y compartí con él nuestro primer beso como prometidos. A lo largo de mi vida había perdido muchas cosas. Mi padre nos había abandonado porque no quería la responsabilidad de una familia, y cuando mi madre no tuvo otra cosa por la que vivir, ni siquiera Rex y yo le importamos y se suicidó. Pero había formado mi propia familia, mi grupo de personas con las que podía contar para todo. Y no me hacía falta más. Había encontrado al hombre que siempre estaría a mi lado, que me amaría y cuidaría de mí todos los días. Por primera vez, me sentía completa.

—TENEMOS que ir a casa y hacer las maletas —dijo Zeke.

—¿Las maletas? —pregunté—. ¿Por qué?

—Porque nos vamos de viaje.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Hawái. Ya he hablado con Ryker y te ha dado vacaciones. Así que vamos al aeropuerto.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté a gritos, tan emocionada que no era capaz de hablar en un tono normal.

—¿Y sabes cuál es la mejor parte? —preguntó Rex—. Kayden y yo también vamos.

—¡Oh! —Volví a abrazar a Zeke—. Es increíble. Muchísimas gracias.

—No me las des, nena. Voy a ser tu marido, así que debes ir acostumbrándote a estas cosas.

—Qué afortunada soy. —Presioné el rostro contra su pecho, conteniendo el impulso de llorar—. ¡Tengo tanta suerte!

Me dio un beso en la frente.

—No. El afortunado siempre he sido yo.

Epílogo II

ZEKE

—Zeke. —Rae me agarró por el brazo y me zarandeó.

—¿Eh? —Mantuve los ojos cerrados y me di la vuelta, moviendo el brazo bajo su enorme barriga. Seguía medio dormido.

—Zeke, despierta.

Noté vagamente la humedad debajo de mi cuerpo, el líquido tibio que empapaba las sábanas.

—Creo que he roto aguas.

Abrí los ojos de golpe al comprender lo que pasaba. Me senté erguido y comenzó a latirme con fuerza el corazón. Mi instinto de protección se había activado. Sabía exactamente lo que sucedía cuando una mujer rompía aguas y lo que debía hacerse.

—Vale, nena. Espera. —Salí de la cama, me vestí y cogí la bolsa que habíamos preparado para la estancia en el hospital. Fui a su lado de la cama y la ayudé a levantarse. Era menuda, así que su barriga parecía más grande de lo normal. Con solo mirarla, sabía que nuestro hijo estaría sano y feliz.

—Dios, creo que he notado una contracción. —Se agarró la barriga, jadeando de dolor.

—Toma aire por la nariz y suéltalo por la boca— le indiqué.

—Vale —dijo respirando profundamente.

La levanté y le rodeé la cintura con el brazo mientras la llevaba al garaje para montarnos en el Jeep. Cuando estuve en carretera, llamé a Rex.

—Me —respondió—. Blem co...

—¿Qué? —pregunté, sin saber lo que decía.

—Blar blar...

—Tío, tu hermana está a punto de dar a luz, así que mueve el culo y levántate.

Eso hizo que volviera en sí.

—Oh, mierda. ¿De verdad?

—Sí, de verdad. Nos vemos en el hospital. Avisa a los demás.

—Colgué y conduje por las calles vacías hasta el centro médico. Acerqué la mano libre a la barriga de Rae, sintiendo a mi esposa y a mi hijo al mismo tiempo.

Rae jadeó al sufrir otra contracción.

No pasaba mucho tiempo entre una contracción y otra, por lo que tendría al bebé más pronto que tarde. Mejor para ella, así no tendría que pasar por un parto de veinticuatro horas.

—Lo estás haciendo genial. Sigue respirando.

—¿Por qué vienen tan rápido las contracciones?

—Es normal. No te preocupes. —Intentaba que estuviera tranquila hasta encontrar un sitio para aparcar junto al hospital. Cuando lo conseguí, la saqué del coche y entramos en el área de maternidad. Hice el ingreso y, de inmediato, la llevaron a la sala de partos.

Me quedé junto a su cama, cogiéndola de la mano.

—¿Ya viene el bebé? —preguntó, jadeando debido a otra contracción.

—Está deseando conocernos.

Asintió, con el rostro y el cuello cubiertos de sudor.

—Yo tampoco puedo esperar a verlo. Va a ser clavado a ti, lo sé.

—Se parecerá a los dos, Rae. —Le apreté la mano.

La acompañé a la sala de partos con el médico y la enfermera. Tenía las piernas separadas y el médico la estaba examinando.

—Tienes que empezar a empujar, Rae —le indicó—. Ya viene.

Le agarré la mano y vi determinación en sus ojos. Ya le habían administrado la epidural, pero sentía molestias. Tenía las mejillas empapadas en sudor, y la cara roja e hinchada.

—Pronto habrá terminado, sigue empujando.

—Lo sé.

—Va a doler, pero puedes hacerlo.

—No me asusta el dolor. —Apretó los dientes y empujó.

Mi esposa me sorprendía cada día, pero su fuerza y determinación seguían pillándome por sorpresa. Nunca le tenía miedo a nada, y aceptaba los desafíos sin pestañear.

Sostuve su mano mientras veía trabajar al médico. Ya se veía la cabeza, y el bebé comenzaba a salir poco a poco.

—Nena, lo estás haciendo genial. Ya viene.

—Vale. —Empujó con más fuerza, cerrando los ojos y gritando al mismo tiempo.

—Un poco más, Rae —ordenó el médico.

Contuvo la respiración y volvió a empujar.

—Sigue respirando —le recordé.

Asintió y tomó aire. Al poco, nació nuestro hijo. Lloró ruidosamente en la sala de partos, y sus llantos resonaron en las paredes. Era música para mis oídos, pura magia.

—Lo conseguiste, nena. —Me incliné hacia Rae y la besé, ignorando el sudor producto de la fatiga—. Lo has hecho genial.

—Dios, estoy tan cansada... ¿Dónde está?

—Lo están lavando. —Compartí mi último momento a solas con mi esposa, disfrutando de nuestros últimos minutos en soledad. Durante años, habíamos estado solos con Safari, pero ahora nuestra familia había crecido y éramos tres. Aunque echaría de menos esos días, sentía ilusión por el futuro que se abría ante nosotros.

Rae le dio un suave apretón a mi mano. Sabía exactamente lo que estaba pensando.

El médico se acercó con nuestro hijo, un niño de ojos preciosos y piel suave, que agitaba los brazos en el aire llorando. Lo dejó en brazos de su madre.

Rae contempló a nuestro hijo y comenzó a llorar.

—Oh, Dios mío... Es precioso.

—Lo es. —Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver a mi familia. Había estado enamorado de Rae desde siempre, y había tenido la

enorme suerte de casarme y formar una familia con ella.

Nuestro hijo dejó de llorar casi de inmediato. Levantó la vista hacia Rae, con mis mismos ojos azules, y parecía tan hechizado por ella como yo.

—Me alegro tanto de conocerte —susurró Rae entre lágrimas—. Soy tu mamá.

Le agarré la mano y sentí los dedos diminutos de mi hijo por primera vez.

—Y yo soy tu papá —susurré—. Y te queremos mucho.

La observó durante varios minutos antes de cerrar los ojos y quedarse dormido.

—¿Han pensado un nombre? —preguntó la enfermera.

Rae y yo lo habíamos estado hablando los últimos meses hasta que encontramos uno que nos encantó.

—Liam —respondí—. Liam Price.

—Muy bien. —La enfermera se marchó de la habitación, dejándonos solos.

—Toma. —Rae me lo tendió para que pudiera cogerlo en brazos.

Me senté en la silla junto a ella con el bebé, apoyando los brazos en la rodilla. Lo contemplé fascinado, reconociéndome a mí mismo y a mi esposa en sus facciones. Era perfecto, más de lo que jamás había soñado.

—Te quiero mucho, hijo mío.

Rae se emocionó al vernos juntos, enamorándose de la estampa que se desarrollaba ante ella.

La puerta se abrió.

—Hola. —Rex se detuvo al ver al bebé en mis brazos—. Joder, ¿ya has dado a luz? —Entró en la habitación y contempló a Liam—. Vaya... Es precioso.

—Gracias —dije—. Pero Rae es quien lo ha traído al mundo.

Kayden se acercó a Rae y le acarició el pelo.

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo Rae—. Todavía estoy bajo los efectos de los medicamentos.

Rex se sentó a mi lado, y su anillo negro de casado contrastaba

con su piel pálida.

—Entonces este es mi sobrino, ¿no? Los bebés no dan tanto miedo como dicen.

—¿Quieres cogerlo en brazos? —pregunté.

—Pues claro —Rex lo tomó de mis brazos, sujetándolo como un profesional—. Vaya, me sorprende lo adorable que es. Se supone que los bebés son feos.

—El nuestro no —dije—. Es perfecto.

Kayden se acercó para contemplar a nuestro niño.

—Habéis hecho un magnífico trabajo. Es perfecto. —Se sentó junto a Rex y le acarició la cabeza a Liam, tan encantada con él como Rae y yo.

Volví a la cama y le acaricié el pelo a Rae.

—¿Necesitas algo?

—No. Me siento muy bien. —Dejó de mirar a Liam y dirigió su atención hacia mí—. Dar a luz no es tan malo como dicen.

—Eres más fuerte que nadie.

Soltó una carcajada.

—Creo que ha sido más bien cuestión de suerte.

Me senté en el taburete y le agarré la mano.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por todo esto. —Mi vida no habría sido tan maravillosa sin ella. Me habría casado con otra persona, y habría sido feliz, pero no tanto. Rae me daba lo que nadie más podía darme. Lo habíamos pasado mal al principio, pero me sentía muy agradecido de que todo hubiera salido bien al final.

Sonrió y me apretó la mano.

—No hace falta que me des las gracias. Estaba destinado a ocurrir.

Querido lector,

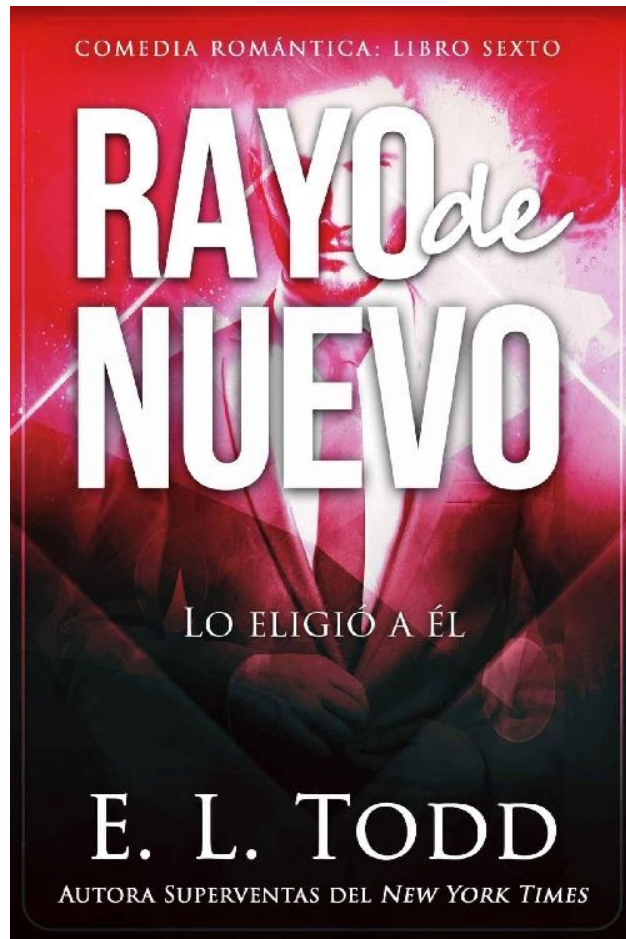
Gracias por leer Rayo de corazón. Espero que hayas disfrutado con su lectura tanto como yo escribiéndolo. Si pudieras dejar una breve reseña, me ayudaría mucho. Las reseñas son el mejor apoyo que puedes dar a un autor. ¡Gracias!

Con mucho amor,

E. L. Todd

Otras Obras de E. L. Todd

Lo habíais pedido y aquí lo tenéis. La historia de Ryker concluye en **Rayo de nuevo**.



[ordenar ahora](#)